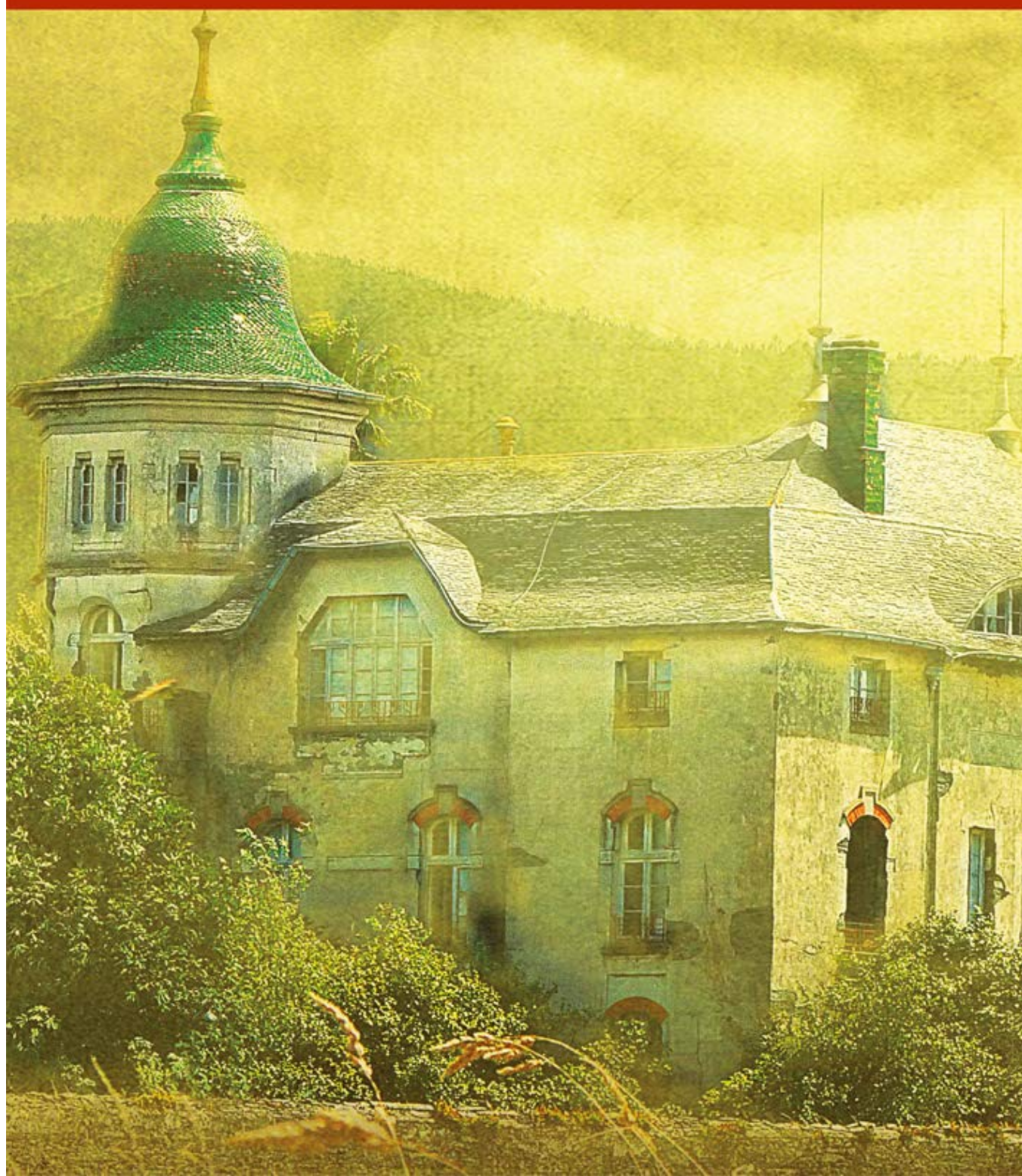


# El esperado

## JOSÉ MARÍA GUEL BENZU

Nuevos Tiempos **Siruela**



JOSÉ MARÍA  
GUELBENZU

## El esperado



Ediciones Siruela

José María Guelbenzu

## **El esperado**

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

## **Índice**

### El esperado

- I. El caballerito de Solano
- II. Una mujer tan hermosa
- III. Los hijos de la noche

### **Agradecimientos**

### **Créditos**

El esperado

*El esperado* se publicó por primera vez en 1984. Iba a ser el primero de un terceto que no llegó a continuarse. En consecuencia, quedó un tanto desamparado de justificación narrativa. En esta edición, además de abundante corrección de texto, he reescrito en buena medida la parte tercera porque se lo debía a la trama. Queda así cerrada la historia que, con todo, he tratado de mantener sujeta al momento y estilo en que se escribió. (N. del A.)

*A mis padres*

Aguardo.  
Alguien puede llegar, venir de pronto,  
no sé quién, conociendo  
más que yo de mi vida.

4  
,



# I

## **El caballerito de Solano**

Creo que nunca –y lo afirmo a tantos años de distancia– olvidaré aquel verano de 1959. En su transcurso conocí a Regina Mayor, pero también lo guardo en la memoria no solamente como símbolo del drama que presencié, sino como el encuentro con la revelación de aquello que, en los años de mi infancia, tantas veces me prometió mi madre al abrigo de la dulce oscuridad que enmarcaba su último beso antes de dejarme a solas a la espera del sueño demorado.

Desde muy pequeño me aquejó el miedo a la noche. Permanecía despierto largo tiempo hasta que el sueño finalmente me vencía. Y en esa vigilia, y en el temor, desarrollé mi imaginación o lo que entiendo por ella. En los momentos más dramáticos de la espera recordaba siempre una canción popular boliviana que cantaba mi abuela: «Ya me voy, / ya me voy, ya me voy yendo, / sabe Dios si volveré / a la tierra donde nací». Y, no sé por qué, me daba ánimos en lugar de entristecerme con su ritmo entre manso y furtivo; quizá porque la abuela, cuando me la cantaba, siempre se refería, perdida la cabeza, a un imaginario lugar que mi abuelo tuvo y que conoció mi padre, muerto apenas a los tres años de mi existencia. Hoy no queda de la abuela sino mi recuerdo, pero yo conocí el sentido de su expresión, andando el tiempo, como he llegado a conocer tantas otras cosas.

Aquel curso, que había resultado ser tan triste y desvaído como los anteriores, tan cumplido de miedo y aprensiones, de sombras y amenazas que anidaban en los altos techos del colegio, había trabado amistad –por la sola razón, quizá, de la solidaridad entre los débiles o, cuando menos, extrañados– con un muchacho, repetidor, que me aventajaba en un año de edad y cuyo conocimiento de ciertos misterios de la vida era a mis ojos tan fascinante como cruel la soledad en que le dejaban muy a menudo mis compañeros de curso. Digo muy a menudo porque no siempre sucedía así y he de confesar que, de vez en cuando, lograba una audiencia ante el resto de la clase que yo nunca pude conseguir. Si bien él, como alumno repetidor, se obligaba a encontrar un lugar que no desdijese de su presunta veteranía, yo, no especialmente brillante, tenía a mi favor una acostumbrada y furtiva convivencia con los demás establecida a partir de los ocho años, edad con la que entré en el colegio, al igual que casi todos mis compañeros. El caso es que, a trancas y barrancas, se decidió a aceptar mi acogimiento como una no muy atractiva pero suficiente base para evitar el aislamiento y combatir la inestabilidad afectiva que le proporcionaban el resto de los colegiales.

Mi fascinación por Jaime provenía de su experiencia acerca de las mujeres. En la encrucijada de los quince años, cuando el acceso al conocimiento atormenta tanto como la sangre, aquel que sabe o aparenta saber es lo más aproximado a un dios, aunque vela su información como un tirano si no la vende como un comerciante implacable. Y Jaime, que la utilizaba a la desesperada con el resto de los compañeros cuando su falta de atención le quemaba, a mí me la ofreció con malicia y mesura a lo largo del curso, y acabó sucediendo que su propia estrategia –conmigo y con los otros– provocó en mí esa ternura obligada hacia el miserable que sólo cuando pierde pie provoca emoción a quien detesta su actitud, porque es en tales caídas donde percibo, gravemente, el estremecimiento y la desnudez inocultables del ser humano que se descubre enfrente. Y

esa suerte de cariño de tan débil procedencia me atuvo tanto a él a lo largo del curso que no dudé en exceso cuando me propuso, hacia el mes de mayo, pasar un mes de vacaciones con su familia. La oferta, como corresponde, fue refrendada por sus padres en conversación telefónica con mi madre y, justo es decirlo, fue lo primero que me hizo sospechar que la rareza y soledad de Jaime no era solamente una cuestión de patio de colegio.

Jaime era un chico de complexión nerviosa, propenso a ataques coléricos, sanguíneo, de pómulos chupados y perfil aguileño, flequillo rebelde, remolino en la nuca, muy enjuto y cuyos estallidos de violencia se aproximaban como una tormenta lejana e inevitable, pues acostumbraba cuidar en exceso las formas, afectar serenidad y, al igual que las nubes oscuras se amontonan antes de la descarga, uno iba percibiendo poco a poco la tensión extraordinaria que electrizaba su propia calma hasta que el rayo hendía las nubes iluminando los volúmenes de la noche en que nos había sumido. En tales casos, y mientras expandía su miedo, yo aguardaba prudentemente, y sólo cuando los resplandores amenguaban, probaba, en tono seco y cortante para no disonar, a cinchar su ímpetu y abajarle el furor; y quizá porque esta clase de caracteres necesitan un complementario que les agüe las venas, finalmente se dejaba guiar por mí.

Ya en alguna visita a su casa, a la salida del colegio, pude comprobar que la atención que me deparaban sus padres también indicaba la ausencia de amigos en torno a Jaime. Yo era un muchacho ponderado y tranquilo, buen observador, muy sensible y, como bastantes hijos de viuda, poco amigo del empleo de la fuerza. Así pues, debían de considerarme un compañero no tanto ideal como manso, muy distinto a esos otros amigos que no parecían «trigo limpio», como comentaba burlonamente Jaime imitando el lenguaje de sus padres. Alcancé con el tiempo a saber que yo estaba considerado como un chico «modesto y bien educado»; bien pensado, no sé qué era peor. En fin, el caso es que cursaron oficialmente la invitación y la acepté con ganas, poniendo todo el empeño necesario para convencer a mi madre. La promesa del mar lo era todo para mí; era —y hoy no dejo de sonreírme por ello— el símbolo de la aventura, de la inmensidad constante y fascinante, era el coloso incógnito a cuyo territorio me acercaba la fortuna.

El primer signo de contrariedad apareció pocos días antes de mi partida, cuando, excusándose de un modo que me pareció excesivamente convencional, me anunciaron que no podrían acudir a recogerme a la terminal, por lo que debería pernoctar allí para, a la mañana siguiente, tomar un medio de transporte que me depositara en Solano, mi punto de destino. Dada mi natural introversión, aquello me pareció una barrera infranqueable, pues no era yo persona muy viajada —menos aún solo—, y la expectativa de aparecer avanzada la tarde en una ciudad absolutamente desconocida y, sin tiempo apenas, tomar una habitación en alguna pensión se me antojaba una aventura que superaba con creces mi modesta y asustadiza capacidad de desenvolvimiento.

Pero la timidez tiene sus contrapartidas, porque aún peor me parecía renunciar al viaje por aquello que, a fin de cuentas, mi lucidez se cuidaba muy bien de definir como una nimiedad; de este modo, el miedo al ridículo ante Jaime y su familia hizo que ocultase a mi madre las tremendas angustias que me producía el viaje, y un jueves a las ocho de la

mañana me personé, tras un desangelado viaje en Metro plagado de horribles presagios, en los garajes de La Interprovincial para abordar el autobús. El temor a equivocarme de autobús y las agónicas luchas por superar el miedo a preguntar ayudaron a volverme el estómago del revés. Cuando el autobús enfiló la salida de Madrid me sentía como quien acaba de regresar sano y salvo del frente tras su primera entrada en combate; no hay nada mejor que la necesidad en soledad para templar un carácter. Después de haber sufrido toda clase de sobresaltadas premoniciones a lo largo del viaje, no me costó gran esfuerzo trabar conversación con los empleados de la terminal, y ellos me proporcionaron la dirección de una pensión económica regentada por viuda, de habitaciones tristes y huidizas, y que en mi euforia tomé por la primera consolidación de posiciones en mi arriesgado plan de poner pie en Solano.

Dos recuerdos tengo de aquella pernocta y ambos están, en cierto modo, ligados a la historia de aquel verano. El primero se refiere a la habitación; dados mis escasos recursos económicos —y la conciencia del esfuerzo de mi madre para subvencionarme dignamente el viaje y la estancia—, me vi obligado a alquilar una cama en habitación compartida. La patrona me informó escuetamente de que en la otra cama dormiría un señor que, como yo, estaba de paso. La idea de compartir una habitación con un desconocido me resultaba desagradable y poco higiénica y procuré adelantarme a él y recogerme pronto, de tal modo que cuando el tipo llegó yo ya estaba instalado en mi cama, en calzoncillos, y poco menos que conteniendo la respiración. Recuerdo muy bien que, con la inquietud propia de gente de escasos recursos económicos en las ocasiones en que hace un exceso, había introducido mi carterilla entre los genitales y el calzoncillo tras reflexionar que, si el tipo intentaba arrebatármela, ningún lugar tan sensible como ése para advertirlo inmediatamente. Del tipo no recuerdo más que su silueta y volumen y que tuvo la gentileza de no encender la luz para acostarse. Yo me hice el muerto durante mucho tiempo después de que dejara de rebullir en su cama, alerta como un ratón de campo antes de incurrir en la noche abierta. Y cuando el otro dejó hasta de roncar, yo seguía desvelado, tratando de conciliar el sueño, abandonado por todas mis fantasías hasta que, después de haberlo esperado tanto, debí de quedarme dormido sin darme cuenta, extenuado. Cuando abrí los ojos a la mañana siguiente, el tipo había partido ya.

El segundo, y por esta razón enlaza, es la propia noche. Como ya dije, siempre tuve miedo a la noche, un miedo que me impedía cerrar los ojos y alcanzar el sueño, no porque temiese algo en concreto, sino porque me producía una terrible sensación de inhospitalidad y desamparo. Mi madre solía aparecer varias veces, tan sólo a la puerta de mi cuarto, como si tratara de paliar la sensación de abandono, hasta que —supongo— comprobaba que yo dormía. Y mientras tanto, aguardando cada aparición de mi madre, para no sentirme solo tejía y tejía historias inventadas que siempre protagonizaba yo. Aquella noche en la pensión, en la que mi alerta o vigilia fue de otro modo que el habitual, percibí el primer síntoma de que, aunque levemente, algo iba a comenzar a cambiar. Pero sobre todo recordé la promesa de mi madre, una noche en la que no acertaba a encontrar el camino del sueño. Me explicó que el mundo está lleno de hijos del día e hijos de la noche y que sólo unos cuantos hijos del día consiguen adentrarse en

el territorio de los hijos de la noche, pero, si lo logran, ese territorio es para ellos tan claro, de un modo distinto, como el día; yo la escuchaba maravillado y entonces ella me aseguró que yo llegaría a pisar ese territorio y así me haría dueño de mi propia vida.

Muy lejos estaba mi madre de suponer que aquel verano del 59 y el fúlgido encuentro con Regina Mayor vendrían finalmente a mostrarme el camino de entrada al territorio de los hijos de la noche.

La casa de los Mayor se alzaba en la plaza del Ayuntamiento, que ejercía de divisoria entre el pueblo antiguo y el nuevo. Asentada a la derecha del edificio municipal, al otro lado de la carretera vieja, y separándose de él en ángulo recto, lo superaba en envergadura y prestancia, como señal bien cierta de su preeminencia. Junto a ella, sucediéndose hasta la embocadura de la plaza, se alzaban dos villas de dos plantas, rodeadas también de jardín, aunque de menor empaque; y frente por frente, arrancando del costado izquierdo del Ayuntamiento, se levantaba una hilera de casas de vecindad de construcción posterior. Entre todas ellas tomaba lugar la plaza, en forma casi rectangular, circundada por una doble línea de plátanos y con templete de música en el centro.

La casa de los Mayor, a la que se accedía por una cancela que franqueaba el paso del jardín, era un edificio de dos plantas (piso bajo y principal) y tejado con buhardas. Una breve escalinata con baranda de piedra daba paso franco al pórtico con balaustrada que se convertía a la vez en azotea de un balcón del piso superior. La fachada presentaba a la izquierda un primer cuerpo más adelantado que comprendía todo su alzado, rematado en ambas esquinas con un machón de piedras a modo de cadena esquinera que subían de la faja a la cornisa. A partir del pórtico, bajo el que se hallaba la puerta principal, retrocedía en profundidad el segundo cuerpo del edificio. Un ventanal en el primer cuerpo y, en el segundo, una ventana de doble hoja a la derecha del pórtico daban luz al piso bajo. El principal mostraba en el cuerpo izquierdo, encima del ventanal, un solo balcón, muy amplio, con parteluz, dintel y arco de descarga justo bajo la cornisa, que hacía valer su prioridad sobre el resto de los ojos de la casa y que correspondía al dormitorio principal. En el segundo cuerpo se exhibían dos balcones, uno de ellos abierto a la azotea y el otro protegido por una simple barandilla de forja. El tejado, que mostraba un tragaluz sobre el primer cuerpo y dos buhardas sobre el segundo, estaba rematado por una airosa cresta; y entre espiga, veleta, chimeneas y florón se aligeraba alegremente la severa firmeza de la casa.

Tiempo más tarde, León recordaría que la casa le produjo una primera impresión semejante al majestuoso y relajado porte de los grandes felinos en reposo con la cabeza

alta, la mirada al frente y el pecho al descubierto, los cuales tantas veces contemplara en los libros de animales del mundo que pertenecieron a la biblioteca de su padre. Acaso ese bello erguimiento en reposo se lo sugiriera, precisamente, el primer cuerpo adelantado, que, sin duda, le confería una distinción especial de la que carecían el resto de los edificios de la plaza. Era una construcción de principios de siglo muy bien conservada y cualquiera que caminase ante ella no dejaría de suponer que pertenecía a una familia principal, si no la mayor de aquel pueblo. La casa estaba separada de la verja de entrada por un pequeño jardín anterior, y tras ella se extendía un terreno inculto salpicado de manzanos y limoneros, cerrado con un muro en seco a cuya derecha se asentaba una casita de dos plantas que debió de ser para la servidumbre, hoy con frente de garaje y entrada lateral por medio de una escalera volada. Una tapia en ángulo recto venía desde la casita hacia la entrada principal, interrumpiéndose bruscamente a la altura de la fachada posterior del edificio; desde la tapia se extendía a la derecha un inmenso prado que, a juzgar por sus irregularidades, debió de haber sido antes maizal, cerrado también con muro en seco de piedra. Adosado a la tapia y con todo el prado a la vista, un techado a modo de porche permitía recogerse en completo aislamiento. En cuanto a la parte delantera, la que daba a la calle, la verja se extendía hasta los confines del prado en línea recta: ante la casa, cubierta de ligustros recortados apenas un palmo por debajo de las puntas del forjado; más allá, con hiedra y una desigual hilera de robles y acacias. En el prado, a distancia, para forzar la perspectiva, había plantados dos grupos de sauces contrapuestos, varias coníferas, un airoso conjunto de prunos y, cerca del techado, tres magnolios más separados entre sí.

En el jardín delantero, entre las coníferas, sobresalía un magnífico castaño de Indias de gran porte bajo el que se cobijaban tres bancos y una amplia mesa. Destacaban también poderosamente los macizos de hortensias que separaban el jardín del prado, así como la gran profusión de caléndulas rojas y anaranjadas en círculo, junto con las titilantes fucsias y unas elegantes calas de flor roja y oscura. Por fin, bordeando el basamento, se apretaban rosales trepadores, tagetes, geranios y santa ritas entremezcladas con la parra virgen que, como los rosales, llegaba casi hasta el antepecho de las ventanas del piso bajo. Las lantanas asomaban sus miríadas de florecillas de colores y ante la balaustrada de la puerta principal se alzaban unas bellísimas dalias granates.

La casa de Arturo Mayor se terminó de edificar en el mismo año de su nacimiento. Hasta entonces, los Mayor habían habitado siempre en la casa solariega, situada en la parte alta del pueblo. Solano nunca fue pueblo marineró y aquellos de sus hombres dedicados a la faena del mar –que eran los menos, pues se trataba de una comunidad eminentemente campesina– debían trasladarse al cercano puerto de Casal Santiago. Pero en el último tercio del siglo XIX, tras un crudelísimo invierno que inundó por dos veces Casal Santiago, destrozó el malecón y, dejando el puerto a merced de los vientos, destruyó más de la mitad de la flota pesquera, la situación de la ría de Solano –de amplia desembocadura, muy bien protegida y dotada de suficiente calado– hizo que un grupo de armadores la eligiesen para construir el nuevo puerto, así como una carretera de acceso desde Casal Santiago. Este acontecimiento, además de atraer nuevos vecinos procedentes

de la industria pesquera, hizo que Solano se extendiera hasta el mar, dividiéndose así entre el pueblo alto y el bajo o, para otros, entre el antiguo y el nuevo, y levantándose el nuevo Ayuntamiento en el lugar exacto de la divisoria. Arriba persistieron agricultores y ganaderos; abajo, pescadores y comerciantes.

Pero el viejo Mayor tomó entonces la decisión de construir una nueva casa y, no decidiéndose a abandonar ni su influencia ni sus tierras en la parte alta, aprovechó un prado de considerable extensión que poseía junto a la que ya era plaza del Ayuntamiento para levantarla. Fue, durante mucho tiempo, la última hazaña de los Mayor, pues al comienzo de la dictadura de Primo de Rivera unas importantes ventas de tierras se emplearon en desafortunadas inversiones que dañaron considerablemente el patrimonio familiar, que ya no logró sobreponerse al desastre hasta que Arturo volvió de Argentina, en 1944, casado en segundas nupcias con Mariana Linazo. Al parecer, el padre de Arturo, hombre apocado –en contraste con el abuelo que, gran jugador y espíritu decidido, siempre logró reponer los agujeros que el naipe abría en su peculio–, fue inconvenientemente asesorado por un pretendido industrial bilbaíno quien, a la postre, no resultó ser socio nada más que para dar consejos, aportar ideas y embolsarse no despreciables cantidades de dinero, como intermediario, que nunca llegaron a figurar en el capital de la sociedad.

Hubo además, en aquella época, un suceso que conmovió al pueblo alto y en particular a la familia Mayor. Un cuñado del viejo Mayor, que era hombre un tanto dado al aventurerismo, mantuvo relaciones ilícitas con la mujer de uno de los más destacados miembros de la comunidad de Solano. Cuando estos amores se descubrieron, lo más que pudo hacer por él el viejo Mayor fue convocar, tratándose de contendientes de dignidad, a las fuerzas vivas del pueblo –incluyendo al agraviado– para ver de tomar una decisión acerca de su pariente; siguiendo una antiquísima tradición, optaron por expulsarle de Solano de por vida no sin antes obligarle a presentar las excusas y compensaciones que la otra parte considerara satisfactorias. Nadie sabe si fue la mal contenida furia del agraviado o el espíritu arrogante del cuñado del viejo Mayor, pero el caso es que el encuentro fijado para el ajuste se saldó con un pistoletazo y la huida del agresor, el cual sumaba así a la sentencia del pueblo una orden de busca y captura. Ello sumió al viejo Mayor en una consternación a la que nunca pudo ya sobreponerse y que dejó a su hijo Arturo, entre unas cosas y otras, en precaria condición económica. Sólo el advenimiento de la República y el posterior estallido de la guerra civil, que rompió tantas familias y obligó a rehacer tantas vidas, dispersaron la atención de todos, de forma que el hecho quedó relegado a la memoria general de los lances de honor.

Arturo Mayor alcanzó el grado de capitán combatiendo durante la guerra con el ejército de Franco, regresó a la vida civil y se vio obligado a emigrar a la Argentina empujado por el fallecimiento –sin descendencia para ambos– de su primera esposa. No había hecho muy feliz a la familia esta unión con una mujer que, con ser de origen hidalgo como ellos, aún aportó mayores penurias, por lo escaso de sus recursos, a las que ya se venían vislumbrando. Pero Arturo, hombre de carácter enérgico, no había admitido injerencias y contrajo matrimonio con ella. A su muerte en 1940, y a pesar de seguir conservando él

una cierta influencia en los asuntos del pueblo, partió acompañado por su única hermana, Regina, con ánimo decidido, deseo de alejarse de la aflicción que suponía para él el recuerdo de la esposa muerta y la firme intención de rehacer la fortuna familiar codo a codo con aquel tío perseguido por un delito de sangre, el cual había prosperado allí notablemente y al que los años comenzaban a pesarle.

Nadie en el pueblo dudó que lograría hacer fortuna, pero nadie imaginó siquiera que, cuatro años más tarde, regresara casado con la hija de un rico terrateniente de origen español, compañero de su tío, y un hijo de un año de edad, Jaime. Mariana Linazo, con su notable belleza, causó sensación en Solano. Después, aunque sus negocios le obligaron a trasladarse a la capital de la provincia, mantuvo y mejoró la casa de Solano, haciendo traer incluso de la vieja casona solariega el escudo de la familia para empotrarlo en la fachada de la nueva y vendiendo finalmente aquélla; y tomó por costumbre establecerse en Solano –que comenzó a prosperar en la década de los cincuenta y a cuyo ascenso contribuyó decisivamente– durante los tres meses de cada verano.

A la casa de los Mayor se dirigía León una calurosa mañana de agosto de 1959, traqueteando carretera adelante en un autobús de línea, con la inestimable satisfacción de quien había salvado el último escollo en el accidentado camino que iniciara la madrugada anterior en Madrid y la plenitud de saber que cada uno de los mojones que distraídamente a veces, con fijeza otras, seguía con la vista le acercaba más y más a su tan deseado y soñado mar Cantábrico.

Antes pisé la casa, recuerdo, que vi el mar. La camioneta de línea paraba justamente enfrente del bar Tecla, en el amplio arcén de la carretera que anteceda al único lado del rectángulo de la plaza del Ayuntamiento libre de edificaciones. Recuerdo la llegada especialmente por dos cosas, porque el conductor era un tipo afable y al detenerse allí volvió la vista atrás y vociferó: «A ver, el caballerito de Solano», refiriéndose a mí, claro es; y acto seguido, su compañero descendió a buscar mi maleta con humor, con buen ánimo, lo que, por vez primera en todo el viaje, me produjo una sensación no tanto de confortabilidad como de frescura. Y también porque aguardándome junto a Jaime estaba el propio Arturo Mayor, quien me estrechó cordialmente la mano y se negó a que portase mi maleta. Yo arribaba a un mundo extraño, en el que nada de mi casa había que no fuera yo mismo, ni tan siquiera un desconchón, un color, una luz, una tienda de ultramarinos o una inflexión de voz. Aquellos dos gestos de reconocimiento e invitación me habían concedido el permiso para entrar en Solano.

Mi destino, al aposentarme, fue compartir el dormitorio de Jaime. Era una habitación



amplia con breve balcón al jardín, situada justo encima de la sala de estar del piso bajo. Cada uno disponíamos de un armario de madera de estilo neomodernista, a juego con las camas, y dos mesillas que reproducían el caprichoso dibujo de las cabeceras. Había también un lavabo, aposentado en un pie de madera igualmente a juego, y pila en forma de palangana, con grifo, más toalleros a ambos lados y rejilla sobre el espejo para las toallas de baño. Por quién sabe qué razón, las formas curvas de la luna de cada armario permanecen en mi memoria como la quintaesencia del estilo tan ondulado como áspero de la habitación. Junto con la luz central, disponíamos de una de lectura sobre cada mesilla con el correspondiente interruptor en forma de pera. Lo más llamativo para mí, sin embargo, fue el olor; ya entonces lo definí –y así continuó sintiéndolo cada vez que lo percibo y reconozco– como un «olor a invitado»: en realidad es ese olor peculiar, entre rancio y grato, que la humedad, al actuar conjuntamente sobre la madera y el yeso, produce en las poblaciones del norte y noroeste de España.

Caminábamos hacia la casa por la breve acera que bordeaba las villas, cuando vi avanzar hacia nosotros a un tipo que me provocó una más que viva impresión y que, andando el verano, vendría a ser personaje crucial de los sucesos que yo había de presenciar. Era un tipo cuyas maneras me produjeron recelo; acaso fuera porque siempre me desagradó el exceso de efusión, que él manifestaba con una mezcla de prisa y necesidad, pero también su manera de mostrarse me recordaba algo parecido a un traje alquilado para una ocasión desacostumbrada. Voceó el nombre de Arturo Mayor estentóreamente y, al reparar en la maleta que aquél hubo de depositar en el suelo para corresponder a los saludos, algo acerca de que la juventud ya no es lo que era; me estrechó la mano mirando hacia otro lado y revolió el pelo a Jaime, que se zafó con un gesto defensivo pero simpático. Mientras se enzarzaban en las palmadas, Jaime me echó a un lado; dijo: «¿Sabes quién es éste?». Me estuvo mirando con la suficiencia de un viejo y vanidoso explorador y añadió: «Pepín el Guapo, así que fijate». Y luego, tan de media boca como antes, sentenció: «Es un tío».

De Pepín el Guapo no podía decirse, en sentido estricto, que pareciese un gañán. Abundaban en él, eso sí, muestras de dinero apresurado y apresurado cambio de condición, pero era hombre de complexión tan recia como esbelta y, aunque algo tripero ya, no desmerecía del apodo. Le traicionaban el grito cordial, la ropa y un verdadero garbanzo en el anular derecho. Se adivinaba en él un empuje que –hoy lo pienso, por más que me disguste– debió de hacer estragos entre muchas mujeres, una suerte de animalidad bien plantada sin merma de arrojo y con alguna gracia en el requiebro. Hacía notar que, con o sin arraigo, aquél era su lugar, su modo y su medio. Pepín el Guapo podía ser tan temible como afectuoso sin cambiar su gesto ni su territorio: quien debía definir esto era siempre el contrario, no él. Lo cual –lo advertí entonces y lo comprobé después– no valía con un hombre como Arturo Mayor.

Llegamos en seguida a la casa y, tras salir como pude de apuros en el trance de ser presentado, me refugié en la habitación para deshacer la maleta y serenarme un poco. Todo era para mí inhabitual, y la cortesía, por más que la cumpliera satisfactoriamente, me turbaba mucho. Recuerdo sobre todo que maldecía la hora de llegada por cuanto, al

coincidir prácticamente con el almuerzo, me llevaba directamente de la camioneta a la mesa, sin tiempo para reponerme, para asentar un poco mi cuerpo, mis costumbres y mis temores, antes de una ceremonia nada fácil para un recién llegado –y por añadidura un tímido de fácil enrojecimiento– como era el almuerzo con los señores de la casa y ante el servicio.

De la comida no recuerdo acontecimiento relevante –aparte de ciertos sustos al servirme de las fuentes presentadas por la criada– y, callado como era, dispuse de tiempo para dedicar a la observación de la madre de Jaime. Doña Mariana era una mujer de especial belleza, sin duda, pero que, siendo extrañamente estática, mostraba tan de continuo un atisbo de coquetería que, a lo largo de la comida, me sumió en una nerviosa duda acerca de cuál sería en realidad su primer impulso, pues mantenía un interesante equilibrio entre ambas actitudes que, sin duda alguna, contenía el verdadero secreto, la muy excitante llamada de una personalidad que hacía de la oscilación y la duda el imperativo de su más profundo atractivo. Me dejó embobado con su precioso pelo entre rubio y castaño, los ojos almendrados y la muy fina nariz, recta y elegante como el mentón, o las orejas pequeñas y delicadas recogiendo, cual dos pequeñas camelias blancas, un cuello blanco, eso es cierto; pero no lo es menos que la contemplaba como quien contempla un lienzo inmóvil y enmarcado, al tiempo que se interroga sobre la simpatía de su viva y sorprendente llamada.

Tampoco se me escapó el trato, entre el arrobo y la fragilidad, entre la rosa y el vidrio, con que Jaime la señalaba. En muchas ocasiones, a lo largo del curso, Jaime se refirió a su madre con un entusiasmo que bordeaba la pasión, del mismo modo que jamás admitió una broma, por ligera que fuese, a costa de ella. Jaime sentía verdadera devoción por su madre y se percibía en todos los gestos cuando ella se encontraba a su alrededor. He de reconocer que eché mucho de menos, contemplando aquel flujo, el acogimiento de la mía, hasta el punto de llegar a sentir una especie de incomodidad que procedía de muy hondo, yo creo que de muy pequeño, y que desde luego no se atemperaba con la cordialidad que estaba recibiendo en aquella casa desde el momento mismo de mi llegada.

Al término de la comida –estas palabras pertenecen a mis más intensos recuerdos–, Arturo Mayor nos dijo, dirigiéndose a Jaime:

–Llegaos hasta el puerto y le enseñas a León el *María Purísima*; pero no volváis tarde porque esta noche viene tu tía Regina a cenar con nosotros.

La parte nueva del pueblo se extendía a lo largo de la carretera general y por ella

caminaron León y Jaime durante casi un kilómetro, sobrepasando bloques de casas de dos y tres alturas y algún almacén de vinos o talleres de automóviles. La parte nueva hacía un curioso contraste con el pueblo viejo, tan delicadamente apegado a la ladera, en cuya mitad la iglesia señalaba la linde de un recogimiento que parecía formar parte indisociable del paisaje natural. León, apresurado, adelantaba de cuando en cuando a su compañero, teniendo que detenerse a esperarle mientras el otro le reprochaba las prisas. Y al fin, tras superar la mole extendida de una nave industrial rojiza y deslucida que estaba anexa a los almacenes del puerto, dieron vista al mar. León, a la carrera, sobrepasó el murete que señalizaba los límites y traspasó la entrada para carruajes.

El puerto, construido artificialmente aprovechando un ensanchamiento de la ría a menos de un kilómetro de su desembocadura, estaba constituido pura y simplemente por un doble muelle en ángulo recto; el primero de carga y descarga, provisto de carriles; el segundo, perpendicular a la ría, se bifurcaba; una parte descendía en rampa, haciendo las veces de embarcadero y varadero de botes de poco porte; la otra parte mantenía su altura hasta hundirse en la ría y se continuaba a sí misma en ángulo recto, ya a modo de malecón, terminando por constituirse en una de las puntas del abra que, tanto del lado de la dársena como del de la ría, permitía el atraque de embarcaciones, abarloando en ambos casos. Al término del cargadero, detrás de cuyos raíles se alineaban los depósitos, una especie de espigón bordeaba la tierra que se había ganado al mar e, internándose en la ría, acababa formando la otra punta del abra de modo un tanto peculiar, pues viraba bruscamente al hacer la punta y dirigía su cuerpo hacia la desembocadura de la ría, como un torpedo lanzado hacia el mar abierto que dejase tras de sí una abrupta y rectilínea estela de escollera.

Era un puerto que, aun sometido a la pleamar y bajamar de la ría, permitía el atraque tanto de la flota de bajura y los escasos veleros deportivos como de la flota de altura que a finales de mes arribaría en su casi totalidad para participar en las fiestas de Solano, como era tradición.

León, mudo, emocionado, escuchando la mareta sorda, llenándose del salitre, ojeando las gaviotas, oyendo el entrechocar de las embarcaciones abarloadas, mirando el agua perderse hacia el delta, camino del mar, sintió que comenzaba a percibir de otro modo el espacio, que todo su cuerpo era una caja de resonancia tan nueva y tan capaz que casi se tambaleó al advertirlo. Hasta que poco a poco se dejó llevar, dejó que todo ello le llamara, y al excitado embate comenzó a suceder una especie de pleamar que le inundaba con la perdurable belleza del mar atacando sin estruendo las grutas de un acantilado, entre empujones de agua, remolinos de espuma y el sordo y grato sonido del oleaje batiendo las paredes.

Sólo al cabo del rato, mientras recorrían el malecón y estudiaba detenidamente los barcos, se detuvo, a instancias de Jaime, para observar maravillado un esbelto velero de unos diez metros largos en el que a popa podía leerse el nombre de *María Purísima*.

—¿Ese barco es vuestro? —preguntó, boquiabierto y abrumado a la vez, León.

El día de mi llegada acabó siendo un día de intenso ajeteo. Yo no cabía en mi cuerpo del asombro y el gozo de contemplar el mar, aunque fuera sólo ría, porque la gran abertura de la boca ya me hizo intuir lo que, con mayor estupor, descubriría al día siguiente: la playa y el horizonte del agua. Volvimos por fin –Jaime tirando de mí– a media tarde, cuando ya no pude combatir su aburrimiento, que a mí me resultaba incomprensible. Además, la sola idea de poder pisar la cubierta del *María Purísima*, que se me antojó el velero más bello que uno pudiera imaginar, me produjo tan gran esperanza que estuve a punto de echarme a llorar.

En fin, volvimos a la plaza; ya en la casa deambulé tanto por ella, tratando de conocerla, que en éstas vine a captar dos detalles hasta entonces inadvertidos y que, sin embargo, le pertenecían como a uno le pertenece su respiración: el primero, los cuidadosos susurros con que el desplazamiento del cuerpo de casa llenaba los espacios, a la manera del reloj de péndulo; el segundo, el centro de flores de hortensia que súbitamente apareció en nuestra habitación y se renovó periódicamente, hiciera sol o tronara, conviviéramos en paz o se desatara el desastre, como si el transcurso del tiempo y el discurrir de la naturaleza quisieran afincar en nuestras habitaciones la armoniosa costumbre de la vida.

Estábamos sentados en el porche ante el prado, a la caída de la tarde, saboreando una cerveza que me parecía exquisita, cuando un revuelo a la puerta nos anunció que algún visitante acababa de llegar. No le di otra importancia que la inquietud propia de saludar a un desconocido que, paradójicamente, debía de ser un buen conocido de la casa; pero cuando al fin llegó hasta nosotros y me obligó a levantarme precipitadamente, cualquier sensación de inquietud fue sustituida por el anonadamiento, primero, y la turbación, después. No consigo recordar ahora con la intensidad de entonces la llamada del visitante, pero he de reconocer que actuó sobre mí con la eficacia del cuidado filo de una navaja de Taramundi.

Regina llegaba a cenar con nosotros. Apenas la hube saludado, me dejé caer en la silla y ya no le quité la vista de encima; ella debió de advertirlo porque, de vez en cuando, se dirigía a mí con una sonrisa entre pícara y expeditiva. Temo que mi recuerdo esté escorado por lo que le debo, pero me pareció una mujer tan extremadamente hermosa que aún ahora no puedo evitar un singular estremecimiento al pensar en ella.

Sus ojos establecían el centro de toda la viveza que emanaba de ella, misteriosos y luminosos. La suya era una mirada que cantaba y te fascinaba como vuelo de jilgueros. Su nariz era corta y algo respingona; la boca, extendida, de labios llenos; la mandíbula ligeramente cuadrada; las arrugas, profundas e íntimas. Llevaba el pelo –castaño oscuro– corto y tupido, peinado hacia atrás con gesto rebelde y entre el que las orejas, pequeñas y brincantes, asomaban como flores de correhuela.

Supongo que hablo, sobre todo, de la persona que sentí, pero lo cierto es que la vi como la sentí. Regina era la hermana menor de Arturo Mayor, así que debía de tener algo más de cuarenta años. Mas esa cifra, que por entonces me parecía propia de dinosaurios, ni por un solo momento la asocié con ella. Era, pues, de la misma edad que la madre de Jaime, aunque por su ligereza parecía más joven. Doña Mariana, cuya

belleza se lentificaba en una elegante coquetería, no poseía el gesto tan móvil y, además, mantenía en su trato conmigo una actitud de madre-de-Jaime a la que Regina fue completamente ajena desde el primer momento. Yo, turbado como estaba, creo que no acerté ni a terminar la cerveza, y de pronto, con cualquier excusa, subí velozmente a la habitación para serenarme un poco.

Me encontraba en un estado de ánimo incomprensible para mí; porque no se trataba de un caso de enamoramiento, ni de idealismo, ni de despertar erótico. Aquella agitación no respondía a tales extremos, pero —y ya lo he meditado en numerosas ocasiones— pienso que, si bien no sabría definir el impacto, a poco que corrió el tiempo mi actitud vino a ser una mezcla de las tres cosas; o, dicho de otra manera, por vez primera mi olfato de recién estrenada juventud acababa de percibir el misterio tan milenario como vivo de la presencia de la mujer, ese lugar que, en un determinado momento en la historia de cada cual, es único, inocente y, como tal, irrepetible.

La cena vino a ser un suplicio por cuanto me costaba apartar la vista de Regina y, cada vez que ella recogía mi mirada, yo estaba en berlina, según mi sentir. Además, con esa especial malicia de la pubertad agriada, Jaime acabó por percatarse de ese trastorno y de cuando en cuando me lanzaba tales miradas referidas a Regina que terminé deseando que me tragara la tierra. Así como recuerdo minuciosamente gran cantidad de sucesos de aquel verano, una de las cosas que evidentemente no recuerdo en absoluto es el menú de aquella noche. En fin, la sobremesa no se prolongó y subimos pronto al dormitorio porque la madre de Jaime decidió que yo debía de estar rendido con tanto viaje. Por diversas razones, ésa acabó siendo una noche toledana para mí y preludio de lo que me esperaba.

Ya muy tarde, cuando Jaime dormía a pierna suelta después de haberse reído de mí con ganas a propósito de su tía y mi embobamiento y yo mantenía el insomnio con una resignación molida, escuché ruidos inequívocos en el dormitorio contiguo, el que daba a la azotea. No me costó mucho deducir que Regina se disponía a acostarse. Seguí todos sus movimientos como acólito en misa: los pasos, el mullido de la cama, otros que me parecieron rozamientos de ropa, el chasquido de un par de fósforos y, finalmente, el sonido inequívoco de una falleba corriéndose. Regina había debido de salir a la azotea, porque dejé de oír sus pisadas, y mi imaginación empezó a correr como un caballo desbocado. Por fin, tras unos minutos de intensa lucha, amagué una salida de la cama. La sola idea de que Jaime despertase de pronto y sorprendiera mi furtiva intención me aterraba. Los jeribeques que hube de hacer para evitar los chirridos del somier perviven en mí como la viva imagen del sobresalto. A medida que me acercaba con absoluto sigilo, heroicamente, a la ventana, volviendo la vista cada segundo hacia Jaime dormido, el corazón comenzó a latir como una graja espantada. Las contraventanas, afortunadamente, sólo estaban entornadas y, muerto ya, aventuré la mirada.

Era una espléndida noche de luna que azulaba luminosamente el espacio. La luna no pude verla, pero a Regina sí: estaba apoyada de manos en la baranda, mirando el cielo; se cubría tan sólo con el camisón, y a la claridad de la luna revelaba la forma de su cuerpo con una silueta tan esbelta —y, por la caricia de la luz, tan cálida— que no pude

soportarlo y, abandonando toda precaución, volví precipitadamente a mi cama, temblando como una hoja.

Terminada la cena, Mariana apresuró la subida de los muchachos al dormitorio y detuvo las protestas de Jaime arguyendo el natural cansancio que, tras el viaje y las emociones del día primero, debía de pesar lógicamente sobre León. Éste, que nada deseaba tan poco como irse a dormir, no intentó ofrecer la menor resistencia porque, en buena medida, necesitaba un rincón donde templar y ordenar sus sensaciones sobre Regina. La nueva cascada de protestas de Jaime sólo obtuvo como resultado una enérgica orden de Arturo Mayor de subir al dormitorio, lo que León con alivio y Jaime con mal disimulado enojo aceptaron de una vez.

Los chicos se demoraron razonablemente en cumplir sus abluciones, pero al cabo y sin otro remedio, enfundados en sus pijamas, optaron por introducirse en sus respectivas camas manteniendo encendidas las luces de ambas mesillas de noche. Estando así, extendidos y relajados, fue Jaime quien primero rompió a hablar:

—Oye, tú, hay que ver cómo te comías con los ojos a la tía Regina.

—¿Quién? ¿Yo?

—No, tu abuela.

—Anda, cállate ya.

Jaime dejó pasar un tiempo. Luego dijo:

—Te advierto que a lo mejor te la trincas.

—Oye, ¿te quieres callar?

—Bueno, pues entonces no te cuento nada. ¿No te fastidia el finolis?

El silencio de León sólo se mantuvo durante breves segundos.

—¿Contarme qué?

—Anda, mira el que no se fijaba.

—¿Sabes lo que te digo? —comentó León—, que te den por saco.

—Pues según quién, porque lo que es la tía Regina no me gusta ni un pijo.

—Ya, macho, a ti lo que te gusta es cada guarra...

—De guarras nada, tías que saben, macho.

—Bueno, ¿me lo cuentas o qué?

—¿Lo de la tía Regina? Pues hablando de guarras, dicen que hizo de todo cuando estaba en Argentina.

—Pero tú qué sabrás, so gilipollas. Y además eres un mierda por llamar así a tu tía.

—Igual que tú lo de mis guarras, ¿no te joroba!

—No es lo mismo, porque no son de la familia, imbécil.

—Sí, sí. Lo que pasa es que te ha gustado.

—¿A quién? ¿A mí?

—Bueno, anda, muérete por una esquina, pasmado.

León contenía a duras penas su indignación ante el apelativo con que Jaime calificaba a Regina, e incluso de buena gana habría saltado a sacudirse con él si no fuera porque las insinuaciones de Jaime referidas a la Argentina le hacían arder de nervios, miedo y curiosidad. Pero decidió mantenerse firme, sin apagar la luz, esperando que el otro retomara la conversación. Pasó un buen rato hasta que Jaime se decidió al fin:

—Oye, tú, que yo sólo digo lo que cuentan por el pueblo.

—¿Y qué pasa? ¿Que todo el pueblo ha estado en Argentina? —contestó León con aire desafiante.

—Y yo qué sé. Lo dicen y ya está —meditó un momento—. Además, hay un tío en el pueblo que estuvo en Argentina cuando mi padre y la tía Regina; así que vas y se lo preguntas a él.

—¿Ah, sí? No me digas. ¿Y cómo se llama?

—Se llama... —Jaime titubeó—, se llama no-sé-cómo, pero le dicen Lobero.

—¿Lobero? —preguntó León en el colmo de la incredulidad.

—Sí, Lobero, ¡qué pasa!

—Bueno, macho, no te pongas así; es que es un poco raro.

—Porque de mozo se dedicaba a cazar lobos, so cretino.

—Eso sería en tiempos de la Reconquista.

—Eso fue antes de la guerra, listo, que eres un listo.

León permaneció meditabundo, sospechando que acababa de recibir un buen cate.

—¿Y Lobero es el que dice eso?

—No, él no dice nada, pero todo el mundo dice que sabe mucho. Es como un aventurero, ¿sabes?, un tío al que le ha pasado de todo. Pero —reconoció— la verdad es que de la tía Regina no dice nada cuando le preguntan —y añadió—: Me lo contó el que viene a segar el prado, bueno, él no, su nieto. Y, además, a mí qué me importa —concluyó.

—Oye, macho, lo siento, joer.

—Si da igual.

A León le impresionó que esta última observación de Jaime estuviera cargada no de desprecio, o escepticismo, sino del cansancio de quien baja la guardia. La conversación se había desanimado repentinamente y el propio León juzgó lo mejor permanecer en silencio, rebullendo entre las sábanas. De pronto, el abrigo del lecho le proporcionaba por vez primera una sensación de relajamiento y paz. Tan sólo duró unos minutos, porque en seguida le asaltaron toda clase de pensamientos relacionados con Regina; sin embargo, mantuvo su silencio.

Estando en éstas, escuchó una fuerte espiración junto a él. Giró el rostro hacia Jaime, interrogante. Su compañero se hallaba tendido de espaldas, inmóvil, con las manos entrelazadas bajo la nuca y mirando al techo con aire ausente. Continuaba observándolo

cuando volvió a escuchar la espiración, ahora sobre su cabeza. Incorporándose de inmediato, algo asustado, preguntó:

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué? —contestó Jaime saliendo de su ensimismamiento.

—Eso —contestó León—, ese ruido fuerte de respiración que suena en el cuarto.

—¿De respiración? Macho, tú estás como un cencerro.

—Oye, te lo juro —en ese instante volvió a sonar—. ¡Éste! —señaló.

Jaime empezó a reír. Al principio por lo bajo, después fue aumentando el tono y, finalmente, estalló en carcajadas, revolviéndose sobre uno y otro costado. León, un tanto mosca, comentó acremente, tras superar el desconcierto inicial:

—Bueno, vale ya, ¿no?

Jaime siguió riendo, cada vez más bajo, como si tratara de apagar su jolgorio bajo las sábanas. En esto la espiración volvió a sonar, ahora en el extremo opuesto de la habitación, y León saltó al suelo de un brinco.

—¡Oye, que hay alguien aquí! —gritó, y de inmediato, ante la incontenible risotada que siguió a su gesto, apretó los puños con furia y le espetó a Jaime un fiero ¡cállate ya!

—Son las lechuzas, hombre —contestó Jaime, todavía medio ahogado—. Las lechuzas que viven bajo la cornisa.

—¿Y están fuera? —preguntó León asombrado.

—No, están todas colgadas de la lámpara —contestó Jaime, volviendo a troncharse de risa al ver cómo León se volvía alarmado hacia el techo.

—Pero qué gilipollas eres —contestó León cuando se hubo repuesto—. Ahora me voy a pasar toda la noche pensando en ellas.

—¿Es que tienes miedo por la noche? —inquirió burlonamente Jaime.

—Sí..., no —rectificó apresuradamente León.

—¿De verdad que te da miedo la noche?

—Que no, ¡joroba!

—Bueno —comentó Jaime con grandes aspavientos—. ¡Lo que me faltaba!

León se sintió repentinamente ridículo y, maldiciéndose por el arma que acababa de poner en manos de Jaime, entró de nuevo en la cama.

—Pues con las lechuzas lo puedes pasar fatal, chico. A lo mejor no pegas ojo.

León cerró la boca con obstinación.

—Además es que son como los perros: en seguida le notan a uno si les tiene miedo —continuó malévolamente Jaime—. Entonces se ponen a arañar y picotear el cristal y no veas.

—Pues ojalá te saquen un ojo a ti —soltó León sin poder contenerse y cada vez más inquieto.

—¿A mí? Si yo no les tengo miedo. Como consigan entrar, prepárate tú.

—¿Sabes lo que te digo?, que eres un cerdo mentiroso.

—Bueno, bueno; ya me contarás mañana.

León sabía que nada de cuanto le contaba Jaime era cierto, pero al recordar que había dejado traslucir sus sentimientos de temor ante la noche se lo llevaban los demonios. En



el silencio, empezó a escuchar obsesivamente las espiraciones de las lechuzas, que, ciertamente, sonaban como si las tuviese en la cabecera de la cama. En seguida sus ojos recorrieron el techo y los rincones de la habitación a los que le alcanzaba la vista, en busca de arañas o cualquier otro bicho, y al poco todo el abrigo que el lecho le ofreciera unos minutos antes se había transformado en una sensación de hostilidad y amenaza. De nuevo volvió a sentir tal desesperación por haberse descubierto ante Jaime que hubo de morder el borde de la sábana que le arropaba para no llorar de rabia.

—Bueno, hasta mañana, si es que sigues con vida —dijo de pronto Jaime, antes de apagar su luz.

León apagó también la suya sin decir palabra y se mantuvo quieto, arropado hasta el cuello, con los ojos abiertos como platos.

A la mañana siguiente salté de la cama con el mejor ánimo, me lavé furiosamente, casi como cristiano con cilicio y, ante el silencio general de la casa, bajé al prado a pasear a mis anchas. El aire venía del mar, no tuve la menor duda, y recorrí el territorio como señor que a su paso confirma sus tierras. Nadie daba en la casa señales de vida. Estuve yendo de acá para allá, cada vez más alegre. Los prunos formaban una especie de cabaña natural abierta, bajo la que se encontraba un banco de madera, y allí me detuve a meditar mi suerte.

Así como la noche me producía esa mezcla de desamparo y desasosiego que tanto tardaba en hacerme conciliar el sueño, la mañana —aún entero el rocío en todos los tallos del herbazal— me provocaba una euforia que no estaba lejos del sentimiento de haber ya transcurrido el tiempo de la oscuridad. No era, sin embargo, el miedo a la oscuridad lo que me desatinaba, sino más bien lo que la noche tenía de pozo sin fondo y soledad ante un espacio que, informe, anulaba mi propia manera de ser, de vivir y de abrazar la vida. No hace ahora al caso que yo describa por qué pienso que sucedía aquello —o, por lo menos, no es el momento de hacerlo—, pues no pertenece a la historia que relato. Sí prefiero sentar el acento sobre la sensibilidad que, disparada por los acontecimientos de aquel verano, tuvo que apelar a llamarme por mi nombre para que yo pudiera recuperarla con tanta diligencia y rapidez como me fue posible, antes de que las sombras se abatieran sobre ambos con el certero y velocísimo vuelo del halcón peregrino flechado hacia su pieza.

Yo tenía a la noche por una mezcla de solemne amenaza y lugar sin asideros. En mi niñez, cerraba los ojos con decidida voluntad de no abrirlos hasta que me hubiera dormido, costara lo que costase. Al cabo de lo que se me hacía una eternidad, y

convencido ya de haber logrado el sueño después de tanta espera, probaba a abrir cautelosamente los ojos para comprobarlo. Excuso decir el profundo descorazonamiento que me embargaba al constatar que seguía firmemente despierto. Entonces miraba atento toda la habitación, embozado hasta la barbilla, procurando distinguir los contornos primero y los objetos después: todo aquel espacio oscuro de formas escasamente diferenciables, sin marcas ni referencias, me sobrecogía el ánimo, y tenía la sensación de hallarme en un pozo del que ni el fondo distinguiera, de no ser porque las plantas de los pies me lo revelasen, y que, sin embargo, el pozo era yo mismo, como si me hubiera precipitado en él a través de una oquedad en mi estómago; como si, en definitiva, algo o alguien me hubiera vuelto del revés y toda la oscuridad interior de mi cuerpo fuese ahora mi morada.

Jaime, muy al contrario, era inconciliable con el amanecer y propenso a la noche. Con esa tenacidad mansa pero inquebrantable del noctámbulo, porfiaba cabezonamente para eludir el lecho y, cuando caía derrotado tras infligir severo desgaste al adversario, se mantenía minuciosamente despierto, complaciéndose en cualquier nimiedad, agotando sus recursos hasta que, finalmente satisfecho, se daba la media vuelta y me dejaba a mí – porque ésta fue la tónica del verano– rendido y en vela y, en no pocas ocasiones, gravemente sobresaltado tras sus reticentes conversaciones. Y esos momentos eran especialmente sensibles para mí, pues intuía en él mayor crueldad que malevolencia.

De aquellas reflexiones bajo los prunos vino a sacarme el hambre. Lo recuerdo porque me permitiría presenciar un acontecimiento dañino. Era costumbre en la casa, según averigüé más tarde, aguardar a que al menos uno de los Mayor bajase a desayunar –casi siempre bajaban los dos juntos– para podernos sentar Jaime y yo a la mesa. Por eso la cocinera se extrañó tanto al verme:

–¡Jesús, señorito León! ¿Qué hace usted a estas horas?

Sin embargo, me dio de desayunar en la misma cocina, y, no sabiendo qué hacer después –eran todavía las ocho de la mañana–, le aseguré que saldría tan sólo a dar un paseo por la plaza y estaría de vuelta en un voley. Era una mujer muy cariñosa, nada tiesa, y me hizo el favor de abrir la cancela con el inequívoco gesto de una conspiradora.

Ya que me vi en la calle, llegué hasta el extremo abierto de la plaza. Allí podía entretenerme viendo la circulación de la carretera y, con suerte, asistir a la parada de la camioneta, siempre tan interesante con su trasiego de pasajeros, bultos, correo y todo lo demás, tal y como sucedía en el pueblo de mi madre. Hacía una temperatura agradable a pesar del fresco de la mañana y el día, como el anterior, se prometía despejado a despecho de las nieblas en lontananza.

Llevaba en mi puesto de observación poco más de cinco minutos cuando tuve la desgracia de presenciar un incidente que me produjo una gran impresión. A pocos pasos de mí se encontraba un tipo de unos treinta y tantos años, modestamente vestido, acompañado de un niño que debía de ser su hijo. No presentaba ninguna peculiaridad especial, y si me fijé en él fue porque tenía un gesto entre temeroso y expectante en curioso contraste con el aire adormilado del chaval. Me preguntaba qué harían allí a esas horas, pues no parecían viajeros, cuando un leve chispazo en los ojos del hombre me

hizo volver la cabeza, con curiosidad, en la dirección de su mirada.

Pepín el Guapo avanzaba hacia nosotros a buen paso acompañado de un tipo con quien mantenía una gesticulante charla. Pepín, por más que la exagerada cordialidad con que trató a Arturo permitiera calificarlo, a un simple golpe de vista, de persona alegre y jocunda, seguía pareciéndome más bien una especie de camorrista satisfecho. En todo caso, pasó ante mí sin mostrar lo uno ni lo otro —pues no me reconoció— e inmediatamente se detuvo en seco: el hombre con el niño acababa de abordarle.

El amigo se mantuvo al margen pero atento. No pude escuchar otra cosa que medias frases, pero Pepín se encorcoró apenas el otro terminó de hablar. El hombre, de pronto, sustrajo al rostro su gesto temeroso al tiempo que los ojos comenzaron a brillarle con indignación. Pepín hizo un signo ostentoso con el cuerpo, cruzó los brazos como cerrando una negativa y apartó al hombre; éste, automáticamente, detuvo el brazo con el suyo; entonces Pepín sacó pecho, avanzó la cabeza y trató de golpearle. El amigo se interpuso entre ambos y yo empecé a temblar de pies a cabeza, tanto por mi animadversión hacia Pepín como por una suerte de incontrolado miedo ante el violento cariz de la escena. El amigo se había vuelto hacia Pepín e intentaba calmar su belicosidad, pero no pudo impedir que le largara una patada al hombre; éste reaccionó golpeándole en el rostro con la palma de la mano, y ahí sí que, de no ser por dos o tres espontáneos, Pepín le habría sacado los hígados. Sólo en ese momento caí en la cuenta de que el niño estaba llorando, espantosamente asustado, agarrándose al pantalón de su padre, que lo había dejado de la mano en la refriega. Estuve a punto, pese a mi falta de valor, de acudir al lado del chico impulsado tan sólo por la indignación que me producía su impotencia y su miedo, viéndolo así zarandeado, sin más apoyo que el pantalón del padre, a punto de ser atropellado entre las piernas de los dos contendientes, pero aferrándose con toda la fuerza que le daba el terror a quedarse solo. A Pepín se lo llevaban ya y el asunto parecía terminado. Entonces sí escuché con toda claridad el vozarrón de Pepín:

—...voy a enseñar quién soy yo, muertodehambre!

El hombre volvió el rostro de una vez, el chaval tiró de él con las dos manos, y cuando cruzó junto a mí sentí como una afrenta la humedad de sus ojos y el llanto del niño, que, a trompicones, procuraba seguir el paso airado del padre. En mi fuero interno juré que, en cuanto pudiera, le haría alguna faena feroz a Pepín el Guapo. En mi cabeza resonaban, con tanta furia como frustración, las palabras que escuché una vez a un desconocido cuando, en plena calle, terció en una disputa: «No es de hombres humillar a un padre delante de su hijo».

Regresé a la casa con el ánimo en los tobillos, paseando lentamente alrededor de la plaza, sin deseos de ver a nadie, remoloneando, en fin. La perspectiva de relatarle el hecho a Jaime me seducía bien poco, aunque, de todas formas, ansiaba sacarle información acerca de Pepín el Guapo, porque sus modales no era la primera vez que los veía y yo los tenía asociados con cierto tipo de gente tan presuntuosa como chabacana que muy a menudo me cruzaba por Madrid, un tipo de matones de estirpe oscura que se las daban de señores con tanto pico que no les creía ni Dios, aunque hubiera que tragar

porque, si no, lo mismo te abrían la cabeza. La verdad es que, en aquel tiempo —que siempre recuerdo con un fondo de tristeza y de color caca de niño—, entre esta gente y la partida de serviles que les agachaban la cabeza y luego les imitaban en sus pequeños reductos, yo me sentía rodeado por una agresividad y una violencia soterradas que me acompañaban a todas partes, como si fuera un ciclorama ante el que se desarrollase mi propia vida. Era un mundo de penitencias y temores, de amedrentamiento, donde sólo los gestos bruscos y los ademanes firmes se asentaban sobre las miradas de reojo, el miedo, la grisura, y donde muchos, muchos, anhelábamos pasar desapercibidos por toda esperanza.

Caminaba distraído con estos pensamientos, bordeando la hilera de plátanos por el exterior, cuando un bocinazo me sacó de mi ensimismamiento. Al pronto casi doy un brinco pero, quedado como era, me detuve en el gesto.

Arturo Mayor sacó la cabeza por la ventanilla de su automóvil:

—¿Se puede saber adónde vas a estas horas?

—Yo, es que... ya he desayunado.

Me miró de tal modo que comprendí en seguida que la cocinera tanto le había puesto en antecedentes como me había disculpado.

—Bueno, venga —dijo—. Esperadme en casa que voy a dejar a la tía Regina y ahora vuelvo.

Como si la tierra se abriese bajo mis pies. Instintivamente agaché la cabeza para mirar al interior del automóvil. Entonces el rostro precioso de ella apareció tras el de Arturo y, otra vez, sus ojos me dejaron inerte y sin habla:

—Tienes que venir a verme, León, no lo olvides —dijo ella—. Te espero en la isla —en su oferta había un extraño deje de seguridad.

Negué, afirmando, con la cabeza, en plena confusión. No supe qué decir y, fatalmente, el coche arrancó, llegó hasta la boca de la plaza y se perdió a la derecha.

Recuerdo que aquella mañana y a aquella hora me dije a mí mismo que las vacaciones de verano no podían empezar peor.

Al pronto, sólo se percibía un murmullo. No provenía de ninguna dirección determinada, sino del exterior de la casa en conjunto, y se extendía uniforme y muellemente como un dulce ámbito; su propia delicadeza casi lo apagaba. Era monocorde, mas no melancólico ni somnoliento. Vivo y templado, se diría que sonaba como un milagroso rumor de yerba creciendo a los pies de la cama, en el silencio sepulcral de la casa. Una apenas velada claridad tintaba de suave gris el sonido de aquella

melodía a la que parecía proteger y abarcar.

León salió sigilosamente del lecho, se envolvió en su bata y llegó hasta la cristalera del balcón. Estaba ligeramente empañada y, al frotarla con la palma de la mano, sólo obtuvo un revoltijo de líneas en el vaho, perladas de gotas diminutas que dificultaban aún más la visión. Con sumo cuidado desenchajó la falleba haciéndola girar hacia sí, entreabrió ligeramente la hoja y se deslizó fuera.

Una hermosa humedad le acarició mansamente. Llovía y las cimas de las colinas que se elevaban tras el Ayuntamiento, sobre la parte vieja del pueblo, estaban comidas por la niebla. El cielo era gris, con tiznones como islas salpicándolo. Caía una lluvia fina y tenaz, una armoniosa y continua red de hilos gráciles y transparentes que bajaban del esfumado color del cielo. Semejaban el paso tranquilo y ordenado de una memoria cargada de belleza y lasitud.

Había vuelto los ojos a su izquierda, hacia el prado; entonces oyó el ruido, la yerba recibiendo la caricia del agua, las miríadas de gotas depositándose sobre la tierra.

Transcurrió una semana antes de que León tuviese la oportunidad de conocer al Lobero; una semana de lluvia con algunos claros, que los chicos y la pandilla aprovecharon para escapar a la playa. La mayor parte del tiempo la ocupaban en grandes paseos por la carretera vieja o los caminos a los prados, asomándose sobre los bardales para examinar las posibilidades de hacerse con la fruta de los árboles, incomparablemente más deleitosa que la de sus casas. Alguna vez el paso del viático les hizo interrumpir a toda la pandilla el juego del balón; unos y otros se retiraban a ambos lados del camino arrodillándose y escuchando la campanilla que rasgaba tristemente el aire, como un pájaro solitario bajo el cielo ceniciento, y luego volvían a la bulla. Durante los paseos, León encontraba de vez en cuando algunos agrupamientos de clavellinas y entonces se distanciaba de los otros y se adentraba en sí mismo porque, sin razón aparente, le recordaban a Regina Mayor.

Una mañana León marchó al puerto, dejando a Jaime en cama aquejado de una ligera indisposición. Un tiempo tornadizo, que tanto concentraba nubes como las disipaba, gobernaba el día en forma malhumorada y León optó por acercarse al puerto, que siempre le distraía. En el camino se entretuvo en comprar un paquete de Celtas cortos y una caja de cerillas; había comenzado a fumar casi al final del curso, y aunque dejaba pasar días y días sin encender un cigarrillo, la idea de acudir al puerto con un paquete en el bolsillo y fumar al compás de la brisa le sugería una sensación de afirmación, contundencia y bienestar incomparables.

Se hallaba echando el primer pitillo mientras observaba con atención un barco de pesca que golpeaba de babor contra el embarcadero por efecto del oleaje, con la sola protección de unos neumáticos atados a la borda, cuando escuchó una voz profunda a sus espaldas:

—Eh, chico, ¿me das fuego?

Al volverse, León se dio de manos a boca con el Lobero. Sorprendido, tanto como excitado, al reconocer al hombre del que Jaime le había hablado, balbució un sí señor y se hurgó en los bolsillos del pantalón hasta atrapar la caja de fósforos. El hombre encendió, haciendo hábilmente cuenco y tiro con las manos.

—Usted es el Lobero, ¿verdad? —el acopio de valor que hubo de hacer para dirigirse así a él le dejó anonadado.

El hombre exhaló una bocanada de humo y le miró con un levísimo fruncimiento de labios; luego preguntó:

—¿Quién te lo ha dicho?

—Jaime Mayor —respondió León sin titubear.

El hombre movió la cabeza lentamente, dio otra chupada a su cigarro y dijo, mirando al frente, hacia la boca del puerto:

—Yo no conozco a ningún Jaime Mayor.

León se acoquinó de repente. No esperaba esta respuesta y, confuso y sonrojado, la tomó por una despedida; permaneció quieto allí, mirando la colilla de su cigarrillo por no saber dónde poner la vista.

—¿Es el hijo de Arturo Mayor? —preguntó el otro de pronto, sin desviar la mirada del mar.

—Ése, sí —contestó apresuradamente León—. Yo... he venido a pasar las vacaciones con él; somos amigos del colegio.

—Ya —dijo el Lobero por todo comentario.

Era un hombre alto y recio, de nariz pronunciada y aguileña, ojos pequeños, labios finos, pelo corto canoso peinado hacia atrás, tez muy curtida y maneras calmas como su ropa —camisa arremangada a los codos, pantalón de dril y alpargatas—, de caída holgada y colores oscuros.

—¿Usted cazaba lobos? —se aventuró a preguntar León.

—Claro —hizo una pausa que León respetó—. Alimañas —añadió—, pero hace ya mucho tiempo.

—Debe de ser la mar de emocionante.

El Lobero le miró.

—Duro —dijo luego, como para sí—. Muy duro, chico.

León, alentado por el laconismo, se animó a seguir conversando.

—¿Por eso lo dejó?

—No... —pareció que iba a continuar, pero se detuvo como espantando un recuerdo y volvió a mirar a León—. ¿Te apetece una cerveza? —dijo de pronto.

—Sí, claro —contestó vehementemente León, con los ojos iluminados.

El bar quedaba a la izquierda, según salieron del puerto. Era un refugio pequeño y

atiborrado de recuerdos, con barra y mesas de madera y un inconfundible olor a vino. Se mantenía en penumbra y los colores eran antiguos y oscuros, incluyendo una lámina que reproducía a un equipo de fútbol en posición de posar. Algunas moscas revoloteaban cansinas y aburridas. El Lobero entró dando una palmada en la barra, como cliente de confianza:

—A ver, dame un blanco superior y un quinto para el chico.

En una mesa del fondo, donde se instalaron, León tomó asiento como un lobo de mar.

León le miraba beber. Era hombre parsimonioso y metódico: colocaba el vaso con mesura sobre la madera, durante unos instantes lo observaba con atención, después lo acogía con la mano, tomaba un breve sorbo, lo depositaba de nuevo ante sí tras chasquear la lengua y fruncir los labios y se preparaba un cigarrillo. Era como un verdadero ritual de asentamiento.

León le ofreció un celtas.

—Hombre, muchas gracias —dijo con un raro cante en la voz el Lobero.

Por la cabeza de León bullían toda clase de emociones y aventuras. El mero hecho de estar compartiendo mesa y bebida con el Lobero le parecía el mayor orgullo al que podía aspirar un ser humano, e incluso trataba de beber con la tardanza y la exactitud de su nuevo amigo —aunque echara a perder la fuerza de la cerveza— una vez que se hubo atizado un buen trago de primeras. El mismo bar se le figuraba un refugio de pescadores al abrigo de la tormenta, lleno de ruidos, humores y charlas, con esa laxitud de movimientos que da la conciencia del duro trabajo ya realizado, el vino de gracia y la inmediata vuelta a casa para cenar y coger el sueño. León se mantenía en silencio, deleitándose con sus sensaciones.

La voz del Lobero le sacó de su ensimismamiento.

—¿De dónde eres, chico?

—De Madrid. Bueno —recapacitó—, yo nací en un pueblo de Albacete, porque a mi padre le mandaron allí después de la guerra, pero él se murió cuando yo tenía tres años y a los otros tres nos vinimos a Madrid con la abuela.

El Lobero inclinó la cabeza hacia León con una chispa de interés en sus pequeños y veloces ojos zarcos.

—¿Y por qué le mandaron allí, si se puede saber?

—Sí, claro —contestó animosamente León—. Es que, o sea, él no era rojo pero era maestro y dice mi madre que los maestros estaban muy mal vistos por los nacionales. Bueno, mi padre tampoco era de los nacionales, o sea que era... de ideas abiertas, ¿no? Y un primo suyo que era de Falange habló por él y como era buena persona sólo le mandaron al pueblo. Pero como antes había estado en la cárcel, en la cárcel de los nacionales, ¿no?, pues luego el clima le sentó fatal y ya estuvo fastidiado todo el tiempo y —bajó la voz—, bueno, se murió de la enfermedad —de pronto a León se le hizo un nudo en la garganta y, mirando hacia otro lado, bebió un buen trago de cerveza.

—Debió de ser un buen hombre tu padre —dijo el Lobero tranquilamente. Luego agitó su cajetilla, haciendo asomar un par de cigarrillos—. ¿Otro pito? —ofreció.

—Sí, gracias —contestó León con la voz aún rota.

El Lobero encendió su cigarro y se repantigó en la silla con gesto meditativo. Al cabo de unos minutos tomó el vaso de blanco, bebió un sorbo y volvió a fruncir los labios echándose atrás de nuevo. Durante todo este tiempo pareció observar con alguna atención la mesa ante la que se sentaban. Después, sin apartar la vista de ella, se dirigió a León.

—Si estudias con el hijo de Mayor, estarás en un buen colegio.

—Psé —contestó con cierta cautela León.

—Quiero decir: un colegio de pago —añadió el Lobero.

—¡Ah! —dijo León con alivio—, creí que decía que era un buen colegio, o sea, que había buenos «profes» y toda la pesca. Qué va —prosiguió—, es malísimo, pero hay que aguantarse. De dinero y eso, sí; yo estoy ahí porque mi madre me consiguió una media beca, pero me las hacen pasar moradas para no perderla, no vea usted —terminó enfáticamente.

Por primera vez el Lobero le miró con una media sonrisa.

—¿Aprietan?

—Son unos cabrones. A mí me obligan a sacar media de notable y todo por una cochina media beca. A fin de curso me tengo que matar porque siempre viene el prefecto y me lía con que si los esfuerzos de mi madre y que no puedo defraudarla y todo eso. Una vez, me acuerdo, como nos leen las notas de cada mes a todo el curso junto, uno por uno y en voz alta, me advirtió que por el camino que iba me estaba jugando la beca y no le quiero decir el cachondeo de todos los demás, y yo, bueno, las pasé de todos los colores.

El Lobero fumó despacio; luego dijo entre dientes:

—Así son esos puntos.

León aguardó en silencio.

—¿Y Jaime Mayor? —preguntó luego—. ¿Es muy amigo tuyo?

—Sí, nos llevamos bien —contestó sin excesiva convicción—. Lo que pasa es que da un poco de pena porque es muy fantasmón y a veces la gente le toma a chacota y el tío lo pasa mal. Pero es un buen chico.

—Ya —dijo el Lobero.

En esa pausa, León se percató de que llevaba un largo tiempo fuera de casa. No le preocupaba el hecho en sí, pues había anunciado que se disponía a dar una vuelta, pero las normas convencionales de los Mayor eran sumamente severas y regulaban con apremiante precisión las estancias y ausencias, del mismo modo que sólo podían salir de la habitación cuando la criada les avisaba de que los señores ya estaban a la mesa para el desayuno o debían recogerse a hora fija en espera de la comida o la cena, sin sobrepasar el límite de la cancela del jardín ni alejarse hasta el extremo del prado, pues corrían el riesgo de no escuchar la campana de aviso. León, con disimulo e inquietud, observó su reloj.

—El viejo Arturo Mayor sigue con sus horarios, a lo que parece —comentó el Lobero ante el sobresalto de León.

—Sí —atinó a contestar—, es... un poco exagerado.

—Cuando uno pone el acento en esas cosas no hay nada que hacer, chico —contestó



filosóficamente el Lobero—. Y el señor Arturo Mayor hace ley de tales costumbres —hizo una pausa y luego continuó—: Bueno está si es su casa y él quien manda, pero uno ha de saber elegir al que trata —entonces se volvió hacia León, que le miraba intrigado—. Muy bien, chico. Si necesitas alguna cosa no te olvides del Lobero. Y anda, marcha a casa, no vayas a tener una bronca por culpa mía.

De regreso, saltando a pelo y limpiamente los bancos de la plaza, León se jaleaba para sus adentros como si se tratara del mismo Aníbal avistando tierra italiana tras el grandioso paso de los Alpes.

Así como recuerdo con gran precisión los dos primeros días de mi estancia en Solano, el resto de los recuerdos que configuran mi memoria de aquel verano se dispersan y, en muchos casos, no soy capaz de establecer la cronología de anécdotas que, sin embargo, se me han quedado vivamente grabadas. He de reconocer que hoy en día continúa importándome muy poco ese aparente desbarajuste, porque en lo que de influjo tuvo para mí ese verano ninguna línea maestra escapa no ya a la propia memoria sino, y decididamente, a lo que hasta la actualidad me define como persona.

En el, por lo general, trabajoso camino que cualquier ser humano debe recorrer en busca de lo máspreciado para él, esto es, la propia identidad, es tal la cantidad de desviaciones que debe tomar —buena parte de ellas insospechadas— que la reconstrucción del trayecto no estará lejos, tampoco lo estará su representación, es decir, la figura de identidad del famoso «nudo» de Leonardo, cuya preciosa complejidad se resuelve en un solo golpe de vista con tan fascinante belleza porque está diseñado en trazo continuo de principio a fin y en cuyo centro aparece la divisa que lo rubrica.

El desbarajuste, pues, forma paradójicamente un dibujo, resuelto al transcribirlo, que soy yo. Logre yo, o no, contemplarlo después con tino o sin habilidad, el dibujo soy yo en cualquier caso y eso es imborrable. Delebles son las fechas, las anécdotas e incluso ciertas concatenaciones en lo que a la memoria se refiere. El laberinto es bello y, por lo tanto, tan orgulloso como cierto. Ahora repaso su trazado en una aventura que, irrepetible y sucedida, ondea como un banderín en la memoria.

Todo lo cual viene a cuento de un detalle que, si imperceptible dentro de la historia, presenta destellos significativos para mí, de la misma manera que, en un familiar frente de árboles, la peculiar incidencia de la luz sobre las copas puede revelar súbitamente una contemplación distinta, otra emoción para la mirada.

Una tarde me encontraba solo en el porche junto al prado leyendo fervorosamente *El hombre de fuego*, de Emilio Salgari, cuando la figura de Arturo Mayor se detuvo ante mí.

Tan enfrascado estaba en la lectura de los lances de Alvaro Correa y su grumete que ni me apercibí de su presencia, porque sólo recuerdo un bronco y contundente carraspeo que me obligó a alzar súbitamente los ojos del libro. Sorprendido, pues se mantenía de pie ante mí, le di cortésmente las buenas tardes y me debí de quedar mirándole sin saber qué hacer. Arturo Mayor, entonces, se dirigió hacia el sofá de hierro cubierto con amplios cojines de lona que estaba junto a mi sillón, tomó asiento con solemnidad –lo que comenzó a provocarme una fuerte inquietud– y, tras frotarse las palmas de las manos como quien concluye finalmente una ardua investigación, me dirigió la palabra para comunicarme que, según sus noticias, yo había sido visto en una tabernucha del pueblo fumando en compañía del Lobero.

Por nada del mundo hubiera sospechado el motivo de su acercamiento. No es que no entrase en el carácter de Arturo Mayor, pues era un hombre sumamente severo y riguroso, aunque en ocasiones, si uno se acomodaba a él, resultaba tratable y cordial, sino porque el Lobero pertenecía de tal modo a mis deseos e iniciativas que en modo alguno consideraba esa relación como susceptible de ser juzgada por otros que no fuéramos el mismo Lobero y yo. La brusca presencia de Arturo Mayor me hizo sentirme, aunque interiormente lo rechazara de modo instintivo, como culpable de una acción indecorosa.

Le contesté como pude, es decir, narrando sencilla y llanamente la verdad del encuentro, aunque, por instinto, omití el tema de nuestra conversación haciendo referencia a vaguedades sobre las artes del mar y la información que sobre ellas me había proporcionado el Lobero; afortunadamente, mi interlocutor no quiso entrar en precisiones sobre el asunto. Recuerdo muy bien que continuó diciéndome:

–El Lobero no es persona bien vista en este pueblo por gente como nosotros y no quiero que se llegue a decir que alguien de nuestra casa bebe en compañía de ese hombre, ¿me explico?

Muy desconcertado, traté de explicarle –y me arrepiento, aunque no rechazo mi hipocresía– que me pareció mal desdeñar su invitación. En este punto, la brusquedad de Arturo Mayor se abatió sobre mí con fuerza:

–Tú no eres quién para andarte con esas finezas. Éste es un asunto de hombres en todo caso y tu obligación es no dirigirle la palabra y alejarte de él. Seré yo quien se ocupe de saber si se puede o no se puede rechazar una invitación. Cuando tengas edad de entrar en una taberna es asunto tuyo, pero aquí el responsable de ti soy yo y no quisiera tener que decirle a tu madre que andas por ahí con un vagabundo en los bares del puerto y mucho menos fumando a tu edad. ¿Entendido?

La firmeza con que terminó su perorata me dejó descompuesto. La amenaza de avisar a mi madre estuvo a punto de hacerme saltar de mi asiento; por nada del mundo hubiera deseado que alguna noticia ingrata llegase a sus oídos por boca de Arturo Mayor. Por lo tanto, en ese momento me vine abajo, expresé todo tipo de disculpas y promesas, abaté mis armas –si es que tenía alguna– y me rendí sin condiciones. Arturo Mayor, al ver mi estado de agitación, quizá pensó que se había excedido, puesto que trató de tranquilizarme e inmediatamente convirtió el asunto en una simple travesura que confiaba

en que terminase allí. Yo debía de estar blanco como la pared.

Recuerdo –y no deja de hacerme gracia– que cuando Arturo Mayor me dejó con mi lectura, o eso pensaba él que haría, lo único que se me vino a la mente fue esta idea: «Menos mal que no me ha cazado el paquete de celtas también».

No me rendí, sin embargo. Como primera medida escapé al fondo del prado y, tras los sauces, eché un pitillo para serenarme. El asunto se presentaba complicado porque si Arturo Mayor había tenido noticia de nuestro encuentro, eso quería decir que me iba a resultar muy difícil reencontrarme con el Lobero en el pueblo. No, la cosa estaba mal pero no era desesperada; sólo tenía que hallar el medio y en aquel momento no se me ocurría la solución. Poco a poco, la persona de Arturo Mayor iba adquiriendo un tinte grave e inasequible que contrastaba seriamente con la primera impresión que tuve de él. Se convertía, para mí, en alguien en quien no podría confiar, al que había que seguir el juego y actuar a espaldas suyas. Ni Jaime ni Arturo gratificaban mi estancia; Regina estaba lejos y yo no sabía siquiera si me había prestado más atención que a un macizo de hortensias. Y Mariana aparecía y desaparecía, evanescente, sin que hasta el momento hubiera habido en sus gestos un solo acto de cercanía, táctil, ciertamente cordial, hacia mí. Pero, acostumbrado al acorralamiento, por más desamparo que pudiese llegar a sentir yo sabía muy bien hacer frente, a mi manera, a tales distancias. Lo aprendí a muy duro precio entre mis compañeros de colegio.

En la tercera noche de su estancia en Solano, León comprobó que Jaime se encontraba de un humor de perros. Había tomado asiento al borde de la cama, sin la menor intención de desnudarse, con el ceño fruncido, la mirada tercamente baja y las manos entrelazadas sobre los muslos oponiendo convulsivamente los pulgares. León había conocido en alguna otra ocasión su sanguíneo estallido y, a la vista de los síntomas, no las tenía todas consigo. La razón no residía en que le temiera sino en que, en principio, toda violencia le producía miedo y tendía a recular ante ella. Al cabo del tiempo, y visto que el otro no cedía en su obstinado mutismo, decidió iniciar una conversación, a pesar de estar metido en la cama.

–Jaime... –titubeó; no sabía por dónde empezar–. ¿No te vas a acostar?

–Tú no te metas en lo que no te importa –contestó Jaime ásperamente.

–Oye, que yo sólo lo digo por apagar la luz o no.

–Por mí puedes hacer lo que te dé la real gana.

–Bueno, macho, pues que te zurzan –terminó León, volviéndole la espalda.

Durante algunos minutos se mantuvo el silencio. Sin embargo, la aguda sensibilidad de

León captó un ligero y paulatino cambio. Fue como si la tensión remitiera y el silencio comenzara a latir de otro modo; como si, a su vez, la mente de Jaime, cerrada a cal y canto, hubiese dejado penetrar una idea, una sarta de pensamientos que, a medida que se encadenaban, abrían camino a un cambio de humor que alertó a León, pues, cual un fantasma que extendiera su amenaza por la habitación, comenzó a cernirse sobre sus espaldas una muda asechanza teñida de cierta malevolencia que no le resultaba desconocida. Rápido como un resorte, volvió la cara a Jaime y lanzó su ataque.

—¿Se puede saber qué tienes con tu padre? —preguntó certeramente. Jaime le miró desconcertado. Esa tarde, padre e hijo habían escenificado un enfrentamiento ciertamente duro.

—¿Qué tiene que ver mi padre ahora? —repuso con acritud.

—Jo, macho, con la agarrada que habéis tenido, nada —respondió León sardónicamente.

—¡Bueno! —comentó, despectivo, Jaime—. Pues sí que me va a importar a mí mucho eso.

—Estáis así todo el día desde que he llegado —León empezó a discursar indignado—. Todo lo que te dice te encabrona. Tampoco es para ponerse así, ¡joder! Lo único que consigues es pasarlo mal y, encima, yo me llevo unos sofocos de muerte allí delante. Te creerás que me divierte mucho estar en medio.

—Pues vete —dijo, evidentemente molesto, Jaime.

—¡Hombre, claro! Mira qué fácil. Agarro la puerta y me voy al jardín en mitad de la cena, si te parece.

Hubo una larga pausa entre ambos. León, todavía con el alma en un hilo, se dijo que había esquivado el papel de chivo expiatorio. El latido del silencio fluía ahora del uno al otro con normalidad.

—Oye —el tono de voz de León era conciliador y confidencial—, ¿por qué son tan severos aquí en tu casa? Lo digo, o sea, por lo de no poder bajar a desayunar y eso.

—Porque a mi padre se le ha metido aquí en el culo —dijo señalándose la cabeza— que él tiene que ser el primero hasta para desayunar.

—Sí, pero ¿y si un día no se despierta?

—Pues nos morimos de hambre.

—No, hombre, en serio. Tampoco es tan hijoputa —dijo León.

—¿Sabes una cosa? —Jaime se incorporó hacia él velozmente—. Él me odia, me odia de veras, ¿y sabes por qué?, porque es un gran pecador, por eso.

—¿Un gran pecador? —el estupor dibujó el rostro de León—. ¿Un gran pecador? ¿Tu padre?

—Sí, sí, eso es. Tú no sabes nada. ¡Nada! —contestó Jaime apretando los labios—. Pero a mí me lo han contado. Un gran pecador.

León comenzó a sentir daño y desconcierto a la vez, como quien siente de pronto esa pérdida del espacio que es la borrachera. En la mirada de Jaime brillaba el fondo de satisfacción y fiereza que acompaña a un gran rencor, y era el rencor lo que aterrorizaba a León, porque lo intuía como una difuminación de los límites de la casa que le acogía. La mancha del pecado, de pronto, se agigantaba a la manera de una sombra que,

creciendo agitadamente al acercarse, se estremece más y más, apoderándose del territorio que nos llama tanto como nos pertenece y, súbitamente, nos desconoce.

—Oye, estás loco, de veras, no hables así de tu padre.

—Tú no lo sabes, no sabes nada —los ojos de Jaime se convirtieron en dos rendijas—. Todo lo suyo es sucio y yo también, yo también. Por eso me odia; pero no me importa —sus párpados se abrieron de golpe, luciendo una mirada colérica—. No quiero que le haga daño a mi madre, quiero que nos deje en paz, que se vaya y nos deje en paz —un sollozo le rompió la voz y detrás escapó el llanto, con tal fuerza que León estuvo a punto de retroceder al escucharlo, pero se contuvo hincando firmemente la cabeza entre las rodillas como intentando que el dolor le alejara de un suceso que no debería estar ocurriendo. Y acaso la violencia que ejerció sobre sí mismo le devolvió la entereza o, al menos, la capacidad de reaccionar. Saltó de su cama y tomó a Jaime por los hombros, sacudiéndole, extrañamente cerca y odiándolo, oyéndose decir:

—Tranquilo. Tranquilo, coño, tranquilo.

—Tú no le conoces —acertó a gemir Jaime—. Tú no le conoces.

—Pero si aparte de ser tan rígido para las horas y eso es de lo más normal —León hablaba como apagando un fuego—. Oye, de veras.

—Claro, porque estás delante y se contiene. Pero me ha pegado bien, y muchas veces, y fuerte —ahora Jaime se rendía.

—¿De veras? —preguntó asombrado León, olvidando la escena.

El otro hizo un inequívoco movimiento de hombros. León meditó unos segundos.

—¿Sabes lo que te digo? Que no me lo creo —dijo al fin, arrepintiéndose de inmediato.

—¿Qué dices... ? —Jaime se revolvió en un instante.

—¡Que no tiene tanta pinta de eso, contra! —afirmó sonoramente León.

El silencio destelló como el releje de una faca.

—¿Tú sabes quién es Pepín el Guapo? —en el tono de voz, repentinamente frío y silbante, León intuyó desorden, un desorden tan poderoso y cambiante que le sacó de su lugar.

—Sí... —contestó a la defensiva—. El que vimos al llegar...

—Ése era de Falange en la guerra, ¿sabes? —seguía silbando su voz—. Tiene la pistola y todo en su casa y dio muchos paseos después de que entraran aquí los nacionales, ¿sabes?, ¿sabes lo que es un paseo? —León asintió con recelo—. Pues eso. Y se pone como loco cuando habla de los comunistas y toda esa gente, se le pone la cara roja y te deja acojonado y a más de uno le ha dado una tunda de palos que lo ha mandado al hospital, ¿sabes?

—Bueno, ¿y eso qué tiene que ver? —cortó León acorralado por el canguelo, viendo cernirse el dolor como cielo de tormenta.

—Organizó a toda la gente en el pueblo, y eso que no tenía más de veinte años, y al que se le ponía delante, ¡zas! —hizo la señal de rebanarse el cuello con el dedo índice—. ¿Y sabes lo que te digo?, que con ése no se atreve ni mi padre y hasta la Guardia Civil se andaría con cuidado si no fuera muy amigo de ellos, conqué entérate.

—Bueno, ¿y qué? —su intuición le golpeó antes de que lo hiciera el propio Jaime. Hubo

otra pausa, helada como la anterior. Después Jaime habló:

–Tú eres «repu», ¿no? –preguntó casi con indiferencia.

–¿El qué? –dijo León sorprendido.

–Rojo, vamos –prosiguió Jaime. Aquel cambio hacia la firmeza era inconcebible.

–¿Quién, yo? Tú estás loco –no le llegaba la camisa al cuerpo y, al tiempo, se sentía espantosamente cobarde; el recuerdo de su padre comenzó a dañarle tanto que el miedo se confundió con la cólera.

–Sí, sí, que un día me hablaste de tu padre.

–Yo eso te lo dije de amigos. ¡Y con mi padre no te metas!

–Se lo voy a decir a Pepín.

–¿El qué?

–Lo de que eres un «repu». Ya verás, ya.

–León se lo quedó mirando con tanta incredulidad como espanto.

–Oye, ¿no lo dirás en serio?

–No, macho, qué va.

–Como se lo digas te mato.

–¿Después de que te coja Pepín? Ni lo sueñes.

–Oye, te lo advierto, no le digas nada a Pepín, y además ¡yo no soy republicano!

–Bueno, me lo voy a pensar –Jaime se levantó y comenzó a desnudarse, pero ya León se había cubierto el rostro con las manos como si quisiera atrapar de algún modo la mezcla de indignación y miedo que le dominaba. Luego se volvió de lado y apagó la luz. Pensó: «Hijo de puta, como se lo digas te mato». Luego comenzó a llorar en silencio, aguantando las lágrimas o escondiéndolas en la almohada, sin un solo movimiento delator, con la vaga conciencia de haber negado a su padre mientras seguía diciéndose en silencio: «Hijo de puta, como se lo digas te mato». Hasta que empezó a sentir el sabor salado en los labios y la tela ya humedecida, y se entretuvo en lamerse como si se acunara o tal vez como si fuese el perro de su propio desamparo.

Yo era, en efecto, un hijo del día. Meditaba sobre esto y sobre las palabras de mi madre en uno de los ratos que lograba robar para mí, especialmente después de las comidas, pues todos, incluso Jaime, tenían la costumbre de dormir la siesta. El primer día me vi obligado a subir a la habitación, pero esa misma tarde Jaime intercedió por mí advirtiéndome que no era costumbre en mi casa y su padre me dispensó. Lo cierto es que, a los pocos días, tras las primeras escaramuzas con Jaime y la continua y sañuda provocación con que éste perseguía al padre y que a menudo me veía obligado a

contemplar, esos momentos de soledad me concedían un gran alivio.

La noche es siempre misteriosa y peligrosa. En su reino todo es presentimiento y acecho, adivinados contornos informes y una amenaza que puede caer sobre nosotros en cualquier momento y desde cualquier lugar. Una tarde en que la oscuridad se nos echó encima, estando yo, muy crío, veraneando en el pueblo de mi madre, no nos alcanzó el tiempo a ella y a mí para salir del bosque donde habíamos ido a pasear, y el último trecho lo recorrimos con la noche sobre nuestras cabezas. Yo iba mudo, rígido, aferrado con tal fuerza a la mano de mi madre que le dejé marcas, mientras cientos de formas se agitaban ante nosotros y los murmullos, ruidos, chasquidos, voces, silbidos y rozamientos vibraban a nuestro alrededor. No existía allí la cercanía ni la lejanía y no se distinguía lo muerto y lo vivo. La experiencia me persiguió largo tiempo y, como otras tantas anécdotas de este miedo peculiar, me paralizó hasta tal punto que no pude experimentar sino bastante más tarde –justamente el verano del 59– la otra cara del misterio y el peligro que la noche contiene: pues el misterio trae en sí la extrañeza y el espanto, la excitación y la atracción, pero yo aún no sabía que la manera de intentar desvelar un misterio es adentrarse en él. Mi suerte fue tropezar con un gran espíritu de la noche, y así pude emprender el camino que había de llevarme hasta lo más recóndito de su belleza, caminando unas veces con buen ánimo, otras amedrentado, por los senderos del misterio y del peligro, de la asechanza y la oscuridad. ¿Acaso Hermes no es el más humanitario entre los dioses?

Muchos son los seres a los que la noche protege como a sus hijos y muchos de ellos son malévolos y reticentes, pues hacen de la noche su guarida y su reino, y, emboscados, aguardan pacientemente al infortunado viajero que, temiendo perderse, se adentra más y más en la celada. Jaime, respecto a mí, era uno de ellos. Todo cuanto entre nosotros sucediera a la luz, entre marcas y contornos, me avivaba el ingenio y el espíritu hasta sobreponerme al miedo; pero en la noche era él quien gobernaba mi sensibilidad y, una tras otra, sus conversaciones me cercaban como sombras malignas de las que sólo lograba escabullirme en virtud de mi imaginación, cuando, abandonado al fin a mi suerte, inventaba centenares de historias para proteger mi desvelo.

A partir de los acontecimientos que sucedieron durante el verano, no me resulta difícil reconstruir y ordenar en su recto sentido la razón de las terribles disputas entre Jaime y su padre; pero en aquellos momentos, incurso en la acción y desconociendo a la familia, no dejaba de producirme estupor su conducta. Se diría que odiaba a Arturo con un odio ciego, como alimentado por tal rencor que, habiendo hervido a terribles profundidades, mereciera la venganza de toda una vida. Yo sabía entonces del temperamento sanguíneo de Jaime y de un periódico humor infernal que se apoderaba de él como si bloqueara su mente, hasta el extremo de que en algunas ocasiones llegué a pensar si no tendría una veta de locura. Pero salvo en tales estados de ánimo no era mal compañero y, como ya dije, me movía a lástima y yo no andaba muy sobrado de amigos. Ese verano, sin embargo, la cuerda se había tensado. Traté, en numerosas ocasiones, de largarle un cable, de forzar la confidencia. Entonces él se limitaba a enumerar y comentar hasta la exasperación y en sus más nimios detalles las vejaciones a que le sometía su padre, y

cuando yo trataba de hacerle entender que las veía como con lente deformante me encontraba con una pared de granito.

Arturo Mayor era, sin duda, un hombre sobrio y severo, muy exigente consigo mismo y, por ende, con los demás, y ejercía con el hijo una especial aspereza que evidentemente procedía de su propia consideración de hidalgo. Alguna vez advertí en él detalles de ternura, pero he de reconocer que no se los permitía a menudo, en público al menos. Desbordado por esa doblez que había en el carácter de Jaime, y que para él debía de ser la mayor ofensa a su sentido de los valores, no conocía otro medio de hacer entrar en vereda al muchacho que redoblar sus exigencias. Pero si bien éste era un alto motivo de fricciones, en modo alguno explicaba el odio africano que Jaime profesaba a su padre.

Arturo Mayor era un hombre escrupuloso con su personal honestidad y con la palabra dada. Este exceso de celo no provenía sólo, como averigüé más tarde, de su hidalguía, sino también de las circunstancias de su matrimonio con Mariana Linazo o, al menos, de que la fortuna de ella fuese muy superior a la suya. Esto no hacía en menos su carácter emprendedor y su capacidad de supervivencia, pero, observado desde el punto de vista de la hidalguía española, estoy por asegurar que debió de mortificarle en numerosas ocasiones. Para hombres como Arturo Mayor –que además había afrontado un anterior matrimonio con la hija de una familia en condiciones económicas aún peores que la suya–, el dinero de Mariana Linazo, por muy legal, concedido y consentido que fuera, no dejaría de quemarle los dedos; ni siquiera tras el, al parecer, excelente uso que hizo de él, o parte de él, a su vuelta, que, por lo demás, debió de tomar tan a pecho como si de su propia regeneración se tratase. Acaso también tuviera que ver con esto la distante deferencia que mostraba hacia Mariana, como si tal actitud contribuyera a establecer su propio señorío y su dignidad; pero es igualmente cierto que ambos parecían aceptarse cotidianamente bien y jamás advertí roce alguno entre ellos, aunque desconocía, por supuesto, su intimidad; en realidad ni llegué a intuir cómo sería ésta.

Es curioso comprobar cómo muy pocas cosas en las relaciones entre las personas –si es que alguna hay– responden a una apariencia de irracionalidad y cómo, por el contrario, por complejas que sean las redes que entretejen unas vidas, la intuición y el conocimiento de ciertos datos permiten comprender cuánta lógica encierran en sí los hechos aparentemente más disparatados e inexplicables. A mis quince años apenas si disponía de la ayuda de mi sensibilidad, aún muy poco dispuesta para los matices del razonamiento y la deducción; podía ventear sensaciones, nada más. Por eso no entendí el drama que se representaba ante mis propios ojos –y no sé si todos ellos llegaron a comprenderlo alguna vez en su totalidad– hasta que prácticamente se hubo consumado.



El primer domingo después del día de su llegada, Jaime y León, hechos un brazo de mar, aguardaban, pacientemente el primero y algo comido por los nervios el segundo, a que Arturo Mayor sacase el coche del garaje para acudir a misa de doce. Unos minutos antes les había precedido toda la servidumbre, que hacía el camino a pie hasta la iglesia, situada en lo alto del pueblo viejo, con la única excepción de la cocinera, quien previamente había asistido a la misa de ocho para que la casa no quedara sola durante ese tiempo.

Era una mañana de cielo nublado y mucha claridad, sin rastro alguno de niebla, lo que permitía una extraordinaria profundidad de visión, con esa característica nitidez que, en los pueblos del norte de España, permite apreciar la bellísima afluencia de gradaciones del verde en prados, lomas, boscaje, matorral, cultivos y toda clase de vegetación, aún humedecida por el rocío de la madrugada. Mariana se encontraba junto a ellos, siempre radiante, haciendo distraídos gestos de sorpresa e inquietud ante las maniobras de Arturo con el Citroen. Finalmente embarcaron todos para recorrer los escasos dos kilómetros que les separaban de la iglesia.

Como era costumbre, Mariana penetró casi de inmediato en la iglesia, en dirección a su reclinatorio. Arturo, por el contrario, permaneció en la puerta con el resto de los hombres, intercambiando afectuosos saludos y frases de rigor. Jaime y León quedaron fuera también, saludando de vez en cuando a los amigos del padre y, en otros casos, observando con suficiencia a los niños menores que entraban con las mujeres desde el primer momento. Sólo cuando la campana repicó para la tercera llamada entraron todos, con ese aire un tanto desganado que pretendía ser prudentemente viril ante la devoción gestual de las mujeres, y se mantuvieron divididos en dos bloques a derecha e izquierda, bajo el coro, algunos casi en el atrio, en pie, con las manos cruzadas por delante y sin hacer otra genuflexión que la debida, con una sola rodilla, en el acto de la elevación.

La verdadera expansión del domingo se producía a la salida. Parecía como si la severidad y solemnidad del ritual en el interior de la iglesia necesitara contrarrestarse con una poderosa efusión de palmadas, besos, intercambios de noticias fugaces, relación de dolencias y apretones de mofletes a la sufrida infancia. De nuevo se separaban hombres y mujeres, aunque en casos como el de los señores de Mayor y dado su abolengo, ambos recibieron juntos, en la mayor parte de los casos, las muestras de simpatía o interés del resto de los vecinos con los que mantenían trato. En alguna ocasión, los amigos de Arturo lo retiraban en un aparte, tras saludar cumplida y cortésmente a Mariana, pero el apartamiento no pasaba de ser generalmente corto en tiempo y distancia. El cura aparecía al final, despojado de sus revestimientos y casi nimbado de anfitrión, para distribuir sus saludos entre unos y otros y mezclar las bromas con los reproches. Jaime y León remoloneaban no lejos de los Mayor; el primero, con un cierto empaque de resabidillo que se trasmutaba a menudo en sonrojos cuando las amistades de sus padres le prodigaban los elogios; León, tímido y silencioso, acompañaba a su amigo y aceptaba con atragantamiento las presentaciones de que era objeto y el repentino desinterés con que, tras ser cordialísimamente saludado, era implacablemente ignorado en favor del gorjeo hacia el decantado círculo de los Mayor. De todos modos, era de advertir en

Arturo cómo, tras haber sido saludado por los principales, se alejaba, esta vez más largamente, de su mujer para intercambiar unas cuantas frases con el grupo de hombres del pueblo de más baja condición, campesinos principalmente.

León, dada su naturaleza, procuró escabullirse y vino a dar a un muro de piedra que circundaba la iglesia y que se abría, con gran solemnidad, sobre los confines de la ría y a las colinas que la bordeaban por la otra orilla, sembradas de casas encaladas con techo de tejas. En medio del bullicio, la contemplación le concedió un buen abrigo para cubrir su timidez.

Poco antes de la disolución de los corrillos, las esposas comenzaron a juntarse con los maridos y los hijos con los padres. Algunos empezaban a bajar, siguiendo a los más solitarios, que ya se habían perdido camino abajo. Ahora las efusiones se llevaban a cabo entre las familias, sembrando el ambiente de adioses y citas para media hora más tarde en los lugares del aperitivo. Penosamente, los automóviles se abrían paso entre los apretados grupos de gente al tiempo que sus ocupantes redoblaban las despedidas agitando las manos por las ventanillas. A una voz de Jaime, León abandonó su puesto de observación y vino presuroso hasta el coche, recibió dos o tres palmadas en la cabeza y se introdujo en la parte trasera junto a Jaime. Pepín el Guapo decía a través de la ventanilla del conductor:

—En el Tecla dentro de media hora —y mirando hacia León y Jaime añadió—: Y con los chicos, ¿eh?

Arturo, mientras soltaba el freno de mano, comentó:

—No me gusta que sea tan confianzudo.

—Oh, Arturo —dijo Mariana sin mirarle, mientras sonreía a alguien a través de la ventanilla—, es muy divertido, la verdad.

—Pues no me gusta, y especialmente alguna de sus diversiones. No me gusta la gente que mide mal las distancias.

—Arturo, por favor —contestó Mariana cerrando el asunto—, no volvamos a hablar de esto.

A León se le volvió el cuerpo del revés. La sola idea de estar cerca de Pepín le producía un desasosiego próximo al vértigo; pero en su acostumbrada manera de ser comprendió que no le quedaba sino aceptarlo heroicamente, sin excusas; además —reflexionó para tranquilizarse—, mientras Arturo Mayor estuviese por medio su protección le libraba de cualquier situación enojosa. Sólo restaba aguantar.

El Tecla era un bar-cafetería situado al otro lado de la carretera general, enfrente de la plaza del Ayuntamiento. Originariamente se lo conoció como Santa Tecla —y aún rezaba así en el letrero de la portada— y fue sólo un negocio de pastelería. Posteriormente los dueños comenzaron a alquilar camas y después habitaciones, acomodando el piso primero, lo cual les obligó a añadir un comedor, y, de seguido, convirtieron el gran salón de la pastelería en bar, pero reservando una zona para servir los bollos y confituras que tan justa fama les habían dado. En la actualidad pasaba por ser el local distinguido del pueblo y en él acostumbraban juntarse las familias más conocidas, con especial preferencia por el aperitivo del domingo.

Cuando Jaime y León arribaron a él con Arturo Mayor, el lugar estaba de bote en bote. Apenas traspasaron la puerta, el vozarrón de Pepín el Guapo reclamó su atención y en breves segundos consiguieron instalarse en el hueco que el propio Pepín les abrió sin preocuparse poco ni mucho de quiénes ocupaban los sitios de alrededor. Acompañaban a Pepín dos jóvenes que se apresuró a presentar como gente de mucho peso cerca de la capital y, naturalmente, amigos incondicionales para lo que hiciera falta. Dedicó su cordialidad preferentemente a Jaime sobre León y forcejeó con Arturo para que permitiera a ambos tomarse un vermut de barril, lo que ocasionó un sincero entusiasmo por parte de los muchachos.

León hubo de compaginar la reserva que le producía la presencia de Pepín y los aires de compinche que con él se daba Jaime con la delicia de saborear un vermut de barril, que se le figuraba bebida digna del más decidido lobo de mar de todo el Cantábrico. Prudentemente, se alejó unos pasos, si bien la aglomeración del local apenas permitía rebullir a los parroquianos. Se encontraba en la línea de paso a los servicios y el trajín en una y otra dirección era constante e implacable.

Jaime, sin duda con toda la intención dirigida a León, se dejaba embromar sin medida por Pepín el Guapo, como si se tratara de una especie de juego de camaraderías; y Pepín estaba del mejor de los humores y era hombre dado a estruendosas manifestaciones de jolgorio, a lo que su mencionado vozarrón colaboraba en buena manera. León no perdía detalle, recordando la conversación de aquella noche, pero no percibió peligro alguno y, hasta cierto punto, devolvía las risas y observaba sin aprensión. Exactamente hasta que advirtió un detalle de parte de Arturo Mayor que estuvo a punto de traicionar su semblante cordial y cómplice.

Arturo Mayor miraba especialmente a su hijo. Y fuera por mimetismo o participación, lo cierto es que Jaime, en sus modales, se asemejaba mucho, en aquellos momentos, a Pepín el Guapo. Esto no lo descubrió León por sí solo, pero no le cupo la menor duda de que era así cuando percibió el dolor y la cólera que, como un jirón de tormenta, cruzó durante breves segundos por los entenebrecidos ojos de Arturo Mayor.

La más sonora fanfarronada de Jaime durante el verano —en su sentido real y en el figurado— fue el fallido intento de impresionar a alguno de los amigos que tenía entre la colonia de veraneantes conduciendo el Citroen desde el garaje hasta la cancela y vuelta. Yo traté de disuadirle por todos los medios, en buena parte porque si no lograba impedirlo no dejaría de sentirme cómplice. Jaime aprovechó un día en que sus padres, con los vecinos de al lado, fueron a la capital en el coche de estos últimos; citó a los

excitados testigos a la hora de la siesta y se dispuso al lucimiento. Arturo Mayor solía dejar siempre el automóvil abierto y las llaves puestas.

Cuando respondió el motor de arranque, he de reconocer que todos nos sentimos extraordinariamente emocionados. El coche se caló en seguida, pero al segundo intento logró mantener las revoluciones. Yo, entonces, escuché pasos dentro de la casa, pero dejé de prestarles atención en cuanto la trasera del coche comenzó a sobrepasar el umbral del garaje y avanzó hacia nosotros. En ese momento la cocinera apareció por la puerta de atrás y se llevó las manos a la cabeza. El automóvil, que venía hacia nosotros dando tirones, tomó velocidad de pronto; nadie pareció apercebirse de ello, extasiados como estábamos, pero al verlo acercarse a unos cien metros aquello se convirtió en un sálvese quien pueda. Uno de los chicos se aplastó contra las enredaderas del muro, otro echó a correr hasta la plaza, y el último y yo salvamos a la carrera el macizo de hortensias y aparecimos tendidos cuan largos éramos en el prado; hubimos de levantarnos como alma que lleva el diablo porque Jaime, que se iba derecho al muro lateral de la casa, al advertir al muchacho que, blanco como la tiza, se aplastaba contra la pared, dio un violento volantazo, de tal manera que el coche se vino hacia las hortensias tras golpear por detrás con el ángulo que hacían el muro lateral y la fachada posterior, arrolló los macizos mientras nosotros salíamos por pies y se caló tras precipitarse en el prado. Afortunadamente, el primer golpe había aminorado la velocidad y, sobre todo, desviado ligeramente la trayectoria, porque si no quién sabe si habríamos tenido tiempo de levantarnos del suelo.

El macizo de hortensias cubría el desnivel existente entre el jardín y el prado y bajo él se escondía un bajo y largo dique de contención de tierras: aún no me explico cómo no rompió el puente del motor en la caída, pero el caso es que no sucedió y el Citroen quedó allí estancado mientras la cocinera, repuesta del soponcio, acudía dando gritos e invocando a todos los santos del cielo. Jaime no obtuvo ni un rasguño y los demás, aparte del susto, algunos arañazos dispersos producto de nuestro enloquecido encuentro con la vegetación circundante. Tras unos momentos de algarabía y confusión, el chaval que había escapado a la plaza regresó con su padre y una gran variedad de gente, y entre unos y otros, tras complicadas discusiones que, básicamente, consistían en repetir todos lo mismo en distintos tonos de voz, acordaron llamar a Pepín el Guapo, quien, aparte de su negocio de chatarrería, poseía el mejor taller de automóviles del pueblo y una gasolinera. Media hora después, Pepín, dos compinches y una grúa antediluviana comenzaron a trabajar ante la expectación de todo el mundo, que había tomado la casa por asalto y que, sin lugar a dudas, disponía ya de motivos de comentario para una semana por lo menos. A mí, cada vez que pensaba en el regreso de Arturo Mayor, se me iba un color y se me venía otro.

Fue ciertamente impresionante: no movió un músculo de la cara, no hubo voces, no intentó pegar a Jaime; sólo le envió a la cama sin cenar. Pero el fuego que había en sus ojos hubiera reducido a cenizas toda la propiedad.

Esa tarde, ya de anohecida, tuve una charla con Arturo Mayor. Pero antes de esto presencié una escena curiosa y nueva para mí. Arturo hubo de acompañar a Pepín al

taller por no recuerdo qué problema y Jaime ya estaba instalado en su cuarto bajo castigo. Yo no sabía qué hacer y mosconeaba por todas partes, dentro y fuera de la casa, excepto por la cocina, que era un mar de lamentos y comentarios. Finalmente se me ocurrió subir a ver a Jaime o, por lo menos, echar un vistazo al piso de arriba. Ascendía a buen paso por la escalera cuando el inequívoco sonido de un llanto me detuvo; más que llanto parecía gimoteo, un gimoteo desconsolado y rítmico cuyo tono revelaba una ansiedad tan intensa que me provocó una gran excitación. Continué subiendo, quedo, cuidadosísimo, hasta llegar al piso. Nuestra habitación estaba abierta e iluminada, pero de ahí no procedía el llanto, como tampoco de la habitación contigua, la que ocupara Regina y que estaba cerrada. Venía del dormitorio principal —el de la madre, pues Arturo, aunque lo utilizaba, tenía el suyo propio enfrente, sobre la cocina—, y advertí que, aunque entornada, la puerta debía de dejar ver algo del interior. No sé qué misterioso impulso me concedió la audacia necesaria para adelantarme a observar; lo hice, teniendo la fortuna de contar con la madera del piso a mi favor, y atisé a distancia.

Recuerdo a Mariana en escorzo, con su elegante bata de seda, sentada sobre la cama, la pierna izquierda apoyada en el lecho y doblada, la derecha supongo que haciendo pie en el suelo; entre sus brazos sostenía a Jaime, quien estaba como recogido sobre sí mismo y con el rostro hundido en el esbelto cuello de su madre; las piernas de Jaime aparecían oprimidas contra el regazo y Mariana se balanceaba levísima y sensualmente mientras besaba el pelo de su hijo y le acariciaba la cabeza con las manos. Ella le susurraba ternezas casi canturreando y haciendo así un singular e inquietante contraste con los anhelosos gemidos de Jaime; un contraste que poco a poco, al introducirse en mí, me provocó un escalofrío, presencia y salmodia de algo incomprensible, y por ello mismo estremecedor, cuando comprendí que el contraste era en realidad una adecuación, una sola melodía, una forma de voluptuosidad. Sigilosamente di media vuelta y paso a paso me fui alejando de nuevo hacia la escalera, conturbado por el rechinar de ambas melodías al frotarse entre sí; un chirrido conjunto que, de repente, empezó a sonarme igual que cuando olfateaba, en las noches en que estaba por ello, la malignidad de Jaime antes de abatirse sobre sí. Más allá, otra sensación empezó a tomar forma, a medida que la melodía iba hiriendo mis fibras; la sugestión venía de aquel balanceo leve que confundía ambos cuerpos de un modo que fue pareciéndome mezquino, tan mezquino como las sábanas macilentas y enrolladas sobre sí mismas que contienen el olor de una noche de humores y sueños agrios y contraídos.

Sobrepasé el rellano de retirada, y me disponía a bajar el segundo tramo de escaleras cuando vi delante de mí a la cocinera, que dijo con su habitual sentido agónico de las cosas:

—¡Madre de Dios, señorito León! ¿Dónde se esconde usted? El señor le está buscando por el jardín.

A punto estuvo de darme un vuelco el corazón. Bajé precipitadamente el resto de escalones y me dirigí a la entrada, justo en el momento en que Arturo Mayor volvía del exterior. Yo aún no podía apartar de mi mente la imagen de Jaime recogido de ese modo sobre sí mismo, lloriqueando, mostrando una inexplicable aflicción, que seguía resonando

en mí entre los ecos de esa doblez que yo tan bien conocía en él.

Arturo Mayor observó el interior de la casa, me hizo seña de que le siguiera y salí tras él al jardín. Era una noche de cielo cubierto y llena de olor, apenas húmeda; las luces que iluminaban el camino de la cancela al garaje estaban encendidas y cientos de palomitas y otros insectos afluían a ellas. Arturo apoyó una mano en mi hombro y comenzamos a pasear lentamente.

Yendo y viniendo, al compás de la noche, estuvo interrogándome acerca de Jaime. Era un hombre singular, que imponía un tremendo respeto con una sola mirada; era también reservado, de palabras justas, no por falta de cordialidad –pues a su modo debía de tenerla–, sino como un modo de ser que contuviera una pesada carga de la que su origen no le rescataba y cuya peculiar y escarpada presencia recordaba la de un veterano guerrero de otros tiempos más propicios a la audacia. Aquella noche, lo recuerdo bien, habló con pesadumbre. Quizá la noche acentuara este rasgo, pero en la severidad con que ordenaba las palabras y sus pensamientos el cansancio escapaba entre las rendijas de las sílabas y todo el peso de sus reflexiones me lo hacía percibir también, acompasadamente, a través de la mano que apoyaba en mi hombro al tiempo que hablaba. Era un cansancio cuya lenta cantinela sugería, como en un constante y más profundo segundo término, aquel acompañamiento de pesadumbre lleno de graves acordes. Lo recuerdo especialmente porque, salvo el día en que arribamos a Isla Ventosa, fue la única vez en que tuve ocasión de sentir junto a él una extraña sensación de seguridad e, incluso me atrevería a añadir, de cercanía, a pesar de esa siempre imponente presencia suya.

El motivo de aquella conversación –Jaime– se esconde en mi memoria, pues fue secundario para mí. Por contra, le escuché decir algo que permanece vivamente en mi interior y que entonces me dejó tan impresionado como confuso. Dijo:

–Nadie conoce de antemano cuál es su destino, muchacho, pero hay algunas personas a las que les es, por así decirlo, revelado. Cuántos no darían ahora la mitad de lo que poseen por obtener ese conocimiento. Y, sin embargo, quien lo conoce sabe que pesa como una maldición y, si lo arrostra, desgraciadamente no es en virtud del mandato que así recibe, sino de sí mismo. Y cuando descubre esto, quizás ha matado ya a su propia sombra.

Lo recuerdo, sobre todo, porque tuve la certeza de que estaba hablando de su propia persona.

La segunda vez que León vio al Lobero estaba acodado sobre el forjado del balcón del

dormitorio, mirando distraídamente hacia la plaza. Jaime dormía la siesta en la hamaca del porche y los Mayor en sus habitaciones. León se fijaba de cuando en cuando en un viejo que leía el periódico regional sin mover un músculo ni pasar la página desde hacía un buen rato, y estaba preguntándose si no se habría dormido también cuando el Lobero cruzó ante sus ojos, caminó en paralelo a la casa sin desviar la mirada y enfiló la carretera que subía al pueblo viejo. Tras unos momentos de vacilación, en los que el temor a la transgresión se hizo carne con él, León logró ahuyentarlo el tiempo suficiente para, sin pensárselo dos veces, atravesar la habitación, descender las escaleras, salir a la puerta, ganar la cancela, torcer a la izquierda y encaminarse tras los pasos del Lobero. Cuando sobrepasó el prado y cruzó ante las dos primeras casas al pie de la cuesta, los temores se apoderaron de él de tal forma que hubo de avivar el paso para distraer su nerviosismo. Unos cuantos metros después, la suerte estaba echada y no cabía volverse atrás.

El Lobero estaba ya a media cuesta y León apretó de firme para no perder distancia. Se preguntaba si se limitaría a seguirle o trataría de abordarle, no fuera cosa de que su meta estuviera más allá de la linde del pueblo. Por el momento decidió ir ganando distancia poco a poco y, cuando llegara a sus alcances, ya vería qué decisión tomar. En esta primera hora de la tarde el sol pegaba con fuerza. Un chaval del pueblo, que bajaba en una vieja bicicleta, le observó con curiosidad al cruzarse con él. León aparentó indiferencia, echando un ojo a los helechos que bordeaban la carretera.

Quizá fuera la fijeza con que clavaba León sus ojos en la figura que le antecedió —o quizá se debiese a la casualidad—, pero el caso fue que de pronto el Lobero se detuvo y miró hacia atrás. Al advertirlo, León trastabilló ligeramente por el sobresalto e inmediatamente, como avergonzado de su mal compuesto porte, recuperó pie y se dirigió hacia el Lobero, que ya se había vuelto de frente, en actitud de espera. El hombre le siguió tranquilamente con la vista mientras se acercaba.

—Hola, chico, tiempo sin verte —le dijo cuando llegó a su altura.

—Hola —contestó tímidamente León.

—¿Cómo es que andas por aquí a esta hora? —preguntó el Lobero.

—Me... he escapado —respondió francamente León.

—Hum —dijo el otro por todo comentario. Y luego—: ¿Vas para arriba?

—Sí, iba a la campa de la iglesia —mintió León.

—Vamos, pues —dijo el Lobero—. Acompáñame hasta la desviación.

León se puso al paso del Lobero y ambos reanudaron el camino en silencio.

—No le he vuelto a ver —dijo León de repente— porque el padre de Jaime me dijo que no... —se atragantó al caer en la cuenta de que acababa de cometer una indiscreción.

El Lobero le miró de costado frunciendo los labios y se mantuvo en silencio.

—Bueno —acertó a decir León—, me dijo que no le hablara a usted —añadió esto último con voz queda, casi con vergüenza.

Continuaron avanzando en silencio. Al cabo de un rato, el Lobero preguntó con voz sosegada:

—¿Y tú?

—¿De qué? ¿De lo de verle? —dijo León.

—Claro.

Se lo pensó dos veces, luego contestó:

—Usted dijo el otro día que éramos amigos.

—Sí, señor, eso dije —comentó el Lobero zanjando la cuestión.

Seguía pegando el calor y apenas si se movía una sola hoja de las acacias. El cielo estaba despejado y a lo lejos, ya en las cercanías del mar, persistía una ligera calima. En las casas con que se cruzaron a lo largo de la subida no había alma alguna a la puerta, contrariamente a la costumbre; sólo un par de perrillos milrazas, canela el uno y blanco con tiznones el otro, les siguieron durante un breve trecho.

—Bien —empezó a decir el Lobero. Habían llegado a la desviación—. Creo que aquí nos separamos.

—Sí —dijo León, desconcertado. Ambos se habían detenido ante la vereda que llevaba a la iglesia, frente a unos saúcos que hacían esquina. Como el Lobero mantuviera su silencio, León se apresuró, cohibido—: Bueno, adiós —dijo—, ya nos veremos otro día —no supo si darle o no la mano.

—Aguarda —dijo el Lobero, que parecía estar en otra cosa—, creo que tengo algo para ti.

Echó mano al bolsillo derecho de su holgado pantalón, rebuscó unos instantes y sacó el puño cerrado conteniendo algo.

—Toma —le tendió una navaja del largo de su palma, con cachas de madera y virola mate. Al abrirla, la luz obligó al releje indicando su filo—. Es de hierro dulce, así que no la mojes; puedes limpiarla hincándola en tierra; y afílala con piedra solamente, nada de afiladores. Toma —repitió—, es tuya.

León la recogió con veneración, sin dar crédito a sus ojos. La estuvo contemplando unos momentos. Luego la cerró, volvió a abrirla y la cerró otra vez. Cuando volvió la cara hacia el Lobero sus ojos estaban húmedos de gratitud.

El Lobero desvió la vista a la derecha de los saúcos, estuvo observando unos segundos con ojo experto e hizo una seña a León para que le siguiera. En seguida atrajo hacia sí un avellano silvestre que se alzaba, entre las zarzas, a un lado de la vereda, le pidió la navaja y con un tajo limpio separó una rama. Se entretuvo en deshojarla con golpes secos y precisos y le cercenó la punta. Luego agitó la vara cortando el aire, como si probara su flexibilidad. Volvió a cortar un poco la punta y entregó a León vara y navaja.

—Debe cortar así —continuó—. Y esta vara, o cualquier otra así que te prepares, llévala siempre que salgas a pasear solo, por si te topas con algún perro suelto. Si le das con ella, sobre todo en el morro, saldrá disparado como una escopeta. Es mejor que un zurriago. ¿Entendido?

León asintió con la cabeza y tomó ambos regalos.

—Fíjate en éste —señaló el avellano— y aprende a distinguirlos. Hay muchos por aquí. Y ahora adiós —añadió—, que llevo algo de prisa. Anda.

León permaneció clavado al suelo, viéndole alejarse. Cuando le perdió de vista en la primera revuelta, volvió a mirar la navaja y la vara, guardó la primera en el bolsillo, cerrándola cuidadosamente, pegó dos o tres varetazos al aire y de golpe echó a correr,



reventando de alegría, hacia la campa.

Al cabo del tiempo terminé por acostumbrarme a las lechuzas. Incluso una noche Jaime y yo hicimos una incursión en la azotea sobre el porche de la entrada principal, que correspondía a la habitación que ocupó Regina, y estuvimos contemplándolas, y ellas a nosotros, desde los boquetes de la cornisa donde anidaban. Antes de dormirme solía escuchar en silencio ese característico sonido espiratorio como quien oye dar las horas en el campanario de la iglesia, siempre intrigado al escucharlo tan cerca y sospechando siempre que se posaban en el balcón.

La noche en que salimos a la azotea volví a la cama melancólico y sin ganas de hablar, así que, por más que lo intentó Jaime, me envolví de costado con la ropa de cama e hice oídos sordos a sus intimaciones hasta que me dejó en paz.

Naturalmente, pensaba en Regina. Hoy sé lo que sólo a ráfagas intuí respecto a ella, pero entonces me limitaba a sentirme a veces abrumado y a veces desnortado al no poder hacer cara al nudo de sentimientos que su recuerdo, o su presencia, desataban y entrelazaban dentro de mí. Porque si acaso podía advertir que era la fascinación por la mujer lo que entraba en mí, el hecho de que encarnase en una persona concreta, de un lado, y de otro que ella fuera precisamente la hermana de Arturo Mayor, la tía de Jaime por tanto, alteraba por completo mi sentido de las relaciones, respetos y acatamientos familiares y me provocaba un desasosiego tan equidistante de la atracción como del sentido del pecado y aun de la aberración. Era, en fin, la alterada conciencia de que podía ser que hubiese algo tras la puerta sellada de mis costumbres que amenazara grave y decisivamente las razones de aquella fascinación. Todo ello revuelto con los sentidos gobernados por una emoción hasta ahora desconocida y cuya infinidad de matices me zarandeaba como navío sorprendido por los vientos boreales.

Había tenido buen cuidado de no comentar nada con Jaime sobre este asunto, como igualmente lo tuve con respecto a la navaja que me regaló el Lobero, y él, ya desde los dos o tres días de la partida de Regina, no volvió a mencionar mi arrobo —que, supongo, debió de ser escandaloso— del día en que la conocí. En las horas de vigilia me atrevía a imaginar situaciones con ella, y las historias de desvelo que imaginaba habitualmente desde hacía años comenzaron a desvaírse poco a poco para ceder su lugar a idílicas escenas compartidas con Regina o a valerosos enfrentamientos con los mayores peligros para salvar su vida donde, por supuesto, era la ingenuidad el dominante final. Pero me hacían sentirme bien, turbadoramente bien.

El radiante atractivo de Regina es algo que permanece incurablemente en mi memoria,

pero creo que una de las razones que más me empujaron hacia ella fue la de percibir como prodigioso que yo era centro de atención, o motivo de simpatía, para una mujer a cuya femineidad estaba siendo receptivo por primera vez. Hay un momento en la vida de cualquier muchacho en el que, pese a tener amigos, compañeras, turbias conversaciones sobre mujeres, juegos de pseudonoviazgo y amagos de calabazas, una mujer le hace sentir que es una mujer; esa manifestación suprema contiene una revelación radical y definitiva: a partir de tal momento o suma de momentos, abandona irrevocablemente el territorio en el que se definía para instalarse en otro, con su memoria personal por toda propiedad; queda marcado y su marca será estigma o corona, pero ni él mismo, ni siquiera su propia imaginación, podrán volver atrás nunca como no sea para interrogarse acerca del nuevo reino que se extiende ante su vida. Ahora es un hombre que ya se mueve entre luces y sombras y todo cuanto le acontece está señalado por la complejidad y la contradicción; quienes le protegían se han apagado como por ensalmo, la oscuridad le rodea y él comienza la búsqueda de un abrigo que le sostenga hasta la llegada del alba. Es un extranjero y, a pesar de ello, sabe que debe empezar a habitarse a sí mismo. Y si tiene arrojo, lo hará.

Los ojos de Regina son una forma inolvidable de la belleza que guardo en mi interior. Muchos son los que aseveran que sólo la objetividad hace a los hombres libres y les permite abordar su destino. No lo dudo, pero también afirmo que cuando una mirada pertenece a una persona tan luminosa como Regina quizá nada es objetivo, y, sin embargo, la subjetividad convence con tal fuerza, se eleva con tal llama, que quien así la siente y no teme el peligro ni abandona su astucia habrá sentido dentro de sí la afirmación más rotunda de su pertenencia a la tierra y la poderosa raíz que lo arraiga como señor de sí mismo.

Jaime enarcó las cejas y dijo:

—Me he enterado de que te han visto con el Lobero.

—¿Ah, sí? ¿Y quién te lo ha dicho? —contestó León, a la defensiva.

—Y que mi padre te ha dicho que no vuelvas a hablarle.

León bajó la guardia. En el tono de voz de Jaime vislumbraba una inesperada admiración.

—Le conocí en el puerto el otro día y nos hicimos amigos —aventuró con cautela.

—Oye, ¿te ha contado algo?

—¿Algo de qué? —sabía de qué.

—Joder, pues de la tía Regina —dijo Jaime medio exasperado.

–Pero mira que eres maniático.  
 –Bueno, te lo ha contado, ¿sí o no? –insistió.  
 –No le he preguntado por eso.  
 –¿Entonces para qué te has hecho amigo suyo?  
 –Macho, tú es que no te enteras –León estaba empezando a hartarse.  
 –Desde luego... eres más tonto que Pichote. Mira que conocer al Lobero y no preguntarle nada...  
 –Me ha contado que cazaba lobos y que era difícilísimo y muy jodido. ¿Sabes? –se animó súbitamente–, conoce a tu padre y a tu madre.  
 –Jo, macho, qué novedad. Aquí los conoce todo el mundo.  
 –No, yo digo de Argentina.  
 –¿Lo ves, lo ves? ¿No te lo decía yo? Y a la tía Regina también.  
 –Y dale.  
 –Oye, ¿vamos un día juntos a verle?  
 –Ni hablar, que nos capa tu padre.  
 –Quia. Si no se va a enterar.  
 –Y, además, seguro que te pones a preguntar por la tía Regina y la cagamos.  
 –Que no, te prometo que no.  
 –Bueno, ya veré –estaba desbordado y, al mismo tiempo, se sentía, en general, dueño de la situación–. Oye –preguntó León seguro de su ventaja–, ¿qué es lo que dicen, de verdad, de tu tía Regina?  
 –Pues eso, que se acostaba con todos.  
 –¡Venga ya, no digas burradas! –protestó escandalizado León.  
 –Bueno, pues con unos cuantos.  
 –Como sigas hablando así de Regina, olvídame.  
 –Sí, sí. Lo que pasa es que te gusta y estás celoso porque no te la puedes tirar.  
 –¡Oye, tú...! –León se incorporó en la cama arrebatado de indignación.  
 –Vale, vale, no te pongas así –reculó Jaime, que veía en globo su posible visita al Lobero. Le pareció más prudente mantener el silencio y permaneció observando de reojo a León, que había vuelto a cubrirse hasta la barbilla y miraba fijamente al techo con expresión ofendida. Cuando no pudo aguantarse más, dijo–: Oye, ¿sabes que los Ochoa me han dicho que Pepín el Guapo anda detrás de la Feli?  
 –Haz el favor de dejar de decir barbaridades –contestó León sin variar un ápice su gesto.  
 –Pero bueno... –comentó Jaime como si su paciencia hubiese llegado al límite de lo tolerable–. ¿Se puede saber de dónde has salido tú? ¿O es que te crees que las chachas están sólo para planchar la ropa?  
 León no pareció escucharle. Pensaba en la criada de los Ochoa y en cómo Jaime y él la habían observado a menudo, encaramados en sendas sillas que les permitían asomar la cabeza por encima de la cerca, cuando salía a tender la ropa y, cada vez que se inclinaba hacia el barreño, dejaba al descubierto parte de los muslos. La Feli era, para los Ochoa y para ellos, la hembra, la reina de sus pensamientos eróticos, y sin embargo, cada vez que

la imaginaba en poder de las ensoñaciones de sus compañeros de juegos, inexplicablemente se veía invadido por una paulatina sensación de infelicidad que llegaba a serle tan dolorosa como para dejarse abatir el ánimo y sumirse en una especie de territorio árido y de horizonte desconsolado por el que, a duras penas, casi a su pesar, planeaba un sentimiento de triste y fatídico cariño hacia la figura de aquella muchacha.

—El otro día —Jaime continuaba hablando sin parar— Perico Ochoa la vio en combinación y dice que está todavía más buena. No me extraña a mí que Pepín le haya echado el ojo, menudo es ése.

—¿Es que no sabes hablar de otra cosa? —protestó León; una sombra de desventura había invadido sus ojos.

Transcurrió un largo minuto en silencio. Después, Jaime se incorporó sobre un codo y observó detenidamente a León.

—Oye, ¿tú sabes lo que es acostarse? —preguntó. León sintió que el engranaje de la alerta echaba a rodar—. O sea, acostarse con una tía.

—Claro —contestó secamente.

—¿Ah, sí? A ver, ¿cómo es? —exigió Jaime.

—Sí, hombre, a ti te lo voy a contar —respondió León ya alarmado.

—¿A mí? ¡Atiza! ¡No te jode, el cacho cursi éste! —comentó Jaime con un desprecio casi cósmico.

—Pues cierra el pico —dijo rápidamente León.

—Lo que pasa es que no tienes ni puta idea. Tú, con mear, vas que chutas, macho, eso es lo que te pasa.

—Pues anda que tú...

—¿Te acuerdas en un guateque el día del Corpus, que había una niña morenita, monísima, de ojos verdes?

—¿Quién? ¿Adela?

—Pues a ésa me la he trincado yo, para que te enteres.

León recordaba a la chica y le dolió.

—No me lo creo —dijo sin mucha convicción.

—Bueno, lo que tú digas —ahora fue Jaime quien se quedó en silencio mirando al techo, con gesto de indiferencia.

—¿De veras? —preguntó León al cabo de un rato—. ¿Dónde?

—El día del guateque de Mari Carmen Pedraza, en el cuarto de las chachas. Bueno, ¿sabes lo que es acostarse sí o no?

—Que sí, joder.

—Venga, pues dilo.

León se sintió total y definitivamente acorralado. Sin saber cómo, había perdido su ventaja inicial y ahora se veía obligado a hacer una confesión que le resultaba demasiado íntima. Además, tenía pavor a meter la pata y quedar en ridículo; de pronto, sus conocimientos sobre la sexualidad se le antojaban tan miserables que no sabía cómo combatir la vergüenza; y el bochorno de saber apenas nada sobre aquello le circundaba como la más espantosa de las amenazas. Pero callar podía convertirle aún más en el

hazmerreír de todo el colegio en cuanto Jaime decidiera soltarlo.

—Pues eso —empezó a decir, haciendo de tripas corazón—, que las niñas tienen un agujero y tú se la metes... cuando está dura, y te corres. Eso es —cerró los ojos esperando cualquier chanza, aguardó en silencio y, al no obtener respuesta, volvió a abrirlos: Jaime le miraba con la boca abierta—. ¿Qué pasa —le espetó—, es que no te has trincado tú a Adela?

—No creía que lo supieras, de verdad, chaval —contestó Jaime con admiración—. Oye —prosiguió curioso—, ¿quién te lo ha contado?

—Un cura —respondió León, con el aspecto de quien ha conseguido salir vivo de un campo de boas.

—¿Un cura? —dijo Jaime en el colmo del asombro—. ¿Del colegio?

—Sí, del colegio.

—Acojonante, macho —dijo Jaime sinceramente aplastado—. No tengo ni la menor idea de quién puede ser.

—El padre Silvestre —soltó León.

—¡La monda! —exclamó Jaime dejándose caer despatarrado—. Oye —continuó Jaime al cabo del tiempo y cambiando de conversación—, ¿has vuelto a ver al Lobero más veces?

Estuvo a punto de soltarle lo de la navaja, al filo de su euforia, pero un golpe de prudencia le frenó a tiempo:

—Bueno, me lo encontré un día que salí a dar una vuelta y le saludé. No iba a hacerme el loco —añadió como excusa.

—A ver —aseveró Jaime—. Yo hubiera hecho lo mismo. Hubiera hecho exactamente lo mismo que tú —repitió vehementemente. Luego dijo—: ¿Entonces iremos a verle? Te prometo que no voy a decir ni media palabra de la tía Regina —se apresuró a decir.

—¿Palabra? —preguntó León un tanto dudoso.

—Palabra —respondió Jaime firmemente.

—Lo que pasa es que a lo mejor no quiere él —meditó León.

—¿Por qué?

—Porque ya sabe que tu padre me ha prohibido verle. Se me escapó el otro día al hablar con él...

—Desde luego, hace falta ser gilipollas, macho.

—Joer, si es que no me di cuenta y para cuando quise cortar ya lo había dicho.

—¿Sabes lo que te digo? Que, como no quiera, voy y le cuento a mi padre que le has visto y, además, se lo has dicho —Jaime acompañó su amenaza con un gesto de asentimiento.

—¿Pues sabes lo que te digo yo? Que si se lo cuentas a tu padre te arreo una hostia que te parto el alma —respondió León, asombrado de su propia firmeza.

Jaime le miró con aire altanero pero, sin duda, en su actitud había no poco de sorpresa. Decidido a no perder la cara mas sin alejarse de una posición prudente, le espetó:

—Eso habrá que verlo.

—No habrá que verlo si te callas la boca.

—Yo, por ahora, no voy a decir nada, pero ya hablaremos de esto más despacio.

–Si no hay nada que hablar; sólo tienes que callarte. Y yo ya veré si al Lobero le parece bien –estaba decidido a no intentarlo siquiera, pero no las tenía todas consigo respecto a la más que probable cabezonería de Jaime.

–A ver cómo se lo dices, ¿eh?

–Se lo diré diciéndoselo; ni que conociera yo al Lobero de toda la vida.

–Bueno, corta ya. Mañana hablaremos –evidentemente, la amenaza recibida había escocido seriamente a Jaime, pero fuera por temor o por interés, dio media vuelta en la cama, se arropó y se dispuso a dormir.

Para León había sido tan interesante su capacidad de soltar semejante bravuconería que no consiguió pegar ojo hasta unas dos horas más tarde, cuando dejó incluso de oír el sonido de las lechuzas en torno suyo.

Una preciosa mañana de playa, Jaime y yo fuimos con su madre a bañarnos. Ella no acostumbraba acompañarnos, ni Arturo, pues solíamos ir en la camioneta, que tenía parada allí; era lo que se dice un viaje visto y no visto. Jaime y yo, normalmente, paseábamos a lo largo de la arena o nos perdíamos entre las rocas, siempre juntos y siempre solos, charlando, compitiendo y mirando las piernas de las chicas en maillot. Jaime trataba de enseñarme a nadar y yo aguantaba sus continuas risas y bromas acerca de mi torpeza con tal de conseguir sostenerme durante unas brazadas; lo único que exigía, con mi habitual miedo al ridículo, era recibir las clases en un lugar apartado.

Aquella mañana aparecimos en la playa a hora temprana, ella con su elegante albornoz, Jaime llevando presuroso la sombrilla y la estera y yo portando las bolsas. Jaime y yo discutíamos a menudo sobre las mujeres de la familia; él sostenía que nadie podía compararse, ni de lejos, con su madre; yo, obviamente, tomaba un apasionado partido por Regina. Doña Mariana era realmente una belleza de cuarenta y pico años sorprendentemente jóvenes, pues yo ya había advertido que bastante antes de tal edad las mujeres parecían dejar de atenderse, como si el cuidado de la propia figura no fuera sino un estadio en la vida que debía abandonarse justamente cuando el matrimonio les liberase de esa tiranía, al modo de quien aguanta la respiración por componer la figura y, aprovechando un descuido de los observadores, se vacía en algún rincón para volver a escena de nuevo sacando pecho. Doña Mariana atendía su cuerpo casi con deleite, y esto se traslucía en una admirable figura y una suerte de indolencia gestual que resultaría provocativa si no fuese por lo medido de su trato; en ella la coquetería tentaba, pero siempre a distancia, provocando las más de las veces turbación y desconcierto entre sus admiradores que se acentuaban con la presencia aguileña de Arturo Mayor a su lado.

Pero allí donde el paso del tiempo mostraba sus huellas, lo que en Regina me parecía viveza y generosidad, en Mariana me resultaba excesiva y chocantemente lánguido; o, en otras palabras, ella estaba para que la mirasen y sabía hacerse mirar, y Regina, sencillamente, estaba. Como es natural, entonces yo no era capaz de manifestar así estos distinguos, pero sin duda los sentía con excelente precisión, a juzgar por lo que me dice la memoria.

Esa mañana no hubo paseos, ni rocas, ni clases de natación. Jaime estuvo en todo momento pendiente de su madre y yo remoloneando alrededor. Solamente nos bañamos cuando ella quiso ir al agua, donde Jaime hizo todo tipo de exhibiciones y me obligó a mí a hundirme estrepitosamente varias veces en un vano intento de demostrar su calidad de profesor. Y ése fue el momento en que descubrí otra concomitancia entre el hijo y la madre, pues las carcajadas de ambos eran tan semejantemente vulgares que, acostumbrado a Jaime, me provocó un verdadero chirrido interno cuando asomaron en boca de Mariana. Ella, sin embargo, al final me tomó de las manos llevándome en paralelo a las olas para que aprendiese a mover las piernas en tijera, y el contacto con sus manos y la atención que, casi por primera vez, puso en mí —no una atención afectada como en ocasiones anteriores, sino fluida y simpática— me dejaron una sensación cálida y duradera.

Volvimos pronto, porque en casa esperaban a Pepín el Guapo para tomar el aperitivo y comer después.

Más de una vez llegué a preguntarme qué uniría a aquella familia con Pepín el Guapo, especialmente porque consideraba tal actitud terriblemente injusta tras la animadversión mostrada hacia el Lobero. Evidentemente Pepín era, junto con Arturo Mayor, el alcalde y algunos notables, uno de los personajes del pueblo. La amistad entre Arturo y el alcalde venía de lejos; éste era hijo de un hacendado del contorno, un personaje ampuloso y hablador, gordo como un ballenato, medio calvo y buen cazador. Sus familias se trataban de antiguo y no debió de ser ajeno el padre de Jaime a su nombramiento como alcalde, cargo al que se encontraba bien asido. Pero Pepín me parecía un advenedizo, a lo que había que sumar la, para mí, enigmática ascensión de su más que humilde cuna a la opulencia de entonces, pues Jaime se encargaba de ilustrarme con medias palabras acerca de su intervención en la guerra civil como miembro de la Falange local, relatos que, en su amenazadora imprecisión, me dejaban sumido en un pavor misterioso. Arturo Mayor se hacía notar como superior a él y yo mismo podía apercibirme de ello, pero era curioso ver cómo, al mismo tiempo, le trataba con una distancia no totalmente desprovista de simpatía. En una ocasión, al recriminar a su hijo, le oí decir: «De abajo te tendría que hacer empezar, como Pepín, a ver si te enterabas de lo que es salir adelante en la vida». Comparación esta que, si bien la entendí, me estremeció de sólo pensar que Jaime pudiera dar en un tipo como aquél.

La comida, sin embargo, me reveló una inesperada cualidad de Pepín. Era un tipo realmente gracioso, cordial e inmediato; hasta el punto de reconocer, si he de ser justo, que en parte me divertió a pesar de mis reticencias, y a partir de ese momento comenzamos a saludarnos cada vez que nos cruzábamos, aunque yo no pasara de ahí

debido a mis resabios de carácter. Las comidas en casa de los Mayor solían ser aburridas y Pepín convirtió ésta en un coro de risas y anécdotas. Había algo en él que invitaba a acercarse y, al menos con nosotros, su disponibilidad era exhaustiva. De no ser por un recelo muy especial que mi olfato se encargaba de proporcionarme, me hubiera pegado a sus talones ese verano. Porque Pepín, en una ocasión, nos llevó a Jaime y a mí a pescar al río y era hombre que conocía muy bien aquel arte y aquel río. Creo que sólo la figura del Lobero impidió que mi difusa gratitud por sus varias atenciones se convirtiera en afecto; ninguno de los aperitivos con que nos invitó, a espaldas del padre de Jaime alguna vez, lo hubiese cambiado yo por una sola cerveza junto al Lobero.

Jaime le coreaba las gracias y se hacía el machito con él, de tal forma que yo pasaba a ser ese amigo acompañante a quien se le invita de paso por gracia de Jaime; pero esto lo trataba de mostrar Jaime, pues Pepín no hacía distinguos: los que estaban con él, estaban con él y punto. Por eso me llamó tanto la atención el día en que Jaime comenzó a hablar de Pepín el Guapo con desprecio y furor mal contenido; también los aperitivos se acabaron a partir de ese momento, para mi desgracia, pues le había tomado afición al vermut de barril que servían en el Tecla.

Mariana mostraba un claro interés y atención –para mí, incomprensibles– por Pepín el Guapo. Ya digo que nuestras comidas solían ser aburridas; los padres de Jaime comentaban sus asuntos o sus minucias y nosotros, sobre todo yo, hablábamos cuando nos preguntaban. Aquel verano se hablaba de cualquier noticia del pueblo, pero la conversación reina versaba siempre sobre el Valle de los Caídos. Lo había inaugurado Franco en abril y las descripciones de Arturo Mayor o las exclamaciones admirativas de Pepín –que viajó a Madrid ex profeso para visitarlo– dejaban con la boca abierta al alcalde y a la concurrencia. En cualquier caso, la animación que, Pepín en especial y algunos otros en particular, creaban en torno a la mesa divertían tanto a Mariana que se volvía singularmente locuaz y, con ello, desplegaba las mejores galas de su coquetería, lo que encantaba a Jaime; sobre todo cuando Pepín, dirigiéndose evidentemente a ella, se inclinaba sobre éste con un guiño de complicidad para decir: «Tienes una madre guapísima, ¿eh?, guapísima». Eran comidas que nos levantaban el ánimo y, sobre todo, alejaban el fantasma de cualquier discusión entre padre e hijo, tan arduas de sobrellevar algunas veces.

Fue Pepín quien, a los postres, levantó la liebre. Había terminado de encender su puro cuando, inclinándose hacia Arturo Mayor, le dijo:

–A ver, Arturo, ¿cuándo te llevas a estos guajes a hacer un crucero en el *María Purísima*?

Yo me quedé petrificado. Arturo amagó un gesto de cordial reproche y reclinándose en su silla nos miró con una sonrisa que me iluminó la cara.

–Si se portan como es debido –dijo–, está al caer.

Aquella tarde, mientras Jaime dormía su siesta, estuve recorriendo el prado en toda su extensión para apaciguar mis nervios. Según había logrado enterarme –entre la conversación general y una confidencia de Jaime–, saldríamos a la mar para un crucero de dos días y otros tantos de vuelta. Pero con ser ésta una noticia prodigiosa, había otra



infinitamente superior: navegaríamos hacia Isla Ventosa para quedarnos allí dos o tres días; e Isla Ventosa era un nombre mágico para mí; era el lugar donde vivía Regina y que tantas veces había tratado de imaginar en mis horas de vigilia.

La campana de la iglesia dio las dos de la madrugada. León volvió a abrir los ojos por enésima vez y se preguntó cuánto tardaría en coger el sueño. En la cama de al lado, Jaime, que había dejado de roncar, dormía plácidamente. Las contraventanas, entreabiertas, dejaban pasar una claridad sedante, como si se tratara de la estela dejada por la luna llena de unos días atrás.

Había ensayado todas las posturas e imaginado exhaustivamente historias sin resultado alguno, pues a medida que las horas se sucedían, se encontraba más y más despierto y el sueño parecía haberle olvidado. En las ocasiones en que más tardaba en llegar éste, el cansancio iba entretanto haciendo mella, y así, poco a poco y con sobresaltos, el sueño entraba en él. Pero esta noche una inopinada lucidez mantenía sus ojos abiertos como platos, los sentidos alerta y la mente clara y despejada.

Se preguntó si lograría dormir antes del amanecer. El transcurrir de las horas reducido a las solas dimensiones de su lecho era como la gota continua de agua que un grifo mal cerrado hace sonar en el silencio de la noche y cuya menudencia individual, al convertirse en cadena, es mil veces peor que el peor estruendo. La idea de salir al exterior, al menos para poder estirar las piernas o fumar un cigarrillo, se le hacía de todo punto imposible en la casa ajena; y deslizarse en la oscuridad, además, una aventura temeraria. Ni siquiera la fatiga que su propia desesperación le producía lograba hendir uno solo de los lados de la indeseada vigilia.

De pronto, algo atrajo su atención. No pudo reconocerlo, pero la atención se hizo inmediata, casi dejó de respirar tratando de percibir qué era y de dónde venía. Entonces una estrella fugaz apareció en su mente y desapareció; pero había tenido tiempo de interrogarla: esa noche estaba vívidamente despierto porque debía esperar *algo*. Y ese algo, aún irreconocible, acababa de llegar.

Impresionado por la revelación, se mantuvo inmóvil hasta que le pareció escuchar un sonido muy tenue, una especie de cantinela dulce que procedía de algún lugar de la habitación. Pasmado y medroso, alzó la cabeza, se acodó sobre la almohada y comenzó a girar la cabeza a uno y otro lado intentando localizar el origen de aquel son. Al cabo de un rato, y a punto de darse por vencido, se le ocurrió dirigir sus ojos hacia la puerta; un hilo de claridad, procedente de la luz del pasillo que habi-tualmente quedaba encendida, le hizo comprender que la puerta no estaba cerrada y, sobre todo, que el sonido provenía

del exterior y se filtraba sin duda alguna por la rendija levemente iluminada de la jamba.

Con infinito cuidado, apartó la ropa de cama y sacó medio cuerpo fuera del lecho hasta tocar el suelo con los pies. El piso, como en el resto de la casa, era de madera, por lo que apenas si se atrevía a moverse. Su bata reposaba en la silla, junto al lavabo, y se dirigió primero a ella. Tanteó la oscuridad con las manos abiertas y adelantadas y tropezó con la silla, que se desplazó apenas un centímetro produciendo un ruido seco; tras aguardar con el corazón adquiriendo velocidad y las muñecas temblonas, se puso la bata y, descalzo, tomó paso a paso el camino a la puerta como si se tratara de un fantasma. Afortunadamente no chirrió al abrirla y la luz del pasillo, tristona y mansa, le dio ánimos. En la claridad, se asombró de su audacia y estuvo tentado de volver atrás, pero la llamada, tan suave como firme, le concedía una extraña fuerza, una especie de convicción interior más poderosa en ese momento que la muy larga historia de sus temores.

Un paso más allá del umbral volvió a escuchar. Esta vez no oyó nada, por más que aguzase el oído. Tras insistir una vez y otra, llegó a la conclusión de que había perdido definitivamente la cantinela. Por un momento se trató de imbécil, atolondrado y fantasioso, encorajinado consigo mismo y con su ridícula postura a la puerta del dormitorio. Pero siguió allí, desconociendo por qué, la mirada errática y una suerte de espera metida dentro, sin saber qué decisión tomar, con el cerebro como una habitación vacía.

Una corriente de aire le hizo estremecerse y cerró la bata hasta la barbilla. Miró a su izquierda; la puerta del cuarto de al lado se movió imperceptiblemente; entonces cayó en la cuenta de que estaba abierta; la corriente de aire debió de haberle llegado a través de ella.

Tocado por la curiosidad, se aproximó cuidadosamente. Era el cuarto que Regina había ocupado y parecía estar a oscuras. Con sumo tiento empujó la hoja de la puerta, que giró lentísima sobre sí misma, y echó la vista adentro. Al pronto, la oscuridad hizo indiscernibles las formas del interior, pero poco a poco comenzó a reconocer la amplia cama, el armario, la mesita de escribir con la silla bajo ella y hasta los contornos de la alfombra. La habitación estaba aquietada y había un olor a flores que no supo reconocer. La falleba del balcón pendía hacia abajo y el visillo que cubría la hoja izquierda se agitó ligeramente. Las contraventanas estaban recogidas y la estela de la luna penetraba gratamente en el cuarto. León se introdujo en él y entornó la puerta a sus espaldas.

Estuvo un rato de pie sobre la alfombra para ahogar el crujido del piso. Pensó en Regina y trató de hallar su olor sin conseguirlo. Deslizándose lateralmente llegó a la cama y tomó asiento junto a la cabecera; durante un rato distrajo su atención alisando la colcha que la cubría. De pronto, la retiró levemente y dejó la almohada al descubierto; despedía un impersonal olor a limpio. Despacio, fue introduciendo su mano por debajo hasta recorrerla completamente de un lado a otro; producía una sensación cálida y reconfortante. Tentado estuvo de apoyar la cara, pero no lo hizo. Después volvió a cubrirla con la colcha y la alisó de nuevo, esta vez para no dejar huellas de su estancia. Se puso en pie y miró hacia el balcón.

Paso a paso avanzó por la alfombra, pisó madera y alcanzó el balcón. Al tirar hacia sí de la hoja ésta chirrió dos veces deteniéndose, luego siguió con cuidado, mortalmente quieto tras cada movimiento, hasta que abrió un hueco suficiente para permitirle el paso. Entonces recordó a las lechuzas.

Un golpe de inquietud le hizo detenerse. Habitualmente, cuando por la noche trataba de imaginar dónde se situaban las lechuzas para sonar tan cerca de él, llegaba a la conclusión de que muy probablemente se instalaban en la balaustrada de la azotea del cuarto de Regina, y ahora, de repente, acababa de poner pie en ella antes de percatarse del peligro. Estático como los balaustres y con el corazón desbocado, abarcó con un golpe de vista la barandilla, luego el suelo; algo más relajado, escudriñó con aprensión las alturas y fue tranquilizándose poco a poco. Dos pasos más le adentraron en la terraza y desde allí estuvo oteando la cornisa por ver si asomaba alguna lechuza. Todo estaba en calma y los ruidos provenían de más allá, de la cuesta de subida al pueblo viejo y el prado y los campos que se extendían a la izquierda. Las lechuzas, probablemente, andarían de caza por las diversas formaciones de árboles de alrededor. Entonces sintió el frío en los pies; había olvidado que venía descalzo.

Se encontró a gusto. El muro, haciendo ángulo recto a su espalda, y la balaustrada, completando también en ángulo recto el cuadrado del piso, le proveían de seguridad; y el resplandor de la luna hacía la noche grata y visible. Olía a vegetal y a tierra y, de cuando en cuando, soplabla una levísima brisa procedente del mar.

Se hallaba acodado en la barandilla, dejándose llevar por la quietud, cuando divisó una sombra que se deslizaba junto a la verja. Súbito y tenso, se echó atrás buscando la protección del muro para pasar desapercibido. La sombra llegó hasta la cancela y allí se detuvo. Entonces advirtió una segunda sombra; estaba agazapada a un lado de la cancela, pero sólo pudo verla cuando saltó hacia la primera; ambas forcejearon y, por fin, la primera se desplomó. La segunda echó a correr por la plaza, cruzó la hilera de plátanos y se perdió bajo ellos.

León no tenía una gota de saliva en la boca. Durante los breves segundos que duró la escena se había pegado como una lámina contra el muro y ahora notaba que las manos, apoyadas en él, sudaban copiosamente. Esperó a escuchar cualquier sonido, un estertor, pero no sucedió nada. En dos saltos salvó la distancia que lo separaba del umbral del balcón y se echó sobre la cama respirando agitadamente.

Tenía que dar la alarma. Un hombre yacía malherido, si no muerto, a las puertas de la casa. Imaginó una y mil veces cómo entrar en el dormitorio de Arturo Mayor y el acoquinamiento le paralizaba. Se le ocurrió que quizá lo encontrase alguien al pasar por delante de la casa, un sereno, pero no recordaba si había serenos. Quiso volver a su propia cama y acostarse, esperar simplemente a la mañana y no mezclarse en ello, mas comprendió que no podía hacerlo; era algo más allá de negarse a ser cobarde: simplemente, tenía que hacerlo. Algo repuesto, se alzó haciendo crujir hondamente los muelles, hizo un gesto nervioso al oírlo y, tras un breve titubeo, volvió a salir a la azotea con la intención casi mecánica de cerciorarse. La sombra derrumbada junto a la cancela había desaparecido.

León se frotó la cara enérgicamente. No quedaban trazos de aquella sombra, eso era evidente. En un instante de pánico pensó que quizá se había adentrado en el jardín, pero la serenidad volvió al punto de recordar que la cancela quedaba cerrada por las noches y nadie saltaría fácilmente la verja. Fue asomándose con precaución mirando a todas partes. Nada. No había rastro alguno de cuanto acababa de presenciar. Se preguntó si no sería presa de alguna alucinación. No lograba entender lo que significaba aquello; eso le llevó a reconsiderar que se encontraba asomado a una azotea en las horas de madrugada y esto a su vez le trajo la memoria de la cantinela. A medida que discurría sobre ella le pareció que volvía a escucharla. De nuevo se inmovilizó, atento. No sonaba pero estaba allí y se estremeció al pensar que quizá le hubiese atraído para someterlo a aquella alucinación.

Era no ya un son, ni un rumor, ni ninguna clase de ruido, sino una sensación milagrosamente idéntica a la que le produjera la cantinela. Algo le llamó la atención a su izquierda. El prado permanecía sumido en la claridad azul de la noche, tranquilo y murmurante. Y en seguida la vio, cuando fijó su atención en el único magnolio que quedaba al alcance de su vista: era una flor solitaria, blanca y abierta e, iluminada por la luna, lucía en el prado como una brillante y bellísima ninfa de la noche. Vuelta hacia él.

La mañana siguiente me encontró bajo. Un cielo azul índigo, limpio de nubes, transparente, sonriente, de tan exquisita luminosidad que todo cuanto se mostraba al alcance de la vista aparecía como una filigrana de la perspectiva. El mar lo reflejaba en su quietud, tan sólo cortada por dos o tres breves líneas de espuma que venían a extinguirse periódicamente sobre la orilla; los rayos del sol se aposentaban en la arena tiñéndola de un color platinado. La coral claridad y frescura de la mañana –soplaba una muy leve brisa de nordeste– parecían traer el eco de un aleluya de Monteverdi.

Había una atmósfera de alegría solemne y también de embriaguez que la naturaleza dispersaba por los montes cercanos, verdes ondulaciones surcadas de árboles, troceadas y cercadas por matorrales, cubiertas de maizales y huertas, ligeramente argentadas a trechos por los eucaliptos jóvenes, oscurecidas por alguna mancha de robles; todas las tonalidades –verdemar, cardenillo, glauco, esmeralda, oliva, cobrizo– se armonizaban coronadas por el gris marengo y pizarra de las cimas. Las casas, terrosas, rojizas y blancas, salpicaban el color dominante como corros de flores silvestres. De trecho en trecho, una columna de humo señalaba la quema de brozas.

Hacia el este, al final de la playa, yo podía apreciar con absoluta nitidez la desembocadura de la ría, su orilla opuesta y el peñón que remataba y resguardaba la

salida al mar. Hacia el oeste, en el otro extremo de la playa, un imponente acantilado detenía, casi en su borde, la espléndida y ciega caída de un bosque de pinos. Al frente, la línea del horizonte, ligerísimamente curvada, sellaba mar y cielo con una delgada franja azul de ultramar; y más allá, tan sólo la imaginación capaz de llenar de promesas lo desconocido.

Era un espacio en el que el aire tenía sabor, entraba en el cuerpo como los hilos de agua desprendidos de los arroyos en su caída se distribuyen por la roca y van a dar en el herbal. Era un espacio poblado de voces diminutas que se armonizaban cual un canto coral de matices del tiempo, del transcurrir de la vida y, como eco de su propio ámbito, se alzaba hasta el cielo para señalar las distancias y las marcas de aquel reino. Era una suma de luz, de aire y de sonido latiendo sin pausa, conformando una plenitud que henchía la tierra con verdad y con belleza. Algunas gaviotas se mecían en el viento. Aquel paraje en el que yo me reconocía tan fervorosamente hubiera sido grato a los dioses antiguos.

Jaime estaba sentado en el sofá del salón, recogido bajo el brazo de su madre, con gesto compungido y una brecha recién suturada en la frente. León, en el borde mismo de la butaca, las manos enlazadas entre las piernas, serio y grave, miraba alternativamente hacia ellos y a las dos criadas que, desde la puerta, contemplaban consternadas el lastimoso estado del hijo de su señora. Jaime, por dignidad, no lloraba, pero su congoja de víctima era irreprochable. Doña Mariana se volvió hacia el atolondrado servicio y les azuzó:

—Vamos, hijas, no os quedéis ahí como dos pasmarotes e id a llamar a Luisa. Jesús, qué cruz tengo con vosotras.

Las chicas desaparecieron como gallinas asustadas. Al poco, los firmes pasos de Luisa, la cocinera, anunciaron su llegada; ver la escena y llevarse las manos a la cabeza fue todo uno.

—¡Virgen del amor hermoso, señorito! ¿Quién le ha puesto así?

Venían ambos de bañarse en la playa aquella mañana tras optar por hacer la vuelta andando, pues era un día no muy caluroso y el trayecto les permitiría echar uno o dos pitillos por el camino. Poco antes de llegar a las casas del pueblo, Jaime divisó a tres chavales de aspecto rústico jugando en un prado con un balón de reglamento; se detuvo al borde mismo del herbazal y, con los brazos en jarras, les observó atentamente. León, que se había adelantado sin percatarse, volvió sobre sus pasos.

—¿Qué haces?

—¿De dónde habrán sacado ese balón? —dijo en voz alta por todo comentario; e inmediatamente, dirigiéndose a los chavales, les gritó—: ¡Eh, vosotros! ¿De dónde habéis sacado ese balón?

Los tres chicos —el mayor no debía de sobrepasar los trece años— detuvieron el juego y se le quedaron mirando de hito en hito.

—¿Es que no me habéis oído? —volvió a gritar, con cierta agresividad, Jaime. Se miraron entre ellos y el que parecía mayor contestó:

—Es nuestro.

—¿Ah, sí? —respondió Jaime mientras pasaba una pierna por encima del murete de separación—. A ver que lo vea.

El más pequeño de los chicos agarró el balón y se escudó detrás de los otros dos, en actitud de echar a correr. Jaime pasó la otra pierna y empezó a caminar hacia ellos. León, desconcertado y asombrado, le observaba ir desde el lado de acá. Los chicos vacilaron y se miraron entre sí con inquietud, sin saber bien qué hacer. Entonces el mayor les hizo un gesto y el pequeño echó a correr con el balón apretado contra el pecho; el segundo tomó también un paso ligero y el mayor, que parecía el más decidido, reculó ligeramente para evitar la pelea pero cubrirles la retirada.

Entonces sucedió algo imprevisto ante los ojos atónitos de León. Jaime, cuando vio escapar al pequeño, hizo ademán de perseguirlo pero, sea por la distancia que les separaba o sea porque algo extraño cruzó por su mente en ese instante, el caso es que se detuvo en seco, miró a su alrededor, recogió algo del suelo y, al momento, León vio volar sendas piedras en dirección al chiquillo que corría. Sin perder un segundo, León saltó el murete y avanzó hacia Jaime.

—Pero, gilipollas —gritó mientras se acercaba a él—, ¡suelta esas piedras, que le puedes dar!

Lo siguiente que vio fue tambalearse a Jaime y caer; entonces, desconcertado, alzó los ojos y su mirada se cruzó con la del chico mayor. El intercambio duró apenas dos segundos, pues el otro dio la vuelta de inmediato y se perdió prado arriba en pos de sus compañeros, pero el odio que había en aquella mirada de trece años tardó unos cuantos días en olvidarlo. En seguida llegó junto a su amigo: Jaime tenía una brecha de regular tamaño en la frente, que cubría con ambas manos, y se revolcaba por el suelo gimiendo entrecortadamente. León trató de levantarlo y, tras no pocos esfuerzos, pues Jaime parecía haber perdido la razón, logró taponar la hemorragia con su pañuelo y, abrazándole bajo el sobaco, conducirlo penosamente hasta la farmacia, que se hallaba a la entrada del pueblo.

—Déjate de lamentaciones —dijo doña Mariana a Luisa con gesto de fastidio— y manda llamar al médico por si acaso —volvió a consolar al hijo mientras Luisa abandonaba la sala con la discreta frialdad de aquel a quien le han estropeado su mejor escena. Mariana, al levantar sus ojos de Jaime, que no sus cuidados, se encontró con los de León y le sonrió—: Gracias, León. Te has portado muy bien —León inclinó la cabeza en señal de agradecimiento con una sonrisa estúpida.

La propia doña Mariana estaba en la plaza, junto a la carretera, charlando con otras señoras, cuando vio a León entrar en la farmacia soportando a Jaime rodeado de varias personas. Sin perder un minuto cruzó la calle y se apoderó inmediatamente de la situación. Entretanto le hacían al chico la cura de urgencia hizo venir al médico, quien allí mismo le cosió la herida mientras la expectación se generalizaba en la acera y en el Tecla, adonde todo el mundo iba y venía en busca de comentarios. Sólo entonces se permitió tomar asiento, ante la condolencia de sus amigas, con gesto de haber superado, una vez más, otra de las comprometidas situaciones a las que toda madre se ve entregada por exigencia de su deber.

Pepín el Guapo emergió de entre el grupo de curiosos, solicitó obsequiosamente a las señoras que le abrieran paso, lo que ellas hicieron con gustoso cloqueo, y llegó hasta doña Mariana para ofrecer sus servicios. Pepín organizó aquello como si se tratase de un escuadrón, bajo la aquiescencia complacida de Mariana, y en poco más de quince minutos se pudo saber que el autor del cantazo era el hijo de Balbino, un aldeano de la localidad. Pepín, que en aquellos momentos confortaba con rudas frases a Jaime, se ofreció de inmediato a ocuparse de infligir un castigo ejemplar al agresor, pero doña Mariana declinó la enérgica oferta y le confirmó que ella se encargaría del asunto. Pepín les acompañó hasta la casa, rehusó un aperitivo cortésmente y anunció que volvería a tomar café.

—Señora, señora —las dos criadas aparecieron repentinamente en el umbral—. Ya viene el Balbino por la plaza. Trae al hijo —y añadieron, con fingido horror—: y buena zurra que le ha debido de dar.

—Anda, anda, retiraos y quedaos en la cocina —comentó doña Mariana como quien se espanta dos moscas de encima.

León tragó saliva. No le gustaba un pelo la forma en que estaban desarrollándose los acontecimientos y no podía olvidar la mirada del muchacho; hubiera dado cualquier cosa por escabullirse de la habitación, pero no acertaba a encontrar la excusa y, además, tenía la sospecha de que no se lo permitirían. Echó de menos a Arturo Mayor.

El Balbino entró con la boina en la mano y arrastrando violentamente al chico.

—Con su permiso, doña Mariana.

—Pase usted, Balbino, pase usted.

Se quedó de pie, pese a la insistencia de doña Mariana, y comenzó a mezclar las excusas con improperios a su hijo y rudos lamentos por los quebraderos de cabeza que le traía. Doña Mariana no hizo otra cosa que quitar importancia al asunto —una vez que Balbino se hubo disculpado— y aconsejarle sobre el chico cuando el padre hizo ademán de volver a pegarle delante de todos. León, rojo de vergüenza, no sabía dónde poner la vista. Doña Mariana otorgaba su comprensión y sus favores en una atmósfera que hacía vibrar de generosidad a la servidumbre, asomada a la puerta pese a las advertencias. Balbino juraba que mataría a palos al chico si se volvía a acercarse a Jaime cuando León vio a Jaime: cruzaba su mirada con el muchacho, que la mantenía baja, salvo fugaces incursiones hacia los ojos de Jaime; y vio en Jaime esa malevolencia que tanto temía y tanto le crispaba; se dio cuenta de que, sencillamente, Jaime se estaba cobrando el cantazo con la humillación que en aquella habitación estaba cumpliéndose. Entonces a León se le vino encima, como un alud, la suma de sus precariedades, sus desgracias y su soledad, pero de pronto no pudo resistir la tensión y sacando fuerzas de flaqueza dijo de golpe, en voz alta y clara, aunque levemente estrangulada: —Pero si empezó Jaime. Le tiró dos pedradas al chico más pequeño, al que cogió el balón y salió corriendo.

Un silencio de muerte descendió sobre todos. En seguida, con un chillido histérico, saltó la voz de Jaime.

—¡Eso es mentira! Era el balón de los Ochoa y éste —señaló al hijo de Balbino— me tiró la piedra cuando yo estaba distraído.

–Yo no miento –contestó León, pálido como la cera, con los puños apretados.

Doña Mariana calló enérgicamente a su hijo. Dirigió una mirada de exigencia al resto de los presentes conminándoles a reservarse cualquier comentario y dijo, con un tono de voz bondadosamente helado:

–Comprendo que no te guste esta escena, León, y que quieras proteger al chico de Balbino, así es como tiene que hacer una persona con buenos sentimientos. Pero cuando algo se hace mal, hay que castigarlo; y reservar los buenos sentimientos para perdonar y olvidar. Así es como debe ser. Ahora es mejor que te retires y nos dejes solos.

León salió entre las criadas, que le abrieron paso estupefactas, con la cabeza baja y sin dirigir una mirada a nadie. Apenas hubo traspasado el umbral, echó a correr, salvó en tres saltos la escalinata de la entrada y escapó a la plaza. Le ardían las sienes.

El resto del día, con excepción de los momentos en que no pudo hurtarse a las miradas asesinas de Jaime, transcurrió con relativa normalidad, pues Jaime fue obligado a permanecer en reposo en su dormitorio. De todos modos, cuando León hubo de acercarse al cuarto para recoger el jersey, pues el tiempo había refrescado repentinamente, aquél tuvo tiempo de decirle: –Te la has jugado, chivato. Voy a decirle a mi padre lo del Lobero.

Ante su sorpresa, no le importó. Estuvo toda la tarde deambulando entre el prado y la plaza. Pensaba que, a fin de cuentas, tanto había transgredido él una prohibición como Jaime había cometido una canallada. Y ahora prefería ser reprendido por Arturo Mayor que volver a recibir un comentario como el que doña Mariana le había dirigido. Un tema recurrente le daba vueltas en la cabeza y no conseguía librarse de él: se preguntaba si le invitarían a volver a Madrid, en vista de la tensa situación creada; por nada del mundo quería disgustar a su madre; en aquellos momentos, la echaba verdaderamente de menos.

Cenó solo a la mesa, pues doña Mariana se había retirado aquejada de una fuerte jaqueca y Arturo Mayor prefirió tomar simplemente un café con leche en el salón, donde se instaló a leer la prensa. Cuando León asomó la cabeza, una vez cenado, para desearle las buenas noches, Arturo dejó caer el periódico y le miró por encima de las gafas que usaba para la lectura.

–Pasa un momento –le dijo.

León, extrañamente, entró sin reparo aunque temía la llamada. Arturo echó una ojeada a su café y de un solo trago apuró los restos; luego encendió parsimoniosamente un cigarrillo, expulsó el humo y recostó la cabeza en el alto respaldo de la butaca. Las ventanas del salón estaban abiertas y el ruido de los grillos y el olor de la madreSelva entraban por ellas. Miró a León seriamente pero sin dureza. Por fin habló:

–Fue Jaime el que tiró la primera piedra, ¿verdad?

León, sin despegar los labios, contrito, asintió brevemente con la cabeza.

–El balón –continuó Arturo, con voz cansada– ¿era de los Ochoa?

–No lo sé –contestó León débilmente; veía sufrir a aquel hombre y eso le entristecía–. A lo mejor –añadió.

Arturo le miró con fijeza y a punto estuvo de distender los labios, pero se contuvo. Luego dijo, mientras asentía imperceptiblemente con un movimiento de cabeza a sus



propias palabras:

—Gracias, hijo. Te has portado como un hombre.

Un día en que, una vez más, me encontraba solo a la hora de la siesta tras haber leído todas las revistas que estaban a mi alcance en las mesas del porche, resolví acercarme a husmear en la antigua casita de la servidumbre. La primera planta había sido habilitada para garaje, al que habían adosado una leñera; la segunda, si abandonada, se mantenía en buen estado de conservación; el muro que separaba el prado de la zona de frutales plantados ante la casita estaba roto por un vano que comunicaba ambos territorios. Para acceder a la segunda planta era preciso ascender por una escalera volada que arrancaba del pie de una higuera arrimada al costado derecho. No había más que empujar la vieja puerta de madera, ya muy deslucida, y entrar.

Cuando lo hice, lo primero que acudió a mí fue un olor intenso a humedad y colchones olvidados. Las habitaciones presentaban un aspecto desvencijado porque no sólo no se habían retirado todas las pertenencias, sino que, por el contrario, contenían, cuarto por cuarto, camas, colchones y armarios sobre los que el tiempo había dejado su huella. Traspasado el vestíbulo, un corto pasillo que arrancaba de su pared izquierda dejaba atrás dos dormitorios, la cocina a la derecha, y se detenía ante la puerta del que era sin duda cuarto principal. El aspecto general debió de ser modesto, y actualmente era descuidado. Un calendario de la Unión de Explosivos y tres estampas regionales eran todo el recordatorio de sus antiguos moradores. Los grifos de la cocina, sorprendentemente, funcionaban.

Estuve revisando cuarto por cuarto sin que apareciese otra cosa más que algún periódico viejo, un trapo que debió de utilizarse para aplicar aguarrás, un cacillo quemado y dos vasos sucios; había también numerosas telarañas, sobre todo tras los escasos muebles. En los colchones de uno de los cuartos, el primero al entrar, se observaban meadas de gato. Debían de recogerse allí con el mal tiempo.

El cuarto principal era más sorprendente. Había un sofá con sillones a ambos lados, un flexo sin bombilla sobre una estantería, un armario con las puertas abiertas que contenía un mugriento jersey de lana gruesa y dos baldas atornilladas a la pared; en la primera, un bote de pintura algo oxidado con tres lápices; junto a él reposaba una brocha sucia y desescobillada. En la balda superior había tres libros, uno encima del otro; los tomé, golpeándolos entre sí previamente para ahuyentar el polvo, y me dediqué a examinarlos.

El primero era de G. K. Chesterton y llevaba un título que me gustó, *El club de los negocios raros*; el segundo tenía como autor a un tal J. B. Priestley, *Día radiante*; el

tercero era *Vuelo nocturno*, de Antoine de Saint-Exupery. Resolví quedármelos como botín, pues los escasos libros que había en la casa grande eran de todo punto insoportables, salvo un par de novelas de Agatha Christie que ya había leído.

Estaba a punto de dar por terminada mi inspección cuando advertí que una mesilla esquinera, además de la portezuela entreabierta que protegía un hueco vacío, tenía cajones. Éste suele ser un lugar donde casi siempre queda olvidado algo y que, por tanto, excita la curiosidad, tanto más a mí, que, empujado al vagabundeo por el aburrimiento, cualquier detalle, por pequeño que fuera, me ponía en acción. El primero de los cajones resultó imposible de abrir; el segundo contenía un álbum de fotos apaisado tamaño cuartilla. Era el mejor hallazgo de la tarde.

Al principio no encontré el rumbo, pero a poco una efigie de Arturo Mayor en pie, con las manos en las caderas y pantalones bombachos, comenzó a guiarme. Deduje quiénes serían sus padres y quién la hermana muerta. Había también una foto de boda, pero la figura de la mujer no se correspondía con doña Mariana, por lo que supuse que sería su primera esposa, una mujer con carita de porcelana, nariz recta, mirada velada y unos rizos asomando junto a las orejas. El álbum debía de ser muy antiguo, pues no había una sola fotografía de doña Mariana ni de Jaime y, en cambio, abundaban quienes imaginé debían de ser parientes: todas estaban tomadas en el pueblo viejo y evidentemente pertenecían a una época anterior al viaje a la Argentina. Incluso creí reconocer, en una foto quebrada de color sepia, a quien probablemente fuera el abuelo de Arturo, junto a la abuela, naturalmente; ella sentada en un sillón de madera con respaldo alto y él apoyando en el respaldo el brazo derecho, la mano izquierda en el bolsillo del chaleco con el pulgar acariciando la leontina. Todas las imágenes tenían el sello inconfundible de haber sido plasmadas con el traje de gala de un domingo rural.

Fue en el segundo repaso cuando lo encontré. Tan distraído estaba hojeando el álbum que no se me ocurrió que ella debía estar también ahí. Y así era; hallé algunas fotos tuyas, pero sobre todo una: Regina posaba sentada en un prado, rodeada de margaritas, las piernas recogidas hacia su derecha, la falda cubriéndolas hasta dejar asomar solamente unos zapatos de hebilla; llevaba blusa holgada de manga corta y la disposición del cuerpo —el brazo izquierdo apoyado en la hierba, la mano derecha a punto de arrancar una flor— estaba evidentemente dictada por el fotógrafo; pero toda esa clásica composición cobraba vida desde la sonrisa pícara con la que ella se divertía ante el objetivo. La hubiera reconocido sin más por el inolvidable brillo de su mirada.

Como un ladrón de guante blanco, la extraje de sus cantoneras y la guardé en el bolsillo de mi camisa.

León encontró al Lobero donde habían convenido, un pequeño montículo o repecho cubierto de pinos que se volcaba abruptamente sobre la ría. Era un lugar al que el Lobero acudía de vez en cuando a distraer el tiempo, con un grueso y viejo libro bajo el brazo; esta disposición a la lectura, cuando fue conocida, ocasionó algunos comentarios en el pueblo, pues salvo el médico –que también solía salir al campo a leer y al que, acaso por su profesión, se le tenía por hombre docto– nadie se entregaba a ella, ya que, aparte de considerarlo una pérdida de tiempo, constituía por sí sola abrigo de ideas sospechosamente heterodoxas. Los comentarios no pasaron de tales, sin embargo, ya que por alguna razón que se escondía en el alma de todos, hasta el mismo Pepín el Guapo, dejando a un lado su fanfarronería, se lo pensaría dos veces antes de acusar al Lobero, y, por otra parte, éste era hombre respetado y dispuesto.

León acudió con el *Vuelo nocturno* y, tras saludar al Lobero y ofrecerle un cigarrillo, tomó el tronco de un pino como respaldo y se sumió en la lectura. Así permanecieron ambos, cada uno en su mundo, durante un buen rato. Luego el Lobero dejó el libro de lado, lió un cigarrillo y se puso a fumar mirando hacia la ría. León, al percatarse, le acompañó en el gesto. Un piragüista cruzó por delante de ellos paleando afanosamente.

–¿Se puede navegar el río? –preguntó León cuando lo perdieron de vista.

–No –el Lobero escupió una hebra de tabaco–. Muy poco. Esto no es la Argentina, chico –una cuerda saltó dentro de León. Cuidadosamente, procuró acercarse al asunto.

–¿Son muy grandes los ríos de allí? –inquirió–. ¿Mucho más que esta ría?

El Lobero rió:

–El Paraná de las Palmas, un poco más abajo del arroyo Ñacurutú, hacia donde yo vivía, ya tendría los seiscientos metros de ancho –León lanzó un silbido de admiración–, y ahí ya está dividido el río Paraná; porque se bifurca en varios brazos –prosiguió–. El llamado Paraná de las Palmas, el Paraná Guazú, el Paraná Miní... Se bifurcan cruzando terrenos de sedimento, ahí abajo en la Barranca, y por el otro lado baja el río Uruguay, que hace frontera con la República Oriental de Uruguay y se juntan todos en el Río de la Plata. Así que hazte una idea –concluyó, dando otra chupada al cigarro.

–No habría manera de ver la otra orilla... –dijo León, como pensando en voz alta.

–En los días claros –continuó el Lobero– se podía divisar la provincia de Entre Ríos. Se podía ver venir un incendio. ¿Sabes? Todo el delta está surcado de arroyos y canales, pero el incendio pasa sobre ellos, y los hay muy anchos; pasa –arrojó al suelo la ceniza con un golpe del anular– con los nidos de unas aves, las ratoneras, cuando hay viento. Son nidos muy ligeros, de paja y plumas; prenden y el viento los transporta y así salvan el canal y propagan el fuego. La gente, a veces, vareaba los árboles para hacerlos caer antes de que llegaran las llamas, pero no hay modo y a menudo la espesura es grande. Hacen mucho estrago.

–Entonces parecerán fuegos de San Telmo –dijo León.

–Sí –contestó el Lobero–. Es digno de verse. Yo estuve cerca de uno y me quedé prendido de él, como pollo ante el caburé. Era digno de verse –repitió, como ensoñando.

–Yo he viajado poco –comentó León–. Ésta es la primera vez que veo el mar, fíjese usted.

–Bah –dijo el Lobero–. El mar no tiene misterio. El mar aburre. La vida está en el bosque y en los ríos. Ahí brota, ahí el territorio es misterioso, uno puede perderse en él y así se guía; es hermoso. El mar no, no tiene alturas, es igual a sí mismo, no hay recodos, cuevas, calveros, hondonadas... , no serpea como los ríos, no tiene riberas. Bah –terminó con gesto despectivo–. Cuando aprendas a seguir un rastro verás que no hay nada en el mundo como eso, cuando descifres lo que el bosque te dice, cuando un río te muestre cómo es un lugar, olvidarás el mar, te lo digo yo.

–Pero el mar –dijo León, que le atendía asombrado– es muy misterioso, está lleno de aventuras.

El Lobero aplastó la colilla contra el suelo y luego la pisó con el tacón. Dijo:

–¿Aventura andar mirando con un catalejo a ver quién asoma por el horizonte? Ni la mayor tempestad vale lo que un bosque bajo la tormenta. Un bosque o un río se pueden leer, pero al mar sólo se lo puede mirar. Cuando yo estaba allí, en Argentina, corrían leyendas acerca del delta que hubieran vuelto el corazón a muchos hombres de mar; sí señor, por ese laberinto de canales y arroyos, como el arroyo Ñacurutú, corrían historias estremecedoras.

–¿El arroyo Ñacurutú? –preguntó León.

El Lobero escudriñó la ría como si intentara descifrar un enigma y pareció no atender a la pregunta de León.

–Allí en el delta está todo poblado de sauces y sauces álamos y las espadañas y madre selvas son una verdadera plaga, pero no hay como el olor de las madre selvas a la noche. También había manzanos, y perales, y membrillos; y una yerba que llaman paja brava, con tanto filo que te corta toda la palma de la mano si la pasas sobre ella. Y el ceibo, con cuya flor tan bonita los chicos hacían pájaros. Quizá nunca hubiera dejado aquello para volver aquí, pero qué sabemos sobre lo que nos trae y nos lleva –se detuvo como guardando algo; la imagen de Regina Mayor titiló en el fondo de la mente de León.

El Lobero miró al chico con simpatía:

–Me dijiste que tu padre era republicano, ¿no?

–No –contestó León–. Bueno..., o sea, no era de ningún partido, pero mi madre dice que era liberal y –bajó la voz, con pudor– que era muy buen maestro y ayudaba a la gente...

–¿Tú vas a estudiar para maestro? –preguntó el Lobero.

–No sé, estoy haciendo el bachillerato de Letras y a lo mejor hago Derecho.

–Muy bien, chico, muy bien. Eso es lo que hace falta. Hay que defender a la gente. Tú serás como tu padre, ¿eh?

–Sí... –León se entristeció de pronto, sin saber por qué.

El recuerdo del padre le llevó a la madre y, de allí, a recuerdos impregnados de ternura y tristeza, como el día en que le reprochó a su madre, enrabietado, que se comprase unos décimos de lotería cuando él andaba pidiendo una gabardina porque la que tenía estaba llena de lamparones ya imposibles de quitar y le daba vergüenza llevarla al colegio, y luego, tras ver la compunción en el rostro de ella, pasó la noche en blanco, llorando contra la almohada, como si la vida le negara.

—¿Te he hablado del arroyo Ñacurutú? —el Lobero, como perro viejo, recobró la conversación.

—No —contestó León buscando un cigarrillo para distraer el vaho que le empañaba los ojos.

—Ése era un lugar, amigo. Vaya si lo era —miró lejos, como recordando, y luego inclinó su rostro en dirección a León—. El Paraná de las Palmas baja muy fuerte, golpeando en los recodos, con un agua barrosa, y el Ñacurutú le entra sesgado por la margen izquierda, a favor de la corriente, de modo que el Paraná se mete arroyo arriba y no lo deja desembocar. El Ñacurutú debe de tener como treinta metros de ancho cuando llega al Paraná —el Lobero empezó a liar otro cigarro—. Cuando lo remontas, el agua es del Paraná, pero a poco empiezas a cruzarte con unas lenguas de agua verdeoscursas que cada vez se hacen más intensas y al cabo todo el arroyo toma ese color. Es un agua rara porque si te echas a ella, a pesar del color puedes verte los pies.

—¿Sí? —preguntó León admirado.

—Así es, yo lo he probado.

El Lobero había terminado de liar y arrojó las hebras sobrantes; luego aplicó la lengua a la goma, cerró el cuerpo del cigarro y enrolló las puntas haciendo resbalar el pulgar contra el índice. Lo afirmó entre los labios y echó mano al mechero.

—Decían que al fondo, en el nacimiento del arroyo, vivía un nazi que escapó de Alemania; pero nadie se atrevía a llegar hasta allí —contempló la llama y luego encendió el cigarro.

—¿Un nazi? —dijo León—. ¿Un nazi de Hitler?

—Eso es —contestó el Lobero—. Uno de éstos.

—¡Atiza! —comentó León, en el colmo del asombro.

El Lobero rió entre dientes.

—El arroyo lo utilizaban los contrabandistas para escapar de las patrulleras. Tomaban curso arriba y cortaban tras de sí los árboles para cegar el paso. Yo eso no lo vi, solamente lo oí decir.

—¿Y luego cómo volvían a salir?

—Bueno —dijo el Lobero—, a veces hasta llevaban la barca por la orilla hasta que hallaban despejado el camino. Yo lo remonté en canoa, ésa es la verdad.

—¿Y pudo pasar? —inquirió León.

—Hay un momento en que uno se encuentra con los camalotes y es difícil. Son formaciones de hojas —empezó a explicar al advertir la perplejidad de León— que pueden llegar a tener hasta veinte metros cuadrados y soportan perfectamente el peso de un hombre. Bloquean la marcha por completo y hay que abrirse paso con el machete o salir a la orilla y caminar con la canoa al hombro hasta que se despeja, y así una y otra vez. El agua apenas corre, porque el Paraná es más fuerte y la contiene en la desembocadura. Uno puede contar los mosquitos hasta quedarse ciego. Muy duro —comentó de largo.

Fumaron en silencio.

—¿Vio al nazi? —preguntó León de pronto. El Lobero volvió a reír entre dientes.

—No sé de nadie que llegase arriba. Dicen que hay un cementerio indígena y yo respeto

esos lugares. Cuentan que el nazi murió, o lo mataron. Vivía allí escondido, con patos, gallinas y cerdos; y bajaba de cuando en cuando para aprovisionarse. Le mataron y la vegetación se comió su casa. No se pueden profanar los cementerios, pero también dicen que hubo gente que intentó llegar para saquear lo que hubiere. El caso es que murió cuando dejó de bajar, y escaparon los cerdos, se hicieron salvajes como jabalíes y lo podían matar a uno, por eso la gente no se acercaba ni acampaba allí. Yo no conseguí abrimme camino entre los camalotes. Ésa es la historia.

—Jo... der —dijo León impresionado.

—Sí, el viejo río... —murmuró el Lobero como ausente.

Había empezado a soplar el viento desde las montañas. Un pescador, a bordo de una barca de remos, se dejaba llevar por la corriente; parecía estar dormido sobre la caña.

—Ya te tocará viajar, chico —dijo de pronto el Lobero—. Abre los ojos y recuerda bien lo que veas. La vida corre aprisa, pero no para un hombre que sabe mirar; no lo suficiente —apostilló.

—Yo pienso viajar cuando gane dinero —dijo León convencido.

—Poco —comentó el Lobero—. Poco dinero. El dinero hace irresoluto al hombre.

—Bueno —contestó humildemente León—. En cuanto tenga un poco. Ahora no tengo nada, o sea, aparte de lo que me dio mi madre.

El Lobero le miró de frente y esbozó una sonrisa. León le devolvió la mirada con gratitud; se sentía feliz y en paz.

—¿Sabes lo que te digo? —el Lobero le habló con cariño—. Que tienes buena pasta, chico.

—Gracias —dijo León, emocionado, por decir algo. Entonces miró la hora y se le cayeron los palos del sombrero. Hacía un buen rato que en la casa habría terminado la siesta y la cocinera andaría haciendo sus aspavientos con el bocadillo de la merienda en la mano. Esta vez se había escapado de verdad (y a modo, se confesó espantado), y por nada del mundo quería preocupar a Arturo Mayor ni alterar el orden que impartía en su casa. Se puso precipitadamente en pie y le dijo al Lobero:

—Me tengo que ir, es la hora de la merienda y se puede armar una buena si no estoy allí. Además, Jaime me va a brear a preguntas. Adiós —dijo atropelladamente—, seguro que vengo otro día.

—Guárdate —dijo el Lobero cuando León partió.

La verdad es que Jaime me hizo la vida imposible en varias ocasiones durante aquel verano, pero en general nos llevamos bien porque tampoco resulta viable establecer una

situación de tensión constante y menos entre chavales de aquella edad; y en ocasiones tuvo conmigo atenciones meritorias, como el asunto de la bicicleta; ese día, además, fue el que tuvo por centro la noticia de las andanzas amorosas de Pepín el Guapo, que corrió por el pueblo como la pólvora aunque no fuera sino una más de sus conquistas, según alardeaba por él Pepe Reyes en la barra del Tecla.

Jaime se presentó en el jardín donde yo leía *El club de los negocios raros*, que resultó ser un libro tronchante, con gran estruendo y pedaleando en una bicicleta que no le conocía. Llegó hasta mí, encabritó la máquina, saltó al suelo con gesto triunfante saliéndose por detrás del sillín, y me dijo:

—Aquí la tienes. Se la he sacado a los Ochoa. Como Perico Ochoa se ha ido a Londres me la han prestado para ti. Acojonante, ¿no?

Yo había levantado los ojos del libro y le contemplaba estupefacto hasta que, por fin, acerté a decir:

—Pero, macho, si yo no sé montar en bici.

—Venga ya, si eso se aprende en dos patadas. Suelta el libro, que se te va a calentar la cabeza, y vamos a aprender. Antes de comer tienes que estar ya dando vueltas alrededor de la plaza.

La idea de aprender a montar, es decir, a caerme delante de todo el mundo en la plaza, me sacudió el cuerpo como una oleada de pánico.

—¡Y una leche! —le dije en seguida—. Nos vamos a probar a un sitio donde no haya nadie.

Nos fuimos. Caí al suelo varias decenas de veces, me estampé en la cuneta otras tantas, pero en una de éstas conseguí levantar la vista adelante al tiempo que pedaleaba y aquello empezó a marchar. No podía aún subir una cuesta, pues me desmadejaba con el esfuerzo y perdía el control de la bicicleta; y estuve a punto de empotrarme en una acacia bajando una pendiente, asustadísimo al ver la velocidad que cogía. Pero exactamente media hora antes de la comida conseguí circular, fascinado y agradecido, por la plaza del Ayuntamiento aunque sin poder seguir a Jaime, que hacía valer su larga experiencia a una endiablada velocidad.

—Aparta, macho, que voy a toda pastilla —solía gritarme cada vez que me doblaba una vuelta.

La gran noticia, que me provocó una excitación tan alta como el haber aprendido a montar en bicicleta, me la trajo igualmente Jaime. Yo me disponía a hacer mis habituales meditaciones paseando a lo largo y ancho del prado mientras todo el mundo dormía la siesta cuando Jaime apareció por el jardín buscándome y haciendo toda clase de señas misteriosas y apremiantes para que le acompañara al dormitorio. Le seguí convencido de recibir alguna noticia espectacular.

La cosa no era para menos. Me lo soltó casi antes de que yo tuviera tiempo de cerrar la puerta del cuarto detrás de mí.

—¿Sabes lo que ha pasado? Pues agárrate fuerte. Que Pepín el Guapo se ha zumbado a la criada de los Ochoa, esa que está tan buena, ¿sabes quién te digo?

Sentí un doloroso vacío en la boca del estómago. Siempre que íbamos a casa de los

Ochoa me sonreía y me hacía bromas; era una mujer de unos veintisiete años, guapa y bien plantada, muy simpática. La Feli, la que espiábamos cuando tendía la ropa.

—¿A Feli? —pregunté incrédulo.

—A Feli —confirmó triunfalmente Jaime.

La sola imagen de la Feli en brazos de aquel hombrón me producía vértigo. Traté de apartarlo de mi mente.

—Si es lo que yo te digo, chaval, les pasa a todas. Pero ese Pepín es un fenómeno. La tía más buena de todo el pueblo —decía Jaime entusiasmado.

—¿Pero así por las buenas, o sea, por gusto? —pregunté yo, en el colmo de la inocencia.

—Anda éste, pero ¿tú en qué mundo vives, macho?

Me quedé sumido en hondas meditaciones. No entraba en mi cabeza que una mujer como ella —que a mí me parecía tan agradable y tan dispuesta— fuera capaz de echarse en brazos de un tipo que, desde mi punto de vista, representaba la ordinariez y la grosería. Feli podía aspirar a tener un novio formal y ella tenía todo el aspecto de una chica decente. ¿Cómo era, entonces, posible que se entregara de aquel modo y a aquel hombre? Era un hecho que entraba en absoluta contradicción con mis emociones amorosas y me parecía sólo propio de gente viciosa y terrible. Aquella especial simpatía, aquella sonrisa tan fresca de Feli estaban ahora entregadas y mancilladas de un modo horrible e irreparable y ella no había sido capaz de resistirse al asedio de Pepín. Si al menos hubiera sido con alguien decente como ella..., mal hecho estaba, pero tendría algún sentido. Pero Pepín... Bastante me arrepentía yo de mis ensoñaciones eróticas con ella, y de los comentarios y miradas que le echábamos, pero lo nuestro no pasaba de ser un juego. En cambio lo de Pepín era en serio, ya no tenía vuelta de hoja, ya no era pensar en hacerlo sino hacerlo. Y que fuera así, tan breve, tan simple, tan sin importancia, me dejaba anonadado y como tratando de hacer retroceder el tiempo para que no hubiese sucedido, pero sabiendo de una manera insoportable que ya había sucedido.

—Lo hacen todas. Pierden la cabeza y lo hacen. No hay quien se salve, te lo he dicho mil veces —comentaba Jaime con absoluto convencimiento. La posibilidad de que fuera cierto me sumía en la consternación más grave.

—Hombre, habrá muchas que no. También tú es que lo ves todo negro.

—Nada. La que no lo hace es que es una estrecha y se queda con las ganas. Pero ésas lo piensan tanto que es casi peor que si lo hicieran.

—¡Qué exagerado eres! —contestaba yo cada vez más abrumado por la certeza.

Y Pepe Reyes contándoselo a todo el mundo en el Tecla, qué vergüenza. ¿Con qué cara iba a salir ella ahora a la calle si ya se habría enterado todo el pueblo? Yo mismo no sabía dónde poner los ojos, incapaz de encajar aquel sucio acontecimiento sin que una pátina de impotencia me los velara.

—Que sí, macho, que sí. Lo que pasa es que no lo dicen porque está mal visto. Si es que no lo pueden resistir; es la naturaleza. Lo que pasa es que a muchas no se les acerca un tío, pero en cuanto les echas la mano, al principio se resisten y luego ya no pueden aguantar y se vuelven como locas y te las tienes que quitar de encima.



Recuerdo bien aquellas sensaciones y nunca puedo evitar una sonrisa –divertidamente nostálgica, tristona también, quién sabe lo que queda dentro de uno– al extraerla de la memoria. Creo que ésta fue la primera vez en que tuve una conciencia clara –y para el León de entonces casi trágica– no ya del sentido de la pérdida de la virginidad, sino también del de la pérdida de la propia inocencia. El mundo que tan cuidadosamente encajaba como un puzzle, pieza por pieza, en mi cabeza y en mi corazón, haría más que saltar por los aires a partir de aquellas primeras e insolubles contradicciones: iba a quebrar, con la frivolidad y la crueldad de un juego inexcusable, el paisaje de cristal de mis convicciones sentimentales de pubertad.

Pepín el Guapo traspasó la cancela del jardín de los Mayor. Doña Mariana descansaba en uno de los bancos situados bajo el gigantesco castaño de Indias; en el banco contiguo, León y Jaime leían ávidamente sus revistas; era un mediodía grisáceo y templado, sin una sola brizna de viento. Pepín, que no reparó en el semiescondido y silencioso grupo, se dirigía ya a la entrada de la casa cuando doña Mariana lo llamó.

–Vaya, Pepín, mucho te haces de rogar para venir a tomar un aperitivo –le reconvino con una sonrisa ligeramente burlona. León y Jaime levantaron la cabeza al unísono. Pepín retrocedió hacia ellos.

–Ya vendría yo con gusto cada día, pero estáis siempre tan ocupados... –besó la mano que le tendía doña Mariana con una inclinación brusca y apresurada y tomó asiento en el tercer banco, a la derecha de su anfitriona.

–No sé yo quién es el ocupado –contestó con cierto retintín sobre la última palabra doña Mariana mientras hacía sonar la campanilla que reposaba en la mesa.

Jaime le miraba con su habitual aire cómplice, ya dispuesto para cualquier broma; León, que apenas había podido contener un respingo cuando le vio, adoptaba una actitud de circunstancias. Aquella mañana había acudido en dos ocasiones a la casa de los Ochoa con pretextos más que ligeros y la esperanza de cruzarse con Feli sin ningún resultado; ahora tenía delante al hombre al que había llegado a considerar un perfecto canalla, aunque lo que a él le mantenía doliente no era tanto la agresión de Pepín como la no resistencia o el dejarse hacer de la Feli, pues en modo alguno consideraba la posibilidad de que hubiera sido ella quien procurase el encuentro o participase activamente en él. Su gesto era serio y atento.

–Esa brecha ya se olvidó, ¿eh? –dijo Pepín jovialmente, señalando la cicatriz que aún campeaba en la frente de Jaime.

–Es que tengo muy buena encarnadura –contestó éste, que lo andaba repitiendo a todo el mundo desde que se enteró del significado de la palabra.

–Y tú –añadió Pepín dirigiéndose a León–, estás más serio que perro en canoa –Jaime acogió el comentario con grandes carcajadas y la propia Mariana dejó escapar la risa. León, turbado al verse convertido en foco de atención, contestó cualquier cosa y se retrepó en el asiento. Una de las criadas se acercó al grupo en ese momento.

–Sirve el aperitivo –le indicó doña Mariana–. A los niños les traes una zarzaparrilla.

–¡Mariana, por favor! –protestó ostentosamente Pepín–. Un par de vermús es lo que se tienen que tomar. Venga, venga –añadió guiñándole un ojo a la chica, lo que la hizo

ruborizarse entre sonrisas—, dile a esta mocita que se los sirva.

León observaba escandalizado a la criada; doña Mariana hizo un gesto de asentimiento y le ordenó retirarse.

—Menudo pinta estás tú hecho. Seguro que me los invitas por ahí cuando yo no me entero.

—¿Yo? Nada de nada, ¿verdad, chicos? —ahora les guiñó un ojo a ellos. Jaime se puso hueco y León esbozó una débil sonrisa.

—Ya me he enterado de que quieres abrir otra gasolinera en Casal Santiago —comentó doña Mariana—. No te deben de ir mal las cosas.

—Esto ha cambiado mucho —contestó Pepín—. Ahora no tengo más que gastos y disgustos. La gente sólo tiene boca para pedir más, pero cuando hay que dar el callo todos se llaman andana. ¡Nada!

—No te quejes, Pepín, no te quejes. Ya quisieran muchos estar en tu lugar, con todos los disgustos.

—Nada, de boquilla. La gente hoy no sabe lo que es responsabilidad. Es muy fácil decir «eso lo hago yo». Pues no te trae quebraderos de cabeza ni nada sacar adelante lo que yo tengo. Ganas me dan de dejarlo todo —terminó despectivamente—. La gente..., mira, ahí tienes a los de La Camocha..., ¿qué te parece? No tienen otra cosa en que ocupar el tiempo que meterse en huelgas. ¡En huelgas! —repitió con desprecio—. Parece que no han tenido bastante con lo que han tenido, no. Ahora —añadió dirigiéndose a Mariana—, que me los dejen a mí y allí no se mueve nadie en otros veinte años, porque esto no son más que blandenguerías.

—¡Uy, hijo! —exclamó Mariana—. A ver si te crees que Franco no sabe lo que hay que hacer.

—Si fuera Franco... —contestó Pepín—. Pero de eso nada. La camarilla, que son todos unos bragazas —recalcó con mucho énfasis—. La camarilla, Mariana, te lo digo yo. Porque con Franco ésos ni se habían movido, que anda la que han armado toda esa serie de agitadores a cuenta de esto y de lo de... de ese comunista que han detenido esta primavera, diantre... , ese que no me acuerdo ahora cómo se llama.

—Tanto da, Pepín, ya sabrán lo que hacen. A nosotros, mientras no nos molesten... —interrumpió Mariana como si reclamara protección con un mohín.

—¡Hombre, faltaría más! —protestó Pepín—. Si en su sitio los van a poner por las buenas o por las malas, pero, caramba, bastante hemos sufrido con la guerra para que ahora se les tenga que permitir a estos malnacidos que vuelvan a las andadas. ¡Eso es lo que yo no entiendo! ¿O no tengo razón?

Doña Mariana le palmeó cariñosamente un brazo para contener su ardor.

—Anda, dejémoslo estar, que tú también tienes un pronto... Mira que os gusta quejaros a los hombres —prosiguió volublemente doña Mariana—. No sé lo que haríais si no pudierais quejaros.

La criada depositó la bandeja en el borde de la mesa y fue distribuyendo su contenido mientras dirigía una o dos furtivas miradas a Pepín el Guapo; éste la observaba con una mezcla de displicencia y evaluación.

—Vamos, hija, que es para hoy —dijo de pronto doña Mariana.

La muchacha inclinó la cabeza levemente, recogió la bandeja y se dio media vuelta sin atreverse a mirar otra vez a Pepín. Doña Mariana se dirigió a él con aire burlón:

—Anda, Pepín, que no sé qué les das —dijo con voz socarrona.

—Vamos, Mariana, ¿no estarás celosa? —contestó Pepín acercándose ligeramente a ella, parodiando un gesto a lo Clark Gable.

—Uy, hijo, descuida —respondió ella aleteando.

—Lo que pasa es que no he podido encontrar una mujer como tú, porque de esas sólo hay una y el que no se espabila se queda de guardia.

Mariana recibió el piropo con disimulada complacencia a la vez que aceraba un tanto más la socarronería.

—Corrientita, Pepín. Y con unos cuantos años ya encima.

—Si no te hubieras casado con todo un señor como es Arturo, ahora mismo te llevaba yo al altar —dijo Pepín con un deje insinuante entremetido en el aire festivo de la conversación.

—Ay, Pepín, qué cosas dices —protestó doña Mariana. León, que no daba crédito a sus oídos ni a sus ojos, percibió repentinamente, como quien olfatea algo, un ligero movimiento a su derecha y, al volver la cara, advirtió que Jaime rebullía inquieto. La sonrisa abierta con que acogía siempre a Pepín estaba paulatinamente contrayéndose en su rostro, las manos se aferraban al borde del asiento, el tronco lo mantenía exageradamente erguido. León sacudió la cabeza y trató de encajar las piezas en el puzzle: el mismo Jaime que el día anterior le comentara con gran jolgorio y admiración la última conquista de Pepín —que, a no dudarlo, trataría de acorralar con toda clase de indirectas a la criadita que les había servido el aperitivo—, ahora se movía con indisimulada desazón ante la frívola charla entre Pepín y su madre.

Si bien la opinión de León acerca de doña Mariana había empeorado a medida que transcurría el tiempo, por nada del mundo encontraba posibilidad alguna de albergar en su mente la idea de estar asistiendo a un menos que inocente flirteo. Lo que contrariaba seriamente a León era que doña Mariana perdiese el tiempo de esa forma con un tipo que, en su opinión, no valía el suelo que pisaba ella y carecía de toda distinción, que no era más que un palurdo enriquecido y, como tal, pesado en las bromas, agobiante, fanfarrón y carente por completo de sentido de la medida. Bien estaba saludarse en el Tecla o detenerse a hacer un comentario en el paseo de la tarde, pero la asiduidad última con que Pepín aparecía por la casa le resultaba desagradable y, en general, procuraba zafarse de su presencia.

Arturo Mayor cruzó la cancela del jardín precedido por don César, el médico del pueblo; de inmediato Pepín y los dos muchachos se levantaron, mientras doña Mariana permanecía lánguidamente sentada acariciándose el cabello con su mano derecha.

—Hombre, Pepín, no sabía que vinieras hoy a tomar el aperitivo. Lamento haberme retrasado —dijo Arturo, a guisa de saludo.

—Mira, Arturo, le he invitado yo —comenzó a decir Mariana mientras volvía ligeramente el rostro para su mejilla—. Como últimamente llegas tan tarde no da tiempo al aperitivo...

—Señora —protestó solemnemente el médico antes de inclinarse para besarle la mano—, puedo asegurarle a usted que Arturo se dirigía sin más a esta su casa cuando yo le abordé para solicitar su consejo. Y dada la prisa que llevaba, tuvo la amabilidad de invitarme a venir con él para hablar de nuestros asuntos por el camino —a León le encantaba el estilo pomposo del médico.

—Venga, señores, tengamos la fiesta en paz —decía Pepín, dirigiéndose a unos y a otros— y vamos a tomarnos estas tapitas que están diciendo comedme.

—Canapés —corrigió Jaime, de pronto, con deliberada frialdad.

Una noche, a la hora de acostarnos, Jaime se introdujo en la cama sin decir esta boca es mía, apagó su luz y se dio media vuelta, volviéndome la espalda y dispuesto a dormir. En cualquier otro momento, o bien lo hubiese tomado como una descortesía decididamente punzante o bien como un estado físico de agotamiento. Pero esa noche ninguna de ambas explicaciones tenía sentido. Habíamos pasado juntos una tarde tranquila y casera; sobre todo tranquila, pues Jaime, encerrado en un mutismo absoluto, se dedicó a circunvalar el prado con gesto meditativo y manos a la espalda —salvo cuando se inclinaba de tarde en tarde a comprobar algo en el suelo o azotaba yerbajos y árboles con ayuda de alguna varita ocasionalmente encontrada—, mientras yo, que había tratado de seguirle en su primera vuelta desistiendo al sentirme ignorado por completo, leía finalmente alguno de los últimos capítulos de *El club de los negocios raros*.

A medida que transcurría el tiempo su actitud dejó de sorprenderme para comenzar a alarmarme. A veces, Jaime solía encerrarse en su habitación y pasaba las horas muertas sentado en el suelo, con las piernas recogidas entre los brazos y el mentón apoyado en las rodillas; esto lo sabía porque él me lo había contado en Madrid, mas le vi hacerlo en Solano. Yo tenía la costumbre, cuando quería estar solo, de bajar a pasear al Retiro a quemar horas y, por el contrario, no acostumbraba utilizar mi cuarto para matar el tiempo. La situación de aquella tarde, en consecuencia, se había invertido: era Jaime quien paseaba y yo quien, abandonada la lectura a causa de mi creciente extrañeza, permanecía quieto, sentado, al cobijo del porche, tratando de reconocer alguna señal relativamente reciente o incluso inmediata que me franquease el camino por el que transitaba Jaime.

A la noche, metido y arropado yo también en la cama, seguía sin entender aquel súbito y ya excesivamente duradero cambio de humor. No había apagado mi luz y me entretenía escuchando las espiraciones de las lechuzas y preguntándome por enésima vez cómo era posible que sonasen en la cabecera del lecho. Con el tiempo se había

convertido en un ruido grato y próximo que me acompañaba en la oscuridad de la vigilia. Tenía esperanza en que, al mantener mi luz encendida, Jaime, que no dormía, depusiera al fin su actitud y me hiciese alguno, cualquier comentario. Su silencio resultaba tan extraordinario que invocaba una suerte de solidaridad y un profundo deseo de ayudarle a descargar lo que tan ciegamente encerraba dentro de sí a cal y canto. Así que, cuando debía de haber transcurrido una media hora por lo menos, me decidí a actuar.

–Jaime –dije a media voz.

Con ligeras variantes de entonación, volví a repetirlo dos o tres veces más hasta que contestó.

–¿Qué? –miraba al techo y permanecía inmóvil.

–¿Cómo que qué? Llevas todo el día hecho una piedra.

Siguió un largo silencio que yo mantuve también, seguro de haber abierto una pequeña brecha.

–Jaime –nuevo silencio, nueva repetición. Habló:

–¿Qué?

–Venga, hombre, que yo también te cuento mis cosas.

–No me pasa nada –aquello progresaba.

–Venga, hombre.

–Que no me pasa nada, joer –al fin un destello de irritación.

–Jaime.

Estaba mudo y, lo comprendí de pronto, al borde de un estallido. El destello de irritación no era una resquebrajadura en su ánimo de introversión, sino el peligroso indicio de un acceso de cólera. Volví a recordar que Jaime era un sanguíneo y poco me costó llegar a la conclusión de que toda una tarde sin dejar salir el vapor lo tenía a punto de saltar por los aires. Prudentemente volví a mi anterior silencio. Estuve en un tris de apagar la luz; luego, considerándolo, sospeché que lo tomaría como una invitación a la guerra. Traté, pues, de pasar desapercibido, si tal cosa era posible.

No podía dejar de darle vueltas en la cabeza a su tan enigmático como ya feroz encierro en sí mismo. Por más que repasaba los acontecimientos de aquel día y de los inmediatos anteriores, ningún motivo me parecía causa suficiente como para haberle hecho amanecer de no muy buen talante y haberlo precipitado después en tan tensa contención. Hasta que a fuerza de estrujarme los sesos, algo sin sentido aparente, una minucia por otra parte, comenzó a destellar rítmicamente en mi cerebro. Era, como digo, una futesa: al término de la comida, justo antes de la siesta, mientras los Mayor tomaban café, doña Mariana, ante un movimiento de Jaime, que se sentaba a su lado, se apartó levemente de él al tiempo que le decía: «Ay, hijo, no sé qué te pasa que llevas todo el día hecho un incordio». Jaime se irguió como tocado por un resorte, con una expresión de estupor e incredulidad en su rostro. Acto seguido, la voz de Arturo Mayor apostilló: «Jaime, ¡que ya eres mayor para estar tan pegajoso».

Entonces recordé el rostro de Jaime; tenía las mandíbulas y el cuello tensos; miró alternativamente a uno y a otro; a su padre con verdadero furor, a la madre casi suplicante. Ella le acarició cariñosamente la barbilla –aunque el gesto me pareció

mecánico— y le dijo: «Anda, ve a echarte la siesta o —se volvió hacia mí— a dar una vuelta con León, hijo».

En otras ocasiones había presenciado estos ejercicios de preferencia ostensible hacia la madre y desdén al padre que, naturalmente, no pasaban de mostrarse más que como gestos para un observador atento, pues tengo por seguro que si Jaime hubiera intentado llegar a más en la manifestación de su desprecio al padre, Arturo Mayor le habría sacudido tal bofetada que hubiera dado al traste incluso con mis vacaciones, pues era hombre que cuando marcaba una linde, guay del que se atreviera a traspasarla. De tal manera que no me parecía singularmente relevante la escena y, sin embargo, no dejaba de emitir su señal en mi cabeza. Al cabo de un rato, me concedí un descanso y miré hacia donde estaba Jaime. Yacía boca arriba y pude ver que respiraba con fuerza. Súbitamente apartó la ropa de un manotazo, saltó de la cama, pasó ante mí sin mirarme, tomó la puerta y se alejó por el pasillo. Mi sobresalto duró lo que tardé en escuchar abrir y cerrarse la puerta del cuarto de baño.

Imaginé cómo estaría echando las tripas por la boca sobre la taza del retrete. A fin de cuentas era lo mejor que podía sucederle dada su crispación. Cierta ternura me invadió el ánimo, sobre todo por lo desamparado que es salir en la noche a vomitar bajo la desangelada luz de un baño, el tacto frío de los azulejos mientras te arden las sienes y la triste tarea de recoger los agrios restos del escopetazo.

Alcé la almohada y estuve esperándolo. Tardó lo suyo. Traía la cara pálida y, pese a que debió de lavarse varias veces con agua fría, señales inequívocas de haber llorado. Apenas le miré para no perturbarlo, y traté de que mi silencio no resultase agobiante o tenso sino amistoso, como si en realidad estuviera intentando volver cálida y relajada la atmósfera del cuarto. Entró en la cama, dejó los brazos fuera, sobre la colcha, y se acomodó boca arriba. Respiraba pausada y regularmente, como quien se ha quitado un peso de encima.

Yo no era persona de grandes recursos pero conocía los que poseía, de modo que aguardé un rato acompasándome con su respiración y luego abrí la boca:

—Estás jodido, ¿no?

Silencio. Luego un sí escondido.

—Venga, hombre, si tu madre te quiere a rabiar —lo dije así, sin más, sin sospechar que fuera un certero palo de ciego, al menos en mi intención. Y de repente largó el llanto como si se abrieran los cielos.

—Es que no tengo a nadie más —mordió la almohada—, a nadie más...

Su desconsuelo me llegó adentro del todo, vertiginosamente. Yo no sabía qué hacer con mi cuerpo mientras le escuchaba llorar. Tampoco la escena que aún destellaba en mi mente se compadecía por sí sola con aquel dejarse ir. Aguardé, contando hasta los segundos para no contagiarme, a que cesaran el llanto y el espasmo; y, ya bajo la calma, volví a hablarle:

—¿Amigos?

Tardó en responder. Cuando lo hizo, el tono era otro.

—Claro.

–Para lo que quieras, ¿eh?

–Gracias –dijo con voz apagada. Se dio media vuelta. Estaba ya tranquilo.

Aquella noche seguí adelante con mis lechuzas y mis pensamientos. La maldita escena continuaba sin alejarse de mí. Hubo un momento en el que estuve a punto de encadenarla con una imagen general del día y con algo más, pero pasó como ese pájaro que uno no espera y para cuando apresta el arma ya ha desaparecido entre la maleza. O quizá, simplemente, lo vislumbré justo un segundo antes de quedarme profundamente dormido.

Entrada ya la segunda quincena de agosto, León sintió deseos de volver a hablar con el Lobero. Acudió un par de tardes al montículo en que le hallara la última vez, sin resultado, y otras tantas escudriñó el puerto y sus alrededores. Ya desesperaba de encontrarlo antes de que iniciasen el crucero a bordo del *María Purísima* cuando una mañana, tras abandonar la casa de los Ochoa, a la que había acudido con Jaime, se tropezó casualmente con él; éste propuso que le acompañara hasta una casa a las afueras del pueblo a donde se dirigía para cobrar un servicio prestado y León, sin pensárselo dos veces, aceptó con entusiasmo. El cielo estaba cubierto, aunque todavía no amenazaba lluvia, y una ligera neblina velaba el paisaje de las montañas cercanas.

El Lobero caminaba a paso vivo y pronto se perdieron carretera arriba charlando acerca de la calidad de las navajas mientras León acariciaba la suya en el fondo del bolsillo. Luego de cruzarse con dos o tres vecinos, León recordó momentáneamente la prohibición de Arturo Mayor; evidentemente, Jaime había dado el chivatazo, porque en una ocasión volvió a hacerle una somera advertencia, pero se dio ánimos pensando que quizá ésta era la última oportunidad de sonsacar al Lobero algo que le venía rondando por la cabeza desde que tuvo noticia de su existencia y de sus andanzas. Y ya remontaban la cuesta cuando, haciendo acopio de todo su valor, comenzó el interrogatorio.

–¿Estuvo usted mucho tiempo en Argentina? –preguntó León con una extraña mezcla de curiosidad e indiferencia.

–Bastante –contestó el Lobero, como si no hubiese prestado atención a la pregunta.

–Lo digo –León volvió a la carga– porque a lo mejor conoció allí a los padres de Jaime.

–Argentina es muy grande, chico –respondió el Lobero sin traslucir la menor emoción en su rostro–, varias veces más grande que España.

–Ah –dijo León, completamente desarbolado. Doblaron a la derecha enfilando el

camino ancho y sin asfaltar que conducía a la desviación hacia la iglesia. León se entretuvo en cortar algunas plantas de las denominadas «comida de víbora» que crecían a ambos lados del camino, entre los helechos y la zarzamora; los colores rojo y verde intensos de la planta llamaban poderosamente su atención. Luego las arrojaba, tras cercenar el tallo de un solo tajo, a la maleza, cuidando de no tocar la savia. Cuando sobrepasaron la desviación a la iglesia, decidió insistir.

–Doña Mariana... es argentina, ¿verdad?

El Lobero le miró de refilón antes de contestar.

–Nació allí –dijo.

–O sea, que es argentina –continuó León.

–Digo yo que ahora será española, desde que casó con Arturo Mayor –contestó el Lobero–. Sus padres también eran españoles.

–Ah –dijo León–. ¿Y sus padres viven?

–No –respondió secamente el Lobero–. Murieron.

–Ya –comentó León. Dejó pasar unos momentos de silencio. Luego prosiguió, aparentando la mayor inocencia posible–. Es muy guapa, ¿verdad?

–Eso dicen.

–¿A usted no le parece guapa? –inquirió asombrado León.

–A mí me da igual –contestó el Lobero sin entonación.

–El otro día Pepín el Guapo le estuvo echando un montón de piropos –anunció León tratando de cargarse de razón.

Esta vez el Lobero cambió el paso y le miró con cierta curiosidad.

–¿Ah, sí? –comentó.

–A mí me pareció una horterada, la verdad –confirmó León.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios del hombre, pero no hizo comentario alguno. León, animado, no quiso perder la ocasión.

–A mí la que me parece guapísima es Regina, la tía de Jaime.

–La hermana de Arturo.

–Sí..., eso –se apresuró a decir León, algo desconcertado.

El Lobero no dijo más.

–¿Usted conoce a Regina? –aventuró León.

–Todo el pueblo conoce a los Mayor –respondió el hombre.

Habían llegado a su destino. El Lobero hizo una seña a León para que aguardase fuera y penetró en la casa. León, con las manos en los bolsillos, se dedicó a pasear arriba y abajo ante la fachada maldiciéndose por el escaso éxito de sus pesquisas. El cielo estaba definitivamente encapotado y ahora se maldijo también por no haber tenido la previsión de hacerse con la gabardina. Al cabo de diez minutos, el Lobero reapareció, llegó hasta León y empezaron a deshacer lo andado.

–¿Vamos a echar un pitillo? –estaban en la desviación de la iglesia.

León miró al Lobero, sorprendido, asintió y ambos se encaminaron a la campa.

–Así que te ha gustado Regina Mayor, ¿eh? –preguntó el Lobero después de encender su cigarro.



–Bueno –a León le temblaron las piernas; estaban sentados en un poyete de piedra–. O sea, que me parece muy guapa.

–¿Y? –continuó el Lobero.

–Pues... –sentía la sangre afluyendo a su rostro–. A todo el mundo le gusta, ¿no?

–Hay a quien no –comentó el Lobero con voz neutra. León se le quedó mirando de hito en hito; sin poder contenerse, exclamó:

–¿No? Pero si es la mujer más guapa del mundo... –hubiera deseado que se lo tragara la tierra en ese momento, mas no pudo detenerse–. Yo me quedé lelo cuando la vi.

El Lobero rió de buena gana; luego golpeó amistosamente la espalda del muchacho y echó una calada al cigarro mirando hacia la ría. La neblina era ahora un poco más densa, parecía que el cielo descendiera sobre las colinas.

–Los traté en Argentina –tenía los ojos puestos en el límite de la campa, el torso inclinado, los antebrazos sobre los muslos, el cigarro colgando entre los dedos–. Hace ya muchos años; y volví después que ellos. Vinieron Arturo y Regina, pero antes los había visto en Solano, cuando yo vivía en el monte, no lejos de aquí. Y volvieron cada uno por su lado –se volvió hacia León–. ¿Te tratan bien?

–Sí, sí –se apresuró a contestar León–, muy bien.

–Ahora son otros tiempos –comentó–. O deben de serlo para ellos.

León asintió, sin saber qué actitud tomar. La última frase del hombre le había sorprendido tanto como si se hubiera rasguñado con unas hojas de acebo al intentar arrancar el grupo de helechos que las ocultaban.

–¿A usted le trataron mal? –se atrevió a preguntar.

–No, chico –el Lobero miraba de nuevo hacia el límite de la campa–. Yo no tenía negocio con ellos, sólo conocimiento. ¿Sabes una cosa? Yo remonté el Ñacurutú con Regina en mi canoa, hasta que nos detuvieron los camalotes, mucho más arriba del Roble. Ella se empeñó. Tiene carácter.

–¿De veras? –había una intensa admiración en la voz de León.

–De veras –asintió el otro–. Un capricho.

León observaba, entre la suspicacia y la veneración, con los ojos muy abiertos. Toda suerte de imaginaciones corrían ahora por su mente, entrecruzando miedo, desesperanza, curiosidad e indeterminación como en la boca de un hormiguero; y todas las preguntas que afluían a sus labios le parecían sumamente improcedentes.

–Gente dura –dijo el Lobero, cual si hubiera concluido la conversación.

León sabía que eran gente dura, pero entendió con claridad que no se referían los dos al mismo tipo de dureza. Por otra parte, le costaba aplicar ese calificativo a Regina, pues ni siquiera su presencia y modo de ser le habían parecido acordes con el ambiente general de la casa de los Mayor, con la severidad, el orden y los horarios que imperaban en ella. Y en cuanto a Arturo Mayor, con ser hombre poco propicio a las evidencias del afecto, había mostrado hacia él una consideración y, por así decirlo, una nobleza de juicio que León agradeció siempre en su fuero interno; si no lo exteriorizó se debía exclusivamente a la imponente presencia del cabeza de familia. Pero, al mismo tiempo, no podía dejar de creer en las palabras del Lobero, y toda la malla de inquietudes que

pugnaban dentro de él se tupía aún más cuando recordaba la seca y hasta altiva prohibición de relacionarse con el Lobero que Arturo Mayor le dictó en su día y recalcó posteriormente. En su dilema, León comprendía que habría de decidirse a tomar partido si deseaba seguir indagando en un mundo que cada vez se le aparecía más misterioso y turbio y al que las sombras del pasado sobrevolaban como aves carroñeras. Tuvo de pronto una visión: Jaime se encontraba en tierra, mirando hacia arriba, desde donde León lo veía; las aves lo circundaban en un vuelo cada vez más cerrado y bajo; él se agachaba aterrado, protegiéndose y, lo que era aún más sobre-cogedor, tendiendo también las manos hacia ellas en demanda de auxilio.

—¿Cuántos años tienes, chico? —la voz del Lobero le sacó repentinamente de su ensimismamiento.

—Quince.

—Quince, ¿eh? ¿Y desde cuándo estudias?

—La primera vez que fui al colegio tenía... cinco años; en párvulos.

—Cinco años —musitó el Lobero pensativamente—. Yo aprendí a leer y escribir allí en la Argentina —dijo después—, me enseñó un maestro del lugar donde trabajaba; luego conocí a un viejo anarquista, un exiliado, que regentaba una biblioteca pública y me hizo leer de todo. Era un hombre muy culto, y de no ser por él yo seguiría ahora acarreando bostas o cazando alimañas por todo afán —se acarició la barbilla lentamente—. Tú, en cambio, empezaste cuando debías —miró a León—. Así que abogado, ¿eh?

—Sí, eso creo —contestó León tímidamente.

—Pocas envidias he tenido en mi vida —continuó el Lobero—, pero hay una que la llevaré conmigo a la tumba —hizo una pausa—. Yo envidio a la gente que sabe, a la que ha podido aprender las cosas por su orden como lo estás haciendo tú. A esos es a los que envidio.

—Pero lo de usted tiene mucho mérito —dijo León—. Ya me gustaría encontrar a mí a un viejo como el que le enseñó a usted. Seguro que no leía más que cosas interesantes.

El Lobero rió entre dientes. Dijo:

—Sí, era muy buen tipo. Enérgico y bien derecho. Los primeros libros que leí me los tomaba como si fueran una lección al devolvérselos, y cuando comprobaba que sí los había leído me entregaba el siguiente. Recuerdo uno que me tomó, *David Copperfield*; se lo repetí tan cuidadosamente que olvidó cerrar la biblioteca a su hora, escuchándome. Aún me acuerdo —añadió— y te lo podría volver a contar a ti.

León pensó en Regina y lamentó que el interrogatorio se le hubiese escapado de las manos. El cielo, difuminado antes, comenzaba a presentar, sobrepuestas, formaciones de nubes gris-azuladas.

—En la biblioteca volví a encontrar a Regina Mayor —dijo el Lobero—. El viejo me dijo que ella había preguntado por mí. El viejo ése, si no conseguía juntar a la gente no estaba tranquilo.

—¿Ella también le contaba al viejo lo que había leído?

—Quia —dijo el Lobero—. Era muy leída ya. Mucho.

—¿Y qué hacía allí? —se atrevió a preguntar León.

–Mariana Linazo, en cambio, era muy linda pero no tenía un gramo de seso en la cabeza. No valía nada. No valía más que para andar por los juncuales –de pronto asomó una leve nota de rencor–. Aún no comprendo por qué se casó Arturo Mayor con ella, a pesar de todo –el Lobero calló, como si hubiese hablado en exceso o se encontrara en el límite de lo que debía guardar para sí.

Aquello no lo había dicho hacia León, sino para él mismo, y León, intuyéndolo, se abstuvo de hacer el menor comentario. El corazón le golpeaba dentro del pecho con violencia.

–Escucha: si alguna vez te dicen –la voz del hombre era un tanto solemne– que Arturo Mayor se casó con Mariana Linazo por dinero, no lo creas. No sé por qué demonios lo hizo, pero pondría la mano en el fuego por que no fue ésa la razón. Y si te preguntan cómo lo sabes, les contestas que eso lo dice el Lobero.

León asintió enérgicamente con la cabeza. –Su hermana –añadió como si ahora recogiese la anterior pregunta de León– es una mujer astuta, una mujer demasiado lista. Y cruel –volvía a hablar para sí mismo.

Dos días antes de que iniciáramos aquel crucero a Isla Ventosa me encontraba yo en el prado, leyendo bajo el triángulo de prunos que conformaban una especie de cabaña natural, cuando al reacomodarme en la tumbona con cierta brusquedad, la cartera saltó del bolsillo y cayó al suelo desparramando su contenido sobre la hierba. Entre maldiciones, estuve recogiendo uno por uno los numerosos papelitos que había esparcido, y ya me disponía a devolverla al bolsillo cuando la curiosidad de comprobar el dinero que me quedaba me hizo tropezar con otra cosa bien distinta: el retrato de Regina que había sustraído, en la antigua casita de la servidumbre, del viejo álbum de fotografías de los Mayor.

Dos cuestiones se cruzaron simultáneamente en mi cabeza; la primera, a quién pertenecería aquel álbum; la segunda, la propia Regina Mayor. No creía probable que el álbum fuese propiedad de alguna antigua criada, pues su existencia probaba el suficiente apego como para llevarlo consigo; tampoco dejaba de ser extraño que, en el caso de pertenecer a alguien de la familia, hubiese quedado allí arrumbado en una balda y expuesto a la erosión del polvo y la humedad; y, finalmente, no podía preguntar a nadie por su propietario ante el temor de que, al recuperarlo, alguien echara en falta la fotografía de Regina.

En cuanto a Regina, desde mi última conversación con el Lobero no cesaba de dar vueltas y más vueltas a las dos palabras con que se había referido a ella –astuta y cruel–,

en el para mí vano intento de hacerlas encajar de algún modo en la idea que yo tenía de ella, donde, huelga decirlo, no encontraban acomodo. Imagino lo que debió de ser para un muchacho de quince años aquel esfuerzo y, sobre todo, aquella inseguridad producida por el hecho de sospechar que algo escapaba a él y no disponía de recursos para averiguarlo, cuando esto último era de vital importancia tanto para sus ensoñaciones cuanto para sus escuálidas esperanzas y, en todo caso, atentaban directamente contra la integridad de la persona que le tenía sorbido el seso.

Lo cierto es que en aquel momento yo ya estaba perdidamente enamorado de Regina. Me había costado mucho llegar a reconocerlo porque en mi concepto de la familia – concepto indisolublemente unido a mi sentimentalidad– los padres, los tíos y aun los primos, si éstos eran ya mayores, pertenecían a un estrato al que el amor, y no digamos la sexualidad, no podía alcanzar. Por eso estuve disfrazando mis sentimientos hacia Regina, para no romper con mi propia y primeriza idea del mundo, pues evidentemente aquella pasión dislocaba por completo mi esqueleto emocional y las conclusiones a las que en mi interior había conseguido dar orden y nombre. Pero los disfraces habían caído; el paso irremediable del tiempo sobre esa edad en la que todo se vuelve querer saber suele ir acompañado, para los que se aferran a su lucidez, de toda clase de borrascas y tempestades, pues a ello se une la insaciable capacidad de desear, que atrae al rayo como árbol en descampado. Buena parte de mis vigiliass de entonces estuvieron ocupadas, primero bajo múltiples tapaderas, después descaradamente, por la clamorosa imagen de Regina Mayor.

Precisamente por ello, en la posibilidad de que fuera en realidad una mujer astuta y cruel había algo de horrible contingencia. Si ya languidecía consumido por amor platónico –que en mis ensoñaciones no lo era tanto–, la idea de colocarme en ridículo ante alguien cuya aparente limpieza de carácter pudiese esconder astucia y crueldad me ponía los pelos de punta, pues lo que era un castillo de escarpado acceso se convertía en fortaleza inexpugnable en la que yo podía acabar colgado por los pies de la almena más alta a guisa de despojo más que de trofeo.

Junto a estos sentimientos navegaban otros, y uno de ellos en especial se perfilaba cada vez más nítidamente. A lo largo de mi estancia en Solano, yendo y viniendo de unas personas a otras, estaba empezando a cobrar conciencia de que, por así decirlo, las cosas me sucedían a mí *pero yo no les sucedía a ellas*. Sin duda, esta actitud no era una prerrogativa de Solano sino de mi vida en general, mas, por lo que fuere, en Solano me percaté de ello, es decir, me lo puse ante los ojos y le vi la cara.

Era una situación incómoda, lógicamente, pues a ninguna persona de empuje le es grato el zarandeo, y si mi empuje, por el momento, no se mostraba más que a la contra, al menos lo almacenaba muy bien de cara a quién sabe qué futuro acaso no lejano. Yo me limitaba a afrontar lo que viniera –las amenazas de Jaime, las imposiciones de Arturo, las conversaciones con el Lobero, las chanzas de Pepín o los planes diarios– con el mejor ánimo y tratando siempre de no perder la cara, al menos hasta donde me dictaba mi sentido de la dignidad; pero un condenado *esprit de l'escalier* me hacía andar a rastras de cualquier situación, ya se tratara de conversaciones o de acciones. De esta manera

quedaba reducido a un papel de comparsa por el que yo mismo me regañaba severamente y contra el que hacía siempre, sin resultado, ferviente propósito de enmienda. No había llegado al autodesprecio –no creo haber llegado nunca a él excepto en algún momento de crisis adolescente y pasajero–, pero en ocasiones de desánimo lo bordeaba inestablemente.

Por eso esperaba el viaje en barco con verdadera ansiedad. La aventura –tal y como yo la veía entonces– es siempre ocasión de numerosas acciones que nos obligan a aguzar el ingenio, la habilidad y el coraje; y nada hay más aventurero, o lo había en aquellos años, que un crucero por el mar. A esto se añadía el reencuentro con Regina, del que no esperaba otra cosa que un poco de desahogo para mi caldera de sentimientos a todo vapor. Lo primero se me aparecía como una suerte de redención a mi incapacidad de estar en la punta de los acontecimientos e incluso de provocarlos yo mismo. Lo segundo, no sabía cómo, quizá cooperase al descubrimiento de algunas pistas sobre el verdadero carácter de Regina.

Pero aunque ella confirmase ser astuta y cruel –calificativos que a mí me parecían realmente aterradores y cargados de toda clase de turbiedad–, yo había decidido ya liarme la manta a la cabeza; para mi bien o para mi mal, sabía que la amaba desesperadamente, que nunca sería capaz de dejar de amarla. Y, en el fondo, aquel sentimiento me confortaba y desataba dentro de mí una especie de fuerza heroica de la que no dejaba de sentirme tan orgulloso como admirado.

–¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

A la pregunta, Jaimeladeó el rostro para mirar a su interlocutor. Ambos estaban sentados sobre la hierba del prado, Jaime pasándose una pajilla de un lado a otro de la boca.

–¿A mí por qué? –contestó.

–Pues llevas una temporada de un humor, macho... –dijo León con evidente fastidio.

–¿Y a ti qué te va ni te viene? –dijo Jaime.

–Nada. Porque si piensas estar así todo el tiempo me dedico # a hacer mi vida. #

–Pues no te prives –concedió Jaime.

Ninguno de los dos se movió. El sol caía casi verticalmente sobre ellos, pero un viento fresco aliviaba sobradamente el calor. Al fondo del prado, un campesino segaba la hierba con la guadaña y, de tanto en tanto, se detenía a afilarla. Dos bueyes uncidos a una carreta pastaban dificultosamente a pocos metros de él; un biello clavado en tierra hacía cruz con un rastrillo depositado en el suelo.

–¿A ti te apetece ir en el *María Purísima*? –preguntó León tratando de romper el silencio.

–Nada –respondió escueta y rotundamente Jaime.

–Eso no te lo crees ni borracho –dijo León, escéptico.

–¿Ah, no? ¿Qué te apuestas a que no voy?

–Lo que quieras –Jaime le había hablado tantas veces del *María Purísima* en el colegio, mientras hacían planes para las vacaciones, que habría puesto la mano en el fuego contra su negativa.

–Tú espera y verás –dijo Jaime displicentemente.

–Aparte de que tu padre te va a hacer ir –comenzó a filosofar León–, es que no creo que seas tan gilipollas como para quedarte aquí tocándote las narices mientras nosotros hacemos el crucero...

–Es que si yo no voy no vas tú –le interrumpió Jaime; y añadió–: A ver qué te apuestas ahora.

León se le quedó mirando en silencio.

–¿Serías capaz? –preguntó luego, pausadamente.

–¡Hombre que si lo sería! –respondió taxativo Jaime.

–No me extraña –dijo León con deliberado propósito–, tú con tal de hacerte el interesante estás dispuesto a joderle la vida a quien sea.

Jaime se volvió hacia León con la sorpresa pintada en el rostro; inmediatamente, un golpe de indignación tensó sus facciones.

–Oye, pero tú quién te crees que eres –dijo con un toque de rabia en la voz.

–León. León Saldaña. ¿Qué pasa? –contestó el otro mientras se aprestaba a saltar si Jaime se le venía encima.

–¿A ti es que nunca te han tocado la cara, macho? –la ira empezaba a subir.

–Sólo cuando me dejo –contestó León, y apenas tuvo tiempo de protegerse.

Jaime se echó sobre él y le largó una patada ante la que malamente pudo cubrirse el rostro y recibirla en las manos; se tambaleó, doliéndose, pero no llegó a caer. Jaime volvió a intentar patearle. Probablemente fue la convicción de que había intentado soltarle la patada en plena cara, pero el caso es que esta bajeza le produjo tal indignación a León, le revolvió la sangre hasta tal punto, que ciego de ira se abalanzó sobre Jaime sin pensárselo dos veces; recibió un puñetazo junto a la oreja, pero fue el primero y último porque ante la rociada de golpes con ambos puños que propinó a Jaime éste se batió en retirada hacia la casa echando sangre por la nariz y jurando entre lágrimas mal contenidas que se lo iba a hacer pagar caro. León, que apenas podía dar crédito a sus ojos y a su actitud, permaneció quieto viéndole huir, aún en actitud de lucha, hasta que un fuerte dolor en la muñeca izquierda le recordó el principio de la agresión y, mientras la frotaba, se puso a descargar todos los juramentos que conocía hasta agotar el depósito.

Esta vez sí creyó que las vacaciones habían tocado a su fin. Se le hizo un nudo en la garganta y se maldijo a sí mismo con desesperación; había arruinado todo en dos minutos; saltaban por los aires aquel lugar, el *María Purísima*, Regina y su propia madre, que iba a llevarse un disgusto de muerte. «Ese niño rico de mierda...», pensó, tan

enfurecido como angustiado. La muñeca se estaba hinchando y, tras unos momentos de reflexión, decidió encaminarse hacia la cocina.

–Joder, qué tunda os habéis dado –dijo el mayor de los Ochoa, que atendía a la curación de Jaime por la cocinera, al ver aparecer a León con gesto dolorido.

La cocinera se palmeó la frente con gesto ostentoso y mandó a una criada por vendas.

–Y de esto –continuó diciendo Ochoa mientras comprobaba que la nariz de Jaime había dejado de sangrar– chitón. Ni una palabra. Y ahora daos la mano los dos.

Con un alivio que le templó el cuerpo, León soltó la muñeca herida y extendió la mano sana; Jaime, aún con malcarado aspecto, hizo lo propio. El mayor de los Ochoa les contemplaba con gesto de válgame Dios.

Arturo Mayor alzó la copa y observó su contenido al trasluz de la lámpara de pie que le acompañaba a un costado de la butaca, junto a la ventana abierta del salón. Desde el jardín llegaba el agudo y monótono canto de los grillos mezclados con el aroma de las rosas que crecían hasta el alféizar. El líquido de color castaño cobrizo se balanceó levemente ante la luz durante algunos segundos; después Arturo Mayor aplicó la copa a sus labios y bebió un pequeño sorbo. Ya la copa en la mesa, extrajo un cigarrillo de su pitillera y se dispuso a encenderlo.

En la casa todos dormían –excepto, sin él saberlo, León en su cotidiana vela– y sólo la luz del salón, junto con la del pasillo arriba, permanecían prendidas en el interior. El silencio era tal que podía escuchar el sonido de su propia respiración. Al día siguiente debía preparar la partida para Isla Ventosa y hubiera sido bueno dormir pronto, pero esta noche sus pensamientos no le dejaban en paz, como los enjambres de mosquitos del Paraná, y los apartó con un brusco movimiento del brazo.

Aquél era un verano, en apariencia, como cualquier otro, de plácido e insignificante discurrir, apegados a los gestos acostumbrados, a los actos conocidos, a las conversaciones habituales que, sin embargo, le descongestionaban como una inhalación de vahos de eucalipto. Madrid le resultaba aceleradamente agresiva en tan sólo cinco años que llevaba residiendo en ella. En realidad fue Mariana quien se empeñó en trasladar el domicilio habitual a Madrid, y el curso de los negocios de la familia dio vista a la gran ciudad con afortunada oportunidad, por lo que, tras un trabajoso ir y venir, resolvieron trasladarse con Jaime a comienzos del curso 54-55. Nunca apreció Arturo Mayor este cambio que, a mayor abundamiento, le alejó durante largas temporadas de su hermana, más aún de lo que la corta distancia entre la capital de la provincia e Isla Ventosa le tenía ya alejado, muy a su pesar.

La campana de la iglesia dio la una y el hombre se estremeció involuntariamente. La enérgica figura de Arturo Mayor parecía haberse encogido en la butaca y la fatiga había tomado morada en su rostro; una fatiga áspera, sin embargo, aún enredada en la trama de su carácter recio y decidido. Cualquiera que fuese su pesadumbre, no inspiraría compasión a quien la observase, sino dolor o, en el mejor de los casos, condolencia. De nuevo volvió el estremecimiento y, acaso para templarse, bebió otro sorbo de coñac. El cigarrillo se había consumido en el cenicero.

Por mucho que deseara proveer de una aventura a los muchachos organizando un crucero hasta Isla Ventosa, el verdadero sentimiento que le impulsaba era la necesidad de buscar un encuentro con su hermana lejos del contorno habitual del verano. La última visita de Regina fue un tránsito sin tiempo para el aparte entre ellos y ya entonces la necesidad hincaba los dientes en su desazón. Ahora se había vuelto completamente insoportable y el cotidiano transcurso de las futilidades del veraneo le exacerbaba como si él mismo caminara por un ortigal. En este extremo de desazón, Arturo Mayor conocía muy bien, desde que Regina se reuniera con él tras la muerte de su primera esposa, hasta qué punto con ella y sólo con ella era capaz de aliviar las heridas que su propia aspereza llegaba a producirle.

En su mente, por un instante, se entrecruzaron dos imágenes fulmíneas, y el resplandor del relámpago laceró sus ojos y crispó su expresión. Cuando volvió a abrirlos respiró hondamente, se puso en pie y, como buscando aire, asomó medio cuerpo por la ventana, luego afirmó las manos en el alféizar y levantó la cara. Jaime y Mariana se habían cruzado en su interior; el primero, con aquel gesto de ira sorda en el que Arturo no veía otra cosa que cobardía y vulgaridad; la segunda vino a traer sus tórridos amores con él entre la maleza, aquel enloquecimiento carnal bajo las nubes de mosquitos que infestaban el río, aquellas furiosas y ardientes fogaradas de pasión que lo inmolaban.

Regresó al interior y tomó otro cigarrillo de la pitillera, lo encendió parsimoniosamente y, de un solo trago, vació media copa. Sentía los ojos como astillados por el cansancio y, sin embargo, el sueño estaba muy lejos de acudir a él. En pie aún, contempló larga y lentamente la habitación que le rodeaba como quien ojea su dominio buscando esa imagen de sí mismo que sus afanes, emprendimientos, contiendas y ganancias han llegado a edificar. Pero allí sólo vio costumbre y abandono, indiferencia y no abrigo, desmayo y no paz.

El campo de alfalfa se inclinó. A primera vista casi parecía un saludo ceremonial, discreto y elegante; luego volvió a hacerlo, después otra vez. Venía desde el fondo hasta



el muro y, apenas terminaba en este límite el campo, se levantaba ya no como un saludo sino enhiesto, lleno de gracia, hasta que otra oleada que venía extendiéndose llegaba y todo volvía a recomenzar. Después hubo un cambio; la línea de robles que bordeaba la plantación de alfalfa sacudió sus ramas y las hojas se frotaron entre sí como élitros vegetales; el ruido cesó y, al volver, la alfalfa ya no se inclinó uniformemente del fondo hasta el muro, sino que entre los tallos se produjeron turbulencias y éstos giraron en todos los sentidos según los declives del terreno en el que enraizaban. Entonces unas y otros, ramas y tallos, empezaron a alzar una especie de bisbiseo coral en el que la primera nota de la octava correspondía al campo de alfalfa y la última, que doblaba su número de vibraciones, a las hojas del robledal; el resto de las notas parecía emerger del vaivén que acompañaba las turbulencias; y todo el canto era como una salmodia que acariciase la tierra mágicamente.

Llegaba el viento. Paso a paso, señor armónico y no tiránico, leve al principio, fresco, melódico luego, sembrando acordes ya, complejo, vibrante al pronto, batiendo escalas al fin, domeñador, grandioso, firme en los graves y valiente en los agudos, quieto un instante para en seguida deslizar un semitono, bello y altivo como un dios que regresa a sus lares victorioso, enardecido, trayendo de lejos fecundidad, enviado de los hiperbóreos, mensajero de la gran diosa madre, señor del grano, guerrero quemante, voz implacable de las tinieblas del norte.

El bosque se inclinó y la sacudida pareció hacerle fuerte; cientos de voces se elevaron de adentro; no era un coro trágico, al contrario; su melodía se alzaba como un canto de vigor y una respuesta a la fiereza del viento y ambos se enredaban como broncos amantes cuya ternura estuviera en camino de aristas y cuyos recodos se volvieran cariño, lecho, recogimiento instantáneo, fertilidad viajera.

Soplaba el Señor del Norte trayendo oscuridades que aceptaba la tierra, que la vegetación tintaba primero y modulaba después. Era una brava llamada de amor y de guerra donde ya no cabían vencedores ni vencidos, sino diestros jinetes que se entrecruzaban como la niebla y la maleza se encuentran en el amanecer de un día ventoso. Y a la manera en que el abanderado galopa en el fragor de la batalla, una nube negra y solitaria avanzaba velozmente, flanqueada por la lejana amenaza del turbión que la tierra se aprestaría a recibir, agitada y vibrante.

## II

### **Una mujer tan hermosa**

El día de la partida, tras el primer amago del azote del Norte, amaneció sin una nube, tan sólo veladuras neblinosas que, apenas empezaron a levantar, hicieron expandirse al cielo como una gran mancha de luz azul pálido, la cual poco a poco iba tiñéndose de añil en una segunda oleada que emanaba del mismo círculo cenital por el que abrió la niebla. Aguardábamos un día favorable, según los partes, pero ninguno de nosotros esperaba la explosión de alegría con que nos recibió la mañana. Yo lo tomé por un buen augurio, mientras nos aplicábamos a apilar en el Citroen la ropa y los pertrechos de última hora, pues durante la tarde anterior Herminio, el marinero que nos acompañaría a bordo, se había ocupado, junto con Arturo Mayor, de estibar la carga.

No me tenía entonces por persona especialmente valerosa, pero entiendo que en la posibilidad de efectuar un crucero dejaba de lado tal carencia y me impulsaba a sentir tan sólo el entusiasmo de la aventura y de la curiosidad. Desde luego, fui repetidamente advertido sobre los horribles mareos que me sobrevendrían por parte de Jaime, pero yo sentía con fuerza insospechada la convicción de que fuesen cuales fueran los peligros y sorpresas que me aguardaran sabría hacerles frente si no con veteranía al menos con dignidad. Ni por un momento tuve la menor duda acerca de la ilusión con que esperaba el viaje y ésta se encontraba por encima de cualquier vacilación. Así partimos de casa, amontonados en el asiento trasero entre bolsas y sacos de dormir, camino del puerto y acompañados por doña Mariana, quien se ocuparía de despedirnos y retornar con el automóvil, pues no era dada a entretenerse en la mar más allá de una jornada.

El *María Purísima* estaba amarrado de popa al muelle de almacenes. Se trataba de un yate familiar, construido en madera y pintado en siena con una banda negra, como negra era también la parte inferior del casco, de roda a codaste; era de tipo nórdico y, al parecer, botado recientemente. Tendría más de diez metros de eslora, a mi juicio. Un tambucho bajo de techo corredero arrancaba desde la bañera y se dirigía estilizadamente hacia el cuartel de proa. Portaba un solo palo y tanto éste como las perchas eran de madera; la jarcia firme estaba hecha de cable de acero, las drizas y escotas eran de cuerda, como la red de los pasamanos que recorrían los costados del barco guiados por candeleros empenados a cubierta. En su conjunto, el velero tenía un hermoso aspecto de velocidad y arrojo.

Arturo Mayor, apenas saltamos a bordo, me explicó pacientemente la distribución del yate. En realidad yo no era otra cosa que un simple estorbo en aquel crucero; no sabía ni cocinar y, aunque decidieron dedicarme a las labores de pinche y a una suerte de vago apoyo general, sospecho que se daban por satisfechos si conseguían que me limitase a no estorbar la maniobra. Yo, por mi parte, observaba por vez primera y con cierta aprensión las múltiples facilidades que la embarcación me ofrecía de caer al agua al menor desplazamiento de mi persona por la cubierta; a pesar de lo cual, apreté los dientes y seguí a Arturo Mayor en su tarea de presentación y primeras recomendaciones.

A lo largo de los laterales de la bañera había dos pañoles a modo de banco corrido conteniendo aparejos, herramientas, cabos, defensas y hasta sedales para pesca, en tanto que bajo el banco del timón se había estibado la bolsa salvavidas plegada. La cámara, decorada con austeridad y organizada con aprovechamiento, mostraba a la derecha un

banco corrido en ángulo recto, en un lateral, y otro recto en el opuesto que se utilizaban como asiento y como litera; tras sus respaldos abatibles se estibaba la ropa de cama y entre ambos se alzaba una mesa de una sola pata, fija al suelo. A la entrada de la cámara estaban situados el fregadero, la cocina y un pañol de alimentos sobre ella. La cámara comunicaba por medio de una portezuela de vaivén con las dos literas de proa, cuyos correspondientes pañoles se utilizaban como roperos. Junto a esta puerta se abría la del baño. No hay espacio mejor distribuido que el de un barco.

Apenas si tuve tiempo de hacer otra cosa que familiarizarme con la embarcación, colocar mi ropa y descargar los nervios haciendo un accidentado recorrido por la cubierta, aferrándome a estayes y obenques, para acabar comprobando consternado, ya de vuelta a la bañera, cuán difícil me resultaría moverme en un espacio barrido por la escota de mayor y la caña del timón. Además, la escota de mayor estaba montada sobre un carril, por lo que deduje que cuando todo aquello se pusiera en movimiento iba a recibir codazos, empujones y blasfemias a partes iguales. Pero, con todo, recuerdo bien que durante mi inspección –mientras Arturo y Herminio descubrían tensores y crucetas– me detuve en el púlpito de proa. Por un momento sentí que estaba solo y a la punta; que yo era, tras la roda, quien primero abría el agua, y en ese instante, contemplándolo a mis pies, trabé por vez primera con el mar una suerte de amistosa simpatía: quien me esperaba más allá de la proa golpeándola tranquilamente no era un enemigo –acaso tampoco un amigo–, y me caló muy hondo que uno podía entenderse con él porque, cualquiera que fuese la ventura hacia la cual partíamos, el miedo a lo desconocido lo velaba la curiosidad. Algo estaba a punto de suceder, sin duda; y con aquella impresión, esa especie de mutuo mirarse y reconocerse, se dibujó un gesto de todo mi cuerpo que cruzaba el punto de no retorno. Y allí, aferrado al estay de galope, con las piernas arqueadas y una sonrisa a la que recurro siempre y que acaso nació entonces, comencé a sentir adentro la llamada del mar.

Sin embargo, la actividad crecía hacia el momento mágico de la partida. La llegada había sido tan aparatosa que atrajo la atención de diversos mirones, los cuales asistían con curiosidad a los preparativos mientras echaban un cigarrillo, es decir, dispuestos a emplear toda la parsimonia necesaria para disfrutar del espectáculo. De pronto, a un grito de Arturo, un marinero que nos contemplaba con los brazos en jarras se inclinó sobre el noray para largar amarras. Yo me había sentado sobre el pañol de babor de la bañera y aguardaba expectante. A una orden de su padre, Jaime recogió los cabos. El *María Purísima* comenzó a separarse paulatinamente del muelle hasta quedar sobre el ancla, y Arturo, aferrado a la caña del timón, ordenó a Herminio que izara la vela mayor. A quien embarca por vez primera en un velero le aguardan numerosas emociones, pero una de las más impresionantes es contemplar el majestuoso despliegue de la vela, tanto porque se maravilla al descubrir cómo recibe el viento cuanto por ese ruido seco y recio, inconfundible, de la lona al recogerlo; es un instante que no da lugar al titubeo; es el momento en que un neófito comprende al fin que sólo desea seguir adelante, que se enfrenta al gobierno del viento y dispone del medio para entenderse con él.

Herminio cazó escota y después izaron tranquilamente el foque. Navegábamos de

través, pero en seguida Arturo orzó aún más y Herminio cazó las velas mientras atravesábamos la embocadura del puerto y nos adentrábamos en la ría. Recorriéndola, yo veía pasar la escollera a estribor y no pude reprimir un grito de satisfacción cuando sobrepasamos la punta; volvíamos a tener el viento perpendicular a nosotros, pero apenas remontada la escollera dimos vista a la playa, a nuestra derecha, con el gran peñón a la izquierda; frente a nosotros se extendía el mar abierto. Arturo orzó un poco hacia el viento, ahora navegando por la aleta. La figura de Arturo Mayor, tocado con la gorra hanseática, el rostro firme y afilado, caña a sotavento, con los ojos clavados en el rumbo, era magnífica. Salvamos el peñón y salimos a mar abierto finalmente.

—¡Gran día! —me gritó—. ¡Pronto tendremos viento de popa y empezaré a enseñarte este oficio!

Delante de nosotros ya sólo estaba el mar.

—¡Eh! —dice Pepín—. ¡Quiero que me recojas esos bonos y los traigas sin falta a casa esta tarde!

El empleado asiente. Son las doce de la mañana y un terrible calor se ha abatido sobre Solano. Pepín se enjuga una y otra vez el sudor con el pañuelo, sucio ya, y jura. Ni una nube asoma en el cielo; la blancura de la calima se extiende hasta los límites del horizonte. Pepín el Guapo, refugiado bajo la marquesina del cuarto que le sirve de oficina, continúa enjugándose la frente. Abre la nevera de hielo que reposa a un lado de la puerta, extrae el último quinto de cerveza y mete adentro un trago largo; al pronto, se le aguan los ojos, luego el líquido descende y se asienta en el estómago. El calor pesa, se pega a la piel y la recalienta aún más. La temperatura no es muy alta pero la humedad resulta agobiante. No se mueve una sola hoja alrededor. Las doce y cuatro minutos. Pepín aguarda a que algún automóvil se detenga a repostar y le acerque al centro de Solano.

—¡Esta maldita gasolinera! —masculla furioso—. No quisieron hacerme caso cuando lo dije —se pasó el pañuelo bajo la barbilla—, cuando dije que la gasolinera debería estar justo a la entrada del pueblo, pero entonces Pepín no era nadie, no, señor, y ahora tienen que venir todos aquí a repostar y yo con ellos por no haberme hecho caso, eso es lo que pasa —exhaló aire ruidosamente, como si lo aliviara.

El empleado sale de la caseta de los urinarios y se refugia bajo el voladizo hundiendo el mentón en el pecho, cruzado de brazos. Pepín a la puerta de la oficina y el otro a un extremo de la construcción parecen dos vagabundos en actitud de espera. El tráfico es escaso.

—Maldita sea la hora en que se me ocurrió acercarme a este infierno sin coche.

Pepín sigue jurando para sus adentros. Un automóvil muestra su intermitente. Como movidos por un resorte, ambos se incorporan y avanzan un par de pasos. El empleado observa a su jefe y luego se dirige al automóvil que acaba de detenerse junto al surtidor; durante unos segundos el mozo desaparece de la vista de Pepín; cuando termina de hablar con el conductor, emite una negación con los ojos hacia su jefe y, con las llaves en la mano, se ocupa de abrir el capó. Pepín entrecierra los ojos para observar mejor: el automóvil va de bote en bote y cualquiera diría que no lo han lavado desde hace meses. Un niño le hace señas con la mano. Se pasa de nuevo el pañuelo por la frente y acaba la botella de un solo trago; sobre la mesa reposan otros cuatro cascos de vidrio vacíos y pronto se deshará el hielo. Siente deseos de fumar y contempla el cielo, el sol a plomo, el coche de nuevo, antes de decidirse a rodear el refugio y alejarse hacia una acacia que crece detrás. Allí enciende el cigarrillo, a prudente distancia de la gasolinera. Son las doce y diez.

Ha llegado a eso de las diez y media. Esta mañana tenía pendiente el recuento de los albaranes de proveedores y ha venido desde la chatarrería con el contable, para cantárselos uno a otro y terminar de hacer los asientos cuanto antes. El día se anunciaba caluroso, pero a las once paró la brisa y, poco a poco, la oficina se fue convirtiendo en un horno. El contable debía acudir luego a un asunto del juzgado en el pueblo vecino, justo en la dirección contraria, y desde hace casi veinte minutos Pepín aguarda inútilmente la llegada de un automóvil que le ahorre los dos kilómetros a pie bajo el bochorno del día.

—Tenía que haberle dicho a ese muertodehambre que me acercara, hace falta ser imbécil para respetarle las prisas. Con lo que le pago bien puede traerme y llevarme diez veces al día, ¡qué juzgado ni qué niño muerto! Gente que se caga en los pantalones por cualquier cosa.

Fuma despacio, como si quisiera evitar cualquier clase de movimiento bajo el calor; la acacia apenas si le da sombra. Tiene el rostro congestionado y, de pronto, con un golpe seco, arroja el cigarrillo contra el suelo y se dirige a paso rápido hacia el refugio. El empleado ha vuelto a su antigua posición y el coche ha desaparecido.

—¡Vaya día! —comenta el mozo por decir algo. Pepín ni le contesta.

El calor se asienta de una manera minuciosa, como si desease invadir, implacable, todos y cada uno de los rincones por ocultos que estén. Los vientos del norte, que parecieran asomarse el día anterior, han seguido su camino como viajeros fugaces, o quizá como exploradores al servicio de una poderosa fuerza que se desplaza tras ellos manteniendo entre ambos la distancia que ahora ocupa el calor, húmedo y sofocante, un colchón de calor que precede a la terrible tormenta.

—Tener que estar aquí como un mierda, esperando... —se repite; la repetición no le desahoga y el calor aumenta—. El coche ahí tirado a la puerta de casa y yo tirado aquí como un mierda, será posible... —llega un coche por el sentido contrario y el mozo desanuda los brazos y se acerca cansinamente al vehículo; Pepín, desesperado, desaparece en el interior de la oficina—. La próxima vez que ese mamarracho de contable

me venga con prisas le pongo en la calle, como hay Dios –habla en voz alta.

El mozo carga gasolina mirando siempre hacia otro lado, como si aquello no fuera con él, y sólo parece volver a su oficio cuando el clinc del surtidor anuncia el tope de llenado del depósito; después escurre cuidadosamente la embocadura, cuelga el grifo de la manguera, vuelve parsimoniosamente al coche para roscar el tapón, abate el capó tras retirar la barra de seguridad y lo cierra con delicadeza, de un solo golpe sordo y seco; entonces balancea las llaves con la mano hasta la ventanilla del conductor, las devuelve y cobra. La lentitud de sus movimientos exaspera a Pepín.

–¿Es que vas a estar una hora con cada uno? –le grita. El empleado termina de cobrar, se vuelve hacia él, señala el vacío de alrededor y hace un gesto de impotencia con los brazos—. ¡Bah! –bufa Pepín, recostándose de nuevo contra el marco de la puerta. Son casi las doce y veinte. El coche toma la dirección contraria al pueblo y se aleja entre el aire que reverbera y lo difumina poco a poco.

El empleado duda antes de dirigirse a su lugar de espera habitual.

–Oiga, jefe... –dice. Pepín contesta con un gruñido impaciente—. Jefe, cada vez va a hacer más calor –dice—. Si echa a andar llegará empapado pero llegará; y a lo mejor le viene un coche de camino –añade. Pepín le mira como si quisiera asesinarlo—. Bueno, bueno –dice el otro, volviendo a su lugar; sin duda preferiría que el jefe se largara cuanto antes para cobijarse en la oficina; además, le ha dejado sin cervezas. El empleado se rasca pensativamente la cabeza mientras recuerda el lugar donde esconde la botella de vino que colocará en la nevera en cuanto el jefe se largue. Si es que queda hielo.

De repente, Pepín sale con la chaqueta en la mano y grita:

–¡Me voy! –enfila la carretera no sin volver un par de veces la vista atrás, por si acaso.

El empleado se queda quieto hasta que lo ve desaparecer tras la primera curva.

Navegábamos hacia mar abierto, aún dando vista a la costa, empujados por un viento flojo, el cual trocó en calmoso a poco de tomar nuestra derrota y que ora parecía querer henchir las velas, ora las hacía colgar. A juicio de Herminio –con el que Arturo estuvo de acuerdo– no andaríamos a más de dos nudos y eso gracias a que llevábamos viento largo, pero yo agradecí infinito aquel sosiego en mi fuero interno, pues, abrumado por la necesidad de no estorbar el movimiento de la caña del timón y esforzándome en no ser sorprendido por un giro de la botavara que me llevase la cabeza al levantarme, permanecía sentado, acurrucado casi, en el pañol de la bañera, observando con admiración las diestras acciones de Herminio e interrogándome acerca de lo que sería el movimiento en el barco cuando encontrásemos vientos más poderosos y todos

debiéramos ponernos en activo. Arturo Mayor, en ángulo conmigo, pareció advertir mi turbación y el origen de mis temores, pues me dijo:

–Aguarda tranquilo, León, que nos bastamos dos para gobernar el barco y a nadie lo echa al agua la maniobra –yo no las tenía todas conmigo, pero se lo agradecí lo mejor que pude. Luego dijo–: Ve a proa, para que te habitúes a pisar la cubierta –Jaime aceptó de inmediato, supongo que deseoso de lucirse; y como yo titubeara, añadió–: Id, id a hacer peso, a ver si nos levantáis de popa un poco.

Herminio volvió la cara con una media sonrisa y yo trepé a cubierta firmemente aferrado al pasamanos y la recorrí doblado y balanceándome («No cruces las piernas», me gritó Arturo Mayor) hasta quedar en pie ante el púlpito, asido al estay.

Si mi gran descubrimiento había sido el primer golpe del viento contra la vela mayor al ser izada y recibir el viento, he de reconocer que la siguiente sensación profunda se produjo al encontrarme navegando cara al mar, sintiéndome como un mascarón de proa sentado en el púlpito. Pocas veces el ser humano puede llegar a sentir una plenitud semejante y, aunque la emoción se redoblara cuando, más adelante, llegué a encontrarme en aquel mismo lugar pero ciñendo el velero con ventarrón del oeste, nada habría de superar en mi memoria la mágica belleza de aquel momento, de la misma manera que no hay mirada tan entera e inolvidable como la que desvela el amor de una mujer a su enamorado. A menudo me he preguntado si no es en esas situaciones corales, pues todo el espacio se reúne con nosotros con todo cuanto contiene, cuando el hombre, anonadado y henchido a un tiempo, pretende llamar Dios al asombro de su propia naturaleza. Pero sea como sea, habría deseado tener al Lobero junto a mí por ver si en ese instante me hubiese hablado de sus bosques. «¡Mira, Lobero, mira!», recuerdo haber casi gritado. Años más tarde hube de aprender a discernir entre la contemplación y la aventura, y esta última aún me sigue llevando a los bosques del Lobero, allí donde es preciso perderse para poder hallarse.

Tomé asiento en cubierta, abandonando el púlpito, acodado en el cuartel de proa, quizá para contemplar aquella gracia a mis anchas, quizá porque mis piernas se negaban a sostener la grandeza recién descubierta; el recogimiento propio de la postura protegía mi excitación. Navegábamos muy despacio, supongo, pero en mi recuerdo el propio acto de hendir el mar se me aparece tan brioso que a veces dudo si efectivamente no avanzábamos en realidad con las velas bien portadas, surcando las aguas como un veloz delfín con rumbo a Isla Ventosa.

No recuerdo el tiempo que permanecí en aquella posición, pero sí muy bien lo que vi. A medida que transcurrían las horas, la navegación debió de hacerse monótona, a la espera de mejor viento. Si después he tenido ocasión de saber lo que son esas calmas y hasta de aburrirme con ellas, poco me afectaron entonces, embelesado como estaba por la atracción de lo recién descubierto. Apenas si levantaba los ojos de aquella extensión que se abría ante nosotros, y si lo hacía, era tan sólo para admirar el corto cabeceo de la proa, como quien mira atentamente blandir la espada en la palestra a un valeroso caballero.

No recuerdo, pues, el tiempo pero sí el momento en que, mirando distraídamente por



mi derecha, observé algo que hasta entonces tanto mi concentración como el foque desplegado habían hecho pasar inadvertido: la costa ya no se encontraba a la vista y su lugar la ocupaba un halo de luz que se aclaraba a medida que ascendía al cielo; miré entonces al frente; luego, asombrado, a mi izquierda; pude comprobar que nos rodeaba por completo. El recuerdo no habla de la calima ni de la niebla, sino de una especie de nimbo sobre la superficie que, más que cerrar, ocultaba detrás de sí el horizonte. Una suerte de escalofrío recorrió mi cuerpo como si estuviera bajo los efectos de una afiebrada sensibilidad, y, con ella, me percaté de un nuevo fenómeno que ni por un instante dudé en reconocer como parte del primero: el silencio en torno era total y abarcador, mientras que una levísima red de sonidos de impaciencia sonaba dentro como una confirmación de la hiperestesia que me poseía. No intenté siquiera mirar detrás de mí, por comprobar si el resto de la tripulación seguía en sus puestos, porque no me cupo la menor duda de que, si así era, ellos se encontrarían inmóviles como estatuas detenidas en el último gesto, vale decir al otro lado del ámbito.

Debo explicar que no sentí aquello ni ajeno ni propio ni, sencillamente, cierto y único. De alguna forma, todo el silencio exterior venía a ser un modo de reducirme a mis límites y, a medida que el misterioso sonido se expandía por dentro, me reducía también a mi propia interioridad, mas en este caso yo creía crecer y crecer, y, sucediendo esto, la luz fue haciéndose cada vez más blanca, vino a confundirse con el nimbo y, como precipitado dentro de él, no distinguí límite ni contacto alguno, sino tan sólo una blancura que se extendió hasta que dejé de ver por mis ojos.

Ya no hubo silencio, por tanto, y toda aquella levísima red de sonidos fue encendiendo millares de sensaciones como muy blancos puntos luminosos. A los escalofríos sucedieron quietudes, y cuando todo yo estuve encendido y pertenecí a la blancura de la luz –pues aún sin límites sabía que toda aquella extensión sin medida era yo–, la música onduló con el agua y así fui bamboleado hasta que alcancé a distinguir algo que al principio me pareció una llamada y en seguida acepté como una expresión, y que adoptaba la forma de una luz interior única e inequívoca. No percibí ansiedad alguna sino, nítidamente, que me concernía sin elección posible y –según medité luego, ya vuelto en mí– que debía descifrarlo con tanta atención como mi propia vida. Si pude entenderlo, no era mi lenguaje, pero sí quedó impreso dentro de mí de forma indeleble; tanto que, al recobrarme –lo que supe porque comenzó a brotar paulatinamente la sensación de replegarse desde las lindes de mi cuerpo–, aquel ámbito fue alejándose como nubes que se disipan y dejando a la vez su lugar a la fluencia de la sangre, pues la impresión permanecía dentro de mí mismo, real y recobrado, como señal y memoria, como estela ritual de una emotiva celebración de la profundidad. Y también recuerdo que aquella emoción sembró en mi mente inquietud y desasosiego e hizo que una nueva sensibilidad se cargase de vibraciones desconocidas hasta entonces, que, ya lo confirmaría en adelante, preludiaban acontecimientos que habrían de venir.

Vino y se fue y, como se fue, volvieron la cubierta, la proa, el velero, la mar, la calima, el horizonte, el cielo y el sol cegador. Durante algún tiempo, sin apartar la vista del agua que abríamos en nuestro penoso avance, traté de rehacer mentalmente aquel ámbito que

acababa de abandonarme, pues lo cierto es que me sentía, no sé cómo, elegido, y creí que debería responder a aquella elección con la reconstrucción del recuerdo. Incluso, en mi fantasear, llegué a percibir que aquella llamada o bien llegaba de la isla a la que nos dirigía nuestra derrota o bien se relacionaba, expectante, con ella. Obvio es decir que el presagio fue la tónica dominante de mis sentimientos a partir de aquella singular experiencia; quizás me refiera a ello cuando hablo de nuevas vibraciones, pues no siempre lo que percibe el cuerpo es claro a los ojos de la mente. Pero, por más que me concentré, el recuerdo no pudo reconstruirse ni siquiera en imágenes; tan sólo mi cuerpo, todo mi cuerpo, ya recostado por entero, tenía la respuesta, pues no me cabía duda alguna de que la marca del ámbito —que contenía su secreto— estaba plenamente albergada en mi interior.

Aún hoy el recuerdo de aquella claridad me sorprende, distraído en ocasiones, absorto en otras, siempre con fugacidad; pero su fuerza es tan grande que me traspasa por entero. Acaso sea ella la que me impulsa a recordar como lo estoy haciendo. Me pregunto si no seré yo quien la persigue, en realidad.

—¡Maldito calor! —masculla Pepín el Guapo, buscando el pañuelo una vez más. Ya atisba las primeras casas a la distancia, pero aún debe caminar cerca de un kilómetro para pisar el pueblo—. Chatarra y gasolina —dice—, eso es todo lo que uno tiene para defenderse de este calor de mierda —se detiene a tomar resuello; anda muy aprisa y el sudor asoma por todo el cuerpo. Reanuda el trayecto, más despacio, pero por dentro hierve e, instintivamente, acaba acelerando el paso poco a poco. Hoy la luz daña—. Todo el maldito día apestando a gasolina —dice—. De qué mierda sirve tanto trabajo si no tengo ahora ni dónde resguardarme —dice. Un automóvil le sobrepasa, como una aparición inesperada, y lo envuelve en polvo—. ¡Me cago en tu puta madre! —grita. La polvareda esconde al agresor, lo saca del insulto. Hay, aquí y allá, manchas de polvo y arena a ambos lados de la carretera. Pepín se echa a un lado y avanza protegido por la cuneta, golpeando los hierbajos que le cubren hasta los tobillos—. Ahora tendría que estar de vacaciones; y de crucero también, digo yo —dice—, pero eso es para un Mayor, no para mí, qué carajo, apencando con un negocio que no se para, como mula en noria —tropieza con un terrón, detiene el paso y lo dispersa de un zapatazo, sin furia. Dos automóviles le rebasan en sentido contrario y los ve pasar, quieto, en jarras, con los ojos entrecerrados y expresión indefinible. Vuelve a escupir y apenas unas gotas de saliva aletean alrededor de su rostro medio congestionado. Reanuda el camino. Piensa en su automóvil, que dejó a la puerta de casa, y en el contable partiendo apresuradamente en su moto, y en el

empleado muerto de aburrimiento, acudiendo con andares desmadejados hacia los escasos clientes de esta mañana—. Toda esa partida de muertosdehambre... —lo dice como quien jura. Le pesa el estómago y se golpea con la palma de la mano produciendo un ruido sordo. Ahora ya no camina deprisa y fija la vista en el suelo. También siente hinchada la vejiga y se detiene para orinar. Lo hace de espaldas a la carretera, sobre unas ortigas, sin alejarse. Mientras orina recuerda los tragos de cerveza bajo la marquesina de la gasolinera—. El capitán Mayor... —dice, abotonándose la bragueta—. ¡Valiente tipo! —lo dice con una mezcla de desdén y abandono—. Escapando a casarse al almacén de trigo, por ejemplo —alza los ojos, hasta entonces fijos en las hojas de las ortigas humedecidas, y vuelve a la carretera. Ya no hay manchas de arena—. Y con esa... hembra —ha buscado la palabra—. Tratando de quedarse con ella y pasárnosla por las narices —recuerda la vuelta de Arturo Mayor, la conversación obligada de hombres y mujeres a la que él asentía sin pronunciar palabra, acopiando información y meditando la manera de hacerse presentar a medida que se expandía por el pueblo la noticia de que Arturo Mayor, de vuelta de la Argentina, estaba recibiendo en su casa, de uno en uno, a los notables. Sólo a la semana de estar allí se dejaron ver, precisamente en la misa de doce, y no faltó a la iglesia un alma, comiéndose todos con los ojos a Mariana Linazo y haciendo ondular el son de los comentarios como cigarras famélicas prendidas de un asombro más arrobado que envidioso. Otra vez se auxilia con el pañuelo, sudando a chorros; está tan húmedo que puede escurrirlo—. Yo sé muy bien qué clase de hembra es, por mi vida que sí —dice con altivez. Busca un cigarrillo. Desde los hombros hasta la cintura baja por la espalda una mancha oscura de forma triangular por la camisa. El pantalón cuelga caído por debajo de la barriga, flácido en la culera. Rompe un fósforo y lo tira delante con un juramento. El segundo prende; el humo se pega al cielo del paladar y parece que lo escoriase. Segrega desesperadamente saliva como para enjuagarse la boca, sin dejar de caminar. La siguiente bocanada se expande mejor. Entonces lo apadrinó don César con su valimiento y fue él quien llevó a Pepín hasta los señores, deshaciendo la boina entre las manos mientras murmuraba unas palabras ininteligibles, con la cabeza baja que alzó de inmediato para encontrarse con la mirada insondable de Mariana Linazo, una mirada en la que creyó atisbar todo lo que él desconocía. Los zapatos de rejilla están húmedos por dentro—. Van a cocerme los pies, cago en la puta —dice. Otro automóvil le rebasa por su dirección pero esta vez ni vuelve la cabeza y lo mira al paso. A la vuelta de la próxima curva ya pisará el pueblo. Comienza a pensar en la cerveza otra vez. El cigarrillo le produce mal sabor de boca y lo arroja delante sin molestarse en pisarlo. Ya está en la curva. Piensa en cigarrillos y cerveza. Hay un bar junto al puerto, oscuro y fresco, parará allí antes de llegarse al Tecla—. Sí, esa hembra —dice, con la boca reseca.

La noche nos encontró anclados en una pequeña rada donde también se refugiaba otro velero, temeroso quizá, como nosotros, de que nos sorprendieran los vientos del norte que la radio había comenzado a anunciar tras la calmosa tregua que nos invitara, de atardecida, a buscar abrigo allí; abrigo que incluso había permitido a los Mayor, padre e hijo, darse un chapuzón en las frías aguas mientras Herminio meditaba la cena que podría ofrecernos.

Hasta entonces Jaime parecía entretenido luciendo sus habilidades ante mis narices, mas no dejé de advertir en él señales claras de la acritud que acompañaba sus humores de los últimos días. Y esa noche, después de cenar, asentados en cubierta, la expresión de su rostro volvió a mostrar la mezcla ceñuda de enfado y ensimismamiento que yo conocía tan bien. Arturo Mayor, extrañamente, nos había ofrecido un cigarrillo a cada uno y yo fumaba pensativo, dándole vueltas al reconcomio de Jaime y al encuentro con Regina, cada vez más cercano.

—¿En qué piensas? —le pregunté sin la menor esperanza.

—En nada.

Yo trataba de rebuscar dónde y cuándo había visto por vez primera aquel perseverante rencor que, ahora apagado en parte por sus cavilaciones, anidaba en el fondo de su mirada perdida en la oscuridad del agua. No alcanzaba, como digo, a entender las razones que movían a Jaime contra su padre, la evidente y hasta injusta desproporción entre el trato y la agresión. Eso me hizo recordar una comida en su casa en la que Pepín el Guapo, quizá excesivamente alegre, se permitió iniciar una conversación de dudoso gusto y trasfondo sexual. La contundente sequedad con que Arturo Mayor la dio por cancelada, segando la jovialidad de Pepín, se me agarró al estómago como un espasmo de miedo, de verdadero miedo ante la inflexibilidad de Arturo; y esa actitud suya llenaba mis actos de inseguridad ante el temor de ser cogido en falta por causa de cualquier movimiento o comentario que pudiera escapar a mi control, desde un taco a un gesto excedido. Pero, para mí, toda aquella confrontación escondía un misterio tremendo y, desde luego, anterior a nuestro conocimiento, algún suceso que, sin alcanzar a intuir plenamente, no dejaba de asociar a aquel día en que sorprendí a Jaime abrazado a su madre tan extrañamente y, sobre todo, al lamento casi animal que emanaba de su llantina. Era una especie de tenacidad ciega que había llegado a darme miedo, no por ella en sí, sino por la formidable violencia que silbaba entre sus rendijas.

Dos luces brillaban en lo alto del precipitado descenso de la tierra hacia el mar, dos luces que me predisponían gratamente a no sentirme invadido por la impresionante presencia de la noche cerrada sobre el entarimado que oscilaba débilmente bajo mi cuerpo. No era una bóveda de oscuros volúmenes y manchas apenas diferenciadas que me sobrecogiera, pero su presencia, su, diríase, *contemplación de nosotros*, era tan detenida como inquietante, acaso porque fuese la primera vez que yo la advertía desde la cubierta de un velero en reposo, meciéndose en las aguas calmas de un abrigo natural, dispuesto para el sueño.

Jaime dibujaba en su rostro, de cuando en cuando, gestos breves, casi imperceptibles, que mostraban los tirones de su pensamiento. Luego permanecía largamente impasible,

perdido, hasta que volvían. Aquella noche estaba consiguiendo crisparme.

Fue el chapoteo de su colilla en la superficie del mar lo que me disparó los nervios y, sin lugar a reprimirlos, grité a Jaime, que estaba haciendo un gesto como si oliera el recuerdo de la nicotina entre los dedos:

—¿Por qué, por qué, por qué estás así? ¡No hay quien te aguante!

Nuestras miradas, al cruzarse, se inmovilizaron en el encontronazo de su respectiva fiera. Yo bajé primero los ojos, que no la guardia ni el genio, porque una repentina sospecha cruzó por mi cabeza un segundo después, atrayendo el desconcierto: aquellos ojos donde se roían entre sí la furia y la súplica en su afán de aflorar en el lugar del odio no dibujaban la figura de su padre; ni la suya ni la del resto de la tripulación; esta vez no. Y comencé a preguntarme, ya perplejo, bajando la guardia por completo y hasta dolido de mi brusquedad, hacia quién se dirigía la tenebrosa tormenta que se había apoderado de su mente y de su corazón.

Lejos estaba yo entonces de saber, pero ya me acercaba a las primeras respuestas. Siempre fijé mi destino, durante el verano, al lado de Jaime; es cierto que me deparó sorpresas, sobre todo una, pero mal podía imaginar quiénes y cuántos giraban ya a mi alrededor, no porque yo les llamara la atención, sino porque me hallaba justamente en el ojo del huracán.

—Vaya, Pepín, qué elegante vienes —dice con sorna Pepe Reyes desde la penumbra del Tecla—. Detrás de quién andarás tú...

—Petronio, que estás hecho un Petronio —recarga otro del grupo, un tipo con nariz de berenjena que se golpea el estómago al reír.

Pepín el Guapo, con la camisa medio fuera del pantalón, desabrochada hasta el ombligo, y dos grandes círculos oscuros bajo los sobacos, se detiene a tomar aire, seca por enésima vez su rostro con el pañuelo húmedo y arrugado y vuelve a respirar hondamente, torciendo la mandíbula con gesto de desafío.

—Detrás de las parientas de todos vosotros, por si alguno no lo sabe todavía —contesta acercándose al grupo con los brazos en jarras.

—Anda, majo —dice Pepe Reyes—, como si no supiéramos a quién buscas tú —palmea la barra exigiendo una cerveza para Pepín—. ¿Qué? ¿Cómo va el acoso?

Pepín bebe el quinto a morro y lo vacía de una sola vez. Con las manos sobre el borde de la barra, los brazos tensos y la cabeza entre los hombros, aguarda el eructo; luego agita la cabeza, se frota las palmas de las manos y pide un pito. Pepe Reyes se lo acerca encendido.

—A ver, chaval, el vermut de don José —le dice al chico del mostrador.

Pepín ocupa cinco minutos largos en despotricar contra el calor, su empleado de la gasolinera, su contable e incluso contra sí mismo. En el grupo crece el ánimo de chanza; todos llevan allí un buen rato, como todas las mañanas, embadurnados de broma vieja, simple y reiterada, con una cachaza que les infla día a día, antes del almuerzo. En el Tecla, las corrientes de calor espeso parecen desplazarse agitadas por los gestos de los contertulios con una mezcla de indolencia, fastidio y resignación, hasta que éstos, al advertirlo, se aquietan en períodos de silencio y algún tanteo de frases hechas que sólo cuando la conciencia de la penumbra las anima parecen alzar un vuelo de conversaciones repetidas que de nuevo el calor desploma alrededor de los vasos de vermut. Es el foro donde se transmiten las informaciones acopiadas desde la tarde anterior hasta el mediodía que les reúne, y donde todas las nimiedades del pueblo y sus habitantes se mezclan con sentencias mostrencas de refranero y una malicia que aplican una y otra vez como sebo a la misma pelota, dejando resbalar el tiempo. Es un día pegajoso y somnoliento, ensimismado en su vacuidad, y cada quien, cumplida la expansión del aperitivo, ligeramente derrotado pese a todo, se retirará a comer y a dormir la siesta.

Pepín el Guapo camina hacia su casa, donde la hermana no lo espera hoy a almorzar. La calorera se desploma otra vez sobre él y otra vez le parece que el sudor lo va a ahogar. Piensa que la ropa pegada a su piel acabará produciéndole escoceduras. Es un día de verano que no comprende, y la ausencia de la más mínima brisa le dispara el reflejo de boquear en busca de aire para sus pulmones. Siente un sabor a polvo en el paladar, mezclado con el recuerdo del vermut. Vuelve a pasarse el pañuelo por el rostro y, de tan húmedo como está, acaba limpiándose las palmas de las manos en el pantalón. El sofoco del polvo y la humedad es espantoso. Nadie recuerda un día semejante en varios años.

La hermana almuerza en la cocina, reconcentrada, ajena a él. Come como si se deglutiera a sí misma, la barbilla casi pegada al plato, mientras escucha sin entender los improperios que Pepín arroja por toda la casa contra el maldito día en tanto se cambia de ropa yendo y viniendo de su habitación al baño. Por fin se hace el silencio y ella sabe que Pepín se ha ido, como sabe que todavía quedan garbanzos en el plato y eso quiere decir que aún no debe dar por concluido el manejo de la cuchara.

—El capitán —murmura Pepín el Guapo con desdén—. El capitán Mayor —repite—. ¡Valiente capitán, digo yo! Hay gente a la que le regalan las cosas y gente que se las busca como un hombre, eso es lo que digo yo —ahora viste una camisa blanca recién planchada y un pantalón azul marino con vuelta; en la camisa se advierten sus iniciales bordadas a la altura del corazón: J. F.—. A mí no me duele decir que empecé con los socialistas, y no era más que un crío, un chaval; y me pasé a los falangistas porque daban más hostias, y ganamos porque éramos gente de esa pasta, gente de ley, qué carajo. No señoritos con el uniforme preparado en un cajón, ¡bah!

El propio acaloramiento de su monólogo le hace avivar el paso hasta que los primeros brotes de sudor le advierten y afloja. No puede detener sus impulsos, y sin embargo, no siente odio alguno hacia Arturo Mayor, sino una especie de rencor abstracto que le

obligara a escarbar en busca de motivos concretos con que alimentar esos impulsos. Nunca, hasta hace poco tiempo, ha vuelto a pensar en el Alzamiento y el transcurso de la guerra en relación con ellos dos, pero últimamente viene obligándose a recordar y se repite hechos, hechos que los diferencian, continuamente, como si le urgiera crear un ser despreciable para, de ese modo, liberarse de él, sentirlo por debajo de él y poder prescindir de su presencia si fuera necesario; y, a la vez, esta actitud le desasosiega porque aparte de la superioridad de clase que Arturo Mayor demuestra en el trato, con él y con casi todos, no hay motivo suficiente en Pepín para despreciarlo ni tampoco puede desembarazarse fácilmente de los apoyos que aquél le brindó y que constituyeron el principio y el intermedio de sus negocios; porque aquel día en que Arturo Mayor lo saludó en la iglesia ya le puso sobre aviso de que don César había hablado por él y él necesitaba el apoyo de Arturo más que el agua, porque él había peleado y había matado a quien bien merecido lo tenía, había corrido rojos como ciervos –como gustaba decir–, pero no se quedó con un duro de nadie y ya era tiempo de montar un negocio para hacer valer su nombre. Las chapuzas y los enjuagues de poca monta no se habían hecho para él y el pueblo no daba para más. La ocasión estaba a la sombra de los Mayor y no iba a dejarla escapar, por alto que fuera el precio; astuta y tercamente lo sabía. Entonces Pepín se ofusca y prefiere no pensar, solamente sigue con la muletilla, obsesiva y extenuante como el paso de las cuentas de un rosario.

–El mandamás, con la tropa por delante y él detrás; los riñones los tenía yo con toda mi fama, cago en... –otra vez el calor le ahoga; se detiene y sacude la cabeza con un gesto crispado. Ya no sabe qué hacer con las manos. Después, lentamente, recompone el peinado y la figura. Siente como si una mano de hielo le apretase las tripas para obligarle a no entender ni pensar ni saber–. Me cago en su estampa –concluye como exorcizándolo. El camino de piedras que lo recorre por dentro le desestriba y toda su fuerza se va en fustazos de desahogo. Después sigue andando, ya bajo los árboles de la plaza del Ayuntamiento. Éste es su momento.

Ante la cancela de la casa de los Mayor, se detiene. Comprueba el paquete de tabaco y el mechero en los bolsillos. Se atusa el cabello y la mano de hielo reaparece para desvanecerse al instante. Luego atraviesa la puerta y el jardín delantero y se llega en dos saltos hasta la puerta central. Ante la criadita que responde a su llamada compone un inevitable gesto pícaro que ella recoge escondiendo los ojos bajo la sonrisa vergonzosa. Pepín dice, haciendo ondular la pregunta:

–Hola, preciosa, ¿está la señora?

Nos despertamos con el alba, lo que no me costó gran esfuerzo, pues toda la noche la pasé escuchando intermitentemente los quejidos ahogados y las vueltas y revueltas de Jaime en su litera. Al levantarme descubrí que estaba molido y sentía dolores en la espalda, entre los omóplatos. Debí de coger el sueño, agarrotado por la tensión y la involuntaria escucha, entrada la madrugada. Mientras me vestía apresuradamente comprobé que Jaime no se encontraba en el camarote. Hacía frío o bien la humedad se había adentrado en mis huesos hasta la médula.

Provisto de un buen jersey y con un cacillo de leche y cacao apretado entre las manos traspuse el umbral del tambucho y salí a la bañera. La luz era todavía débil y el verdor de la costa, difuminado en gris, poseía el encanto que la mirada virgen retiene para el espíritu del que descubre y contempla esa clase de imágenes madre que nunca se borrarán de su memoria. Permanecí extasiado, latiendo a compás, despertando con la vegetación, desliando con los ojos las miríadas de tenues hilillos de la grisura, para sumirme en el frescor de las tonalidades que emergían a medida que la luz disipaba la vaporosa neblina del amanecer. A menudo me reprochaba con rabia la exacerbada sensibilidad que caracterizaba mis emociones, tan cerca de la lágrima que tendía a sentirme ridículo y confundido. Tampoco esta vez pude evitar una acuosidad en los ojos y, como si fuera efecto del frío, volqué materialmente el rostro al borde del cacillo. Ardía el cacao con leche, pero sentó el estómago y me devolvió al balandro y a sus ocupantes.

Herminio y Arturo Mayor comentaban el mejor viento con que nos obsequiaba la mañana y Jaime, en pie cerca de la proa, dándonos la espalda, parecía contemplar el chapoteo del agua contra la amura. Yo me limitaba a sorber mi desayuno y mirar los preparativos de partida. Arturo me preguntó si había dormido bien y yo esboqué una sonrisa caritativa. En aquel momento llegó hasta nosotros la voz de Jaime:

—Quiero volver a casa —dijo.

Arturo Mayor se levantó con calma.

—¿Qué has dicho?

—Quiero volver a casa —repitió tercamente, con un fondo de angustia en la voz.

Arturo Mayor hizo un gesto a Herminio, que contemplaba indistintamente a uno y a otro con semblante sorprendido, para que entrase en el tambucho. Yo reulé hacia la caña del timón, sin abandonar la bañera.

—Vamos a ver —dijo pausadamente Arturo—, ¿qué es eso de volver ahora a casa?

Vacíé el cacillo de un solo trago, escaldándome por dentro, y lo deposité cuidadosamente sobre el banco del timón. Sentí un nudo en la garganta y el corazón comenzó a golpear con fuerza. Cualquiera otro hubiera supuesto que allí se gestaba, todo lo más, una rabieta y acaso una dura amonestación, pero yo sabía que no era así. Jaime se encontraba frente a su padre, encogido pero tenso, casi agarrotado, y, sin embargo, su actitud no era la del luchador, sino la del obcecado; pero una actitud, además, que no procedía del miedo al enfrentamiento en el que necesariamente llevaba todas las de perder, sino que, precisamente al contrario, sólo por miedo a su propia angustia era capaz de provocarle. Y sólo yo podía comprender hasta qué extremo le recorría un pavor acongojante. Lo que hubiera detrás de ello se me escapaba, mas el desasosiego y la



mortificación de la noche anterior volvieron a mi estómago; creo que por un momento conseguí traspasarme su propio miedo, incluso debía de haber, en esta suerte de juego telepático, una desesperada imploración que yo no sabía contestar, sudando también de miedo, olvidado del frío por completo.

—Quiero estar con mamá —había dicho Jaime. Un leve movimiento de hombros del padre descubrió su estupor.

—Jaime, no te voy a tolerar una sola niñería más. Eres ya un hombre...

—¡Te digo que quiero volver con ella! —era un ataque de histeria. Y en seguida, como asustado de su propio grito, comenzó a suplicar—: Por favor, por favor, no aguanto más, quiero volver con ella.

Me sentí a medias desolado y humillado hasta lo más hondo por aquel repentino cambio. Jaime se agitaba convulsivamente, entre lágrimas, como poseído por una derrota que estaba más allá de la cobardía. Me hacía daño la escena, mas no podía moverme, y las emociones que se empujaban en la cubierta venían hacia mí amenazadoras, posesivas, escalofrantes como culebras, cortándome la retirada.

—Jaime, escucha, trata de calmarte y escucha —decía Arturo—. Estás nervioso y debes calmarte.

—¡No quiero calmarme! ¡Quiero volver! ¡No puedes obligarme! —la convulsión de Jaime aumentaba por momentos; temblaba furiosamente.

—¿No puedo obligarte? —la voz de Arturo Mayor se alzó con tal fiereza que Jaime se cubrió el rostro con las manos—. Por Dios bendito que ya he aguantado de ti todo lo que tenía que aguantar. ¡Ponte en pie!

Jaime se había dejado caer de rodillas al suelo y lloraba violentamente, aporreando la cubierta con ambos puños, gritando con desesperación la chirriante cantinela que lo condenaba. Arturo se acercó a él, lo levantó de un solo tirón aferrándolo con su mano izquierda y, cuando lo tuvo enfrente, las puntas de los zapatos de Jaime apenas tocando el suelo, le golpeó con la mano abierta una vez; luego otra; luego otra. Jaime se descolgó de sí mismo y hubiera caído como un muñeco de trapo de no ser porque Arturo lo mantuvo firmemente asido con ambas manos. Durante un rato ninguno de los dos se movió, los sollozos cesaron y el recuerdo de los tres golpes, secos como el estallido de la madera mordida por el fuego, se mantuvo unos instantes en el aire, los justos para hacer aún más grave la llegada del silencio.

Me había dejado caer en el banco, cubriéndome el rostro con las manos, aturdido como pájaro contra el cristal. Sentí los recios pasos de Arturo atravesando la cubierta y sobre los escalones del tambucho. Creo que ni reparó en mi presencia. Nunca le había visto tan furioso. Dentro, intercambió unas palabras con Herminio y éste reapareció en la bañera.

—Anda, chico —me dijo—. Vete a proa y espera.

Obedecí humildemente. Jaime ya no se encontraba allí. Probablemente habría descendido por la escotilla de proa a nuestro camarote. Traté de calmarme y pensar un poco. No lograba entender esa implorante necesidad de Jaime de volver junto a su madre. Con verdadera desesperación, estuve cavilando y cavilando sobre cuáles podrían

ser las razones que le habrían llevado hasta aquel extremo de la histeria. Porque ni por un momento se me vino a la mente la idea de considerar que se trataba de un brote de niñería. No, en su angustia cabía un sentimiento de dolor y de pérdida muy profundo, como hasta ahora yo no había presenciado. Era esa clase de dolor que devora tus pulmones y, al sentir el ahogo, el cuerpo huye en todas direcciones y no hay alma que lo reúna, tan sólo la necesidad de vaciarse y terminar. Y a Jaime, yo lo sabía, lo atravesó así, pues yo sentí su filo sobre mi carne. Dolor y pérdida, sí, eso fue lo que le hirió tan espantosamente. ¿Por qué?

Entonces, llevado por un impulso irreflexivo, me aventuré a penetrar en el camarote. Jaime, en profundo silencio, descansaba tendido boca abajo en su litera. No se advertía movimiento alguno y temí que se encontrase sin conocimiento. Temerosamente me acerqué a él y, muy suavemente, fui descansando mi brazo sobre su espalda. Jaime continuó inmóvil, pero yo supe que me había sentido, y apenas hice una ligera presión sobre su hombro, se removió sin darme la cara y, como en aquella otra ocasión en la casa de Solano, me abrazó con todas sus fuerzas, como si compartiera una pérdida irreparable.

Entonces, para mi desconcierto, la imagen de Mariana Mayor se confundió con el abrazo. Una imagen cargada de presentimientos. Todo lo que me desconcertó en aquel momento me admira hoy porque conozco lo que mi intuición me transmitió ciegamente entonces acerca de lo que estaba sucediendo lejos de nosotros.

Pepín vuelve la cabeza y comprueba que, desde su posición, ya no se divisa la iglesia. El día es caluroso pero no tan sofocante como el anterior; sin embargo, Pepín siente sobre sus espaldas el peso del sol de mediodía y un ligero escozor en la piel cuando roza con el cuello de la camisa. Desciende hacia el río bordeando las huertas y, de tanto en tanto, vuelve a mirar atrás, aunque sabe que ya se encuentra a salvo porque el mirador de la iglesia, la última atalaya, queda a partir de ahora oculto tras una hilera de chopos que delimita la linde de las huertas, y cuando el camino se adentra en el bosquecillo y lo atraviesa sólo restan, entre él y la ría, los amontonamientos de juncos que cobijan el recodo que busca.

Pepín silba satisfecho y camina despacio. Es un trayecto conocido, de sabor reciente, establecido hace unos pocos días. Cuando lo recorre, recuerda indefectiblemente los años en los que no era sino un chico hambriento cuyo padre, aparcero de la familia Mayor, le llevaba consigo cada vez que debían ajustarse las cuentas y él aguardaba en la cocina, entre las criadas, con una onza de chocolate de taza y un chusco de pan, hasta que su

padre le mandaba llamar y ambos se despedían del padre de Arturo Mayor con un ceremonioso «Dios le guarde, patrón», que él repetía como un eco en voz baja, con los restos de la merienda firmemente asidos con ambas manos; entonces el padre tiraba de él y todo su apuro era, caminando al paso que le marcaba, alcanzar a morder el chocolate que aferraba en la mano por cuya muñeca le conducía su padre sin percatarse de los tropezones del chico. Ahora, al recordarlo, ríe entre dientes.

No pesa el calor y Pepín está ya al otro lado del bosquecillo. Desde que sobrepasó la iglesia no se ha cruzado con un alma. Pepe Reyes estará dirigiéndose al Tecla con su muletilla de siempre: «Conmigo, por las buenas, lo que quieran, pero a las malas...». Pepín le tiene afecto pero no deja de pensar que es un bocazas que no sabe nada de la vida ni de las mujeres de que alardea.

—Dime de qué hablas y te diré lo que no tienes —tararea Pe—pín por lo bajo, esbozando una media sonrisa—. Qué sabe toda esa peña de lo que hace a un hombre —sigue diciéndose—. Gente muerta, sin porvenir, viejos al banco del parque para mañana —le gusta reunirse con ellos, recibir el halago, jugarse inevitablemente la ronda a los chinos—; a éstos los tengo yo en un puño —dice con complacencia. Hoy está de buenas.

Pepín viene tentándose el mechero de oro en el fondo del bolsillo, mecánicamente, desde que inició el paseo. Los contertulios suelen jugar con las llaves del automóvil, depositándolas estruendosamente sobre la barra, junto al paquete de rubio y el mechero de gas, pero Pepín no saca nunca estos objetos del bolsillo, solamente juguetea con su mechero en el bolsillo del pantalón, y cuando saca tabaco para fumar, ofrece. Le gusta desmarcarse de todos esos gestos de la tertulia y entonces fuerza el cuello con un quiebro de la mandíbula y saca pecho antes de iniciar una frase o aceptar ese pito que le encienden al instante.

«Hay que tener estilo propio y no dejarse llevar por la masa, aunque sean amigos de uno», suele decirse delante del espejo; por eso a veces observa con disimulo a Arturo Mayor y estudia lo que es y lo que no es de señores. «Pero sin dejarse aturdir», dice muy a menudo, «que una cosa es una cosa y otra es otra. A Arturo Mayor lo suyo y lo que sabe lo sabe, pero sin pasar de ahí».

De pronto el recuerdo de Arturo Mayor le ensombrece el gesto. Es el impulso incontrolable de todos los últimos días, cada vez más frecuente, que le altera y le ciega como un chaval y quizá le acosa también y por ello se enfurece. Vuelve la figura de Arturo como una presencia perversa, y Pepín se detiene en el lindero del bosquecillo para encender un cigarro. Le gusta el sonido de la tapa del mechero al cerrarse. Avanza unos pasos y vuelve a detenerse. Arroja el pitillo al suelo con rabia, lo pisa y permanece estático, mirándolo estúpidamente.

—Falangista de primera hora, y antes, de las juventudes socialistas, ahí queda eso —lo dice en voz alta, como dirigiéndose con firmeza a un invisible interlocutor, pero la tormenta está más adentro y eso le reconcome—. Yo no me apunté al final, al medro, como otros tantos que ahora llenan los ministerios, pero defendiendo lo mío y eso no me lo quita nadie. Y no va por ti sólo, Arturo Mayor, sino por todos los que me han querido pasar por delante y no tienen media bofetada. Así se han hecho las cosas y así se van a

seguir haciendo –lo dice progresivamente iracundo, como si arrojara un dolor por la boca; un dolor que tampoco sabe quién o qué produce, pero que le quema en la boca del estómago.

La misma irritación que siente hacia Arturo Mayor le descompone. Por un momento piensa que esa sombra no debería estar aquí y ahora, en el bosquecillo, ensombreciendo un día grato y un encuentro ganado a pulso, allá detrás de los juncos. Enciende otro cigarrillo y echa de nuevo a andar, pidiéndose calma. Ahora cruza la chopera grande a paso de caballo. Jura y escupe, excitado.

Da vista el recodo y se detiene ante el viejo cobertizo, el pulso acelerado. Por un momento no sabe qué hacer con el pitillo que ha venido fumando furiosamente. Mira a su alrededor, a la ría que se ensancha ante sus ojos rodeada por la resplandeciente vegetación como un escenario salvaje y grandioso. Entonces acude a él una vieja historia, antigua y brumosa, de la que no ha sabido sino entre susurros, medias voces y lances inconclusos y que le excitaba la imaginación hasta aturullarle por completo. Habla de un encuentro entre los juncos del Paraná, de amores tórridos, desencuentros y búsquedas, de ropa desprendida y bocas de escopetas, de juramentos, de una persecución y dos cuerpos sigilosos, de una hembra afirmada en la tierra de codos con los muslos abiertos, del calor y los mosquitos y la furia de la sangre, de los perros y las voces y una misteriosa embarcación; todo ello como urdido por una mente calenturienta en la que sin embargo pareciera arder la poderosa realidad de los hechos y la fantasía de los amores condenados por la infamia.

Pepín el Guapo echa una última mirada alrededor antes de entrar en el cobertizo. El sol de mediodía lo contempla atentamente, pero él no se percata sino del latido de su propia sangre. Ya sólo tiene que esperar, el ansia hiriéndole como si fuera un cuchillo hundido en el esternón.

La casa de Regina se alzaba en la divisoria de los flancos norte y sur de Isla Ventosa, mirando hacia este último desde lo alto de una ladera que descendía con suavidad hacia el mar, en perpendicular a una ensenada rocosa. El ascenso por la parte norte era más abrupto y poblado de matorral hasta poco antes de la cima y había que salvarlo por un sinuoso camino de mu–las después de haber dejado atrás las pocas casas que rodeaban el embarcadero y que constituían la única agrupación de vecinos de la isla. Lucía un buen sol, entre nubes estilizadas, que realzaba el predominio de los colores verdiamarillentos, pardos y cobrizos y grandes formaciones de retama que se extendían a ambos lados del camino. Yo me quedé absorto al principio, pues esperaba las habituales coloraciones

verdosas de la costa, pero a medida que ascendíamos me fue ganando aquella cercanía solar que tanto la tierra como el matorral mostraban en su cromatismo, como si de pronto hubiese emergido del mar un lugar distinto que, a mi modo de sentir, al alejarnos de la costa nos hubiera traído a un espacio encantado el cual, al caer la noche, desaparecería como había surgido con el alba. Incluso pensé que así era y que aquella isla sólo debía de existir en las horas solares, cumpliendo el rito de muerte y resurrección de la más vieja ceremonia del mundo. Las extensiones de los retamales ondulados por el viento constante hacían más animosa la marcha y, observando el alegre coro de flores contoneándose al sol, no me cupo la menor duda de que aquel pedazo de tierra milagrosamente asentado en medio del mar al final de nuestro rumbo bien podría ser un lugar bajo la protección de los hijos del día.

Cuando llegamos a la cima, coronada por una singular triple hilera de cedros que adelgazaba hacia un alcor al este y ensanchaba hacia el oeste haciendo mancha en descenso, nos dimos un respiro. Vista desde el embarcadero, la mancha semejava una cresta vegetal que dividiera la isla en dos mitades, pero su elegante caída sólo se hacía visible al llegar a la cúspide, pues derivaba ligeramente al sur, como impulsada por un viento que, luego supe, nunca dejaba de soplar. El embarcadero se orientaba, pues, al norte, si bien la naturaleza lo había dotado de una cuña montañosa muy pronunciada que, al adentrarse en el mar, creaba una abrigada rada de cómoda bocana donde anclaban algunos palangreros, varias lanchas y la yola de Regina. Desde la cumbre divisé el lanchón de transporte, atracado junto a nuestro *María Purísima*, en plena operación de descarga.

No encontramos a nadie en la casa y Arturo Mayor nos envió a Jaime y a mí en busca de Regina, pues, conociendo sus costumbres, dedujo que a esa hora se encontraría en la ensenada. Ambos iniciamos el descenso, pero a medio camino Jaime se dejó caer en tierra y comentó que ya había caminado bastante, que siguiera yo hasta abajo y avisase a Regina. Traté de disuadirle por todos los medios porque me producía gran apuro aparecer yo solo, mas inútilmente. Jaime estaba de malas desde el comienzo de la travesía, de modo que seguí bajando a pelo, seriamente conturbado por la actitud de Jaime, a quien, sin embargo, había prestado relativa atención debido a las emociones del viaje, y no menos por el ya inevitable encuentro con Regina, cara a cara y en solitario. Varias veces volví la vista atrás, según me alejaba, vanamente esperanzado de que Jaime decidiera seguirme, y, por fin, me desentendí de él y comencé a concentrarme en el agarrotamiento que iba contrayéndome el estómago a medida que alcanzaba mi destino. Cuando llegué a las rocas, recuerdo bien que me temblaban las piernas. El encuentro, en verdad, tenía tanto de anhelo como de temor irrefrenable.

A simple vista no divisé a Regina; es más, en ese momento caí en la cuenta de que, contemplada desde abajo, la ensenada recobraba el tamaño natural y, al reconocer el terreno con pie en él, calculé que podría llevarme media hora larga su búsqueda. Me encontraba justamente en el centro del semicírculo y, tomara la dirección que tomase, si no acertaba a la primera me vería obligado a rehacer la mitad del camino. Opté por la izquierda, me descalcé y, tras anudar los cordones de ambas zapatillas, me las colgué al

cuello y comencé a saltar por las rocas.

El sol caía de plano —era el mediodía— pero el viento aligeraba su peso. Yo corría entre las rocas procurando, ya que no detener el momento del encuentro, al menos retrasarlo mentalmente, y, entre salto y salto, imaginaba y conducía cualquier aventura que hilase aquel trayecto. Por eso pasé de largo cerca de ella sin enterarme y sólo ese reflejo de alerta que de todos modos permanecía en mí me permitió descubrirla. Caminaba tan silencioso como un rastreador, enfrascado en mi aventura particular, y ella tampoco advirtió mi presencia. Cuando me percaté, el puro nerviosismo borró la aventura de un plumazo.

Recuerdo bien que me acerqué acechante, no a cara descubierta sino reptando. Lo que pensaba encontrar, no lo sé; mas el sigilo y la precaución eran sin duda consecuencia del morbo. Acaso esperaba sorprender un gesto íntimo, o alguna desnudez quizás. O probablemente no se tratara más que de obtener esa ventaja del observador, o el miedo a que no me recordara, tanto da. Ella estaba allí, tendida de espaldas sobre una roca en declive, su hermoso cuerpo desnudo expuesto al sol. De momento, azorado y excitado, lo contemplé largamente, fijado en él y sin saber qué decisión tomar, turbado y aturdido y también asustado de que me descubriese. Todo su cuerpo me tenía prendido, pero mis ojos siempre acababan fijados al vello del pubis. Una vez que permanecí mirando, ya no tenía excusa. Luego opté por retirarme hacia atrás de modo que, a suficiente distancia, pudiera hacerme notar sin tener que enfrentarme a su desnudez, pero no me decidía a apartarme del todo, hipnotizado por la visión del cuerpo, sudando yo al sol y viéndola recibir el sol en su piel. Entonces, sin darme cuenta cabal de lo que sucedía, ella se dio la vuelta sobre su toalla y se me quedó mirando, sin cubrirse, sólo me hizo una señal con la mano, se incorporó despacio, con toda naturalidad, y allí sentada se embutió tranquilamente en un bañador blanco. Entonces yo me levanté también, creo que la saludé torpemente con la mano, corrido y sin saber qué hacer, hasta que ella subió a donde yo estaba y creí haber llegado al no-va-más de mis sensaciones, ardiendo por dentro y por fuera, y supe que ya era solamente suyo; que, en realidad, sólo había venido para encontrarla.

La casa de Regina se alzaba como un capricho al pie de los cedros, iniciando la suave ladera que descendía hasta el borde de la ensenada. Almorzamos sobre un pavimento de lajas que se extendía ante la puerta principal, bajo el amplio porche techado con una tupida hiedra. La casa era pequeña y rústica pero confortable y, sobre todo, querida; constaba tan sólo de salón, cocina, baño y cuarto trastero en la primera planta y un estudio en la segunda con ventanal abierto al porche, lo que producía la extraña sensación de asomarse a un mar de hojas. La cocina tenía ventana al porche y, opuesta a ella, una puerta que comunicaba con el pequeño huerto trasero, escalonado en pendiente; una gigantesca higuera llegaba hasta el piso superior flanqueando el costado izquierdo de la casa; numerosos geranios de distintos colores bordeaban el suelo de lajas ofreciendo una agitación de flores alegre y refrescante; algunas de las puntas de la hiedra del techado caían ágilmente sobre ellas. La comida la proveyeron Arturo Mayor, que había comprado chipirones en el embarcadero, y Regina improvisando una ensalada de la huerta; entre los

cinco acabamos con ella, charlando ambos hermanos animadamente y oyendo contar anécdotas a Herminio, pues tanto Jaime como yo, y por razones muy diversas, apenas pronunciamos palabra.

Arturo tenía dispuesto zarpar al día siguiente para hacer noche en el puerto de Aón, el más cercano a la isla, del que provenía el lanchón de transporte, pero un acontecimiento alteró la tarde de modo tan insólito que todavía hoy lo recuerdo con exagerada precisión, pues a partir de él cambiaron de tal modo las tornas que aquel verano dejó de ser una atrayente aventura juvenil para convertirse en mi primer encuentro con el abismo.

Levantados los manteles, cada cual se distribuyó a su conveniencia y yo decidí tomar asiento junto al huerto para poder ocuparme a mis anchas del alud de ensoñaciones que se me venían a la mente tras haber estado contemplando embobado todos y cada uno de los gestos de Regina durante el almuerzo. Y en ello estaba cuando creí oír una disputa o, al menos, una sarta de palabras pronunciadas con alteración que me alertaron tanto como excitaron mi curiosidad. Al levantar la vista, descubrí una especie de ventanuco, abierto, correspondiente al estudio de Regina. Las voces habían cesado pero no el rumor de una conversación evidentemente tensa, y por más que estuve aguzando el oído sólo logré entender una palabra: desgracia. Por cierto que no parecía motivo de preocupación tal insignificancia, pero yo era en aquellos momentos, debido al maremágnum de sensaciones que la presencia de Regina provocaba en mí, un manojo de nervios en estado de suprema hipersensibilidad. Y no me cupo duda alguna de que algo muy importante estaba empezando a tomar forma en aquella habitación.

Me introduje en la casa por la puerta de la cocina y, antes de atacar la escalera, miré hacia el exterior y luego en el piso por ver si Herminio o Jaime andaban por allí; no había rastro de ellos. Entonces, con infinito sigilo, deteniéndome cuidadosamente en cada peldaño, subí hasta la misma puerta del estudio; estaba cerrada y tampoco podría escuchar con nitidez, pero la audición sería buena en cuanto levantasen la voz. Entonces, acurrucado en el descansillo y en posición de echar a correr a la menor alarma, fue cuando caí en la cuenta no sólo de mi propia bajeza sino, lo que me parecía mucho más espantable, de la horrible posibilidad de ser descubierto. A tanto llegó el miedo que habría retrocedido inmediatamente de no ser por una frase que llegó a mis oídos como un escopetazo y que, sin embargo, no acerté a entender. Era la voz de Regina y había dicho:

—Recuerda, Arturo, que lo que allí sucedió entre Mariana y tú, ya sucedió. No pretendas morir por ello.

Lo que sigue no sé si lo escuché, lo elaboré o simplemente intento recomponerlo y por eso acude a mí fragmentariamente. Recuerdo el especial timbre de voz de Arturo; sonaba rota, en efecto, pero no por causa de algún quebranto, sino más bien porque algo se hubiera desplomado en su garganta, obstruyéndola. Regina, en cambio, se expresaba con una contundencia para mí desconocida. Un ruido me sobresaltó; en seguida deduje que alguien, quizá Arturo, se había dejado caer en una silla; algo así como un lamento surgió de sus labios; el tono de voz de Regina indicaba también, extrañamente, consuelo.

—Vuelve a mirar estos cuadros —dijo— y recuerda por tus ojos lo que no deseas que recuerde tu alma. Ni siquiera es el amigo que hubieras deseado, a pesar de todo. Tu

trono es tan solitario como el de un lobo viejo.

Las rodillas me temblaban de tal modo por lo forzado de la postura que por un momento temí que el entrechocar de mis huesos llegase a delatarme.

—No voy a tolerarlo, pero es tan cierto como que ya no me importa, lo juro por Dios —era la voz de Arturo.

—En tal caso, no lo hagas —dijo Regina.

—Desdichadamente —continuó Arturo—, eso es imposible.

—No lo es, desata esa exigencia de ti mismo por fin y, sobre todo, desata ese nudo que ahoga tu casa y que sólo tú cerraste con tu empecinamiento —un destello de furia parecía iluminar el filo de la voz de Regina—. Tú conoces el nombre de las cosas, Arturo. Amargo es tu destino, yo no lo dudo, pero más amargo aún es que seas tú quien lo ha trazado. Recuerda, Arturo, que lo que allí sucedió entre Mariana y tú ya sucedió. No pretendas morir por ello, y sin embargo —añadió con un velo de tristeza en la voz—, temo que ya no sepas hacer otra cosa. No es la cólera que enciende, sino un desprendimiento que aplasta lo que ahora sientes y ves. Bien sé que harás valer tu peso y tu fuerza, pero, Arturo, esto había de suceder pronto o tarde y es tu orgullo el que se desploma sobre ti con tal fuerza que ni la más orgullosa de tus actitudes defenderá tus heridas.

Sus últimas palabras me impresionaron de modo especial. Por un momento la imagen del hijo aterrado e histérico y el padre descompuesto del día anterior, sobre la cubierta del *María Purísima*, se sobrepusieron de tal modo que sentí un indicio de revelación vertiginoso. Y a punto estuve de prosternarme a rezar ante la puerta si no hubiera sido porque algo me alertó y salí escapado. Todavía hoy, cuando la vida me ha alejado tan tenazmente del sentido del pecado, una sombra cuyo rostro no conozco se agita estremecida dentro de mí como un mal presagio que quizá no sea sino el recuerdo del presagio que reveló a mi cuerpo, mucho antes que a mi mente, el verdadero sentido de las palabras que acababa de escuchar. Ya bajo el porche tomé asiento en una tumbona y fingí dormir. A poco apareció Arturo Mayor; sin reparar en mí, traspuso el suelo de lajas y anduvo unos pasos sobre la tierra. Yo abrí los ojos y estuve observándole. En un momento torció el rostro hacia poniente y pude verlo: permanecía en él ese curioso aire de nobleza de estirpe, pero en su rostro se reflejaba no la imagen de una desgracia ni el estruendo de una venganza, sino la hundida amenaza de un cansancio mortal.

Pepín abre las piernas y se detiene en mitad de la calle. Los brazos en jarras. La camisa fuera. Sabe que está pasado de copas. La noche ha caído sobre Solano y no hay nadie en las calles. Tan sólo de algún bar sale la luz por la ventana y algunas voces. Anda



solo a estas horas de la noche y busca la manera de no volver aún a su casa sin acabar tampoco derrumbado en una esquina, no ya por la fama sino por sí mismo. Y no desea volver a casa, sino apurar el renovado orgullo de haberse portado como un hombre. Siente un vivo deseo de acodarse con esa última copa que para él es como la vida y, como la vida, nunca es la última. Le puede el deseo de gritar a voz en cuello cuanto siente; y lo guarda dentro, de todas maneras, por alguna razón que aún no comprende.

La luna nueva ha comenzado a traer los vientos que asoman por el noroeste. Los golpes de la brisa vienen como si le estuvieran llamando y recompone la figura, sigue adelante, camina trastabillando de vez en vez, recorriendo esas calles desiertas y acaso observado entre visillos por alguien a quien la propia decadencia le impide dormir o, escondido tras la celosía, aguarda el momento de vivir algo que no le pertenece y que su imaginación le impide, pero que desea ver encarnado en otro para consumir su triste y engominado rencor. Pepín se siente observado y camina con una resolución que le recuerda los viejos tiempos, cuando aquella camisa azul le dio nombre y apellidos y su mirada tenía el valor de una orden.

—Como ahora, como va a ser siempre por mis cojones —masculla—. Pepín el Guapo no tiene que escapar; ni para ganar una hembra ni para juntar el dinero para mantenerla —dice en alto, pero le falla la voz. Sigue, borracho, decidido, hablando ya en voz alta, como descarga—: Decírselo, quienquiera que me mire ahora y esté escuchándome; lo llamo aquí, que venga a buscarme porque él es el ofendido, y yo no pierdo la cara delante de nadie; y que se vayan a la mierda todos, uno detrás de otro, aquí los espero, a ver quién tiene los huevos de plantarle cara a Pepín el Guapo.

Lagrima por el alcohol. Camina con el andar roto, golpeándose contra las casas, súbitamente asustado, quizá, por la repentina e inesperada delicadeza de esa tarde que ya se ha escondido entre los juncos, junto a la ría.

Regresábamos apurados a Solano. Aquella noche me convocaron para cubrir un turno de guardia. Arturo Mayor parecía obsesionado por regresar sin hacer noche en ningún abrigo; Jaime venteaba el punto de destino como el perro al que acercan a la sala del veterinario; Herminio gobernaba el velero encerrado en un mutismo absoluto, ajeno a todo cuanto no fuera mantener la derrota. Una suerte de maldición se había apoderado del barco, una atmósfera tan inhóspita como el viento que nos pelaba la cara.

De este modo, tuvimos que organizar turnos de noche y yo dormí con un solo ojo, sacudido por el oleaje, entreviendo alguna luz furtiva, susurros y rozamiento de ropa en cada cambio de guardia, esperando la mía y despertando una y otra vez, o así me lo

pareció, para preguntarme cuándo llegaría mi hora.

Llegó en la más absoluta oscuridad. Hube de vestirme con una sola mano, pues la otra la necesitaba para mantenerme en pie, apresurado y, ya con la responsabilidad encima, deseoso de salir cuanto antes a la bañera. Fuera el viento seguía siendo adusto y la noche carecía de estrellas. El barco navegaba con mar cruzada, escorándose ora de babor, ora de estribor, lo que llegaba hasta mi alma no tanto con violencia cuanto sembrándola de intranquilidad y ese malestar propio de quien carece de suelo firme bajo los pies. Herminio mantenía izado el foque pero había tomado dos rizos de la mayor para asegurar la situación. Tras darme las instrucciones pertinentes, desapareció por la escala del tambucho y me quedé solo, avizorando las posibles luces que en el horizonte delataran la presencia de otro barco y sin perder ojo a la brújula. Tenía un par de horas por delante.

Nunca jamás he vuelto a conocer la extensión de la soledad como en aquella guardia. Estaba en alta mar sin un solo punto de referencia en todo el horizonte que me circundaba. Desde tierra, el horizonte es uno; en alta mar, el horizonte es todo; la soledad es tan abrumadora que el primer deseo que te invade es el de no estar allí, pero, a poco, entiendes que ése es el único lugar donde te hallas. Al primer sentimiento de pánico le sucedió una suerte de curiosidad; comencé a observar a mi alrededor, con cautela al principio, pues por el temor de no ver cualquier barco que se nos viniera encima me hacía daño en los ojos de tanto mirar, como también atendía obsesivamente a la brújula, temiendo perder el rumbo. La caña del timón corregía automáticamente la posición por medio de un ingenioso juego de poleas regidas por un aparato conectado a una brújula electrónica. Si se desconectaba, debería correr a avisar a Herminio.

El cielo estaba cubierto de nubes, una mancha oscura que no arrancaba destellos al oleaje; era como un gran espacio extraño al mundo, en el que sólo los bandazos del casco y algunas gotas de agua que de cuando en cuando se estrellaban en mi rostro mostraban cercanía; en lo demás, su uniformidad con la bóveda celeste, su continuo deshacerse y recomponerse, su falta de principio y fin, te rodeaban como una formidable campana gris oscura, un ignoto paraje sin nombres ni rostros en el que despertar de un sueño para encontrar que te has adentrado aún más profundamente en él, sí, pero ahora es real e impertérrito y tú lo surcas sin ver nada más allá, pues por más que lo lleguemos a conocer seguirá siendo el reino de lo ignorado, la más unívoca de las soledades, la masa líquida que vela el gran abismo. Así fue como lo definió aquel viejo marino de cana barba asiria: «El mar, amigo, es más que cruel, temible o inescrutable. El mar es mucho más terrible que todo eso porque carece de memoria. La tierra muestra su memoria en todas las marcas de su superficie; el mar, nunca».

No sé por qué –recuerdo– mis ensoñaciones de navegante solitario dieron en Solano, pero, poco a poco, no ya la casa y sus gentes sino Solano mismo me circundó al igual que el ámbito de la noche marina. Sentí que tampoco podía escapar de Solano como hubiera deseado escapar de la cubierta del barco y despertar en casa, o en la panadería de abajo, o en el trayecto al colegio. Lo que ya no deseaba hacer en el mar –desaparecer–, sí anhelaba que sucediese respecto a Solano; no desaparecer, en realidad,

sino *no estar*. Aquel lugar no era bueno para mí; se había tornado amenazador, sí, pero de un modo ajeno, lo que aún lo hacía más desolado e intimidante. Todo cuanto contemplé durante el crucero había empezado a despertar mi sensibilidad, y, de continuo, hechos, gestos y detalles sucedidos a lo largo de mi estancia acudían a enlazarse sin que lograra ver la mano que los tejía ni el dibujo de la red, pero bien cierto era que yo lo captaba como una nubarrada de graves presagios que acabaría descargando sobre mí. El cerco estaba tan oscuro como mi alma escuchando los topetazos del agua contra el casco.

Por eso la soledad me dio miedo y frío. Zarandeado por la mar cruzada, sintiendo el golpe del viento en las velas, escorando de continuo, aferrándome a los salientes del tambucho, con las piernas bien abiertas, ajeno a cualquier alivio firme, hendía el mar como un pobre iluso atrapado por fuerzas desentendidas de mí y a cuya ventura me encomendaba como un condenado. La oscuridad, cuya extensión nunca antes había sentido como ahora, me sobrecojía, pero no sentía tanto temor como pequeñez. Era una presencia densa, móvil, interminable, y yo un punto diminuto que flotaba con el alma en un hilo.

Quizá por librarme del miedo y el frío y acaso también porque ya comencé a permitirme descansar de cuando en cuando de mi agarrotada postura de vigía, mis pensamientos volvieron a Isla Ventosa, al encuentro final con Regina, cuando Arturo Mayor se alejó unos pasos del porche y yo la sentí a mis espaldas. Volví el rostro poco a poco: no miraba a su hermano sino a mí. Su mirada no revelaba ni un asomo de sospecha o de adivinar que yo había estado escuchando ante la puerta, tanto le daba. Era una mirada casi hipnótica, y el atractivo de su intención oscilaba entre la dulzura y la severidad y era muy clara: ahora sí que, por primera vez, ella me llamaba. Era una orden con un fondo de incitación, como la antesala de un secreto.

Arturo Mayor hizo un vago gesto de alejamiento. Regina le vio marchar y luego se dedicó a mí.

—Así que por fin has llegado —dijo.

La pregunta me desconcertó; no había dicho «has venido», sino «has llegado». Ladeaba ligeramente la cabeza al mirarme, de una forma muy acogedora. Debí de responderle con la habitual torpeza, que tanto me exasperaba, cuando estaba frente a ella.

—¿Quieres que te enseñe mi estudio? —continuó—. Es decir, si no te muestras demasiado severo con mis pinturas.

Su franca sonrisa me reveló que no tendría respeto alguno por mi opinión, pero nada deseaba tanto en el mundo como subir allí con ella, sentir su cuerpo cerca, su mirada, su pelo, su aliento. Estar a su lado.

El estudio era una amplia habitación casi desnuda, con un gran ventanal al emparrado y una claraboya corrida en el techo. La pared contraria al ventanal sólo disponía del ventanuco por el que comencé a escuchar aquella conversación, y las dos paredes laterales, ante mi sorpresa, no presentaban abertura alguna hacia el exterior. Por todo mobiliario había un par de sillas, un desvencijado sillón de orejas y un caballete de

pintura. De las paredes colgaban no menos de veinte óleos. Una rústica mesa de madera con dos cajones desmayados soportaba y contenía todo el material del pintor en perfecto desorden. Regina llegó hasta el centro del estudio y, dándose vuelta sobre sí misma, como extendiéndolo con los brazos abiertos, me lo ofreció.

—¿Te gusta?

—Muchísimo —le contesté excitado.

Pronto me acerqué a los cuadros y de inmediato contuve la respiración. Mi primer impulso fue tropezar entre una repentina vergüenza y un gesto de cautela hacia ella para comprobar que me autorizaba a contemplarlos. Regina probablemente esperaba esa turbación y se limitó a decirme:

—¿No los vas a mirar?

Todos los óleos contenían motivos eróticos y representaban a un hombre y una mujer desnudos en actitudes amoratorias. No había en ellos complacencia alguna en los detalles, sino que, por el contrario, uno podía prescindir —por así decirlo— del acto de amor en sí que los protagonistas realizaban para entrar en una muy especial atmósfera que les rodeaba y de la que formaban parte, y cuyo cromatismo —lo descubrí al instante— me recordaba las descripciones del Lobero de los paisajes del Río de la Plata. La propia curiosidad me llevó a delimitar atentamente las diversas posiciones en que los personajes se entregaban al amor, pues era algo que, hasta el momento, en todo caso había oído contar pero jamás visto ni vivido; mas apenas hube observado con detenimiento unos cuantos cuadros, la atmósfera comenzó a imponerse de tal forma que me impelió a alejarme un tanto para contemplar el conjunto, como si de un resplandor se tratara. Todos ellos estaban atravesados por un efecto de luz que, emanando de los cuerpos, cubría por completo el espacio de cada lienzo, llegando a fundirse en algunos de ellos de modo admirable, y la propia calidez de la luz —la cual, tras un detenido examen, ya no me habría atrevido a calificar de solar sino de sensual— comenzó a penetrar en mi cerebro en busca de algo que pugnaba por abrirse paso desde el fondo del mismo para encontrarse con ella. Mientras luchaba por recordar, comprobé que las formas de los amantes, si bien definidas, no eran en modo alguno realistas, ya que tendían a exponer volúmenes a capricho de la sugerencia del artista, quien no tenía empacho alguno en distorsionarlos cuanto fuera preciso. Mi doble descubrimiento, el del *voyeur* y el del admirador, me tenía trastornado; y no fui capaz de pronunciar una sola palabra, sino de mirar y mirar como si, podría decirse, los estuviese devorando bajo la atenta presencia de Regina. Pero ¿qué tenían que ver aquellos cuadros con la funesta advertencia de Regina a su hermano? ¡Oh, ingenuidad!

Fui recorriendo las paredes, presa de ansiedad, y cada uno de mis desplazamientos era seguido, a mis espaldas, por ella. De continuo sentía su cuerpo allí, detrás de mí, como una encarnación de lo que yo encontraba en las pinturas, hasta el punto de hacérseme dolorosamente insostenible ese cerco físico que descontrolaba por completo mis emociones. Cada nuevo lienzo disparaba aún más mi sensibilidad, al tiempo que podía escuchar la respiración de Regina y hasta fundirme en ella, como si estuviese mirando los cuadros con su cuerpo y sus ojos. Y me detuve de pronto, con un estremecimiento que

sacudió todo mi cuerpo de tal modo que sólo acerté a balbucir, volviéndome y negándome a la ya innecesaria contemplación:

—Son maravillosos.

Recuerdo la humedad de las lágrimas, que no pude contener; y cuando Regina tomó mi rostro entre sus manos me abracé a ella con todo el calor de mi cuerpo, hasta tal punto que la luz que buscaba en mi memoria acudió y entendí que era la misma que me había rodeado en la proa del *María Purísima*, cuando me precipité tan adentro de mí mismo que ya no distinguí límite ni contacto alguno, sino tan sólo una blancura que se extendió hasta que dejé de ver por mis ojos.

Las manos de Regina me devolvieron a ella, a mí y a la habitación. Tomándome del brazo, se dirigió hacia una pintura colgada junto al ventanal y, con un gesto, me indicó que la observase. No pude reprimir un gesto de desconcierto. El motivo del cuadro era radicalmente distinto a los demás: representaba un inequívoco pero turbio ambiente de tormenta sobre un paisaje en el que se distinguía una casa que me recordó enteramente a la casa de Solano, y en primer plano, como observándolo todo y, a un tiempo, dirigiéndose hacia el lugar, aparecían la cabeza y los hombros de un hombre, un muchacho joven más bien. La atmósfera del cuadro era inquietante y daba la impresión de algo maléfico por suceder. En seguida advertí que al pie del paisaje había una leyenda y, acercándome, traté de descifrar la caligrafía de pincel de Regina. Decía solamente: *El esperado*.

—¿Es el título del cuadro? —pregunté.

Regina selló mis labios con su mano y me besó en la frente.

Hubiese jurado que la cruel oscuridad bajo la que navegaba se disipó de pronto, pero no era cierto; venía entrando en mí paulatinamente, y sólo cuando la claridad se hizo carne conmigo comprendí que yo la seguía con mayor atención aún que al rumbo y que, así como los merodeadores nocturnos que acecharon la temerosa vigilia se alejaban velozmente —luego de dudar por última vez— tras el rastro del manto de la sombra que les protegió, así la aurora se aproximaba al vigía que se mantuvo en la noche mientras dormían sus compañeros. Ahora lo recuerdo con tanta exactitud que en cierto modo vuelvo allí, a la alegría que me invadió como la luz, descubriendo un cielo al cual las nubes dejaban paso y que se reflejaba jugueteando en el vaivén de la marejadilla. Quizá anunciara un día hermoso o quizá cerrase de nuevo, pero el júbilo estaba tan dentro de mí que en modo alguno podría llegar a desaparecer.

Consulté mi reloj, y aun cuando ya era hora de cambiar la guardia, decidí alargarla. Dentro del barco, un silencio impecable delataba el profundo sueño de los demás y yo deseaba más que nunca recrearme en la mañana recién descubierta. El velero me pertenecía enteramente y, con él, disponía del mar. Así pues, miré y miré, sin respetar el tiempo. La fascinación del mar era idéntica a la del fuego: siempre el mismo, siempre cambiante, como la pirueta perfecta de una paradoja inmortal.

Entonces surgió de entre las aguas, afilando la línea del horizonte, con el poder de un dios que separando el cielo de la tierra hiciera ver la grandeza del cielo y de la tierra del mismo modo que una criatura, al abrir sus ojos y ver por ellos, hace creíble otra vez la

vida. Arrebolado, coralino, rojeante, ígneo al fin, el sol comenzó a elevarse; y cuando en sus tres cuartas partes se hizo visible apareció, rojo encendido, como una gran vela embolsada navegando majestuosamente hacia mí. Luego, poco a poco, con la delicadeza de una gota de agua o una pluma de ave, tomó altura, se hizo globo y señor del aire, y al mirarlo ascender, sentí tal arrebató que éste se rompió dentro de mí y, al esparcirse, comencé a escuchar mi nombre rebotando entre todas las paredes de mi cuerpo.

Si grité, no lo oí, puesto que yo ya pertenecía al unísono del amanecer. Algo, inexpresable aún, había sucedido y me percataba de su fuerza, porque borró Solano, su gente, su ámbito, su amenaza, la noche y mi incertidumbre. Estaba en mí, finalmente, aunque todavía no supiera cómo.

### III

## **Los hijos de la noche**

Las breves laderas, que, al otro lado de la ría, se levantaban hasta el peñón, comenzaron a diluir su luminoso verdor en la pátina humosa que avanzaba desde el interior. Más atrás, las colinas adquirían ese tono azul-gris con que la lluvia las tinta cuando desciende sobre ellas, cuando las mulle antes de hacerlas desaparecer a la vista tras la cortina de agua y su velo de luz encenizada. El mar, azulenco, adquirió una provisional calidad metálica, parecía una lámina. El *María Purísima*, fondeado en la canal de la ría, encendió por contraste sus colores; el negro vino a pizarra y el siena se anaranjó. Cuando desaparecieron las colinas, la mar tomó un claror grisáceo teñido de verde, con una franja oscura y larga en la canal rielada por el reflejo de la proa del balandro, que había virado sobre el ancla. El olor de la lluvia que descargaba sobre las colinas inundó de pronto la ría y el puerto. El celaje blancuzco iba siendo invadido por nubarrones que se amontonaban y superponían y, más allá de ellos, cubiertas definitivamente las colinas, un cielo afoscado devoraba el espacio. Capturó las nubes, que desaparecieron, ahumó las laderas hasta hacerlas irreconocibles y, desde el fondo, se apoderó del agua. Ante él, la ría comenzó a rizarse, y tras el rizo, que mudó el color en plata, la neblinosa cortina de agua ocultó la propia lluvia. Rompió el trueno; una culebrina trató de sajar la ensabanada cellisca que cubrió todo de pronto y anubló hasta convertir en una mancha al *María Purísima*. Siguió una tromba detrás del chaparrón; luego la ría, el balandro y las laderas reaparecieron en seguida y, tras cambiar a llovizna, volvieron también las colinas bajo el eco de la tronada que se desvanecía.

—Ésa no es —dijo el hombre que, a la puerta de la taberna y acariciando una copa de coñac con la mano, observaba la descarga.

Alguien comentó desde la penumbra:

—La tormenta aún ha de llegar.

—Viene granizo —dijo el hombre de la copa de coñac—. Llegará al anochecer.

—Antes —comenzó otra voz— deberían sacar el *María Purísima* de la canal.

Hubo un silencio cargado de humedad y olor a madera y vino agrio. El tabernero dio la luz. La llovizna continuaba. Un hombre se alzó desde el fondo y se dirigió a la barra.

El Lobero depositó unas monedas en pago de su copa y saludó a la concurrencia. El tipo de la copa de coñac se hizo a un lado para dejarle paso. Bajo el dintel, miró a uno y otro lado de la calle y luego al cielo. Después alzó el cuello de su pelliza, como quien toma una decisión, y salió al exterior con paso enérgico.

Chasquidos, murmullos, pasos violentos, voces repentinas, ruidos de arrastre, graves silencios, entradas y salidas, gente afecta a la casa, gestos apresurados, el jardín desierto,



conversaciones escondidas, las sirvientas acorraladas en la cocina, cuchicheos, cierta desidia repentina, un ahogado clamor... es todo lo que recuerdo de los dos días que siguieron a nuestro desembarco en Solano, y que me hicieron a un lado en aquella casa, como si mi persona sobrara allí de tal modo que ignorasen hasta la posibilidad de alejarme de ella. Durante dos días nadie se ocupó de mí y yo dejaba pasar las horas muertas en el prado o me refugiaba en la casita del fondo, y estoy seguro de que si no hubiese estado atento, en algún caso me habría quedado sin comer. Almorzaba solo en la cocina, por orden de los Mayor, bajo la mirada suspirante de la cocinera. Jaime se había negado a bajar de su cuarto, de modo que le subían la comida; Mariana Linazo no trasponía la puerta de su habitación; y Arturo Mayor se encontraba permanentemente reunido con los notables del pueblo, especialmente durante la comida, en la que solían juntarse varios de ellos de una sola vez. Toda la casa era un desbarajuste agobiante; ni siquiera osaba sugerir que deseaba volver a Madrid, pues mi zozobra me impedía hacer otra cosa que perderme en cualquier parte o pasar desapercibido bordeando la casa a la espera de una señal que me orientase hacia alguna decisión. Tan sólo una vez sentí que yo existía para ellos, y no fue precisamente plato de gusto: al atardecer del primer día, debido a la conducta de Jaime, fui trasladado a una habitación del piso alto, lo que provocó en mí una conciencia aún más poderosa de rechazo y olvido. Esa noche permanecí mucho tiempo despierto, escuchando a las lechuzas con el corazón en un puño, deseando febrilmente no estar allí, en Solano, como si de pronto el mar me hubiera devuelto a tierra igual que a un intruso y todo el mundo se alejara del que había sido manchado de modo tan afrentoso con el estigma de quien no pertenece a un lugar y sólo la compasión evita que lo expulsen de él.

Algo se rebeló en mí, sin embargo. Tampoco ellos pertenecían a los míos y este pensamiento me llenaba de un grato furor; a veces, entre tanta hora consumida en nada, aguardé expectante —desde mi escondrijo en la casita, que acabó siendo el único lugar donde pude sentir intimidad durante esos dos malditos días— que de pronto la casa de los Mayor se viniera abajo, o que la rodease una tormenta infernal o que grandes lenguas de fuego apareciesen por sus ventanales castigando su indiferencia con la consunción de sí misma. No alcanzaba a entender la crueldad que se cernía sobre mí y, exasperado, recordaba las palabras de mi madre antes de mi partida: «No te olvides de tener siempre respeto y educación y hacer todo lo que te digan, aunque no te guste. Ellos viven de otra manera que nosotros».

Ahora me divierte. Sí, quizá me divierte reconocer a aquel muchacho enfurecido exactamente hasta el lindero de su aún titubeante estima personal. Me divierte su incompreensión de la medida de los acontecimientos como me entenece el ingenuo descubrimiento que muy pronto calmó la humillación a la que se hallaba sometido; no porque canjease uno por otra, sino porque el primero le atrapó de tal modo que se desprendió de la segunda sin percatarse de ello.

Sucedió a media tarde, todavía con la merienda en el estómago. La cocinera estaba tendiendo la ropa mientras mantenía una rezongante conversación consigo misma cuando, al volverse para extraer otra prenda del barreño que contenía la colada, me

descubrió acodado en una ventana de la casita. Tras dudar de sí misma, se acercó a mí con los brazos en jarras.

—Oye, rapaz, ¿qué es lo que estás haciendo ahí? —preguntó de no muy buen talante.

—Nada, mirar —contesté yo cautelosamente.

—Pues ya estás bajando y yendo para el prado, que ése no es lugar —dijo con aspereza.

Me retiré de la ventana y bajé al punto. Luego, poco a poco, fui aproximándome a ella, que había vuelto a su trajín.

—Y ahora ¿se puede saber qué quieres? —dijo cuando estuve a unos pasos de ella, sin volver la cabeza.

—No sé. Me parece que me voy a ir a mi casa —contesté, también yo de mal humor.

No esperaba nada, incluso lo dije por decir algo, pero menos que nada esperaba la reacción de la mujer. Diose vuelta, me tomó por los hombros, me abrazó hasta la asfixia entre sus contundentes pechos y comenzó a verter medias lágrimas y lamentos.

—Ay, pobrecico mío, qué solo te han dejado en esta casa —repitió una y otra vez, complaciéndose estremecedoramente en la desdicha, y de pronto, saliéndole de adentro y sin hilación aparente, dijo, no con rencor, sino tan sólo apelando a la justicia de los simples de corazón—: Quieran los cielos que esa mujer pague el mal que ha hecho al señor —y, repentinamente asustada, añadió—: Que Dios me perdone por decir estas cosas.

Me desasí de cualquier modo, lleno de buenas palabras, y escapé al prado como una exhalación, con la mente tan poblada de relámpagos que sólo el cuerpo dislocado por la carrera era capaz de expulsar la descarga recibida; hasta que ya en los sauces, aferrándome a un tronco y dándome vuelta sobre él, sin soltarlo mas con violencia, me desplomé en el suelo presa de los últimos coletazos de una fuerte conmoción. Se refería a ella, sí, a Mariana. Y, al fin lo vi, a Pepín el Guapo. Una avalancha de emociones desconcertadas me estaba anegando mientras no daba crédito a la velocidad de mi pensamiento, que, como desentendiéndose de mí o, a lo sumo, aceptando que yo lo siguiera a uña de caballo, desprendía en su alocada carrera las piezas del puzzle que conformaban la imagen de sus dos cuerpos entrelazados en un abrazo tan increíble que mi propia imaginación se tambaleó brutalmente.

La terrible escena de mi amigo Jaime golpeando implorante la cubierta del *María Purísima* volvió como un desolado imposible desgarradoramente cierto y único. También su sombría mirada de ira y de pena de la noche anterior a aquel día: yo ahora sabía, por fin, quién era el destinatario. Una tras otra, numerosas imágenes anteriores tomaron cuerpo, como una serpiente que, camuflada en el follaje, de pronto se deja ver y su presencia nos hiela la sangre en las venas un segundo antes del ataque, pues nadie que huelle su territorio es inocente para ella. Por un momento volví la vista a todas partes sin saber qué ansiaba, pero buscando al Lobero; porque también como una iluminación entendí que él poseía las claves de lo que para mí era, a partes iguales, un imposible que me acosaba despierto, y por lo tanto irrechazable, y un deseo de saber vertiginoso e imparable.

Me encontraba desconsoladamente solo y lejos. Solo ante las conclusiones que no me atrevía a formular; lejos del Lobero, de Regina y aun del propio Jaime, encerrado en su

habitación como un perrillo olvidado en la guarida. El cielo se desplomaba sobre mí y yo no sabía adónde dirigirme, pero sí sabía otra cosa: que tampoco quería refugiarme; lo que me aguijoneaba era un deseo acuciante de actuar y, desgraciadamente, no contaba con medio alguno para ello. Sin embargo, abandoné el prado a paso vivo, crucé el jardín, que seguía desierto, traspuse la cancela y, adentrándome resueltamente en la plaza, me eché al pueblo a buscar al Lobero.

Regina debería haber venido. Era evidente que aquella conversación sorprendida en su estudio hablaba de aquellos dos amantes de los cuadros y ella debería haber venido –me repetía tercamente– para poner orden en la casa. Pero también recordé las palabras del Lobero. «Es fría y cruel», había dicho, y la sola idea de que pudiera tener razón me recorrió con un estremecimiento. Aquella casa de tan oscura e intimidante atmósfera como mi noche de guardia en el velero parecía haber desencadenado un humor maléfico cada vez más acentuado, y acaso ninguno de sus habitantes estuviera libre de él.

Sólo la llamada del hambre me detuvo, no el cansancio que al cabo de un par de horas arrastraba conmigo. Había recorrido el pueblo de punta a cabo sin resultado alguno. En dos o tres bares, entre ellos aquel que nos recogió por vez primera, me atreví a preguntar, superando mi timidez, pero no pudieron darme noticia suya; incluso me observaron con una mezcla de desconfianza e intriga, por lo que en algún otro me limité a atisbar su interior por si la fortuna se ponía de mi parte. En todo caso, el angustioso paseo tuvo la virtud de debilitarme lo suficiente como para recuperar algo de mi perdida estabilidad. Cuando regresé al punto de partida traía un hambre de mil demonios, de modo que me escurrí hacia la cocina por la parte trasera y tuve que soportar las agobiantes quejas de la cocinera, que había estado buscándome por todas partes.

–Todos en esta casa parece que han perdido la cabeza –decía con infinita resignación–. Y ahora tú también te me escapabas como un golfo sin decir adónde vas. Jesús, Jesús... Quiera Dios que no tengamos que lamentar desgracias mayores que este castigo.

Yo sólo me repetía, mientras devoraba la comida: «Tengo que encontrar al Lobero, tengo que encontrar al Lobero». Como si temiese olvidar la única idea que me rondaba la cabeza, mula alrededor de la noria.

Al caer la noche fui perdiendo poco a poco las esperanzas. Vi entrar a algunas personas en casa, entre ellas el médico, el alcalde y el cura, y supuse que estarían todos reunidos en el salón, pero me faltaron ganas para ir a escuchar bajo la ventana. Estaba seguro de que el conciliábulo se celebraba para tomar medidas que ni me atrevía a imaginar. Mariana, al igual que Jaime, continuaba recluida en el dormitorio y ni siquiera bajó a comer y a cenar en aquellas dos exasperantes jornadas; todo lo más acudía de cuando en cuando a la habitación de su hijo, pero esto sólo pude verlo desde el pie de la escalera y, a cuenta del clima que reinaba en la casa, me limitaba a ascender por ella estrictamente para dirigirme a mi dormitorio.

Muy cerca estuve yo de saber que, en aquellos momentos, Solano era un hervidero de tensiones a medida que avanzaba mi desmayada tarde, y que a la noche siguiente, a sabiendas de todos, iba a estallar no ya la tormenta que desde el mediodía venía anunciándose en el cielo para espanto de mi ya quebrantado espíritu, sino un turbión de

pasiones que convirtieron Solano en un pueblo del que habría de hablarse en la comarca durante muchos años.

En la noche del segundo día de la vuelta a Solano del *María Purísima*, León cenó, como de costumbre, sin otra compañía que la de la cocinera y las dos criadas, las cuales andaban de arriba para abajo con las bandejas destinadas a los dormitorios; entraban y salían, moviéndose como pajarillos e intercambiando miradas y muecas de continuo, sin asomo de broma, como transmitiéndose los estados de ánimo de ambas habitaciones; cuando trataban de iniciar alguna charleta, la cocinera, con severidad, las mandaba callar sin dilación. León, seriamente incomodado, apresuró en lo que pudo su comida y prefirió escurrirse escaleras arriba para buscar el abrigo de su nuevo dormitorio.

Acodado en la ventana, León miraba distraídamente los últimos movimientos de gentes en la plaza, personas que la cruzaban en una u otra dirección, camino de sus casas. Las miraba sin verlas, porque su cabeza estaba demasiado ocupada en consideraciones acerca del anormal comportamiento de los habitantes de la casa y de esa suerte de tensa espera que le encogía el alma, sobre todo porque de continuo se obligaba a preguntarse qué pintaba él en medio de aquel tinglado. No podía seguir aguardando indefinidamente a que el verano finalizase —es decir, se cumpliera la fecha que sellaba su billete de regreso— si todos los días por venir se sucedían como los precedentes. Además, echaba mucho de menos al Lobero, la única persona cercana a la que podría haber hecho partícipe de la relación entre Mariana y Pepín el Guapo, cuyos efectos, que le habían estremecido hasta sus raíces, aún perduraban; algún atavismo conducía su imaginación a un nerviosismo exacerbado cada vez que trataba de imaginarla, como si el hecho de imaginarla la hiciera más incierta y alejara aún más la posibilidad de que no fuera sino un mal sueño. La sola idea de una Mariana entregada a Pepín le hacía temblar y atragantarse; la imagen de Mariana, tan suave y elegante, abierta a cualquiera —pues no de otro modo concebía la infidelidad León— laceraba con una crueldad sin límites todo cuanto él conocía y deseaba de la vida, del amor y de la belleza, dejándole inerme, abandonado, preso del más absoluto desamparo en este mundo; también de sí mismo y de las personas queridas. Como un alud, lo que suponía cobijo y firmeza en sus convicciones y en sus juicios se vencía sobre él y, despavorido, ni acertaba a escapar ni disponía de valor suficiente para dejarse enterrar.

Paseó silenciosamente por la habitación. A veces se dejaba caer, vestido, en la cama; otras, volvía a la ventana, tratando de distraer el curso de sus pensamientos; otras, se mantenía inmóvil y a la escucha. Cuidaba de no hacer ruido al pasear, quizá para evitar

que alguien de la familia cayera en la cuenta de que permanecía aún allí, en la casa. Su dormitorio era más modesto que el compartido con Jaime, pues se hallaba junto a los de la servidumbre, y también más triste. Allí no colocaban flores, ni siquiera había un florero, y el lavabo carecía de grifo, era una simple palangana encajada en un soporte con una jarra metálica llena de agua bajo ella. León se sintió deprimido y volvió a tenderse en la cama.

Pensó en Regina. No conseguía entender cómo ella no estaba en Solano. La certidumbre de que la conversación, malamente oída, entre Regina y su hermano se refería a los amores de Pepín con Mariana hacía aún más quemante su ausencia. Una frase allí escuchada repiqueteaba insistentemente en su cabeza: era aquélla referida a la mirada sobre los cuadros que Regina exigió a Arturo. La asociación de los cuerpos desnudos le hizo violentarse una vez más, hasta que alejó la imagen de Mariana desnuda y abrazada a Pepín... ¿Por qué Regina obligaba a Arturo de ese modo? Volvió a recordar las palabras del Lobero: fría, astuta, cruel. En realidad la pregunta escondía un profundo miedo a que fuera cierto. Se dio vuelta y enterró el rostro entre los brazos. Por ese camino sólo conseguiría atormentarse y volver a la obsesiva imagen de Mariana y Pepín entrelazados, que le estremecía tan violentamente.

Regina los acompañó hasta el embarcadero y allí permaneció contemplándolos un buen rato. Luego la vio volverse, caminando despacio y como mirándose la punta de los pies, y eso le provocó una aguda melancolía. Sin embargo, su despedida había sido cordial, muy diferente –ahora lo recordaba– a la alegría de la llegada, mas en modo alguno detentadora de la pesadumbre y el vacío que deberían rodear un descubrimiento como aquél. Era tan intrigante como el cansancio mortal de Arturo Mayor, cuyo gesto permaneció impasible incluso cuando hubieron de enfrentarse al fuerte ventarrón que les sorprendió ya a medio día de Solano. Desde que pisaron tierra, León estuvo comido de intuiciones, pero sólo cuando la verdad se le reveló el estupor lo envió aún más abajo. En esos dos días Arturo no había tomado medida alguna contra Pepín. León aguardaba algo terrible e inconcreto a la vez, pero en ningún caso llegó a imaginar ni el vergonzante apartamiento a que lo sometían, ni la impasibilidad de Arturo, ni la falta de gritos o estruendo que, prudentemente escondido, esperó como un inevitable corrimiento de tierras. No hubo sino silencio y reclusión, como si la casa se hubiera convertido en un asilo de enfermos contagiosos por el que hubiera que caminar de puntillas y sólo quien tuviese una misión concreta que cumplir poseyera derecho de paso. Llegó un momento en el que prefirió salir a orinar al prado antes que verse obligado a transitar por los pasillos en busca del cuarto de baño. Afortunadamente para él, la cocina tenía acceso directo desde la plantación de frutales.

León volvió a acodarse en la ventana. Nadie cruzaba ya la plaza y las luces del bar al otro lado de los plátanos estaban apagadas. Esa tarde había caído un fuerte aguacero sobre Solano, y León, en su afán por huir de la casa, se vio obligado a refugiarse en la casita, aunque en un principio tratara de hacerlo en el porche; pero el agua venía racheada y estuvo a punto de calarse hasta los huesos. Una intensa humedad invadía la atmósfera desde entonces y, cuando pasó, León pudo ver que un nuevo frente de

nubarrones se acercaba por el noroeste cuando aún resonaban los truenos de la primera descarga. Presintió la tormenta y su dureza y estuvo viendo caer la lluvia, ensimismado, escuchando cómo henchía la tierra. Cuando cedió el día, una medialuna acerada asomó entre las nubes tan sólo unos minutos y luego desapareció; León tuvo el pálpito de que ya no volvería en toda la noche y que la tormenta se acercaba inexorablemente; sólo entonces se decidió a abandonar el refugio y escondite y acercarse a la cocina para explorar la cercanía de la cena.

Mirando hacia la plaza, a León le alegró especialmente haberse recogido ya en el dormitorio. Pese a sus temores y al tremendo respeto que producía la situación, había decidido abordar a Arturo en el curso del siguiente día y plantearle que quizá fuera mejor para todos que él regresara a Madrid. Le angustiaba improvisar la vuelta de un día para otro, sobre todo teniendo en cuenta que debería volver a transbordar en la ciudad y, probablemente, hacer noche en ella, como a la venida, pero, aun con toda la precipitación, era preferible salir de Solano cuanto antes. Por mucho que cerrase los ojos, no lograría que el pueblo desapareciese al abrirlos.

Únicamente un punto de tristeza manchaba sus planes: no volvería a ver a Regina. Vuelto de nuevo a la cama, echado boca abajo y con los ojos cerrados, fue dejándose invadir por la melancolía. Se imaginaba a sí mismo, taciturno, alejándose, ondeando tras su figura la estela de un adiós imposible. Acaso volviera la cabeza un par de veces, no con ansiosa desesperación, sino con el abatimiento digno de una actitud sacrificial, lúcida e inexorable. Probablemente, Regina desembarcaría unos días después y acaso en un primer momento no le echase en falta, pero a poco comprendería. Veía su gesto y se sentía infinitamente recompensado; tanto que comenzó a sentir la humedad en los ojos y, sin contención, dejó fluir las lágrimas. Después lloró desconsoladamente, ahora sí que derribado por una tristeza cósmica.

Unos golpes secos en la puerta de su habitación le hicieron abrir los ojos.

—León, apaga la luz, que es tarde.

Era la voz de una de las criadas. Se incorporó de un brinco. «He debido de quedarme dormido», pensó. Miró a su alrededor, todavía un poco atontado. La bombilla del techo, efectivamente, permanecía encendida y él vestido y con zapatos. Saltó de la cama y oteó a través de los cristales: la noche estaba como boca de lobo y la cancela ya cerrada. Malhumorado, pensó en desnudarse.

—León —volvieron los golpes—, que te acuestes de una vez.

—Ya va, ya va —contestó con una pizca de irritación.

La idea de desnudarse y meterse en la cama le produjo gran desaliento. Estaba de nuevo despejado, y al fondo, lejos aún, se escuchaba tronar. Comenzó a tiritar, no de frío sino de intranquilidad. Algo en la noche le producía inquietud; temió que fuera una de esas noches en las que no lograba conciliar el sueño y los temores tantas veces aborrecidos venían a enseñorearse de él, tan lejos de la madre e incluso de cualquier ser humano, aunque se tratara de Jaime.

Terminó de desnudarse, echó un último vistazo a la tormenta que se avecinaba, entró en la cama y apagó la luz. Durante algunos minutos se revolvió impaciente, cada vez más

alejado del sueño y atormentado por la perspectiva del insomnio. Cuando la luz delimitó el marco de la ventana comenzó a pasear los ojos por toda la habitación en busca de su ámbito, intentando reconocerla cuanto antes. Le molestaban extraordinariamente los chirridos de los muelles del somier, así que se quedó quieto, boca arriba, con el embozo subido hasta la barbilla. Entonces sintió una oquedad muy grande en el cuerpo. Le provocó tal susto que no se atrevió a moverse pensando que había desaparecido una parte de él. Mas sólo fueron los segundos que tardó su oído en avisarle, pues el silencio le sobrecogió enteramente; un silencio que se había depositado en el aire como polvo sobre los muebles, quieto, entero, único. Alarmado, dejó de respirar. Nada se movía. Su propia mente quedó en blanco. De pronto sintió que se encontraba bajo tierra, en un ataúd, y el propio susto le empujó hacia la realidad. Respiró hondamente y, justo al hacerlo, volvió la sangre al cerebro, y entonces comprendió: las lechuzas; eran ellas; mudas, o muertas, o huidas, pero eran ellas, es decir, su ausencia: ni una sola cantaba esa noche; ni una sola acudía a su lecho de tierra, a su cadáver sepulto y a su cabeza atónita; y como si un poderoso temblor le devolviera la vida, entendió que algo espantoso estaba a punto de suceder bajo el silencio misterioso de las aves nocturnas.

Salí sigilosamente de la cama; me acerqué de puntillas, lento y cuidadoso para no alterar el silencio, a la silla donde había dejado la ropa doblada, y comencé a vestirme a tientas a la exigua claridad de la ventana. Tuve que andar a gatas para localizar los zapatos y los calcetines, que habían desaparecido misteriosamente, y me los calcé sentado sobre la alfombrilla. Después, continué gateando hasta la puerta, e incorporado sobre ambas rodillas giré el picaporte, inmovilizándolo apenas hasta que un hilo de luz dibujó la jamba. Permanecí unos segundos atentamente a la escucha y fui soltando el picaporte poco a poco. Tampoco se escuchaba ruido alguno en el piso, pero la mortecina luz del distribuidor estaba encendida y supuse que la dejaban prendida durante toda la noche. Todos estos pasos los recuerdo con precisión.

De improviso, me pareció escuchar pasos; unos pasos cautelosos y, sin embargo, apresurados. No me atrevía a asomar la cabeza, aunque mantuve la pequeña abertura de la puerta. El ruido se esfumó en seguida, pero percibí algo sin saber qué. Al cabo de unos instantes, un casi imperceptible chirrido me dio a entender que una puerta acababa de abrirse; aunque estaba muy agitado por la curiosidad y por lo forzado de mi propia quietud, respiré hondo, traté de relajarme al comprender que el ruido provenía del piso de abajo y me animé a entreabrir un poco más la hoja y hasta asomar la nariz. Las criadas dormían, sin duda; alguien –el mismo Jaime quizá– debía de haber salido al

cuarto de baño. Como medida de cautela decidí esperar a que, quienquiera que fuese, regresara a su dormitorio para intentar entonces el descenso.

En realidad no me detuve a considerar si existía razón alguna para salir de la habitación. Tomé la decisión de modo instintivo, y de haberlo sopesado, con toda probabilidad habría permanecido en ella, insomne y excitado evidentemente, pero en ella. Por el contrario, me movía siguiendo un impulso ciego, inequívoco e incuestionable; sentía que debía hacerlo: moverme hacia abajo; una vez allí, algo o alguien volvería a indicarme el camino, mas ni siquiera eso cruzaba mi mente, como si lo diera por supuesto, al modo del depredador que, una vez que ha venteado la pieza, emplea toda la noche si es preciso hasta dar con ella, atento sólo a los vericuetos, detenciones, rodeos y revueltas que su instinto le señala.

Ya me disponía a intentar una escapada hasta el pie de la escalera cuando un tremendo estrépito me devolvió rauda al dormitorio con el corazón en la boca. Primero se alzó un grito, quizá de asombro, acaso de incredulidad, seguido de una voz femenina que decía: «Oh, no..., no, ¡no!»; después algo que recordó un tozudo mugido y que se trastocó en un gemido que reconocí al instante, cargado de desesperación, aleteando como el ave despavorida ante la rapaz flechada; luego un golpe fortísimo, seco, contra el suelo, un mueble derribado quizá, seguido de otro tan violento que me hizo daño. En ese momento, las puertas de las habitaciones contiguas a la mía se abrieron para dar paso a la cocinera en primer lugar, envolviéndose apresuradamente en una bata y gritando a las criadas, que asomaban en ese preciso instante: «¡Abajo! ¡Abajo! A la habitación de la señora». Volví a escuchar, mezclado con los pasos precipitados por la escalera, un sonido como de un cuerpo que forcejease con otro y luego se desasiera, tropezando contra la pared, una carrera y un portazo violento. Sin dudarlo, eché a correr también escaleras abajo, volando sobre el pasamanos, y me planté en el piso inferior en menos de lo que se tarda en pensarlo.

La escena me detuvo en seco, anonadado. Ante la puerta abierta del dormitorio de los Mayor, la cocinera ayudaba a incorporarse a Mariana. Ella sollozaba convulsivamente y su camisión aparecía caído hasta la cintura, quizá rasgado, mostrando el torso desnudo, recorrido de espasmos. Detrás, a la escasa luz de la habitación, vi la ropa de cama arrojada a los pies del lecho y la mesilla derribada junto con la lámpara, que aún lucía. Recuerdo que di un respingo al ver agitarse los pechos descubiertos que Mariana, ajena a su desnudez, no hacía por ocultar, como transida de un dolor que laceraba su rostro de un modo tal que me pareció por primera vez tan bello como terrible. Las dos criadas, a su izquierda, temblaban cogidas del brazo y clavadas al suelo. La cocinera volvió el rostro para reclamar algo y una de ellas, descontrolada, echó a correr hacia el cuarto de baño. Mariana, ya en pie, se había recogido en el regazo de la cocinera, pero, de pronto, se arrancó de ella, como si un relámpago la atravesara, y corrió al dormitorio de su hijo. Debía de estar cerrado por dentro, y además, en ese instante percibí que de su interior, roto por intervalos de rabiosos silencios, procedía ese gemido lastimado y, a la vez, ahogado en su propia furia. Mariana golpeó con desesperación la puerta gritando quebrada y febrilmente el nombre de su hijo, y sólo los esfuerzos de la cocinera y la



segunda criada lograron apartarla de allí mientras se aferraba al picaporte con todas sus fuerzas. Ella se debatía entre las dos mujeres pugnando por escapar y yo estuve a punto de acudir en su apoyo si el pudor ante el cuerpo semidesnudo de Mariana retorciéndose no me lo hubiera impedido. Al fin la cocinera consiguió atraerla hacia sí y sujetarla con tal firmeza que Mariana pareció desvanecerse en sus brazos. En ese momento Jaime apareció a la puerta de su dormitorio. Estaba vestido –en eso debió de ocuparse durante el encierro– y su mirada despedía sangre. Miró a todos los presentes ligeramente encorvado y con los brazos abiertos, casi en posición de ataque. Por unos segundos todos permanecimos inmóviles, como si compusiéramos una estampa dramática; en seguida la cocinera se volvió en redondo de modo que Mariana quedase oculta a la vista de su hijo y, abrazándola aún más fuertemente, se encaró con él ordenándole que volviera a su habitación. Jaime reparó entonces en la espalda desnuda de su madre y en el aparente desmayo, y aquel mugido de bestia herida brotó de nuevo de él. Yo, sin dudar un segundo, acaso comprendiendo por fin, me interpose entre el muchacho y las dos mujeres, pero Jaime pareció desinteresarse de todo cuanto le rodeaba y, apartando de un empujón a la otra criada, que volvía del baño, se lanzó escaleras abajo como poseído por todos los demonios. Aún Mariana, que de pronto pareció recuperarse, extendió un brazo hacia la escalera, reuniendo fuerzas para gritar con desgarró su nombre, pero la cocinera, cortando en seco el primer brote de histeria de las criadas, la arrastró hasta su cuarto y la derribó sobre la cama. Al segundo estaba en el marco de la puerta y, por primera vez, pareció reparar en la presencia del atónito observador que era yo.

–Señorito León –dijo con una firmeza que me atrapó–, vaya con el señorito Jaime hasta que yo baje.

Volé a la planta baja sin rechistar, urgido por la importancia del momento, todavía latiéndome en las mente la brusca y terrible belleza que había descubierto en Mariana.

Hube de prender la luz, pues toda la planta estaba a oscuras. En un primer momento me lancé hacia la puerta de entrada, pensando que Jaime habría huido al prado, pero ésta se encontraba cerrada. Pese a todo salí al rellano. Algo me dijo, sin embargo, que Jaime no había pasado por allí. Prendí la luz exterior y volví a entrar. Unos golpes procedentes de la cocina me alertaron. Parecía ruido de cajones, y al acercarme observé que la luz estaba encendida. Sin titubear, me encaminé hacia allí.

Jaime acababa de vaciar un cajón de la gran mesa de madera cuando entré; sorprendido, se inmovilizó en un gesto defensivo; luego siguió rebuscando.

–Jaime... Jaime –lo llamé, sobreponiéndome al espectáculo de los vasos y cacerolas volcados.

Mi amigo se apoderó repentinamente de un cuchillo pequeño, una puntilla, y yo, veloz como el relámpago, agarré una silla y me cubrí con ella.

–Pero... ¡estás loco! –casi grité–. ¿Qué vas a hacer con eso?

La voz de Jaime llegó medio estrangulada:

–Quítate de en medio, esto no va contigo.

–Qué cojones... –acerté a barbotar, tan asustado como indignado, mientras con un escalofrío recordaba la figura de Mariana.

–¡Quítate de en medio te digo! –gritó frenéticamente Jaime, blandiendo el cuchillo.

–Si te acercas a tu madre –le advertí duramente– te parto el alma, cabrón.

Jaime rompió a reír histéricamente.

–Eres un estúpido –continuó después, con lentitud y desprecio–. Eres el tío más estúpido que he visto en mi vida. Eres un idiota tan grande –parecía complacerse deliberadamente en el insulto– que ni siquiera puedes darte cuenta. Eres tan bobo y tan ridículo que te has puesto del lado de él –reculaba al tiempo que parecía paladear con deleite cada uno de los epítetos que me aplicaba– y de todos esos malditos cabrones que han entrado aquí, de esos cerdos tan cerdos como él –yo, boquiabierto de asombro, había bajado la guardia. Jaime amagó un lance y, al responder con la silla por delante, estuve a punto de quebrarle el brazo–. ¡No me toques! –chilló Jaime. Miró velozmente a un lado y a otro y rectificó su posición; ahora estaba de espaldas a la puerta trasera–. Quédate ahí –ordenó, otra vez estrangulado–. Quédate ahí o te juro que te mato.

Y de improviso, con una habilidad y rapidez impensables en mí, salté hacia delante y él, al retroceder bruscamente, perdió el cuchillo, que rebotó en el suelo. Jaime, al descubierto, descorrió el cerrojo de la puerta y se lanzó al exterior. Me sorprendió y tardé unos segundos en reaccionar, pero inmediatamente, urgido por una angustia nacida como el rayo, aseguré de nuevo la puerta y, temiendo por Mariana y las mujeres, me precipité hacia la entrada principal para cortarle el paso, llevando la silla conmigo. Sólo al llegar ante la puerta, que antes había dejado entornada, comprendí, cuando alcancé a verle forcejear con la cancela del jardín, que no era aquél el objetivo de Jaime. Sin pensarlo dos veces, salvé los escalones de la entrada y corrí hacia la cancela, pero ya era demasiado tarde. Lo vi desaparecer entre las sombras de la plaza como alma que lleva el diablo. Entonces eché la silla a un lado y tomé apoyo en la jamba, jadeante y extenuado; luego me dejé caer de rodillas al suelo y descubrí que estaba empapado en sudor y al borde de la extenuación. Cuando cerré los ojos para encontrar alivio, la cabeza me daba vueltas como un carrusel.

Lo recuerdo ahora, al detalle, y es como si lo estuviera viviendo, a mis años.

De vuelta a su habitación, calmados los ánimos y ausentes Arturo Mayor y Jaime, que había escapado de aquella manera de la casa, León trató de conciliar el sueño o, por lo menos, de tenderse inmóvil sobre la cama. De pronto, una culebrina abrió repentinamente el cielo, y el estampido del trueno levantó a León. Tras la sábana de lluvia del atardecer, la sofoquina del resto del día había sido sustituida por oleadas de viento flojo que parecían llegar empapadas de agua; después, el olor a la lluvia que se

aproximaba fue haciéndose más y más penetrante. La tormenta avanzaba con la lentitud y firmeza de un elefante y todo el mundo se había preparado para recibir a la gran dama estruendosa; los más débiles de espíritu, atrancando puertas y ventanas y rumiando su rosario de exorcismos; los más animosos, dispuestos a contemplar el formidable espectáculo; el grueso de la población, apresurando sus ancestrales inquietudes debajo de las sábanas y confiando en el sueño. Ahora estaba ya en puertas, majestuosa, fascinante, sobrecogedora, descargando sus rayos y tronando para hacerse ver y oír, arrastrando la lluvia detrás de sí, que sonaba a lo lejos como una imponente carga de caballería.

León estaba indeciso en extremo. La sola idea de volver a integrarse en las secuelas del suceso que acababa de presenciar se le atravesaba como un hueso en la garganta. En el piso de abajo habían cesado los clamores y apenas si se escuchaba movimiento alguno; aunque las luces continuaban encendidas, la tensión parecía haber remitido. León pasó de puntillas por el piso y descendió hasta la planta baja, y allí le habría sorprendido al cabo del rato la cocinera, que se tomaba un respiro en su cocina, de no ser porque, en su distraído y silencioso deambular, casi fugitivo, tropezó con un chubasquero amarillo que colgaba del perchero. Sin vacilación, y por más que no fuera precisamente amigo de las tormentas, sino muy al contrario, se lo echó encima tomándolo como una invitación, y atravesando el jardín a paso ligero traspuso la cancela y se internó en la plaza. Aún no había comenzado a llover, pero no pudo evitar un estremecimiento al sentir la tormenta sin la guarda de la casa.

Un nuevo relámpago, vivísimo, rasgó la oscuridad iluminando la plaza, y el trueno batió el espacio siguiéndolo ya muy de cerca. La decisión de León empezó a debilitarse mientras observaba con apuro el cielo negro como la pez. Sin saber por qué, encaminó sus pasos hacia la carretera primero y, ya en ella, siguió adelante por su izquierda. El Tecla, al otro lado de la calzada, había apagado sus luces; en todo el pueblo sólo lucían las farolas y, muy distantes entre sí, algunas ventanas. El olor a lluvia era tan acuciante que hacía insoportable su espera. Cuando León fue a cruzar una bocacalle, convencido de que sus pasos le encaminaban al puerto, se dio de manos a boca con un hombre; y ya se echaba atrás de un brinco, sin poder contener un grito ahogado, cuando la luz del relámpago descubrió la figura y el rostro del otro.

—¡Lobero! —exclamó León, con una mezcla de sorpresa y alegría.

El Lobero le miró, perplejo; después frunció el ceño.

—¿Qué haces tú en la calle a estas horas? —preguntó con severidad no exenta de intriga.

León, atropellado por la excitación, comenzó a contarle de pe a pa la escena que había presenciado recientemente en casa de los Mayor. El Lobero no pudo contener un gesto de estupor, pero su inquietud aumentó considerablemente cuando León relató su enfrentamiento con Jaime y la escapada de éste.

—¿Estás seguro de que no llevaba el cuchillo? —instintivamente había aferrado el hombro izquierdo de León con la mano y éste delató la brusquedad y el dolor, pero, apretando los dientes, contestó afirmativamente, sin dar un paso atrás.

El Lobero pareció concentrarse en sus cavilaciones.

—Yo creo que quería matar a Pepín el Guapo —dijo, expectante, León.

El Lobero le miró con tal gesto de sorpresa que desconcertó al chico.

—¿No le parece a usted? —añadió cautelosamente. El otro debía de haberse desinteresado ya del asunto, pues seguía allí, erguido, inmóvil, meditando.

Un nuevo relámpago les iluminó y el trueno retumbó sobre sus cabezas. A León le sonó dentro del cráneo y se le bloquearon los oídos por un segundo. Su gesto sacó al Lobero del ensimismamiento en que se hallaba sumido. Golpeó con vaga simpatía el brazo de León y le dijo:

—Anda, vuelve a casa.

—¿No puedo ir con usted? —contestó desolado.

—No —el gesto conminatorio que acompañó su voz no dejaba lugar a dudas—. Ah, escucha. Quédate despierto, si puedes, y avisa a Arturo Mayor, cuando vuelva, de que su hijo anda por ahí. ¿Te acordarás? —León asintió—. Está bien. Es importante. Y ahora vete.

—¿Dónde está Arturo Mayor? —preguntó León tímidamente, mientras iniciaba el retroceso.

—Donde debe estar; pero eso a ti no te incumbe.

—¿Le podré ver a usted mañana? —dijo por último.

El Lobero asintió con un gesto que no produjo seguridad alguna en León, pero en todo caso, y aunque volviera un par de veces la vista atrás para comprobar que el Lobero seguía en el mismo lugar, como esperando a que desapareciera, emprendió el camino de regreso desencantado, triste, sintiéndose más solitario que en el resto del día.

Con la tormenta en los talones, tras despedirme del Lobero, apresuré el paso hacia la casa de los Mayor. Mientras caminaba no pude por menos de pensar en lo que me aguardaba allí, seguramente ayes y lamentos, y aún peor, sólo mujeres en la casa y una angustiada espera flanqueada por descargas eléctricas e insomnio a partes iguales.

Recuerdo bien que justo al llegar a la plaza un resplandor me cegó de improviso y creí que el horrisono estampido que escuché acto seguido sobre mi cabeza había quebrado el cielo en dos mitades. Tremendamente asustado, eché a correr mientras miraba a todas partes como esperando escapar del devastador efecto del rayo, y no me detuve hasta alcanzar la cancela. El chasquido del trueno sonó como la madera que se parte mordida por el fuego, sólo que parecía como si la bóveda celeste se hubiera resquebrajado con él. Apenas me permití estar un segundo aferrado a la puerta cancel, porque la idea de que pudieran convertirse en pararrayos sus afiladas puntas de lanza me hizo saltar como si en verdad hubiese recibido el choque. Semejante salto me plantó en mitad del camino de

tierra que bordeaban las magnolias, y ya me proponía rectificar para entrar en la casa cuando a un lado sentí una presencia brillando en la oscuridad y volví la cabeza para encontrar algo que me dejó paralizado e incluso olvidado de la misma tormenta.

En realidad fueron dos las luces que vi. La medialuna debía de haber reaparecido de pronto, tan sólo unos segundos, los suficientes para iluminar por un instante la flor de la magnolia que lució de pronto igual que aquella otra noche. Pero apenas una nube turbulenta ocultó a la diosa, otra luz me llamó de inmediato: allí, al frente y al final del sendero, una de las ventanas de la casita del fondo estaba encendida.

Luisa, la cocinera, se dejó caer pesadamente en una silla y contempló el destrozo de la cocina. Un largo suspiro fue toda su respuesta ante el espectáculo que tenía a la vista. Había acostado a doña Mariana y permanecido un buen rato junto a ella, a la espera de que el somnífero hiciera su efecto; y ahora, con las criadas instruidas respecto de la vigilia a seguir, se tomaba el primer respiro de la ajetreada noche, que, bien lo sabía, sólo acababa de empezar. Echó en falta a León y, naturalmente, a Jaime, pero no hizo ademán alguno de ir en su busca o pedir ayuda; muy al contrario, las ausencias tenían para ella el mismo sentido que la impavidez de los útiles de cocina desparramados; ni siquiera el tronar de la tormenta alteraba su estado, como si no la oyese venir.

Se preguntaba, de una manera inexpresiva, repetitiva, extraviada, por qué supo desde el principio que el desastre había de sobrevenir pronto o tarde. Lo había olfateado desde mucho tiempo antes y lo aceptó siempre con la misma resignación con que se sabe que un día ha de llegar la muerte. Lo vivía, pues ya estaba aquí, como un mal trance sin desvío posible, como quien ha de cumplir indefectiblemente todos y cada uno de los pasos por los que las mujeres dan camino al ritual que rodea la agonía y la muerte de los suyos, con esa mecánica entereza que sólo alivian las lágrimas, la compunción y el cansancio.

De todos modos, no solía pensar a menudo en ello. En realidad lo hacía muy pocas veces y no necesitaba hacerlo más porque se encontraba instalado *tan* dentro de ella que, por así decirlo, venía admitiéndolo desde la ya lejana vuelta de su señor, como si se tratara del pago de una cuota con que la vida asiste los sufrimientos a los que condena a sus hijos, de modo que éstos parezcan llevaderos a través de la sorda impunidad de la monotonía; eran, quizá, esas pequeñas y diarias dosis con las que Dios la protegía de la violencia y el destrozo de los grandes acontecimientos las que ahora le permitían sentarse allí a descansar, ante la gran mesa de madera, como una comadrona que se dispone a hacerse cargo de otro parto que para los padres es, en cambio, el momento

congregacional y supremo. Despacio, tomando fuerzas lentamente, volvió a suspirar, casi avergonzándose del placer que le producía hacerlo.

En verdad lo supo antes de la vuelta del señor. Fue durante la contienda civil; ella era una moza veinteañera y desde niña había vivido en la casa de los Mayor, donde su madre cocinaba diariamente tanto en el pueblo antiguo como después en el nuevo. Su madre le tenía prohibido salir de casa, salvo que la acompañara por las calles, despobladas de hombres jóvenes, y ella se entretenía haciendo las funciones de criada y hortelana, para lo que poseía especial maña. Fueron años duros, llenos de noticias misteriosas y terribles, desapariciones de vecinos, partidas armadas y muertos en el frente; mas, estrechos y duros, nunca fueron para ella años de hambre atroz, al amparo de una casa que, aun a duras penas, lograba mantenerse por sí misma. Luisa amaba sobre todos un ciruelo del que cada año se recogían unas deliciosas ciruelas claudias, alguna de las cuales llegaba a sus labios de tarde en tarde y que eran para ella el mayor de los signos de riqueza y bienestar.

Hasta que el último año de la guerra, incrédula y anegada en lágrimas a medida que la estación avanzaba cruelmente, hubo de contemplar cómo el ciruelo dejó de echar flores y no tuvo fruto alguno. Lo recordaría siempre como el principio de las ilusiones perdidas y el fin de la edad alegre; pero también y sobre todo porque a partir de ese momento supo que su suerte estaba ligada a la de los Mayor y la de ellos al árbol que repentinamente quebraba el espejo donde se había sentido y contemplado adornada de promesas como una novia. Aquel árbol, que no se secó ni dio fruto desde entonces, le transmitió una noticia de vida estéril que sólo la resignación haría llevadera hasta que el destino viniera a reclamar lo que era suyo.

Mientras tanto, en la noche de Solano, el Lobero sintió venir la descarga y miró hacia arriba; en un segundo la aureola del farol más próximo se difuminó tras la masa de agua y el suelo desapareció bajo una estentórea crepitación. Pronto las calles, que descendían hacia el puerto, se verían anegadas por la corriente de agua. Encendió un cigarrillo sin apartar sus ojos de ellas, viendo cómo empezaban a cruzar ante él hojas y tallos secos a los que seguirían sin duda toda clase de papeles y desperdicios. Como si también descendiesen con ellos, le vinieron a la memoria los recuerdos, la apresurada partida en la barca, a las órdenes de Regina, remontando el río hasta los juncas donde se suponía que debían hallarse Arturo y Mariana inconscientes del peligro que se avecinaba; el odio siguió siempre a esa navegación en la que nunca quiso verse involucrado, no tanto por el miedo cuanto porque le pareció indecente y rastrera aquella búsqueda de los amantes, con las orejas tensas aguardando el ladrido de los perros y clavando los ojos entre los juncas en busca de dos cuerpos entrelazados. Regina gobernaba la barca con decisión y habilidad, con esa dureza que al Lobero le amedrentaba y que ella solía mostrar en los momentos difíciles, tan brutalmente contrapuesta a la absorbente sonrisa y el seductor acogimiento de sus períodos de distensión. En principio, apenas hubo entre ellos otra relación que la cortesía de los encuentros casuales o las coincidencias en la biblioteca pública, y sin embargo el Lobero se sintió siempre a su merced, como cuando le conminó

para que le acompañase en el intento de rescate. El alimañero, el lobero finalmente fascinado y atrapado por la loba.

Pronto se le antojaron sucios los amores entre Arturo y Mariana y nunca acertó a explicarse el porqué de aquella repulsa. En cierto modo le parecía que Regina se entremezclaba con ellos, siempre desde su posición de mando, desde esa altivez con que detenía a unos pasos a quien antes había invitado a acercarse a ella, pero sobrenadando de una manera autoritaria y perversa, indiferente y lasciva, al modo de la niebla baja sobre las emanaciones del tremedal. De todos modos, entendía aquella pasión que se había apoderado de Arturo, feroz, hambrienta, insaciable, porque él sentía lo mismo por Regina, la inalcanzable. La transformación de Arturo, sin embargo, le recordaba las viejas leyendas del lobisón tantas veces escuchadas en la infancia, cuando el padre lo llevaba consigo a la captura de alimañas. También entendía que Mariana se le entregase de aquella forma, que él leía en sus ojos, porque en esa cesión del cuerpo estaba sobre todo la abolición de la figura del viejo Linazo. Todo ello, aunque hiciese aflorar y mezclarse los humores de una lubricidad salvaje y, para él, morbosa hasta el disparate, era capaz de entenderlo por más que le repugnase.

La actitud de Regina, entretanto, le resultaba perversa, aunque esquivaba cuidadosamente esta palabra. Junto con el viejo bibliotecario, fue Regina quien más atendió a la educación de aquel alimañero analfabeto que viajó a Argentina bajo la protección de los Mayor para librarse de la acusación de haber prestado apoyo logístico al maquis con sus ancestrales conocimientos de la geografía de la zona. Jamás olvidó el inesperado auxilio, los días y las noches de escondite sin apenas mover un músculo de la cara ni probar alimento, tan sólo aguardando la señal que le permitiese deslizarse fuera de su madriguera y abordar el barco que debería llevarle hasta la Argentina.

León parpadeó varias veces, dando tiempo a que su mente se cerciorara de que, en efecto, la luz procedía de la casita; mientras lo hacía barajó todas las posibilidades aceptables. Ninguna le parecía conveniente, ni siquiera una vuelta de Jaime también sorprendido por la tormenta. Estático, la perplejidad lo había atornillado al camino de tierra pero, hipnotizado como un mariposón nocturno, aguardaba quizá una señal interior para recorrer el corto trecho que le separaba en línea recta de aquel inesperado foco de luz. Justo entonces, el agua se estrelló en el suelo con la violencia y la brusquedad de un aluvión. Apenas sintió la descarga sobre sus espaldas, se precipitó hasta el porche desdeñando el refugio de la casa. La lluvia caía ligeramente sesgada, no tan oblicua como a la tarde, y pudo cobijarse en el extremo opuesto de la entrada. Ahora no tenía otra

salida que alcanzar la casita a través de la puerta vana del muro protegida por la higuera, a unos diez metros de donde él estaba. Pensó que, si continuaba lloviendo con tanta intensidad, el porche, sin otro resguardo que el muro y el techado, se inundaría muy pronto. La humedad envolvía ya su cuerpo como una segunda piel mientras el prado se agitaba furiosamente por la violencia del impacto. El fragor del agua golpeando el techado era ensordecedor y a poco los granos de granizo empezaron a saltar a sus pies e incluso varios de ellos le golpearon de rebote. León rezó para que las gotas de lluvia los reemplazaran cuanto antes, pues con granizo de aquel tamaño era impracticable la escapada. Hasta pasados diez minutos no hubo manera de sustraerse a aquella barahúnda. León había tenido que protegerse tras una de las butacas de lona como defensa contra el impacto de las bolas de hielo, algunas tan grandes que parecían pedrisco. Por fin oyó que el fragor del granizo se atemperaba un tanto y el repiqueteo más blando del aguacero le sucedió. Llovía fuerte pero ya no racheado, según pudo observar al ponerse en pie, y quizá era aquél el momento para hacer una descubierta hasta la higuera y, ya bajo ella, tomar respiro y acceder a las escalerillas que daban acceso a la planta superior de la casita. Corrió, pues, a la primera oportunidad y llegó a la puerta con el pelo pegado a la cabeza y chorreando agua abundantemente; mientras se agitaba bajo la breve marquesina para desprenderse de ella, le vino a la cabeza si no debería anunciarse antes de entrar, mas no tuvo tiempo de pasar de la reflexión a la decisión, pues un rayo, que a juzgar por la culebrina le pareció que había partido en dos el porche, y la instantánea tronada que lo siguió le introdujeron en el vestíbulo sin más dilaciones. Acaso el ruido coincidió con el portazo, pero lo cierto es que nadie ni nada dieron muestras de haber percibido su escandalosa introducción. Cerró, pues, con exquisito cuidado la puerta y esperó, casi de puntillas y ligeramente encogido, intentando captar cualquier ruido que le diera alguna pista acerca de quién hacía noche allí dentro. Desde su puesto de observación había podido comprobar que, efectivamente, era la luz de la habitación donde él solía recogerse la que estaba encendida, pero sólo eso. Y la quietud le extrañó de tal manera que llegó a pensar si no habría sido él mismo quien dejase la luz prendida aquella tarde; aunque, de ser así, ahora se felicitaba por semejante descuido, pues no podía haber lugar más oportuno que éste para pasar una noche como la que le había tocado en suerte. Animado ante la perspectiva se atrevió, no sin un último recelo que le hizo volverse hacia la puerta para comprobar que no había corrido involuntariamente el cerrojo, a enfilarse el pasillo. Sigiloso, caminó sobrepasando la cocina en primer lugar, a su derecha, y los dos dormitorios a su izquierda; luego, más confiado, se detuvo ante el umbral del saloncito. La puerta estaba abierta.

—Adelante, León —dijo la voz de Regina Mayor—. Te estaba esperando.

León se adelantó con tanta perplejidad en el gesto como alegría en el cuerpo; dudó unos instantes que le parecieran horas y al fin, sin poder contenerse, corrió hacia ella. Regina se levantó rápidamente y le sujetó por los brazos.

—Espera —dijo riendo—, o me vas a empapar como al resto de la casa. León, turbado, observó la hilera de gotas de agua que había sembrado por el suelo—. No se puede dejar un rastro tan evidente, capitán Saldaña —bromeó mientras le ayudaba a despojarse del



chubasquero—. Anda a limpiarte las suelas en la esterilla o va a parecer que se nos ha metido la tormenta dentro. Y cuelga esto en la ducha —añadió tendiéndole el chubasquero.

Por segunda vez en la noche León relató su experiencia. Punto por punto, sin omitir detalle, incluyendo el encuentro con el Lobero, fue desgranando, con una facundia poco habitual en él, el rosario de acontecimientos que le mantenían en vela desde que descubriera la inquietante vigilia de las lechuzas en el alero. Regina le escuchaba con atención, aunque parecía más interesada en la forma del relato de León que en la información que le proporcionaba. Mantenía en los labios esa especial sonrisa de acogimiento que León relacionaba siempre con la luminosidad de su mirada. Y poco a poco él mismo fue dándose cuenta de la sorprendente actitud de Regina y hasta perdió el hilo en dos ocasiones al advertirlo. Al fin hizo una pausa y, como Regina le animase a continuar, dijo:

—Tenemos que encontrar a Jaime... aunque —dudó— a lo mejor ha vuelto ya a casa.

—Temo que la tormenta nos haya encerrado aquí —contestó Regina— para un buen rato.

No lograba entender lo que estaba sucediendo. Por un momento, se preguntó si habría alguien de la familia en su sano juicio. Él se había enfrentado valientemente a la tormenta en una noche en que sus hijos parecían haber desatado un cúmulo de pasiones sin cuento; él, un hijo del día, había hecho algo que siempre hubiese considerado inaudito y aún no daba crédito a su propia audacia. Pero de pronto Regina, misteriosamente aparecida, mostraba la clara intención de retenerle allí y, lo que era aún más fantástico, apenas se interesaba por el pandemónium que dominaba a los habitantes de la casa de los Mayor. Por debajo de ese peculiar modo de rodearle y llenar la habitación de una estimulante cercanía, una extraña firmeza en su mirada estaba advirtiéndole que no debería abandonar aquel lugar, sino permanecer en él y ajeno a los demonios del exterior. Era una mirada tan convincente como irreversible la que mostraban sus ojos; y por mucho que amase aquellos ojos, una oscura inquietud se asentaba en el fondo de su cerebro.

León bloqueó el curso de sus pensamientos; en modo alguno aceptaría la idea de que ella estuviera inmersa en la locura de aquella familia, porque, a pesar de la ansiedad que le dominaba, la relajada actitud de Regina no dejaba de actuar sobre él como un bálsamo; y sin embargo esa maldita desidia para la acción que llenaba su mirada iba dando paso en él al asombro, y esto le producía una incomodidad indefinible a la par que una secreta intuición entrecruzaba sus pensamientos y sensaciones como si, finalmente, el punto de fuga de todo cuanto estaba aconteciendo se encontrase precisamente allí, en aquel saloncito que tantas veces él había frecuentado y que tanta gratitud le había deparado en algunos momentos muy difíciles y solitarios de aquel verano extraordinariamente colmado de sorpresas.

Continuó, pues, a instancias de Regina, su relato, hasta llegar al mismo momento en que descubrió la luz en la ventana de la casita. Luego quedó en silencio, a la expectativa, sin otro deseo que el comentario de Regina. Tras una larga pausa, durante la cual ella le observó con detenimiento, dijo, tomándole de las manos:

—¿Sabes que eres una persona muy valerosa? Y muy inteligente también.

León se sonrojó hasta las raíces del cabello. El contacto físico con Regina casi le hizo levitar. En su fuero interno, rogaba por que no abandonase sus manos, lo que se tradujo en una inmovilidad, para no dar excusa al gesto temido, casi etérea. Regina continuó:

—Me gusta tu manera de tratar a la gente —le soltó las manos, acariciándolas, y encendió un cigarrillo retrepándose en el sillón.

León no supo por dónde salir. En su desconcierto, volvió de nuevo a él la imagen de Jaime amenazándole con el cuchillo y también —pero fue una turbación momentánea que rechazó de inmediato, como si la considerase una infidelidad a la persona que tenía delante— el cuerpo de Mariana debatiéndose entre la cocinera y la criada. La ansiedad volvió. Habló para sacudírsela:

—¿Sabes dónde está Arturo? No estaba en casa y tampoco le he visto salir. El Lobero no me dijo...

—Cálmate —Regina hizo un gesto pausado con la mano.

—¡Pero es que está ocurriendo algo horrible! —exclamó León lleno de angustia—. ¡Es cierto! —saltó como un resorte y se oyó decir, mientras lo vivía como un paso en falso que le precipitaba al abismo—: ¡No me quieres creer, no me quieres creer!

Fue tan sólo un segundo. Las manos de Regina rodeaban su rostro.

—Las lechuzas no te engañarían hoy, ¿no es cierto? —preguntó Regina. León, asintiendo, negó con la cabeza—. Eres un hijo del día, sí —comenzó a decir, cambiando de gesto y afilando la mirada, mas sin alejar las manos—, y a ninguno de ellos les es dado penetrar en el reino de la noche —León ahogó un gesto de asombro—. Hoy, tú has entrado en él y por eso te asombras y te angustias con hechos que, en el fondo, no te incumben, como bien te advirtió el Lobero, por lo que me has contado. ¿Te has dado cuenta de todo eso?

—Sí —la voz de León sonó débil, pero estaba tan tenso como un perdiguero de muestra.

Regina sonrió levemente y le tendió el paquete de cigarrillos.

—Ven, siéntate conmigo —León se acercó a ella, que, con un gesto maternal, le acogió a su lado—. Has venteado algo y aún no sabes lo que es, ¿verdad, mi lobeño? Pero tú has hecho lo que debías hacer aunque todavía no comprendas mucho de lo que has visto. Yo te aseguro que no lo olvidarás, así que no debes preocuparte por ti. En cuanto a los demás, cada uno es el héroe de su propia vida y su grandeza o su bajeza sólo le pertenecen a él. Déjales hacer aquello a lo que su propio destino les conduce; ellos lo han forjado y ni tú ni nadie podría torcerlo, pues no es tu voluntad sino la suya. Relájate y contempla la tormenta. Tú estás aquí, despierto, la noche lo sabe, pero no puede ni atenderte ni intimidarte porque yo cuido de ti y ella lo sabe.

Se produjo un largo, largo silencio que pareció dejar en suspenso el espacio en el que se hallaban. León se abrazó a Regina, escondiendo dulcemente la cabeza en su hombro, sintiendo su cuello en los labios, posando una mano tímida sobre sus pechos, relajando su cuerpo sobre el de ella.

—Bien —dijo Regina al cabo de un rato, recogiendo a León sobre su regazo—, parece que ha pasado Hermes —comentó.

No me cuesta mucho imaginar la situación del Lobero en aquella época, aquella mujer debía de estar volviéndolo loco. Regina fue su auxilio también allí, cooperando con el viejo bibliotecario en su enseñanza, y el Lobero pagó con toda clase de pequeños favores su atención hasta el día en que creyó ver, tras esa especial manera que tenía Regina de atraer y acoger en la seducción de su círculo mágico a quien elegía, una distancia, un territorio inaccesible que nadie osaba hollar porque los relámpagos de frialdad y astucia que destellaban retraerían el corazón de cuantos merodeasen por allí. Por eso evitó su presencia siempre que pudo, pero nunca logró evitar esa especie de encogimiento y muda aceptación con que ella le obligaba a actuar en favor suyo cuando ella misma le mandaba buscar o la casualidad cruzaba sus caminos. Sintió la crueldad, no el desdén, pues éste pertenecía a Arturo; y ni siquiera en los momentos en los que Arturo percibía en la mirada del Lobero el conocimiento de la ansiedad carnal que velaba hasta extremos inauditos su porte de caballero, sin percatarse de que al Lobero se lo llevaban los mismos demonios que a él, dejaba de manifestarle ese desdén de clase que era también la barrera que lo separaba de Regina. La crueldad la debió de descubrir más tarde, y siempre tuvo la espina clavada de no haber recibido nunca los favores de Regina, ni siquiera tras el desairado rescate que llevó a los dos amantes a vestirse en el bote mientras el Lobero, junto a Regina al timón, fijaba duramente sus ojos, mortalmente pálido y tenso, en la estela del agua, como si deseara petrificarla porque en su actitud sabía que nunca volvería a ser aceptado.

Yo creo que lo que jamás llegó a entender —y allí, bajo la tormenta, seguramente volvió a sopesarlo— fue que ella propiciase la boda entre Arturo y Mariana. Durante algún tiempo creyó que quizá la causa fuera el embarazo de Jaime, pero el tiempo se encargó de desmentirlo; de haber quedado embarazada y abandonada, el duelo entre Arturo y el viejo Linazo se hubiera saldado al menos con una muerte. El Lobero era hombre duro, parsimonioso, alertado de continuo, sin duda a causa de la vida en los montes, y a pesar de su aparente estado de ensimismamiento, no había detalle en derredor que escapara a sus sentidos. Por eso comprendió que Regina era, en realidad, la autora de aquella boda, pero no supo ver lo que Regina buscaba. Cualquiera que no fuese él habría dado por más que suficiente la desenfrenada relación que corría en boca de todos, pero él no se engañó; conocía demasiado bien los gestos y actitudes de los dos hermanos como para saber que Arturo rogó a Regina que le apartase de aquella mujer y ella se lo negó de modo terminante. Alguna vez el Lobero llegó a preguntarse si no fue precisamente ella, Regina, la que en verdad luchó por una fortuna que enderezase definitivamente a la familia, pues por más que Arturo empeñó su trabajo y su astucia en sacar el mejor partido al negocio de su tío, éste no era, ni mucho menos, lo que habían supuesto al partir a tenor de las cartas recibidas de aquel charlatán incurable. Ésa es mi conclusión, después de haber hablado con él mucho tiempo después, ya viejo y retirado de la vida en la residencia donde lo encontré.

Pero ahora vuelvo a imaginar aquella noche y aquella calle por la que corrieron el agua y los recuerdos del alimañero. El Lobero encendió un cigarrillo y se quedó mirando arder el fósforo en el cuenco de las manos hasta que lo apagó un golpe de viento. La tormenta

batía con gran estruendo el cielo de Solano y la corriente de agua amenazaba ya salvar la acera. Por vez primera en mucho tiempo, el Lobero sintió deseos de no hacer nada, de dejarse estar, allí, tranquilamente, fumando en silencio y contemplando la corriente de agua que lo rodeaba por todas partes. Estaba en paz consigo mismo.

En el amplio y vetusto salón comedor de la casa de don César, el preboste local, y sometido por propia voluntad a la penumbra, Arturo Mayor reposaba sentado en un sillón de alto respaldo. Frente a él, la cristalera de la galería se iluminaba de tanto en tanto a la luz de los relámpagos y el resplandor mostraba entonces su rostro caído sobre el pecho, los brazos extendidos colgando descuidadamente y las piernas, también extendidas, cruzadas en los tobillos; tan sólo sus ojos, fijos en algún punto de fuga más allá de los cristales, desmentían esa imagen de caballero desvanecido. La luz acudía a la cristalera como si fuera el reflejo de un nervioso e impaciente caballo blanco que aguardase escarceando en el patio de la casa y que, intuyendo el combate, se alzara de manos, incandescente en su reclamo al jinete, exhalando cada uno de los fognazos que acobardaban a las sombras de la habitación.

Arturo Mayor se retrepó en el asiento. Tenía la mente en blanco, virgen, como si toda su vida anterior hubiese desaparecido tranquilamente, sin dejar rastro. Tan sólo el sabor del tabaco –un cigarrillo humeaba a su izquierda, en el diminuto cenicero de brazo– o el golpeteo de la lluvia le hacían sentir su propia existencia, su gesto y su sitio. Se hallaba libre y nuevo, únicamente ocupado en consumir un cigarrillo mientras veía y escuchaba la tormenta, como si tantos años le mantuvieran en pie que ya no necesitase recordarlos. Sólo un corcel piafando allá en el establo y las repentinas iluminaciones de la galería turbaban esa quietud. Fumaba despacio, contemplando la tormenta sin admiración ni insolencia, como si le perteneciera.

Arreció la lluvia. El cielo había dejado de ser un manto negro para albergar capas de nubes oscuras que se embestían unas a otras furiosamente, compitiendo en la descarga del aguacero. Muy de vez en vez, algún claro mostraba la firmeza de la medialuna para hacerse ver, justo hasta que un nuevo fognazo del corcel cegaba impetuosa y momentáneamente la mirada de Arturo Mayor.

–Parece que todos los demonios se han dado cita esta noche, incluidos nosotros –se dijo en voz alta, frunciendo las cejas–. Mala noche es –continuó–. No recuerdo muchas como ésta y siempre hubo de ser la desgracia quien las acompañase. Mala noche y peor señal.

Volvió a fijar los ojos en el punto de fuga. Las sombras lo abordaban o retrocedían a

sus espaldas. Arturo Mayor afirmó las manos en el remate curvo de los brazos del sillón. El caballo volvió a mostrar su inquietud en el establo. Arturo Mayor consultó su reloj y luego cerró los ojos y el pasado retornó desde la memoria.

La escopeta reposaba a un costado del trinchero y sobre el mueble podía verse, abierta, la caja de cartuchos. Tomó el arma en vilo por el cañón y la abrió; durante algunos instantes pareció abismarse en los dos orificios como si a través de ellos estuviera viendo lo que había de acontecer; luego escogió con cuidado un par de cartuchos y los introdujo en ambos, cerrando el arma con un golpe seco; apoyó la culata en el suelo afirmando la boca en el ángulo que el trinchero hacía con la pared. Retrocedió unos pasos en busca del chiripá y se lo echó encima. Al recoger la escopeta guardó otros cuatro cartuchos en el bolsillo izquierdo del pantalón, uno por uno. Finalmente, recogió del perchero un sombrero de ala amplia y traspuso la puerta principal con el cañón del arma apuntando al suelo y el dedo índice acariciando el desnivel entre los gatillos.

Mientras ensillaba al animal recordó la muerte del caballo bayo, unos meses antes en la hacienda del viejo Linazo, una noche de tormenta en que se escapó y estuvo galopando alrededor de la casa, descontrolado, amarilleando su pelaje aterrado a la luz de los relámpagos, hasta que volvió grupas huyendo por la pradería y a la mañana siguiente lo encontraron a más de tres kilómetros, partido por el rayo, con la maldición cumplida en sus lomos de los blancos y los bayos. Por eso lo ensilló tan cuidadosamente, luego de embridarlo, hablándole con voz tranquila, monótona, pausada, palmeándole el cuello y el pecho de cuando en cuando porque el animal estaba inquieto, y revisando minuciosamente el freno para que no fuera a beber la brida cuando lo estuviera montando. «En una noche como ésta», pensó.

Salió al paso, reteniendo mucho porque el caballo, entre el miedo y el nervio, tenía ganas. Un poderoso relámpago casi lo puso de manos, pero Arturo lo abajó con firmeza, dando confianza, y al poco ya trotaban hacia la costa hasta que, abandonado el camino, se internaron en el pajonal y entonces lo espoleó. Un nuevo relámpago hizo brillar el cañón de la escopeta a su espalda.

El cielo jarreaba sobre el jinete. Galopaba en dirección al río. Arturo Mayor era un buen conocedor de la zona y había elegido dar un rodeo porque no quería arriesgarse a ser descabalgado imprudentemente por causa de algún hoyo o desnivel inoportuno. «De todos modos –pensó–, si continúa cayendo tanta agua pronto se inundará la tierra.» Se aseguró de que los cartuchos que guardaba en el bolsillo se mantenían secos, aunque supiera que no iba a necesitarlos. Extrañamente, aquella tormenta batiendo con toda furia no le amedrentaba, antes al contrario, galopaba a través de ella como territorio propicio, como señor de sus dominios. Acaso en su mismo centro le aguardaba el hombre a quien estaba buscando ahora, tras la aventura en el río, para zanjar por honor un asunto que no deseaba cumplir. Quizá por esa misma razón, la formidable explosión de la naturaleza en la noche no era otra cosa que el reconocimiento, de cielo a tierra, que un fundo hace ritualmente al que va a ser su dueño o al que ha de morir sobre él.

Ahora los años pasados volvían a él, también galopando impetuosamente. Los años, desde que largo tiempo atrás una generación tras otra cubriera sus destinos bajo la

sombra de un escudo ganado con las armas y asentado por una estirpe cuya sangre le había traído a una noche como ésta. Él había osado profanar el corazón mismo del dominio del viejo Linazo en la figura de su hija y éste clamaba por un castigo o por un trato de honor. Con la escopeta al hombro, a trote ligero por la oscuridad de la pradería, iluminado a trechos y siempre en compañía de una tormenta que en su prisa por contemplar el ajuste de cuentas se atropellaba enfurecidamente, agigantando el escenario de la contienda como si esa ansiedad formara parte del espectáculo de la venganza, Arturo Mayor buscaba al padre ofendido a la manera del cazador que cubre el terreno en el que se refugia la presa de modo que ella misma, al sentir el acoso, acabe reculando hacia el lugar donde, sin mayor defensa que sus propias y desnudas fuerzas, ha de ser abatida. El viejo Linazo lo aguardaba al fondo de la noche.

A pesar de la cortina de agua distinguió una luz frente a él y, apenas la hubo sobrepasado, dos o tres más. Allí le aguardaba, probablemente advertido pero no auxiliado, el hombre al que andaba buscando. Con un enérgico tirón de riendas se adentró en un pequeño soto que bordeaba el grupo de cabañas a las que pertenecían las luces. Los árboles se doblaban con violencia bajo el empuje del viento y el enramado dispersaba en todas direcciones, como salvvas incontroladas, el agua que los azotaba. Avanzó a duras penas sobre el caballo cada vez más reacio y, de pronto, optó por descabalgear y retuvo al animal por las riendas mientras la lluvia, de través, los barría sin descanso. Arturo Mayor trastabilló y hubo de afirmar los talones en tierra y abrazar un tronco mientras soportaba un repentino envite que parecía querer arrastrarlos en la dirección contraria; luego calmó y, aprovechando el claro, corrió a duras penas hacia la primera de las cabañas obligando a su montura, que acabó por seguirle amedrentado. Ató al animal al cercado de una corraliza y descolgó la escopeta del hombro tratando de ver delante de sí. Una tronada que hizo retemblar la tierra rompió sobre él. Acariciaba su arma como si el solo tacto le protegiese mientras acechaba el nuevo relámpago que le señalaría el camino. Entonces lo vio, a contraluz, en la puerta abierta de la casa. También portaba un arma y, como él, la llevaba abatida hacia el suelo. Detrás entrevió una figura femenina que conocía bien. Hizo una señal de reconocimiento con su mano libre. Apenas echó a andar aceptó que no habría sangre.

El relámpago estalló y fue como si la casa entera estallase con él. Arturo Mayor hincó ambos codos en los brazos del sillón y alzó al tiempo la cabeza con el perfil alerta de un ave de presa. El ensueño se había desvanecido. De inmediato se extendió un sombrío silencio sobre la estancia, tan sólo contrapunteado por el repiqueteo de la lluvia en la cristalera. De un salto se puso en pie, como tratando de medir y reconocer el lugar en el que se encontraba. Miró a un lado y a otro, aún confuso, aguzando sus sentidos. La medialuna había reaparecido e iluminaba con dureza la galería. Arturo Mayor consultó su reloj. La tormenta parecía haberse escindido de él y del lugar y súbitamente reconoció que se hallaba fuera de ella y en el salón de la casa de don César, esperando un encuentro que había sido propuesto para esa noche. Y como quien recibe el escalofrío de una premonición, entendió sin lugar a dudas que la tormenta no era para él, nunca acogería un duelo, había sido condenado a buscar a su enemigo bajo ella mientras ella le

ignoraba.

—¡César! —gritó, atravesando furiosamente la estancia en dos zancadas—. ¡César!

El tiempo transcurría entre las paredes de modo imperceptible, como si el saloncito en el que ambos se hallaban navegara plácidamente ajeno al diluvio que los cercaba. La bombilla pendiente del techo hacía oscilar una mansa luz que los relámpagos no lograban ahuyentar, sino solamente intimidar desde el marco de la ventana, porque, en cierto modo, no hacían más que mostrar los dientes de la tormenta, como el animal que en la linde de un territorio que no es el suyo afirma tanto su lugar como su exterioridad, y León pensó que la tormenta cesaría cuando se hartase de ladrar ante los cristales de la habitación.

León se estremeció. Algo, desde muy adentro de la memoria, se acercaba a él. No podía identificarlo, ni siquiera entrever sus contornos, pero avanzaba con una precisión felina. En realidad se asemejaba más a una premonición que a la seguridad de conocerlo y, sin embargo, era aún más fuerte que ésta. Como si de pronto alguien, en su interior, hubiese abierto una puerta y se deslizase ágilmente por el intrincado complejo de laberintos que conformaban su edad y todo cuanto ella había arrastrado y sedimentado consigo. Él lo sentía venir; cualquier punto que hollase lo advertía, pero ignoraba su nombre, su intención y el mensaje que portaba; tan sólo percibía el acrecimiento de su ansiedad, como si ésta pudiera guiar y orientar al extraño, traerlo hasta aquí, hacerlo asomar por sus dedos y contemplarlo. León intuía también los peligros de aquel trayecto; pareciera que la misma noche se había instalado en él y tejido una red de asechanzas que el mensajero debería sortear confiando tan sólo en su habilidad. Sentía con gran fuerza que sólo su propia confianza en que llegaría a hacerse visible evitaría que cayese en cualquier trampa, sacarlo de cualquier apuro; tanto, que vivía la exasperación de no poder entrar en sí mismo y correr en su auxilio, como el lector que acompaña apasionado la aventura del héroe.

Regina, con las piernas recogidas en el sillón, le contemplaba en perfecta calma. Había encendido unas hierbas en un pebetero y el humo ascendía al compás del balanceo de la luz del techo exhalando un olor levemente dulzón. León, la cara entre las manos y los codos en las rodillas, inclinado así hacia delante en el sillón frontero, parecía abismarse en algún punto del suelo con particular intensidad. Transcurrió cierto tiempo antes de que levantara de pronto la cabeza, cual si venteara por primera vez el olor que se expandía por la habitación, y, cuando lo hizo, miró con extrañeza a Regina.

—¿Cómo sabías que yo era un hijo del día? —preguntó sorprendido.

Regina cambió de postura y encendió un cigarrillo antes de contestar.

—Oh, es evidente.

El mensajero luchaba lejos. A veces creía perderlo e incluso le veía retroceder u ocultarse de modo que parecía perdido. Mas siempre reaparecía. Llegó a pensar que, en realidad, conocía perfectamente el terreno que pisaba y que era él mismo quien lo equivocaba a menudo con falsas señales o con su propio desconocimiento del trayecto que debería recorrer. No conseguía mostrarse pero avanzaba; sigiloso, certero, tenaz, astuto, se hacía sentir; León intuyó repentinamente que él sabía muy bien cuándo llegaría a su destino, cuál era el momento en el que debía mostrarse, y, lo entendió sin la menor sombra de duda, debía mantenerse despierto, atento y vivo, con la misma atención y viveza con que lo sentía acercarse, para que el encuentro pudiera llegar a culminarse precisamente en el reino de los hijos de la noche.

—Te he visto llegar a Solano y te he visto llegar a Isla Ventosa; es tu inocencia la que causaría un destrozo enorme en el reino de los hijos de la noche; por eso no puedo dejarte entrar, porque tú eres la tormenta y es necesario que duermas y olvides. Tú eres el esperado porque traes la desgracia. La inocencia es letal para nosotros.

Regina sonrió para sí y luego, mirándole con ternura, le dijo:

—Escucha cómo cae la lluvia, cierra los ojos y escucha. Uno puede oír el sonido de la lluvia y puede sentir la humedad de la lluvia, pero sólo algunos afortunados son capaces de llegar a percibir la *humedad del sonido* de la lluvia. Tú eres un elegido, León, sal de entre nosotros, apura estos cortos años felices de tu vida antes de enfrentarte a lo incierto, a la inseguridad, a tu destino.

Regina abrió el pebetero, lo rellenó y atizó las leves brasas.

El mensajero interior volaba a su encuentro. El olor de la combustión invadía ya por completo el recinto; León lo percibió como una bienvenida y cerró los ojos.

Don César traspuso el umbral del portón del almacén y contempló inquisitivamente a la concurrencia. Después dio unos pasos al frente, sin desviar la vista y acompañándose de dos sonoros golpes de bastón, y se hizo a un lado para dejar paso a Arturo Mayor.

Pepín el Guapo, Pepe Reyes y un tercer personaje al que en el pueblo apodaban Mancha, y que actuaba como segundo de Pepín en el negocio de chatarra, soltaron los naipes con cierto sobresalto y permanecieron inmóviles en sus asientos con actitud recelosa. Sobre ellos pendía una bombilla desnuda que les alumbraba tétricamente. Encima de la mesa, además de las cartas, había una botella de coñac mediada, tres copas y un grueso cenicero de cristal. Pepín giró ligeramente hacia atrás su silla, produciendo



un desagradable chasquido en el suelo de cemento.

Don César se ajustó los pantalones, tomó apoyo en su bastón y saludó con un seco «Buenas noches» que los tres respondieron a media voz.

—Pepín —dijo después de un silencio—. Lo que venimos a decirte es personal, así que tú dirás si estos señores sobran aquí.

Quedó a la espera. Arturo Mayor, con los brazos cruzados, no había abierto la boca.

—Estos señores —contestó Pepín— son amigos y se quedan.

—Muy bien —siguió don César, como si aquella respuesta no fuese con él—. Vamos al grano. Este pueblo es un pueblo decente y honrado, donde cada uno se conoce y donde la gente se respeta. Aquí cada uno tiene su lugar y puede vivir en él mientras no se meta en el de los demás y respete lo que es propio del honor y de la dignidad. En su casa puede hacer de su capa un sayo, pero en público se comporta como un hombre. ¿Estamos?

Pepín el Guapo echó definitivamente la silla atrás y se puso en pie. Los otros dos permanecieron sentados, con los brazos apoyados en la mesa, mirando atentamente al médico.

—Últimamente han estado corriendo rumores por el pueblo. Rumores a los que hemos preferido no hacer caso porque la fama que tienes está en boca de todos y a la gente le gusta entretenerse inventando habladurías —hizo una pausa, pues presumía de buen orador y gustaba de preparar los efectos—. Pero esta vez has ido muy lejos y adonde no debías, Pepín; adonde gente tan malnacida como tú no debe ni acercarse. Aguarda —dijo don César amenazante ante el gesto alterado de Pepín— y calla. De malnacido es ir a robar como un ladrón a casa de quien te ha recibido y te ha ayudado a tener lo que tienes y a no ser un desgraciado. De malnacido es poner la vista en la mujer de quien te ha permitido hacerte un nombre en este pueblo. De malnacido —bramó don César, para acallar a Pepín, cuya mandíbula temblaba violentamente— es ir a quitarle la mujer al que no está en casa para defenderla. ¡De malnacido y de poco hombre! ¿Te enteras?

Pepe Reyes se incorporó para calmar a Pepín, sosteniéndole por los hombros mientras le indicaba con voz queda:

—Vamos, vamos, tranquilízate.

La luz de la bombilla sumía en sombras una parte del almacén, haciéndolo aún más grande y tenebroso a la vez, como un escenario cercado por la noche y sus espíritus. La voz de don César, cuya declamación alzaba cada palabra sobre la anterior hasta llenar el espacio, devolvía el almacén a sus límites, a la manera de un teatro en claroscuro en el que el drama se concentra como un puño en la zona de luz pero cuya más alta tensión se genera en las sombras que lo contemplan implacablemente.

—Las personas más representativas de este pueblo —continuó en tono más tranquilo pero firme— nos hemos reunido para hablar de esta... —iba a decir «vergüenza», pero prefirió dejarlo para más adelante—, de este asunto, y se ha tomado una decisión unánime, que te comunico por lo que te afecta: no eres persona grata en Solano —hizo una pausa antes de proseguir—. De manera que liquida tus asuntos como mejor te parezca y lárgate de aquí. A ver si me he explicado bien: no queremos en Solano malnacidos y

fanfarrones como tú. Así que ya lo sabes.

Pepín arrojó la silla, que sonó como un escopetazo al dar en el suelo, y dijo con voz temblorosa por la ira, mientras señalaba a don César con el dedo:

—A mí nadie me habla así —se atragantó—, ni nadie me dice lo que tengo que hacer...

Don César descargó tal bastonazo sobre la mesa que naipes y copas salieron despedidos y los dos compañeros de Pepín saltaron de sus asientos como impulsados por un resorte. El Mancha tropezó con las patas de su silla y trastabilló dando de pies y manos en el suelo. Pepe Reyes extendió sus brazos, aún no repuesto del susto, rígido, sin atreverse siquiera a retroceder.

—Por Dios, don César —acertó a balbucir—. ¡Que nos va a traer usted una desgracia!

—¿Desgracia? —respondió don César como si le hubieran sentado sobre un nido de avispas—. ¿Desgracia dices, me cago en la...? Aquí no hay más desgracia que la que nos ha traído a todos este sinvergüenza —señaló maquinalmente con el bastón en dirección a Pepín y los tres se cubrieron por instinto.

Arturo Mayor contemplaba la escena con aire calmoso y el ceño fruncido. Ni siquiera se sobresaltó cuando sonaron los golpes. Parecía un actor que, entre bambalinas, aguarda, siguiendo la representación, el momento de hacer su aparición en el escenario. Mantenía la postura erguida y de brazos cruzados que adoptara desde el momento en que entró en aquel lugar. Solamente sus ojos, tan afilados como la línea de los labios, manifestaban quién era allí el verdadero protagonista.

—Esto que te digo, Pepín —dijo don César, reacomodándose la chaqueta—, es una decisión de las fuerzas vivas. Entérate bien, de las fuerzas vivas —recalcó—, de modo que aquí ya no tienes nada que hacer.

Pareció que Pepín iba a contestarle, pero su mirada, cargada de rabia, se clavó en el rostro de Arturo Mayor, mientras hablaba.

—Crees que comprando a todos me vas a echar de aquí como un perro, ¿verdad? ¿Te crees que Solano eres tú? Pues eso se acabó. Yo me rompí el culo tragando metralla y me lo volví a romper levantando mi negocio, y eso es tan mío como la madre que me parió.

—De usted, Pepín. De usted —dijo Arturo sin mudar el gesto.

Pepín se desconcertó y aflojó las manos:

—¿Qué?

—Que para lo que tengas que decirme, y sólo vas a poder hacerlo ahora, me trates de usted. Como lo hacía tu padre —añadió.

Pepín sintió como si le hubieran golpeado sordamente en la cabeza. Una oleada de sangre inundó su cerebro, congestionándolo de tal modo que creyó ahogarse, y el efecto fue tan agobiante que un par de lágrimas le hirieron los ojos buscando desahogo. Instintivamente había cerrado los puños hasta hacerse daño, quizá para aliviar el dolor. Pero se mantuvo firme en su sitio, sin otra muestra del formidable impacto recibido que una patética rigidez. Poco a poco sus ojos se aclararon y relajó el gesto bajo un silencio que podría cortarse con una cuchilla.

—Usted no es el amo de este pueblo —empezó a decir con voz ronca, casi rota por la

emoción— y no será usted quien decida si yo me voy o no. Hay tribunales y hay justicia y ya veremos si me puede echar de aquí. También yo tengo amigos, ¿sabe?...

—¡Amigos! —le interrumpió don César como si escupiese—. Algún robaperas será. A ver si te enteras de lo que te dicho antes —insistió—. Que esto lo hemos decidido las fuerzas vivas, así que aquí no hay tribunales ni mandangas porque el tribunal somos nosotros, que para eso mandamos. Y no me vengas tú a hablar de justicia después de lo que has hecho porque me puedes hacer perder la cabeza y sales de aquí con los pies por delante.

Pepe Reyes tenía un nudo en la garganta y no hacía sino gestos mudos de conciliación, como si hablase consigo mismo. El Mancha había desaparecido hacia la penumbra y contemplaba la situación con semblante de desastre, restregándose continua y nerviosamente las palmas de las manos en el pantalón. Pepín, en quien el miedo no hacía mella aún, presintió en el fondo de su alma que esta vez había llegado, como dijera don César, demasiado lejos. La corajina que a duras penas contenía dentro de los límites de su cuerpo no hacía gracia a la claridad de la mente y, nublado como estaba, un concierto de sensaciones dispares y aun enfrentadas le hacían corro en la cabeza. Pero, por debajo de todo, el presentimiento estaba ahí, latiendo en alguna vena que podía estrangulársele en cualquier momento, y llegado a ese punto supo, con la fuerza de una intuición, que se derrumbaría; quizá por eso, y por el escalofrío que le recorrió al sentirlo, se precipitó en el abismo de su propia estima, en un intento ciego de no dejarse caer.

—Dice usted que soy poco hombre, don César —habló ronco y hacia delante—. Pues aquí estoy. Ahora puede defender a Mariana, si quiere —señaló con un gesto hacia donde se encontraba Arturo Mayor—, que yo no he de moverme de mi almacén. Si yo se la quité en su casa, como usted dice, aquí en la mía es donde puede recuperarla. A ver quién es más hombre de los dos.

Arturo se adelantó un paso y, con brazo firme, detuvo a don César cuando éste se abalanzaba sobre Pepín.

—Quieto, don César. Me ha ofendido en mi ausencia pero no lo hará en mi presencia —hizo una pausa, mientras se despojaba tranquilamente del chubasquero—. A mí ya se me hacen viejas las peleas y me parecen tan propias de animales como inútiles para los hombres. Pero a veces hay que cumplir con lo que uno no desea más por la dignidad que por la convicción. Está bien, Pepín —arrojó el chubasquero a un lado y dio otro paso adelante—. Tú te lo has buscado. En guardia.

—Querías salir de Solano, además de con las orejas gachas, apaleado, ¿eh, Pepín? —dijo don César—. Siempre me dije que eras un bruto, pero no tanto. Aunque —dictaminó— a lo mejor aprendes algo, que la gente como tú no suele tener la posibilidad de pelear con un caballero.

Las dos figuras se recortaron bajo la luz, frente a frente. En un instante, se lanzaron el uno contra el otro y el choque los inmovilizó en el mudo y furioso equilibrio del encontronazo.

Estuve dormido buena parte de la noche. En mi sueño, yo estaba en una habitación cerrada, tendido en un camastro que era el único mueble que había en ella. En la habitación no había nadie y yo estaba tendido de espaldas sin poder moverme. No estaba atado al catre ni sujeto por ninguna fuerza; simplemente, no podía moverme. Estaba allí, aguardando. No sé qué aguardaba. Había una luz en el techo, una única bombilla que colgaba desnuda. Estaba solo, pero también estaba Regina conmigo. Por los efectos de la luz, supongo, su rostro se me ofrecía en claroscuro y sus rasgos afilados eran duros. Ella aparecía y desaparecía, pero nunca manifestaba simpatía, cordialidad, afecto, como en otras ocasiones. Yo era un intruso y estaba allí castigado por mi mala conducta, por haber abandonado a su sobrino Jaime, por haberme aprovechado de la hospitalidad de Arturo Mayor, por haber desatendido a doña Mariana, por contemplar cobardemente oculto la desnudez de Regina, por invadir la casita a escondidas, por robar una fotografía, por escuchar lo que no debía... Yo era culpable y Regina, la *dura y cruel* reina de la noche, me rodeaba dando vueltas por la habitación, mostrando aquel rostro aristado por luces y sombras en el que yo trataba de reconocer el rostro dulce y generoso con que se había dirigido a mí siempre. Ah, pero ahora estaba en el centro de la noche, yo, un atemorizado e impotente hijo del día. Llamé a mi madre, llamé al Lobero, y Regina reía al escucharme invocar sus nombres. Ella estaba desnuda bajo su túnica y la silueta de su cuerpo se transparentaba en cada uno de sus movimientos. Entonces empecé a sentir una excitación producida tanto por el miedo como por un incipiente deseo sexual, y me sentía extrañamente afectado por aquella doble sensación de miedo y gozo. De pronto ella me miró con tal intensidad que hube de cerrar los ojos, y al instante se tendió sobre mí y me aplastó. Apenas podía respirar, me faltaba aire, de nuevo el miedo y el placer —el miedo a morir, el placer de sentir su cuerpo— me sumieron en un estado de confusión total, como si debiera decidirme sin saber sobre qué mientras poco a poco la excitación y el ahogo me cubrían como un sudario agobiante, una masa espesa que se apoderaba de mí y me licuaba. Y al final el miedo pudo más y grité, traté de gritar, pero ya era tarde, ya estaba muerto y nada podía hacer por mi pobre alma.

Apenas librados del abrazo, los dos contendientes se observaron durante unos segundos. A pesar de la diferencia de años en favor de Pepín el Guapo, la postura y la guardia de Arturo Mayor reflejaban sin lugar a dudas una escuela de otro orden. Como en un combate clásico de boxeo, parecían medirse el estilo y la fuerza. La bombilla se bamboleaba ligeramente sobre sus cabezas produciendo la sensación, con su juego de luz y de sombra, de que los dos hombres se retaban alternativamente. Don César,

escondiendo un gesto de secreta complacencia, alejó repentinamente el silencio sólo acompasado por el roce de las suelas de los zapatos contra el cemento:

—¡Quiero juego limpio, Pepín, o detendré la pelea sin contemplaciones!

Arturo Mayor sentía las sombras a sus espaldas como terribles Erinias que le hubieran azuzado al corro de luz para atizar el castigo ejemplar cuyo cumplimiento las reunía en torno suyo. Se había preguntado, mientras caminaban hacia el almacén, si aquella noche no vendría a satisfacerse, cualquiera que fuese el resultado final de los acontecimientos, la equívoca pasión que le arrojara en brazos de Mariana y que, pronto o tarde, supo siempre que habría de volverse contra él. Pero, cruel hasta el fin, lo acosaba justamente cuando la herida del cansancio, lenta y enconada, sangraba sus convicciones de modo cada vez más extenuante y, en cierto modo, obligaba a su voluntad a batirse no ya con el contrario sino, ante todo, consigo mismo, como un reo de juramento ha de vencer su repugnancia y hacer honor a la palabra dada cuando ya el tiempo y la vida han quebrantado su sentido. Y sin embargo allí estaba, finalmente, acechando los movimientos de Pepín y procurando apartar de su cabeza los turbios pensamientos que parecían querer velar sus ojos y entregarle a su contrincante. Ni siquiera el recuerdo de los amores con Mariana lograba envenenarle la sangre hasta el extremo de exigirse destrozar al otro, pues la convicción del destino aplomaba sus miembros. Tentado estuvo, incluso, de bajar la guardia y desaparecer de una escena que le dañaba aún más que cualquier golpe, pero, en ese preciso momento, como si hubiera intuido su estado, Pepín atacó.

Se lanzó adelante, como urgido por la desesperación, y golpeó en pleno rostro a Arturo Mayor. Fuera que el puñetazo desalojase sus fantasmas o que el instinto de supervivencia se encendiera dentro de él, lo cierto es que no le permitió doblar el golpe; tocado, hizo una finta, amagó con la izquierda y llegó poderosamente con su derecha al torso de Pepín el Guapo. En un segundo recompuso la guardia y la figura y quedó a la espera, sólo pendiente del próximo movimiento de su contrario.

Pepín sentía hervirle la sangre en las sienes. Coriáceo, firmemente plantado en el suelo, consciente de la superior habilidad de Arturo Mayor, buscaba el ataque ciego y demoledor que desarmase a su contrincante durante los escasos segundos necesarios para tumbarlo. Aún enardecido, temía su propia fiereza, y en su deseo de golpear, no se encontraba sólo a Arturo como blanco, también a Mariana y don César y cuantos presentes y ausentes le cercaban astutamente, se disponían a contemplar su caída, lo habían tomado como víctima propiciatoria de un sacrificio destinado a conmemorar su poderío secular. Todo ello penetraba en Pepín no con la claridad de lo discernido, sino como la sangre afluye al cuerpo del superviviente cuando se sabe acosado por sus perseguidores. La lucha era para él, ahora, una necesidad más exigente que su vida.

Hundió la cabeza entre los hombros y se echó adelante. Recibió la descarga defensiva de Arturo y avanzó de nuevo, como insensible a los golpes, hasta que lo atrapó y, haciendo valer su recia anchura, dio con él en tierra.

Rodaron enzarzados, más midiendo sus fuerzas que golpeándose contundentemente, como no fuera contra el cemento. Arturo logró zafarse en una ocasión, pero Pepín lo

enganchó de nuevo aun a costa de recibir una fuerte patada en el hombro que le dolió como si penetrase una estaca dentro de él. Sabía que su oportunidad estaba ahí, manteniéndolo debajo de él para golpear contundentemente, y trataba de desgastar con su fuerza el ardor de Arturo. De pronto la lucha se había tornado despiadada. Ambos se azotaban sin orden ni lógica, a la espera de que uno de los dos aflojase, recogiendo en todo su cuerpo la mutua paliza. Cuando la propia imprecisión de la refriega los separó, volviendo a situarlos frente a frente, sus cuerpos mostraban a las claras el estrago. Esta vez no se estudiaron; tan pronto como pudieron verse el uno al otro, sus puños buscaron salvajemente al contrario. Los golpes semejaban chasquidos emergiendo de entre el furioso y constante resoplar, como relámpagos en la tormenta bajo el azote del viento. Los tres hombres que contemplaban la lucha se agitaban poseídos por la brutalidad del espectáculo.

Inesperadamente, Arturo Mayor pareció perder el equilibrio y Pepín, lanzándose hacia delante con todo su cuerpo, pues Arturo se venció ligeramente hacia él, le encajó un fortísimo puñetazo en el estómago que lo dobló; entonces disparó la rodilla contraria y Arturo salió violentamente despedido hacia atrás, seriamente tocado en la cara, para desplomarse estrepitosamente junto a la mesa. Apenas si tuvo tiempo de ver llegar a Pepín. Éste, incomprensiblemente, se detuvo ante el caído y, como si todo su cuerpo convulso hubiera llenado su voz de frenética cólera gritó, con un rencor que atemorizó a la luz:

—¡Hijo de perra!

En un segundo, completamente descompuesto, alzó una silla en el aire y la levantó sobre Arturo Mayor.

De pronto la silla pareció volar de su mano y una mano de hierro le atenazó el cuello; entre la fuerza y la sorpresa, quedó momentáneamente paralizado y, luego de un fuerte empujón, se desplazó torpemente sobre sus piernas y fue de bruces al suelo, deteniendo la caída con las manos. Agitó la cabeza, como si quisiera comprobar la articulación del cuello, y se revolvió en un santiamén.

La figura del Lobero parecía aún más formidable bajo la luz oscilante de la bombilla. Miraba a Pepín con tan afilada frialdad que éste no pudo contener un gesto de estupor. Los brazos colgaban a lo largo de su cuerpo, en amenazante descuido. Un silencio mortal invadió el recinto. Cuando el Lobero habló, fue como si sonase un disparo.

—Aquí no va a matarse a nadie —dijo con firmeza—. ¿Estamos? —tornó el silencio y el Lobero volvió a hablar—: Sigue peleando —concluyó dirigiéndose a Pepín con voz conminatoria.

Los otros espectadores retrocedieron. Arturo Mayor se había puesto en pie y mostraba la mejilla abierta por el rodillazo. Pepín pareció recordar la razón por la que se encontraba allí y desvió su mirada hacia Arturo. El Lobero se hizo a un lado como si lo engulleran las sombras de entre las que tan inesperadamente había surgido. Los dos contendientes se aproximaron de nuevo el uno al otro.

Pero la tensión estaba rota, al igual que un cristal que se quiebra. Cual si toda la furia expulsada en la pelea cayera sobre ellos como un manto, sus cuerpos se encorvaron

ligeramente, acaso solicitando más el abrigo de sí mismos que disponiéndose a luchar.

Con todo, el combate recomenzó. Arturo Mayor parecía haber recobrado su característico aplomo y trataba de mantener a la distancia a Pepín. La sangre que manaba del pómulo había salpicado también la ropa, dándole un aspecto lastimoso. En el rostro de Pepín se advertía un hematoma, extendiéndose a un lado de la barbilla. Don César ofreció a Arturo restañar la herida antes de continuar, pero éste había negado con la cabeza, ya sólo fijo en los ojos de Pepín. Por eso supo cuándo atacaría y esta vez, con un contundente uno-dos, le hizo tambalearse visiblemente tocado. Pepín, que buscaba sin duda la herida, intentó arrollarle de nuevo, mas Arturo parecía haber recuperado su agilidad y sus fuerzas con sorprendente celeridad y fue precisamente ante una de sus arremetidas cuando consiguió colocarle un serio directo al hígado. Pepín quedó inerte y bajó la guardia pero no cayó; tuvo que seguir Arturo golpeando una y otra vez, incluso cuando Pepín alcanzó la mesa y se recostó en ella, ya sin devolver los golpes, pero resistiéndose a caer, aguantando con la cabeza perdida la minuciosa labor de demolición de Arturo Mayor. Y cuando por fin éste, dejando caer los brazos, permaneció contemplando con estupor la oscilante y deformada figura que tenía delante, Pepín se vino de lado y cayó como una torre sobre el suelo del almacén. Había en la mueca de su rostro, mientras iba cayendo, un rictus de dolor tan profundo y cargado de hambre como su propio origen.

Don César echó la gabardina sobre los hombros de Arturo Mayor y se lo llevó a un lado. Limpió hábilmente la herida y, como había venido provisto para la ocasión, le hizo una primera cura para contener la sangre. Luego, casi arrastrándolo, pues estaba como atontado, le condujo hasta la puerta sin siquiera volverse a mirar al resto de los asistentes. Arturo tomó apoyo en el quicio del portón por unos momentos y salió a la calle con paso más firme. La humedad y la frescura de la noche los acogieron con una benignidad que ambos agradecieron como agua de manantial.

El Lobero fumaba en silencio, ya fuera, mirando al cielo.

—Hombre, Lobero, gracias —dijo don César—. La verdad es que te has portado.

El Lobero apartó el cigarrillo de la boca y se quedó mirándolo arder entre los dedos.

—Eso es cosa de respeto, nada más —dijo al fin.

—Pues bien está que muestres ese respeto con quien hay que mostrarlo —repuso don César señalando hacia Arturo Mayor, que observaba al Lobero con gesto extraño.

El Lobero volvió a fumar. Los tres parecían estar clavados al suelo, como si buscasen una despedida adecuada al momento. El Lobero dio un paso adelante y arrojó la colilla a la calzada. Entonces dijo:

—No es por él por quien lo he hecho.

Un relámpago les sobresaltó repentinamente y al chasquido siguió un trueno rodando estrepitosamente por el cielo.

—¡Dios! —exclamó don César—. Vuelve a llover.

Fue el Lobero, además de Regina, quien me habló del viejo Linazo, y en su vívido relato lo imaginé como debió de ser entonces, hacía ya tantos años, bajo, ancho y recio, padre inimaginable de una belleza como Mariana. Tenía fama de hombre duro y enérgico, de trato difícil salvo cuando andaba de copas, ya bien entrada la tarde. En ocasiones, se le había oído comentar su amargura de no tener un hijo varón y acaso fuera ésa la razón por la que trataba tan áspera y rígidamente a sus hijas. La tenía tomada especialmente con Mariana, sin duda a causa de su belleza, y demasiado a menudo solía repetirle aquella frase que mostraba su más alto grado de exasperación: «Perdida, que has de perderte y perderme a mí también». Pero no fue nunca, con excepción de momentos como aquéllos, hombre de conducta violenta o de carácter pendenciero; tenía, en realidad, un especial don, bien que rústico, para hacerse respetar. No me cuesta mucho imaginar su rostro el día en que corrió la voz de que habían visto a Mariana entre los juncales con un hombre. Al viejo Linazo debió de incendiársele el rostro cuando la noticia llegó hasta él. Las había hecho educar como señoritas y lo cierto es que la madre lo era por familia, y el viejo Linazo no pudo acceder a ella hasta que la fortuna que logró amasar estuvo ya camino de sus alforjas y el dinero pudo allanar los obstáculos que se interponían entre él y aquella mujer de carácter tímido y débil en quien había puesto los ojos, más que probablemente para cerrar el ciclo de su nueva situación social. A la biblioteca voló también la noticia y a Regina, sabedora de quién se encontraba en los brazos de Mariana, apenas le debió de dar tiempo a buscar a su hermano para hacerle saber que el viejo Linazo había salido de su casa armado con una escopeta y acompañado por sus perros.

El viejo Linazo no halló a su hija ni a su presunto acompañante y nadie supo nunca que fue Regina quien, con un chinchorro aparejado en cuestión de minutos con la ayuda del Lobero, los rescató de entre los juncales, ganándole al enfurecido padre por la mano; lo que no libró a Mariana de una buena paliza, que ella soportó sin decir palabra, con más rabia que entereza. El viejo golpeaba en ella algo más que a su hija y a punto estuvo de desfigurarla, quién sabe si desfigurando qué parte de su propia vida.

Regina debió de temer también que, si Mariana hablaba, el viejo Linazo acudiera a exigir a su hermano que se casara con ella. No le eran desconocidas las andanzas de Mariana, y aunque no solía prestar oídos a habladurías, tampoco le cabía duda de que Mariana era una mujer de sangre caliente y que, desde luego, no era Arturo el primero en gozar de sus favores. Regina sentía una secreta simpatía hacia aquella mujer delicada, casi frágil y de aspecto tan espiritual que no parecía compadecerse con su apasionamiento erótico o que, quizá por ello, hacía aún más exótico, tentador, y en definitiva morboso, el encuentro con ella. Sin duda aquella contradicción tuvo mucho que ver con la fascinación que ejerciera sobre Arturo Mayor, pero en modo alguno esperaba que fuese precisamente su hermano quien se obstinara en contraer matrimonio con Mariana.

Durante mucho tiempo, al parecer, Arturo trató de esquivar a aquella mujer y olvidarla, pero cada uno de sus desencuentros y huidas no hacían sino afirmar en su interior el deseo de poseerla, y al fin el volcán estalló con tal fuerza que Regina temió por su razón,



pues el recelo fue desplazado por una furia que no hallaba límites. Esa falta de límites no era otra cosa que la respuesta a la vergüenza que le producía su propia lujuria, y poco a poco, abrumado por la bajeza, comenzó a hacerle a Regina confesiones. No me cuesta nada suponer que los demonios de su cuerpo se habían desatado tan fieramente que en ocasiones Regina debió de dudar si no estarían más allá de él, si no provendrían del interior mismo de una larga y escondida historia familiar que ambos desconocieran y que acudía ahora a tomar venganza de la oscuridad en que por mucho tiempo había sido encerrada. No le saciaban a Arturo los encuentros con Mariana, sino que, al contrario, el desbordamiento de su lujuria más parecería un flagelo que un vaciamiento.

Aquella noche, unos días después de la aventura en el río, Arturo compareció ante ella. Arturo traía un aspecto casi maligno y Regina temió que sus confianzas eróticas habituales se sobrecargarán aún más, pues sin duda había bebido. Llegó, aun superando la angustia que le producían, a sentir miedo de aquel rito que, en su cotidianeidad, seguía siendo tan insólito y perverso como aquel día en que, con gesto extraviado y también bebido, lo inició por primera vez. Pero en esta ocasión, y para su sorpresa, no hubo confianza; al contrario: mucho más alterado que en otras ocasiones, le pidió que huyeran de allí, que le ayudase a no pertenecer para siempre a Mariana, que no permitiera su matrimonio con ella.

Abrí los ojos y no estaba muerto. Respiraba con ansia, feliz de sentirme entre los vivos, sin saber por qué la sombra siniestra que me ahogaba había abandonado su presa. Lo único que reclamaba con todo mi cuerpo era la libertad recién recibida.

Abrí los ojos y reconocí la habitación de la casita. También percibí el ruido de la lluvia, constante, mullido, suave. Llovía con delicadeza, sin prisa, y la noche no mostraba hosquedad. No había luz en el cuarto, por la ventana se filtraba una tenue luminosidad proveniente del exterior. Me levanté de la butaca donde había estado durmiendo tratando de orientarme.

Regina no estaba allí. En cuanto mis ojos se acostumbraron a aquella penumbra vi el pebetero apagado sobre la mesa, que ella había abandonado. No quedaba rastro de su presencia, hasta el punto de que me pregunté si ella había estado allí, conmigo, si no lo habría soñado, pues salvo el pebetero nada en la estancia recordaba su presencia. ¿Qué hacía ella allí, en mitad de la noche? ¿Qué hacía en la casita, como en espera, por qué, para qué? La sensación de haber soñado se extendía más allá de la casa de los Mayor, más allá de la realidad de las cosas, más allá de Solano. De pronto, como en capas, se iban depositando sensaciones de vida común que me incitaban a olvidar los últimos

sucesos, a regresar a la normalidad de un verano en casa de un amigo del colegio, con los minúsculos acontecimientos de cada día: la playa, el jardín, los juegos, los paseos, los almuerzos... Sin duda había soñado con los horrores que mi imaginación atribuye a la noche y por alguna razón extraña yo estaba allí, en la casita, quizá por un acto de sonambulismo, y lo que debía hacer ahora era reintegrarme a la normalidad de mi cuarto compartido con Jaime antes de que nadie se apercibiera de que no estaba en él.

Trastabillando, aún medio dormido, avancé unos pasos en dirección a la puerta. Fuera tampoco había luces, salvo la trasera de la casa que daba a la fachada donde yo me encontraba. Bajé por la escalera bajo la lluvia fina, que me despertó por completo. Me preguntaba, mientras corría hacia la puerta principal de la casa, cómo iba a entrar en ella y también me pregunté cómo había salido. Entonces empecé a recordar que yo andaba por la calle cuando me encontré con el Lobero y regresé y vi la luz en la ventana de la casita de atrás.

Avancé con tiento, comprobando de paso que la casa principal estaba completamente a oscuras, y me refugié en el porche de entrada. Me preguntaba cómo lograría entrar sin llamar la atención ni despertar a nadie, quizá trepando hasta la terraza que cubría el porche, pero el ventanal de mi habitación estaría cerrado, y además, en ese momento recordé que estaba desterrado en el piso de arriba, totalmente inalcanzable para mí. Al corroborarlo volví enteramente a la realidad. Yo era el chico invitado del que todos se olvidaron en un momento dado. ¿Cómo iba a llamar a la puerta para hacerme ver? Si al menos Luisa, la cocinera, hubiera estado en su cocina... Hacía frío y empecé a considerar la posibilidad de regresar a la casita y esperar al amanecer. Total, si nadie se acordaba de mí, no me echarían de menos. Lo que me escocía era la desaparición de Regina. Ahora tenía la clara sensación de que nunca había estado allí esa noche, de que ella descansaba tranquilamente en la isla, ajena a todo, de que mi sueño me había confundido totalmente.

Entonces vi una sombra que se aferraba a la puerta cancel. Del susto estuve a punto de desmayarme, pues la figura se aferraba para no caer y de sus labios surgía una llamada ahogada que me puso la carne de gallina. Espantado, me pegué a una esquina del porche como buscando el abrigo de la sombra, y en ese momento otra figura apareció en la puerta principal y se dirigió sin titubear a la cancela de la entrada. La abrió y recogió entre sus brazos a la figura aferrada a los barrotes. Hubo entre ellos una fricción extraña, como si la una quisiera arrastrar a la otra al sendero que conducía a la puerta de entrada donde yo estaba escondido y la otra se negara tozudamente. Al fin ambos echaron a andar por la acera y desaparecieron de mi vista.

Tenía frío, pero no dudé en seguir sus pasos. Había reconocido la figura que salió de la casa: era Regina Mayor. Y hubiera jurado que quien se aferraba a la puerta cancel para no caer era el mismísimo Arturo Mayor. ¿Qué había sucedido mientras yo dormía?

—Vamos, Arturo —insistió don César—, deja que te acompañe hasta tu casa, hombre, no seas cabeza dura.

Arturo volvió a negar con firmeza. La herida del pómulo había dejado de sangrar y las salpicaduras en la ropa estaban ahora cubiertas por el chubasquero, pero su aspecto seguía siendo lastimoso. Amén de ello, la paliza se le venía encima ahora, a cada paso que daba, camino de la plaza; era como si al pisar le retemblara la osamenta desmadejando los músculos; también varios puntos de dolor, insensibles durante la refriega, comenzaban a abrirse paso de dentro afuera. Con todo, y temiendo desvanecerse de cansancio, Arturo Mayor trataba de desentenderse de la porfía de don César por acompañarlo hasta la puerta de su casa. Un deseo más profundo que su deteriorada condición le exigía caminar a solas como si, en realidad, intentase hacer más largo el regreso.

—Está bien, está bien —dijo al fin don César casi enojado—. Te acompaño a la altura del Tecla y me vuelvo, si es que tanto interés tienes en hacerlo tú todo; cago en la... , qué hombre más terco —añadió a media voz, como enfadado consigo mismo.

Continuaron lentamente, sin dirigirse la palabra, cada uno enredado en sus propias conversaciones interiores. Tras el amago de lluvia, la tormenta persistía seca y retumbante, pero ninguno de los dos parecía advertirlo, andando con aire cabizbajo y las manos cogidas a la espalda. Así se mantuvieron hasta que don César hizo el alto acordado, al dar vista a la plaza.

—Mañana paso a verte —empezó a decir con indisimulada irritación—, te guste o no te guste, que buenos golpes te has llevado. Y todo —continuó— por la novelería de aceptar el reto de ese bastardo; como si no estuvieras tú para otra cosa —se advertían a las claras sus deseos de hacer un buen discurso de desahogo, pero el mecánico asentimiento de Arturo le hizo desistir definitivamente—. Hala —concluyó—, a descansar, que mañana será otro día.

Allí se separaron. Arturo en dirección a la plaza y don César a rehacer su camino, pues vivía en el otro extremo del pueblo.

Cuando alcanzó la ringlera de plátanos, un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo. Alzó la cabeza, como si viese por primera vez la tormenta, la plaza, los árboles y la iluminación de las farolas. Permaneció indeciso, parpadeando, las manos olvidadas en los bolsillos del chubasquero. Por fin dio unos pasos adelante y tomó asiento en el banco más cercano, que aún chorreaba agua.

Su mente era un hervidero de imágenes del pasado, esos cincuenta y cinco años que, repentinamente, pesaban sobre él como una losa. Había intentado cargarlo a costa de la pelea, pero se encontraba en ese estado en el que uno no puede mentirse ni olvidar si no es con la ayuda de un alcohol que lo tumbe en la cama. Era el mismo cansancio que se abatió sobre él en Isla Ventosa a lo largo de su conversación con Regina. Por un momento deseó estar junto a ella y hablar, hablar hasta quedar exhausto, pues no existía otra persona en la tierra que conociese su desgraciada intimidad y sobre la que poder derramarla; porque lo más terrible de aquel cansancio era su imposibilidad de derramarse fuera del cuerpo que lo contenía y al que parecía consumir —cada vez más errática e

indefensa la mente— para, al menos, intentar reducirlo en un territorio conocido y mantenerlo allí; al menos, sí, el hecho de poder forcejear con él le habría entretenido.

Eran imágenes que iban y venían sin que él las convocase, como si tuvieran voluntad propia; su aparente inconexión las hacía aún más amenazantes, pues el hilo que las guiaba y que permanecía oculto a su entendimiento trabajaba en la sombra tejiendo con habilidad una intrincada red de turbios presagios que a lo largo de su vida creyó haber arrinconado cuando le acecharon uno a uno. No era, sin embargo, esa hostilidad lo que le desarmaba, sino algo aún más profundo, algo que le hacía sentirse como alejado de todas sus agarraderas, flotando en un espacio en el que todos los puntos de referencia se habían difuminado y todo cuanto le identificaba a sí mismo se desvanecía, lo sentía desvanecerse y él era, finalmente, no otra cosa que un fantasma, un fantasma que ni siquiera poseía su vida pasada, pues ésta se revelaba como un agobiante artificio cuyo mecanismo continuaba engranando las piezas en un movimiento embebido y banal.

La angustia le obligó a toser. Al tiempo que el estómago le subía a la boca descubrió un fuerte dolor lacerándole el pecho. Creyó ahogarse, pero pasó; también le dolían los ojos. Tomó agua del banco con las manos y se frotó vigorosamente la cara y la nuca.

Trató de pensar, en un esfuerzo desesperado para no dejarse llevar por la negrura que, como la misma noche, se cernía sobre él. No podía dejarse caer tan fácilmente. Volvió a insistir en la idea de que era la lucha con Pepín lo que le había puesto en aquel estado de abandono, pero nada acudía en su auxilio. Apelaba insistentemente a la memoria en busca de los aliados que le acompañaron día tras día a lo largo de su vida; llamó tan adentro que llegó a sentir vértigo y una oquedad aún mayor al comprobar que golpeaba en puertas y muros desconocidos, que no reconocía aquel paisaje como suyo, que se hallaba indefectiblemente exiliado en otro lugar de sí mismo que desconocía por completo. Y entonces, abriéndose paso por entre la maraña de la memoria, por vez primera desde el horror de la guerra fratricida, un sentimiento acudió a él con todo su poder: sentía miedo. Miedo.

Levantó la cabeza y aspiró vehementemente aire con la boca abierta. Acto seguido, como si se tratase de un gesto defensivo, abandonó el banco y agitó sus entumecidos miembros con energía. Nuevos dolores afloraron, ya por todo el cuerpo, pero el ejercicio le hizo bien. Una poderosa detonación en el cielo contribuyó a tranquilizarle. Se preguntó qué extraño viaje había realizado desde que salió del almacén de Pepín hasta su horrible postración en el banco. El dolor del pecho no cedía y tanteó en busca de alguna costilla rota, pero no la halló. Ordenando el recuerdo del combate en la cabeza empezó a desahogar el vapor que la tensión había acumulado en su interior. Por último decidió continuar el camino a casa; era necesario ganar tiempo como fuera, no permitir que la red de la mente volviera a hacerse sentir.

A medida que se acercaba, le llamó la atención que la cancela estuviese abierta y, por contra, apagada la luz del porche, que no vislumbraba a través del seto y que cada noche quedaba religiosamente prendida como vigía. Sí lucía, en cambio, la de su despacho en la planta baja, aunque la tenue claridad que emanaba tras los cristales sugiriese que debía provenir de su lámpara de mesa encendida.

Entonces sintió el dolor agudo a la altura del esternón y un sudor frío que le cubría las sienes.

León rodeó la casa por el lado del jardín, buscando la puerta por la que debía de haber salido Regina, y acertó: la puerta de la cocina estaba abierta. Sin duda ella, al apercibirse de la presencia de su hermano, no perdió el tiempo en buscar las llaves de la entrada y eligió el camino más sencillo: en la cocina siempre quedaba la llave puesta por dentro. Sigilosamente, se deslizó por la estancia dormida y llegó hasta el vestíbulo. La luz del despacho de Arturo estaba prendida y la puerta abierta, pero dentro no había nadie. Allí era donde, sin duda, había estado velando Regina Mayor después de abandonarlo a él en la casita. Al comprobarlo sintió rencor y desánimo, pues se daba cuenta de que lo había dormido para deshacerse de él. Por la razón que fuera, León ya no tenía interés alguno para ella, al menos dentro de los acontecimientos de la noche. Frustrado, se dirigió hacia el piso superior sin deseo alguno de volver a la calle para interesarse por lo que sucediera, pues fuera lo que fuese él estaba definitivamente apartado del mundo de los Mayor.

Al llegar al primer piso tuvo la tentación de comprobar si Jaime estaba en la casa y se asomó al que hasta poco antes había sido su cuarto. Las camas estaban sin deshacer, la suya y la de Jaime. ¿Dónde estaría Jaime? ¿Acaso por las calles? ¿Era él también un hijo de la noche? A la derecha de su cuarto estaba la entrada al dormitorio principal, y se sintió poderosamente atraído hacia ella.

Con el corazón en un puño, pero también admirado de su propia audacia, hizo girar muy lentamente el picaporte hasta que éste cedió. Al hacerlo, León se mantuvo unos segundos a la espera y luego empezó a empujar la puerta con un tiento infinito, cuidando de que no hiciera ruido, temiendo que chirriase en cualquier momento. Por fin, introdujo la cabeza y luego, al ver que nada se movía, el resto del cuerpo. Poco a poco se fue adentrando en la habitación. A la tenue luz de las farolas de la plaza reconoció los contornos del dormitorio y fijó la mole enorme de la cama matrimonial. Como no acertaba a distinguir con claridad se fue acercando al lecho, intrigado por el bulto que destacaba en su centro. Y cuando pudo ver por sus ojos con una mínima claridad descubrió a Mariana Mayor dormida, medio descubierta entre las sábanas, abrazando a otro cuerpo que en un primer momento lo desconcertó. Temblando como una hoja, pero impulsado por una irresistible curiosidad, se acercó aún más, y entonces descubrió a Jaime con los ojos abiertos mirándole fijamente con expresión de ferocidad. No se movió, ni siquiera parpadeaba, sólo le miraba con una mirada que no dejaba lugar a dudas; tanto que León ni intentó hacer ver que le reconocía, sino que retrocedió paso a

paso, dejando entender que por nada del mundo turbaría la paz de aquel lugar y aquellos cuerpos. Retrocedió hasta la puerta, salió de la habitación, cerró tras él con el mismo cuidado que al entrar y, tras dudar un momento, decidió regresar al piso de abajo.

Bebió agua en la cocina mientras se preguntaba si Jaime le habría visto o dormía con los ojos abiertos.

Arturo Mayor, arrodillado en el muelle, los brazos cruzados ante el vientre y doblado sobre sí mismo, casi rozando el suelo con la frente, gimió de nuevo, entrecortadamente, como si le contrariase hacerlo. Regina se inclinó hacia él, cubriendo con un brazo sus espaldas y recogiendo el rostro con la otra mano. Ninguno de los dos parecía sentir el agua que les cubría. Arturo Mayor respiraba de cuando en cuando anhelosamente.

—Es como un agujón aquí —dijo señalándose el pecho—. No cede y el dolor se extiende y llega hasta la boca, hasta la mandíbula, Dios del cielo.

Regina le acarició tiernamente, sin pausa, aguardando a que el dolor remitiese, consolándolo.

A poco, él pareció reanimarse y volvió a hablar.

—Creo... —vacilaba; luego continuó—. Creo que éste es el final, Regina, ese final del que hemos hablado tanto; y, a fin de cuentas, va a ser un encuentro feliz en mi vida; te confesaré que dentro de mí la curiosidad es más fuerte que el dolor; durante tanto tiempo me he preguntado —una mueca semejante en algo a la sonrisa contrajo su rostro a causa del daño que sentía a impulsos— cómo sería la muerte que ahora temo no estar a la altura, me humilla el estar doblado por el dolor. Mira atrás, Regina: tendríamos que haber vuelto solos, tú y yo, y aunque no hubiésemos tenido descendencia nos habríamos tenido el uno al otro y nos habrían enterrado con la casa y la memoria. De todos modos estábamos condenados. Qué caros se pagan los errores. Quisiera volver a empezar, pero es tarde, mi corazón egoísta no resiste más. Perdóname por mi cobardía.

—Yo te perdoné el mismo día en que fui a rescatarte con el Lobero —dijo Regina acariciando su rostro. Los dos quedaron en silencio.

—Cuando esa terrible luz de tus cuadros —dijo por fin— se abrió paso en mi mente, la otra tarde en la isla, no fue la revelación de lo que en ese mismo instante sucedía entre Mariana y Pepín lo que me hizo vibrar. En realidad, el conocimiento me hirió inesperadamente, pero pronto la ira, contra ellos y contra mí, se desvaneció y no tuve más respuesta que el dolor y la perplejidad, y ese brutal cansancio que me aparta de todo cuanto he considerado mío. Supe lo que estaba sucediendo y el lento dardo de la venganza, Regina, lo sentí como una entrega, una dejación que ni siquiera exigía de mí

las desconsoladas fuerzas de que carecía para ejecutarla; nada hay tan espantoso como llevar minuciosamente a cabo aquello que desfallece en tu intención. Incluso sentía lástima de los dos amantes, porque me habían herido justamente en un punto que ellos desconocían y su acto se revestía así de una atroz banalidad. Sólo tras meditar, durante la noche que siguió a aquella tarde, recobré la cólera necesaria para cumplir con mi destino: como el ajedrecista experimentado al que un novel derrota con movimientos acumuladoamente torpes, no pude soportar que quienes me hirieron de tal modo lo hiciesen sin saber cuándo, dónde, cómo y por qué me golpeaban tan duramente —el aliento ya no le obedeció. Regina alzó su rostro para que inhalara más fácilmente.

La voz de Regina llegó dulce tras su silencio, apaciguada como la lluvia.

—Los hombres os regís a menudo por leyes tan necias que no llegáis a reconocer vuestra propia imagen ante el espejo. Durante muchos años hemos hablado, hermano, y vivido juntos. ¿Te has preguntado si no era extrañamente duradera nuestra disparidad? Tu encuentro con Mariana fue una huida y tú lo sabes, pero si el corazón es claro, la mente es incapaz de descubrir que muchos de sus actos no son otra cosa que elusiones a preguntas que el corazón le dirige desde su más íntimo terror, y que la mente se niega tercamente a admitir como algo que le pertenece. Yo te pertenecía, te he pertenecido siempre y tú a mí. Los seres humanos temerosos de la ley divina sólo se temen a sí mismos y tú eres uno de ellos. Yo era tu destino y ahora vienes a morir en mis brazos.

El vaivén de ideas que agitaban a Arturo pareció detenerse y todas ellas retrocedieron como obedeciendo a una orden. Sin prestar oídos a su hermana, regresó al punto de partida sintiendo que las fuerzas le abandonaban.

—Ahora voy a morir, Regina, y no quiero que nadie afrente la casa de los Mayor. Nadie ha de ser culpable de mi muerte. Nada debe cambiar y tú tienes que ocuparte de ello, ¿me entiendes bien? Júrame que lo harás como yo te digo.

—Mis juramentos no tienen valor, Arturo, bien lo sabes —dijo con amargura Regina Mayor—. Puedo jurar, pero eso no cambiará las cosas ni torcerá las voluntades que se han anudado en torno a nosotros y que también son nuestras. No intentes, al menos por una vez, impedir que la vida siga su propio curso y muestre a cada uno su propia imagen; lo que cada cual decida luego es cosa que le pertenece mientras el agua fluye y el viento bate, por más que se entremezclen engaños y certezas, tanto si habla la justicia como si lo hace la injusticia. No está en nuestras manos cambiar el destino. Tu hijo será el dueño de la casa un día y lo que haga con ella no nos pertenece. No se puede colocar el honor por encima del destino.

Arturo Mayor enterró la cara entre las rodillas para contener un espasmo de dolor. A lo largo de su carrera hasta el muelle debía de haber perdido mucha fuerza porque, en oleadas irregulares, sentía irsele la cabeza. Sólo la lluvia y la cercanía de Regina parecían procurarle algún alivio; y ahora los dos hermanos, fundidos en un abrazo que la luz de los relámpagos revelaba intermitentemente, semejaban dos figuras de barro enlazadas en actitud orante. Regina apartaba de cuando en cuando el agua que fluía por el rostro de su hermano sin ocuparse del suyo, con un gesto que más parecía el deseo de ver por última vez su faz en vida que el afán de evitarle la molestia de la lluvia; una lluvia que, a esa

hora, ya habría borrado el reguero de sangre delator de su penosa caminata final.

Un súbito relámpago, tan magnífico que pareció suspenderse en el cielo para recrearse en su propia belleza, iluminó con nitidez el *María Purísima*, anclado en la ría. El trueno abrió los ojos de Arturo Mayor. Hizo un gesto indicando a su hermana que no podía o no deseaba hablar más. Se había recogido sobre sí de tal modo que no eran diferenciables sus extremidades del resto del cuerpo, como si la suya fuera una actitud de entrega a la tierra. Regina se apartó momentáneamente de él, mirando en derredor. El sonido de un estertor volvió a inclinarla sobre su hermano, quien, tras un movimiento convulso, realizó sucesivos y desesperados esfuerzos por incorporarse. Regina tomó el crispado rostro entre sus manos, interrogándole con la mirada, y Arturo sonrió tristemente. Luego acertó a despegar los labios, firmemente cerrados por el dolor. Las palabras se estrangulaban en su garganta y, tras pacientes respiros, probó una y otra vez a hablar hasta que lo logró.

—Quiero —articulaba muy lentamente las palabras, como si en verdad expulsase por la boca las desgarraduras de la herida—. Quiero... morir en la isla —jadeó, interrumpiéndose—. Quiero... —se detuvo y movió la cabeza de un lado a otro, como rindiéndose a la evidencia de que no conseguiría completar su frase; por fin giró el rostro hacia ella y dijo—: Quiero volver a tu reino. Vámonos de aquí. Llévame... llévame contigo.

*No está en los mortales reclamar el triunfo; pero haremos algo más, Sempronio, lo mereceremos.* Ésa es la frase que me ha acompañado desde que acabé los estudios y me interné en la vida, porque siempre he tenido ante mí la idea de que sólo aquello que llegamos a merecernos es lo que realmente merece la pena ser vivido. Pero también diré que nunca he olvidado a Regina Mayor. No puedo olvidar la ternura que me provoca su recuerdo a pesar de que el tiempo me ha hecho entender muchas cosas acerca de ella y de los Mayor, incluida aquella apreciación del Lobero sobre su carácter: una mujer fría y cruel. La verdad es que debió de ser cruel, muy cruel, pero no fría; dura, fría..., adjetivos. La ternura que me produce su recuerdo no habla de frialdad. Sólo he vuelto a verla una vez, en la isla, a la que volví mucho tiempo después, por pura casualidad, con unos amigos. Me llegué hasta su casa y allí estaba, aún seguía pintando y leyendo y parecía una maga desterrada de sus territorios que hubiera asumido su destino. Hablamos mucho y de muchas cosas, pero no tocamos asuntos personales de común acuerdo, un silencioso acuerdo que no fue necesario expresar. Se interesó por mí, por mis modestos triunfos como dramaturgo, que ella celebró con simpatía. Fue entonces cuando me regaló aquella frase de un clásico: *No está en los mortales reclamar el triunfo; pero haremos*



*algo más, Sempronio, lo mereceremos.*

Sin embargo, sí que apareció la familia Mayor en nuestra conversación. Fue sin quererlo y con esa naturalidad prosiguió. A la ternura que ella me producía respondió (¿instintiva, deliberadamente?) con otra imagen de ternura que apareció de improviso y, pese a ello, llegó con la naturalidad con que el recuerdo nos trae algo que siempre nos ha pertenecido. Era un recuerdo concreto de Jaime el que ocupaba ahora sus pensamientos a la luz de esa imagen, una imagen trágicamente familiar y minúscula y tan poderosa como todas esas nimiedades que un día, en un instante, el azar, o quién sabe si el tiempo, selecciona con la violencia de una cuchillada imprevista. Porque muchas veces, en los primeros años de la vuelta a España, ella tuvo ocasión de presenciar cientos de acontecimientos diminutos como aquél; pero aquél la tomó por la espalda y atacó de improviso. Se hallaba en el cuarto de baño, sentada sobre la tapa del retrete, observando al jovencísimo Jaime reír a carcajadas en la bañera mientras su madre lo enjabonaba. En algún momento la puerta entreabierta dejó paso a Arturo Mayor; mantuvo la hoja por su borde con la mano izquierda, tenso el brazo, y habló como si hubiese meditado en la oscuridad del pasillo lo que venía a decir: «Mariana, el niño ya está bastante crecido como para que lo siga bañando su madre». En realidad, apenas si tenía mayor importancia, salvo por el gesto que Regina sorprendió en Jaime: se había acurrucado, lívido, la mandíbula temblorosa, lejos del alcance de Mariana y, cerrando ambos muslos, escondía su sexo con un patético gesto de vergüenza e impotencia. Las dos mujeres, sorprendidas, hicieron un idéntico gesto de retirada mientras Arturo desaparecía sin más explicaciones; y el silencio desconcertado que siguió a esta escena se volcó de pronto sobre un Jaime que, desnudo e indefenso como un animalillo, pugnaba por contener las lágrimas.

Era un día soleado, ventoso, como siempre en la isla. Después de este primer recuerdo Regina siguió hablando. Yo tuve la sensación de que ya no hablaba conmigo sino consigo misma, perdida en el laberinto de su memoria. Así retrocedió hasta los años de la Argentina, en la hacienda de Linazo. Del viejo Linazo no debía de quedar otra cosa que sus huesos bajo la tierra, y quizás el recuerdo que en las pequeñas poblaciones preserva las anécdotas como mitos de taberna. Las sensaciones que invadían a Regina no llegaban de atrás, sino que provenían de más adelante, del lugar en que los caminos descansaban por fin y, al anudarse en su término, configuraban el escenario del recuento, el reino de la memoria de las cargas obtenidas o perdidas durante el viaje, el verdadero rostro de tantas esperanzas y el remanso donde confluyen los sucesos curiosos que confortan el destino del viajero.

Hay moradas que habiendo sido edificadas por sembradores de viento –dijo– tan sólo aguardan la tempestad que ha de derribarlas, y es penoso, si ésta tarda en llegar, ver cómo se conmueven y rechinan, gimiendo por ver cumplido su fin. Lo que pudo llegar a sucumbir bajo el azote de la tragedia, cada mañana dispone sus colgaduras y ornamentos, su pasada gracia y la usura del tiempo, para volver a sumirse en la noche como un fantasma hastiado de su decrepitud, maldiciendo el glorioso proyecto de arquitectos cuyo clamor de ideales se había acabado por convertir en juguete del viento, aquello que no

enraizó en territorios donde anidase la vida sino en baldíos, en grotescas representaciones de un pasado que ya no recuerda de sí mismo sino su miedo al presente, como el hijo tonto que juega con los ya escasos tesoros del padre en el rincón más escondido de la casa, y continúa dilapidándolos para proteger ese espacio que el tiempo ha sellado con el silencio cómplice y el estómago asentado de una servidumbre jactanciosa y arremolinada que un día tras otro, sin memoria y sin futuro, arma y desarma el decorado de lo que no es más que una farsa sin gracia.

Es cierto que no hay destinos sino forja —continuó diciendo Regina en voz alta, como guiando, rehaciendo el camino de la tristeza que la dominaba bajo el efecto de los recuerdos— y cada cual es dueño de su propia ley. Lástima que esas leyes las dicten tan a menudo quienes, en el afán de prever su camino, son incapaces de internarse en él y recorrerlo; sólo el riesgo de la propia vida, cualquiera que sea el modo en que se manifieste, nos permite encontrarla; sólo corriendo el riesgo de perderse tiene el ser humano a su alcance la posibilidad de hallarse. No hay otro maldito modo de lograrlo, aunque pierda la vida en el empeño. No existe el triunfo, sino el merecerlo; y la felicidad castiga despiadadamente a quien se niega a comprender. La vida, al fin, no es hostil ni compañera; es, sencillamente, la vida. Los insensatos deseos de los mortales son los que se ocupan de convertirla en enemiga, una enemiga tan atroz como invencible.

Como caballos galopando en el fragor de la oscuridad, el recuerdo de toda la noche volvió a recomponer la estructura de las sensaciones y acontecimientos que lo envolvieron en las últimas horas. Sin pérdida de tiempo, León atravesó la habitación, recorrió el pasillo, dejó atrás la puerta, se precipitó escaleras abajo y se lanzó como una exhalación por la vereda.

La furiosa tormenta arrastraba tierra, ramas y desechos consigo inundando las calles y los caminos hasta la orilla del mar. Ni la lluvia que descargaba fuertemente sobre él ni la rodada de truenos que cubría sin pausa el cielo amenguaron su carrera. No sabía dónde iba a darle final, pero sabía perfectamente que sus pasos no eran ciegos. Convencido de su intención y su fuerza, cualquiera que le hubiese visto atravesar desalado las calles de Solano habría jurado que era el mismísimo adelantado de la tormenta, el joven corneta que, recorriendo las filas embravecidas de su ejército, se dirigía a la busca de su comandante para solicitar las órdenes finales.

Cuando llegaba al puerto, el aguacero empezó a ceder.

Un nuevo relámpago iluminó la ría, y esta vez el *María Purísima* ya no se estremeció bajo el resplandor del formidable chispazo; el velero no se encontraba en la canal de la

ría. León Saldaña abrió los ojos desmesuradamente, como incapaz de contener su asombro. Por un momento creyó que la tormenta había detenido la lluvia para escudriñarle atentamente y el miedo lo paralizó alerta, fue volviéndose poco a poco sobre sí mismo; los muelles, vacíos y oscuros, también parecían contemplarle. Bruscamente, largó su vista ría adelante, en paralelo a la escollera, y entre las sombras de la noche creyó ver un velamen que se alejaba. Una medialuna acerada iluminó el silencio de repente.

Dejó caer los brazos y dio una y hasta dos vueltas sobre sí mismo, con los ojos bien abiertos, dejando escurrir las últimas gotas que resbalaban desde el cabello, sin pestañear. No veía ni el puerto, ni la villa, ni la ría, ni la mar porque ya no estaban allí. Sólo miraba a la noche, la única, y ambos se observaron con distancia y recelo, sin mediar movimiento ni gesto. La humedad era tan intensa que se creyó él mismo agua, dos ojos afirmándose en agua.

El silbido fijó su mirada y la vio allí, dos metros delante de él, alzando al menos un tercio de su cuerpo en actitud amenazante; una oleada de pánico lo inmovilizó. Jamás antes había visto una culebra y por eso tuvo miedo, pero los ojos de ambos permanecieron fijos uno en otro; la distancia entre los dos fue tan firme que poco a poco León empezó a reconocerse, como si desde el reto que con la mirada mantenía recuperase paulatina y ordenadamente todos los límites de su cuerpo. Entonces entendió que ella segregaba tanto miedo como él y, finalmente, que tal y como él se afirmaba sobre el suelo estaba cerrando el paso del animal. Retrocedió, haciéndose a un lado con lentitud. Quizá ella estuviera de vuelta a su guarida o las aguas de la tormenta la hubieran arrastrado hasta el puerto desde el origen de la ría, pero, en todo caso, en su temor existía indesmayable la necesidad de regresar al cubil a cualquier precio, incluido el combate con un enemigo inesperado en un territorio inesperado. Ya desplazado, pálido como la luna, aguardó tiempo y tiempo sin mover un músculo, envarado, sin respirar apenas. El animal fue abajando gradualmente el cuerpo hasta quedar extendido sobre el adoquinado del muelle. Así permaneció algunos minutos. Luego comenzó a reptar con una lentitud tan alerta que León creyó morir de eternidad. Pasó a prudente distancia de él, ondulándose, sabiendo León que ni por un segundo dejaría de estar atenta a cualquier movimiento suyo por imperceptible que fuese. Tampoco osó moverse. Una vez sobrepasado, ella desapareció entre las sombras del embarcadero, de vuelta a los prados. Cuando aflojó los músculos ya no había rastro suyo. Recobró el aliento como quien vuelve a la vida.

Entonces su ojos se llenaron de lágrimas lentamente, fluyendo una tras otra, viniendo de todos los rincones de su memoria, en un orden tan placentero que le hizo reír también; y entre ambos gestos que eran uno solo, apoyando la espalda en el murete de protección para reír y llorar, supo que el mensajero, el que avanzara a su encuentro por los inciertos caminos del cuerpo que ahora se desbordaba emocionado, había alcanzado su destino.

Abayo, Colindres, Madrid y Meres, 1982-1984 y 2011

## Agradecimientos

Quiero agradecer a la familia Rodríguez Salmones su permanente cariño y las abundantes imágenes que he tomado prestadas de aquella preciosa casa de Colindres donde fuimos tan felices. A Ana García Naharro, su atenta y luminosa lectura. Y a Fernando Gaona su meticuloso cuidado de la edición, como tiene por costumbre.

## Créditos

Edición en formato digital: mayo de 2012

© José María Guelbenzu, 1984, 2012, c/o Casanovas & Lynch Agencia Literaria

© Ediciones Siruela, S. A., 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-878-1

Conversión a formato digital: El poeta (editores digitales) S. L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Índice

|                             |     |
|-----------------------------|-----|
| Portadilla                  | 2   |
| Índice                      | 3   |
| EL ESPERADO                 | 4   |
| I. El caballerito de Solano | 8   |
| II. Una mujer tan hermosa   | 89  |
| III. Los hijos de la noche  | 118 |
| Agradecimientos             | 164 |
| Créditos                    | 165 |